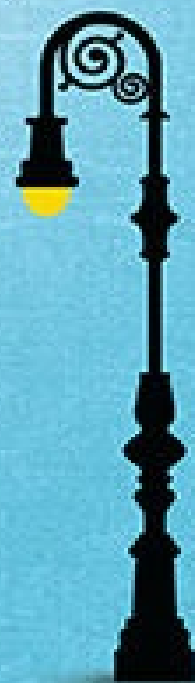
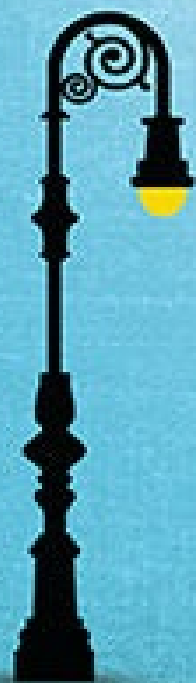


Armando Fuentes Aguirre
CATÓN

Plaza de almas

Cosas de la vida, el amor
y la muerte



Armando Fuentes Aguirre

CATÓN

Plaza de almas

Cosas de la vida, el amor y la muerte

XIANA

ÍNDICE

Prólogo. Palabras olvidadas

El rinoceronte

Obnubilado

Los sueños de la gente

La tía Amelia

El joto

Historia de un niño triste

La pescadora

Amor que pide la muerte

Feliz culpa

Macaria

Y vivieron felices

Evangelina no

Batalla de sombras

El angelito

Revolución erótica

Las hermanas

La mujer de negro

La mancornadora

El señor de barba blanca

Cuestión de genes

El niño de los cabellos de ángel

La primera comunión

El Columpio del Amor

Lupita y Pedro

El pianista

La tierna trampa

Fantasmas

Ni envidiado ni envidioso

Un crimen

Los amantes

La maestra que iba al circo

Historia de un padrote
Nadie, nadie
Pueblo de Nombre de Dios...
Sí, mamá
Mariquita
El *Capi*
El caballo manco
Mister Joe
El muchacho del Porsche
La Parker 51
El silbidito
Y todos contentos
El deudor
¡Virgen Purísima!
Las dos cabras
La leve sombra
El chacualeo
La felicidad
Mi calle
Los zapatos
El circo
La relación
Una telenovela
Las naranjas
Los caminos del Señor
La dentadura
En Las Vegas
El alma perdida
El ladrón
Predestinación
La noria
El juramento
El olvido
De hacienda o hacendosa
Tema y variaciones
Líos de faldas
¡Cuidado!
Penquita 201
Los elementos
La monjita y la camioneta

El *Chilelisto*
El jinete
El relámpago
Listones
La *Doña*
Puertas
El baile
Tiempo para morir
No, no y no
Divorcio a la mexicana
La locura del ángel
La sal y lo demás
El actor
Las señoritas
Historia de un abrigo
El viejo y el muchacho
El milagro
El rico y el pobre
Aquí y ahora
Pecado capital... y sin interés
El ajedrecista
El sexo y sus cosas
Las musas de la noche
El quinto mandamiento
La receta de la felicidad
Rosas para una Señora
Amores perros, amores gatos
Amor de madre
Confusión
Del brazo por la vida
Don Alberto
Mi tía
Historia de soledad
Ostiones
El gordo
Geranios
Adulterio
Nuestros moditos de hablar
Un cuento de ayer
El hado fatal

Se habla de divorcios
El navío
El *Chicote*
La infiel
El *tío Vocho*
Lo inesperado
Años y sexo
Historia de dos mujeres
El dedazo
El corsé y el reloj
Historia de un *brassière*
El ataque
Por la señal...
El mal por hacer el bien
El humilde don de la humildad
La argollita
La doble vida de don...
Las dos mitades
La carta
Contra la impotencia, San Guñol
Una casa
¡¡¡Booom!!!
Tragedia
Damaria
La conjura
El premio
Aquí se habla de tetas
Esa mujer tiene pasado
Alcauciles
Qué cosas tiene la vida
Historia de amor perdido
Cuentos del fogón
Retablo
Angelita
Las dos puertas del amor
Una vida. Una muerte
De compras y ventas
En el cementerio
Historia de una cama
Remember the Alamito

¿Lágrimas o risas?
Amor Chiquito
Historia de tres amores
Filosofando
El trabajo de no trabajar
Una historia de sangre
Demasiado fino
El cuerpo del delito
Historia chiapaneca
Historia de un aire
El cofrecito
Ya se casó, ya se amoló
Día de Difuntos
¡Haiga cosas!
La espera
No es posible, pero se puede
Chíngueres
El crimen
“Ta’ güeno el marranito”
Terror en la noche
Mujer fatal

Acerca del autor
Créditos

A MARÍA DE LA LUZ,
mi esposa durante 50 años,
mi novia para siempre

Prólogo

PALABRAS OLVIDADAS

Este libro trata de la gente.

Por las plazas de las ciudades y los pueblos, por esas que en muchas partes se llaman “plaza de armas”, pasa la gente, y pasa. Quiero decir que cruza por ahí, y quiero decir también que se va por el río del tiempo y de la vida hacia otra vida, hacia otro tiempo.

Vemos el paso de la gente, y no la vemos. Son sombras, igual una a la otra. La misma sombra todas, se diría. Y sin embargo cada hombre y cada mujer, cada niño y cada anciano, lleva dentro de sí una luz que no miramos, la de su propia historia, irrepetible; la de su propia vida, única y diferente a las demás.

De esa vida, de esas vidas, tratan estas páginas. Las historias que pasan por esta plaza de almas son todas verdaderas. Tienen la verdad de la vida, tan mentirosa a veces. Tratan del amor y de su vecino más cercano, el odio. Tratan de minucias enormes; de lo mucho que sucede cuando parece que no sucede nada. Aquí se habla de celos, de venganzas, de adulterios, y se habla también de la entrega absoluta de quien ama, de su ternura y su invencible fe. Se habla de la risa y la lágrima; de los recuerdos y las esperanzas; de la desdicha y la felicidad...

Se habla, en fin, de la vida. Y de la muerte, su vecina más cercana. Nada sabemos acerca de una y otra; las dos son misterios ante los cuales deberíamos callar. Pero si la muerte es silencio, la palabra es vida, y la decimos para conjurar la noche y el olvido.

Entrego este libro a mis cuatro lectores.

Eso significa que te lo entrego a ti.

Quizá en él te encuentres.

Yo, que siempre ando perdido, me hallé en él.

ARMANDO FUENTES AGUIRRE, *Catón*

En Saltillo, Coahuila.

Otoño de 2014

EL RINOCERONTE

Hombre misterioso era aquél. Vestía con elegancia cuidadosa: traje de casimir inglés príncipe de Gales; chaleco; reloj de bolsillo con leontina; corbata de moño; calzado de charol y un finísimo sombrero Stetson de esos que la gente llamaba “de cinco pores”, pues su cintillo interior estaba marcado con cinco X.

Se hospedó dicho señor en una de las dos posadas existentes para alojar a los viajeros de comercio, únicos forasteros que a aquel pueblo llegaban. Su nombre —Juan González— nada dijo al dueño de la hospedería, ni tampoco la procedencia del recién llegado: “Interior de la República”. En el apartado correspondiente a “Ocupación” escribió el hombre: “Financista”, actividad desconocida en el lugar.

Metódico era el huésped. Se levantaba muy temprano y salía a caminar por las calles recién amanecidas. Volvía a poco y tomaba su almuerzo —el mismo siempre, de migas con huevo, frijoles y café— en la fonda de la posada. Luego se encerraba en su habitación y ahí pasaba las horas hasta que llegaba la de comer. Daba cuenta con apetito bueno de la comida del día; al terminar bebía una copa de coñac, lujo que los demás viajeros no podían darse, y en seguida se retiraba a dormir la siesta. Cuando caía la tarde salía otra vez a deambular; tornaba a la posada; cenaba con moderación, y a dormir. Al sonar las 9 de la noche en el reloj de la administración se apagaba la luz del cuarto de aquel sujeto extraño.

La misma rutina día tras día: los mismos paseos por los mismos sitios; la siesta, siempre de igual duración; los alimentos a sus horas, y aquella clausura en su cuarto por las mañanas, durante las horas que los demás viajeros ocupaban en visitar a su clientela. Ese señor a nadie visitaba; con nadie tenía trato. El dueño de la posada, curioso como todos los de su oficio, intentó alguna vez trabar conversación con él a fin de averiguar a qué se dedicaba. Empeño inútil: el hombre respondió con vaguedades; eludió cortésmente la conversación y luego se marchó dejando con la palabra en la boca a su interlocutor.

Así pasó, completa, una semana. Llegó el viernes. Ese día, contra su costumbre, el individuo salió a media mañana de su habitación. Al posadero le llamó la atención aquella salida inesperada e hizo que el muchachillo de los mandados lo siguiera. A poco volvió el hombre, pagó lo correspondiente al alquiler de la semana y a los alimentos, y luego avisó al dueño que seguiría ocupando el cuarto que le tenía destinado.

El mandadero dio a su amo cumplida relación de su encomienda. Había seguido al señor hasta el banco. Ahí lo vio sacar del bolsillo de su chaleco cinco relucientes centenarios que cambió por un buen montón de billetes de varias denominaciones. Se

quedó boquiabierto el posadero: su huésped, entonces, era hombre de posibles, y aun rico. Eso de tener centenarios era detalle muy revelador, y más si las monedas de oro las cambiaba por billetes para el gasto corriente. ¿Quién era aquel extraño personaje? ¿Qué hacía? ¿De dónde su riqueza? El de la posada comentó el caso con su esposa, mujer que siempre tenía explicación para todo, y no acertó la señora a imaginar el giro a que se dedicaba ese Crespo que usaba centenarios como moneda cotidiana.

¿De dónde sacaba esas monedas? se preguntaba el posadero. A él no le hizo ningún depósito. Ganas le vinieron un día de entrar furtivamente en la habitación del acaudalado visitante para buscar entre sus pertenencias ese tesoro de doradas monedas, al parecer inagotable. Pero lo asaltó, si no el escrúpulo de la honradez —no se fijaba en esos tiquismiquis—, sí el miedo a la furia del potentado.

Tal temor, sin embargo, no fue suficiente para frenarlo en otro empeño. Ya sabemos que el rico huésped se encerraba todas las mañanas en su cuarto. ¿Qué hacía ahí? Un día el posadero ya no se pudo contener. Con pasos tácitos entró en la habitación vecina de la del caballero; acercó una silla a la puerta que unía los dos cuartos; trepó a la silla y se asomó por el postigillo superior. Lo que vio lo dejó maravillado.

En este punto me gustaría poner “Continuará”. Eso vendría de perlas, pues los lectores tendrían que preguntarse qué fue lo que vio el posadero. Con ese pensamiento andarían fatigados y alguno quizá hasta perdería el sueño. Pero sucede que apenas voy a la mitad del relato. Así, me veo en la necesidad de continuar. Y continúo.

Lo que vio el posadero fue esto: el extraño señor sacó de abajo de la cama una maleta de negro cordobán atada con una recia cuerda; desató los nudos; abrió la tal maleta y sacó de ella un artilugio o máquina semejante a una de esas victrolas de cuerda que hacía tiempo habían estado en uso. Puso la máquina sobre una mesilla que estaba en el centro de la habitación. En seguida extrajo de la misma maleta unos cucuruchos de papel que colocó por orden de tamaño al lado la máquina. Luego abrió la tapa del aparato, con lo cual dejó al descubierto un extraño mecanismo formado por cilindros, engranes, poleas y una manivela. Tenía también el aparato unos agujerillos a manera de pequeños embudos. Procedió a abrir los cucuruchos el señor y fue vertiendo en cada agujerillo unos polvitos de diferentes colores. Después de un rato de espera, que midió echando varias ojeadas a su reloj, empezó a hacer girar con lentitud la manivela.

Si desde su atalaya el posadero había visto muy intrigado todo aquel procedimiento misterioso, al ver el resultado de esos movimientos estuvo a punto de perder el sentido y venir al suelo con estrépito desde lo alto de su observatorio. Y hubiese sido eso muy explicable. Lo que vio habría dejado suspenso y aun estupefacto al más flemático observador. Lo que aquel personaje estaba haciendo era oro. El dueño de la posada no podía creer lo que sus ojos miraban por el postigillo de la puerta: el hombre hacía girar con lentitud la manivela; daban vuelta unos cilindros; se escuchaba el leve ruido de los engranajes y luego, tintineantes y refulgentes, iban saliendo de la máquina aquellos preciosos centenarios de oro. Terminó el personaje su labor, puso en una bolsita las cinco

monedas que había fabricado, metió en la maleta la extraordinaria máquina hacedora de monedas y la ocultó debajo de la cama.

Ya no quiso ver más el posadero. Sin hacer ruido bajó de la silla que le había servido para espiar al sujeto y salió del cuarto. ¡De modo que el individuo aquel era un delincuente, un monedero falso! Ahora se explicaba su riqueza, aquella profusión de centenarios que cada viernes cambiaba en el banco por billetes. ¿Debería denunciarlo a las autoridades? No, pensó entre sudores. Seguramente el hombre se libraría del peso de la ley con sus monedas, y luego se vengaría de él. O si no vendrían sus cómplices —que desde luego los tendría en algún lado— y le darían el premio que se da a los soplones. ¿Qué hacer, entonces?

Decidió hablar con el falsificador, echarle en cara su delito y exigirle que de inmediato saliera del hotel. No lo denunciaría, pero tampoco podía él comprometerse ni comprometer el prestigio de su establecimiento. Así, aquella tarde, cuando el hombre dejó su habitación para emprender la diaria caminata que solía, el posadero le pidió que lo acompañara a su despacho. Ahí le dijo con perentorio acento:

—Caballero: hoy mismo deberá usted dejar este hotel.

—¿Por qué? —se sorprendió el sujeto—. He pagado puntualmente mi hospedaje, lo mismo que el monto de mis alimentos.

—Así es —reconoció el dueño de la hospedería—. Pero su presencia en esta casa es un riesgo para mi negocio y para mí.

—¿Puedo saber por qué? —inquirió el rico personaje.

—Se lo diré —replicó el posadero—. Pero esté tranquilo: no lo voy a denunciar. Éste es asunto entre usted y la justicia. Yo en esos problemas no me meto. Pero sí cuido del prestigio de mi posada. Y usted no puede seguir en ella porque es monedero falso.

—¿Yo monedero falso? —repitió el hombre con expresión de asombro—. No entiendo.

—Fuera fingimientos —se molestó el de la posada—. Lo vi esta mañana fabricando centenarios falsos en esa máquina que tiene. Yo no puedo hospedar aquí a un falsificador de moneda.

—Ah, ya veo —dijo el señor—. Amigo mío: está usted muy equivocado. Fabrico centenarios, eso es cierto, pero no son falsos. Los hago de oro puro, como los de la Casa de Moneda, y tienen el mismo valor que los legales. Y si no me lo cree venga conmigo.

Sin acertar a resistirse fue el posadero tras del personaje hasta su habitación. Sacó el huésped la bolsita donde había guardado los centenarios recién hechos y le dijo:

—Éstas son las monedas que me vio usted hacer. ¿Tiene un joyero de confianza?

—Sí —respondió el posadero—. Mi compadre y amigo don Marcial.

—Vamos con él —propuso el otro.

Fueron a la relojería y joyería de don Marcial, frente a la plaza. Ahí el posadero le pidió a su compadre que le dijera si el centenario que le mostraba era auténtico o falso. Tomó la moneda don Marcial, la examinó con experta mirada y luego practicó en ella la

prueba del aguafuerte.

—Esta moneda es de oro —sentenció—. Es un auténtico centenario.

¡De modo que las monedas que hacía el misterioso personaje eran de auténtico oro y no falsas! El posadero estaba estupefacto. ¿Qué polvos serían aquellos que el hombre utilizaba para fabricar sus centenarios y de dónde habría sacado aquella máquina maravillosa capaz de producir monedas tan legales como las que hacía el gobierno? Quien poseyera una máquina como ésa, pensó el hospedador, podría hacerse rico, inmensamente rico.

—Perdone, usted, señor —se disculpó con el personaje—. Si lo acusé de ser falsificador de moneda fue porque...

—Ni me diga —lo interrumpió el caballero con una sonrisa de comprensión—. Tuvo usted causa para pensar así. Pero ahora ya sabe que no soy monedero falso. Lo es quien fabrica moneda falsa, y las que yo elaboro son auténticas. El banco me las cambia sin problema.

—Permítame usted desagraviarlo —solicitó el dueño de la posada—. Le invito una copita en el casino.

El rico señor aceptó la invitación. No era desagraviar al personaje lo que buscaba el invitante. Quería darse maña para averiguar qué máquina era aquella y dónde la había hallado su rico huésped. Llegados ya al casino, y luego de que bebieron no una copa, sino dos, y aun tres, el posadero hizo la pregunta:

—Y esa máquina, señor, ¿de dónde la sacó?

—Yo mismo la hice —contestó el hombre.

Juntó sus fuerzas todas el de la hospedería y arriesgó:

—Y... ¿no la vende?

—¿Venderla? —exclamó el forastero—. ¡Desde luego que no! De ella vivo; por ella soy rico. ¡Vender mi máquina! ¡Vaya ocurrencia, amigo!

—Dígame cuánto cuesta y se la compro —insistió el posadero—. Usted podría hacerse otra. Le pago lo que quiera.

—No, mi amigo —repitió el potentado—. Máquinas de ésas no se venden. Y perdone, pero quisiera ya volver a la posada.

No insistió más el solicitante. Ese día. Al otro repitió la instancia. Nueva y terminante negativa. Y al día siguiente otra vez, la misma demanda y la respuesta misma.

Pero tanto repitió su solicitud el posadero que, quizá cansado por la insistencia, una tarde le dijo el visitante:

—Déjeme pensarlo.

Esa noche no pudo el posadero conciliar el sueño. Por la mañana ¡oh fortuna! le dijo el hombre que sí le vendería la máquina. Pero no era barata, le advirtió.

—¡Lo que cueste! —manifestó el de la hospedería sin cuidarse de ocultar su ansiedad—. ¡Usted nada más dígame!

—La máquina —replicó el dueño del artificio— le cuesta tanto.

El posadero se fue casi de espaldas. Aquélla era una cantidad exorbitante. Eso le había costado la posada cuando la compró de su anterior propietario. Pero —pensó rápidamente— la posada no dejaba lo que aquella máquina le podía dejar. Con un centenario que fabricara cada día, uno nada más, se haría rico en poco tiempo. Así que antes de que el señor se arrepintiera le dijo:

—Acepto. Mañana mismo tendrá usted su dinero.

—Muy bien —contestó el hombre—. Y mañana mismo le entregaré la máquina y lo enseñaré a usarla.

Así se hizo. El posadero fue al banco. Ante el asombro del gerente, retiró todos los fondos que tenía y se los llevó en efectivo, pues así se lo había pedido aquel señor. Le puso en las manos los sacos llenos de billetes y luego le pidió que le entregara la máquina y le enseñara su uso.

—En eso quedamos —reconoció el personaje.

Y sacó la máquina de abajo de la cama.

El posadero no podía creer en la buena fortuna que le había llegado como por milagro. ¡Cuántas circunstancias de azar se combinaron para poner la riqueza en su camino! Primero, que aquel señor tan rico llegara a su posada, y no a la de don Fortino, su competidor. Luego, haber descubierto que el señor tenía una máquina de fabricar monedas de oro. Y por último —lo mejor de todo— que el misterioso personaje accediera a venderle aquel aparato portentoso. Muy caro se lo había vendido, ciertamente, pero en unos cuantos días recobraría lo que pagó por él. Todo era cosa de ponerse a sacar aquellos centenarios refulgentes que de la máquina salían como chorizo de la choricera.

Y ahora el inventor del artilugio iba a enseñarle su manejo. Con solemnidad abrió el hombre la maleta donde tenía la máquina, la extrajo con movimientos cuidadosos y la puso sobre la mesa, en el centro de la habitación. Tomó en seguida los cucuruchos de polvitos mágicos con los cuales alimentaba al aparato y procedió a impartir a su discípulo la primera lección de aquella fantástica enseñanza: cómo fabricar oro.

—El secreto —empezó a decir con voz lenta y solemne— no reside en estos polvos. Éste es simple limadura de hierro. Este otro es pura ceniza de carbón. Éste es azufre común, que se consigue en las ferreterías. Pero para transmutar la materia lo primero que se necesita es materia. Estos polvos son simplemente eso: la materia primaria que la máquina necesita para transformarla. Igual podríamos ponerle arena del arroyo; el resultado sería el mismo: oro.

—Entonces —se atrevió a preguntar el posadero—, ¿en dónde está el secreto?

—En la máquina —contestó el hombre—. Y usted ya es dueño de ese secreto, puesto que es ya propietario de la máquina. Simplemente ponga un poco de cada polvo en estos depósitos y luego haga girar la manivela. Vamos; hágalo, para que vea que el manejo de la máquina no presenta la menor dificultad.

Hizo el posadero según el otro le decía. Vertió los polvitos en los embudos que la

máquina tenía y luego, lleno de nerviosidad, empezó a hacer girar la manivela.

—No tan aprisa —le advirtió el señor—. El movimiento debe ser más lento... Así.

Obedeció el posadero y ¡oh prodigio! De repente apareció un centenario de oro por entre los cilindros de la máquina; botó en la mesa y cayó al suelo con ese ruido tintineante que sólo puede hacer una moneda de oro. Presuroso iba el posadero a recogerla, pero el sujeto lo detuvo.

—No deje de dar vueltas a la manivela. El movimiento ha de ser continuo, para que no se interrumpa dentro de la máquina el proceso de fabricación. Después recogeremos la moneda que cayó. Ahora mismo van a salir más.

En efecto: uno tras otro salieron otros cuatro centenarios, lucientes como el sol.

—Cinco son —contó el hombre—. Muchos más podrían salir, pero no conviene forzar la máquina. Con cinco monedas diarias es más que suficiente. Tal es la cantidad que recomiendo, a menos que vengan tiempos de necesidad. Pero en ningún caso, nunca, haga más de 20 centenarios cada día.

El hospedero oía aquellas palabras como en sueños. ¡Veinte centenarios cada día! En poco tiempo sería dueño de una riqueza fabulosa. Podría comprar todo el pueblo, si se le antojaba. De sus ensoñaciones lo sacó súbitamente la voz del personaje:

—¿No tiene, usted, entonces, ningún problema para manejar la máquina?

La pregunta sacó al posadero de sus ensueños de riqueza.

—Ninguno —respondió—. Es muy sencillo su funcionamiento.

—¿Se da entonces por satisfecho con el trato que hicimos? ¿No encuentra en él dolo, o algún otro vicio de la voluntad?

—Perfecto es nuestro trato, señor mío, y lo agradezco. Cara es la máquina que me vendió, debo decirlo, pero al final de cuentas nunca es cara una máquina que sirve para hacer oro. Le doy las gracias por haber accedido a venderme el prodigioso mecanismo de su invención.

—Y yo me doy por bien servido, amigo mío, con sus finezas y atenciones. Permítame usted entonces que dé por terminada mi estancia en su excelente alojamiento. Me dispongo a salir de la ciudad. Le ruego haga venir un carro de sitio que me lleve a la terminal de los autobuses. Y un último favor he de pedirle: permítame conservar como final recuerdo los cinco centenarios que mi máquina, ahora de su propiedad, hizo hoy.

Algo le dolió al posadero aquella petición. Las monedas fueron hechas cuando él ya había pagado el precio de la máquina, de modo que los centenarios, en buen derecho, le pertenecían. Pero ¡bah! pelillos a la mar. ¿Qué eran cinco centenarios comparados con los centenares de centenarios que él iba a hacer después? Accedió, pues, a la demanda de su huésped y fue a cumplir el encargo de conseguir un coche.

Llegó el de punto; el posadero acompañó al misterioso personaje hasta él y se despidieron los dos con un estrecho abrazo. Se acomodó el caballero en el asiento de atrás e hizo con la mano un movimiento final de despedida. Ya iba a arrancar el coche cuando el hombre detuvo al conductor.

—Amigo mío —dijo al posadero—, olvidaba decirle un detalle relacionado con la operación de la máquina. Es un detalle nada más, pero no deja de tener cierta importancia. Desde luego ya sabemos que sólo usted tiene poder para hacer funcionar el aparato. Nadie más podrá hacerlo trabajar. Y aquí viene el detalle: cuando maneje usted la máquina no se le ocurra pensar en un rinoceronte. Por alguna razón que desconozco, si el operador de la máquina piensa en un rinoceronte al estarla manejando, el mecanismo ya no producirá monedas. Así pues, aparte usted a los rinocerontes de su pensamiento cuando vea el aparato, se acerque a él o haga girar la manivela —cuya forma, por cierto, recuerda la cola de un rinoceronte—, pues entonces la máquina ya no funcionará. Dicho lo anterior, amigo mío, me despido de usted. Con su permiso. Ahora sí, conductor: vámonos.

La historia, larga, que acabo de contar, tiene un final muy corto. Obvio es decir que el desdichado posadero no pudo nunca hacer que funcionara la mágica invención. Siempre que se acercaba al artilugio se le dibujaba en la mente, como una maldición, la imagen de un rinoceronte. ¿Cuándo había pensado él en rinocerontes? En su vida. Pero desde que el hombre le dijo aquel detalle de la máquina, siempre que intentaba hacerla funcionar veía en la imaginación a un rinoceronte. Y la máquina, claro, no funcionaba ya. Jamás volvió a salir de ella un solo centenario. El posadero, sin embargo, nunca aceptó que aquel sujeto lo hubiera estafado; ni reconoció jamás que su ambición y su necedad lo habían hecho víctima fácil de un ingenioso engaño. La máquina era buena, sostenía. La culpa de que no fabricara oro la tenían aquellos rinocerontes maldecidos.

OBNUBILADO

El verbo “obnubilar”, tan poco usado, es una de las primeras palabras que recuerdo haber oído.

Por calle de La Fuente vivía doña Panchita. ¿Alguien habrá que la recuerde? Su casa estaba cerca de la esquina con Bravo, en la acera del lado norte. Paso por ahí a pie algunas veces —las calles de Saltillo son para andar a pie, si bien las aceras no— y me detengo en ella. La casa está abandonada y amenaza ruina. Pero en aquellos años era una hermosa morada saltillera. En la sala había un piano vertical, muebles de Viena y una alfombra muy grande, roja, con motivos de oriente.

Doña Panchita era gorda. Muy gorda. Era gordísima. Al sentarse en el confidente (así se llamaba un sofá donde cabían dos) el pobre mueble gemía con desesperación. Apenas podía caminar doña Panchita. Cuando iba a la cocina a traer el chocolate parecía una nave de alta borda cruzando a todo trapo la mar oceáno. Debía usar bastón doña Panchita para sostener la robusta fábrica de su profusa anatomía.

Pero no era su gordura lo que llamaba más mi atención de niño, sino su peinado, extraña construcción que se alzaba tres palmos o más sobre su cabeza; complicada

arquitectura llena de barroquismos; rulos que se metían los unos en los otros en rara trigonometría; rizos que caían sobre la frente; “pescaguapos” que ornaban ambas sienes, y por la nuca un gran molote detenido por dos agujas puestas en forma de equis.

A doña Panchita le gustaba el arte. Gorda y todo, sentía las cosas del espíritu. Del arte, lo que más le gustaba era la declamación. Ella no declamaba, no —era demasiado señora para eso—, pero gustaba de oír aquellas cosas que le sacaban hondos suspiros y hacían retemblar su busto colosal igual que un Matterhorn de gelatina: “Las Abandonadas”, de Julio Sesto; “Cobardía”, del poeta nayarita Amado Nervo; “Los Motivos del Lobo”, de Rubén Darío...

Doña Panchita recibía en su casa todos los jueves por la tarde. Recibía a dos o tres “amiguitas” —así las presentaba ella—, señoras de su edad, antiguas compañeras suyas en el colegio de La Purísima; recibía a dos señores ya maduros; el uno licenciado; el otro que se presentaba ceremoniosamente diciendo su nombre y añadiendo siempre las palabras “comerciante y comisionista”; recibía a varios jóvenes —ellos y ellas— de los cuales uno tocaba el piano, cantaba la otra, recitaba la tercera y el último sabía poner juegos de prendas que divertían mucho a la concurrencia:

—A’i va un navío cargado cargado de...

El licenciado que dije era soltero. Mejor dichas las cosas, solterón, pues su edad pasaba ya de los 50. Reinaba sobre la tertulia; la presidía. Doña Panchita, señorita de edad, y sus “amiguitas”, soltera una y viudas las otras dos, lo trataban con respetuosa unción. Pero si algún osado hubiera dicho que cualquiera de ellas alentaba secretas intenciones en relación con el abogado, todas hubieran puesto el grito en el cielo: aquellas tertulias eran de arte, y quien mirara en ellas otros fines era un malvado indigno de consideración.

Aquel señor licenciado era alto y seco, y circunspecto, y grave. Todo lo que decía era sentencia contundente.

—El jitomate está muy caro.

La frase sonaba en sus labios como en los de Justiniano debe haber sonado el *Digesto*, o las *Siete Partidas* en los de Alfonso el Sabio.

Y sin embargo no era tenido en mucho por los de su profesión. Hacían burla de él; decían que no sacaba a un borrachito de la cárcel ni pagando la multa. Pero en la tertulia de los jueves las damas asistentes —doncellas muy maduras unas, y viudas ya las otras— lo miraban con arrobamiento. Ellas no sabían de Digestos o Partidas, de procedimientos civiles o penales. Ellas sabían nomás que el licenciado, a sus 50 y tantos años de edad, era soltero.

Y sucedió que un día —aciago día— aquel santo señor soltó una bomba en la pacífica merienda de los jueves. Después de toser para aclararse la garganta se puso en pie (así lo requería la ocasión) y anunció que se iba a casar. Quería compartir la fausta nueva —dijo— con toda la tertulia.

¡Dios santo! Aquello fue como si hubiera caído un rayo en mitad de la sala, con daño

para personas, muebles y cuadro de Jesús en el Huerto de los Olivos. Doña Panchita se quedó sin habla, cosa que raras veces sucedía. Las demás mujeres se miraron las unas a las otras. Se hizo un hondo silencio que el joven que declamaba aprovechó para insinuar que quizá sería apropiado recitar la bonita poesía “En paz”, de Amado Nervo. Nadie acogió la idea. Nerviosas, las damas se levantaron para felicitar con abrazos distantes al licenciado y desearle felicidad en la nueva vida que iba a emprender. Agradeció él los parabienes y manifestó que todos los presentes recibirían con oportunidad “el pliego invitatorio”. Así dijo: “el pliego invitatorio”; no “la invitación”.

Dejó de ir el añoso galán a la tertulia de los jueves. Y qué bueno —decían las señoras— pues se había sabido que el licenciado, tan juicioso que se veía, tan respetable, se iba a casar con una muchachilla 30 años más joven que él; morenilla —muy morena—, y al parecer vecina de la colonia González, donde todos eran protestantes, qué barbaridad.

Siguieron las tertulias, desde luego, aunque con menos damas asistentes, pero ya no hubo cantos ni recitaciones. Todo se iba en hablar del abogado y su noviazgo peregrino. Un día Jacobita se atrevió a decir en voz baja, pero que todos alcanzaron a oír:

—¡Viejo ridículo!

Sic transit gloria mundi... El rey de la tertulia era objeto ahora del general desdén, y más cuando el joven que declamaba llegó con la noticia de que había visto al licenciado con su novia.

—¡Cuenta, cuenta! —pidieron a coro las mujeres.

Era la novia, empezó el estudiante, una muchacha —lo que sea de cada quien— muy guapa. Bajita, de buenas proporciones. ¿Que era prietita? Sí, pero con grandes ojos negros y una melena bruna (recordemos que quien hablaba era declamador) que le llegaba más abajo de la cintura. Los hombres estaban encantados con la etopeya que hacía el joven que declamaba, pero las damas se sentían incómodas, y Jacobita se atrevió a decir en voz baja, pero que todos alcanzaron a oír:

—¡Se le está haciendo agua la boca al tarugo éste!

De lo que cuento hace ya casi medio siglo y no sé si Jacobita hablaba de quien decía eso o de quien esto escribe.

Agonizaba la tertulia de doña Panchita. Triste andaba ella, y triste se veía su casa —por De la Fuente, entre General Cepeda y Bravo— con la ausencia de los acostumbrados contertulios. Se iba a casar el licenciado, adorno de esas reuniones. Ante la noticia de sus desposorios huyeron como golondrinas las maduras doncellas y las viudas que habían hecho su ídolo del otoñal galán.

Se iba a casar el licenciado, sí. Dejaba frustradas muchas secretas esperanzas. Y eso no era lo peor. Lo pésimo era que se iba a casar con una muchachilla de las de tres al cuarto; de baja condición y vaya usted a saber de qué familias.

Pero ¡ah sorpresas que nos da la vida! Un cierto jueves se apareció de pronto el licenciado en la tertulia de Panchita. No era el mismo de siempre: vestía con descuido y se veía azorado. Lo recibió doña Panchita con cierta frialdad, pero sin mengua de la

buena educación aprendida en el colegio La Purísima. Y es que ella no sabía a qué atenerse. ¿Porqué volvió el licenciado? ¿Estaba casado o no? ¿Qué había sucedido?

Una de las presentes salió con el pretexto de saludar a una amiguita que iba pasando por ahí. Nada: iba a avisarles a las demás señoras, vecinas muy cercanas, que el licenciado estaba en casa de Panchita. Se polvearon más que de prisa todas; se pusieron vestido de salir y en 15 minutos ya estaban juntas otra vez en la tertulia, como en los viejos tiempos. Ardían en deseos de saber lo sucedido con el inesperado visitante.

—Y... ¿cómo le ha ido, licenciado? —se atrevió a preguntar por fin doña Panchita.

Y entonces el abogado narró su triste historia.

No se había casado. Su noviazgo fue un fiasco, un vil engaño. Aquella muchacha resultó ser una chiquilla veleidosa que, movida por sus padres, se aprovechó de la afición y afecto que inspiró en el licenciado para obtener regalos y disfrutar paseos. Ella y toda su parentela, que no era nada protestante, sino muy católica y por lo tanto numerosa —papás, abuelo, hermanos, tíos, sobrinos, primos, con sus compadres y ahijados—, exprimieron bien y bonito al abogado. En unos meses le vaciaron la escarcela. Fiestas, jiras campestres, serenatas, todo por cuenta del obsequioso novio. Una muy fuerte cantidad entregó el cándido amador para las donas; otra para ir comprando muebles; y ella no le daba ni la mano (aquí se ruborizaron las señoras), y se mostraba esquiva en veces, y al otro día coqueta; y más lo animaba con sus dengues y carantoñas; y él aflojaba más la bolsa.

Un buen día —muy malo, mejor dicho— la novia desapareció de pronto. Los papás le informaron al abandonado, sin mucha pena, que su hija se había “juído” con un muchacho de su edad. Quén sabe ’ónde andarían... Todo perdido: dinero; regalos; todo... Hasta las ilusiones... No le quedó al licenciado como recuerdo de aquel amor tardío más que un pañuelo con su nombre que la muchacha había bordado para él —así le dijo— con hebras de sus cabellos. Mentira; vil mentira. Ni ella bordó el pañuelo, sino una costurera que cobraba, y las pretendidas hebras de cabello eran hilo negro de La Cadena. ¡Ah, mujeres!

¿Qué había sucedido con el licenciado? ¿Cómo pudo ser posible que a su edad, y con su claro juicio, hubiera caído en las manos de aquella coqueta? No es lo mismo caer en los brazos de una mujer que caer en sus manos. El culto abogado había caído en las manos de aquella pérfida, y en las peores aún de su familia.

¡Qué triste se veía el infeliz! Andaba pesaroso, atribulado. No sólo no había logrado su esperanza de unir su vida a la de aquella que tenía de linda lo que tenía de alevosa: también había sido burlado por ella como incauto. Ya se soñaba él, en sus noches de solitario solterón, gozando los encantos de la vida familiar y los encantos —más atractivos todavía— de la chica. ¡Cuántas veces en sus nocturnas fantasías había imaginado, encendido por la vergüenza y el deseo, las ocultas morbideces de su futura esposa! Y he aquí que después de atraerlo con sus coqueterías, y de traerlo y llevarlo como títere, y de mentirle falsas esperanzas, la perjuración se había ido con otro. Si siquiera

—razonaba el abandonado— lo hubiera cambiado por un juez de Primera Instancia, por un agente del Ministerio Público, por algún colega de la profesión, la cosa no habría sido tan pesada. ¡Pero por un peladillo que andaba en bicicleta y se ponía cinchos en las perneras del pantalón para que no se las cogiera la cadena del biciclo! Aquello era un crimen con todas las agravantes.

Pasaron algunas semanas y en la tertulia alguien consideró que era llegado el tiempo de interrogar al licenciado sobre el caso. Seguramente el dolor de su abandono había cedido ya. La comisionada para preguntar fue Panchita, la dueña de casa.

—Y díganos, señor licenciado —le preguntó una tarde como quien no quiere la cosa—, ¿por qué se puso de novio con aquella chiquilla que no lo merecía ni era de su misma condición? ¿Por qué cayó en amores con semejante coqueta, y la hizo su novia, y hasta pretendió desposarla en matrimonio?

—Señora mía —respondió el licenciado con voz magnilocuente y abriendo los brazos como los oradores—. ¡Estaba obnubilado!

“Obnubilado”. Así dijo aquel jurisconsulto. Los tertulianos se vieron entre sí y ya no preguntaron más, no sé si por discretos o porque no entendieron la palabra.

Yo estaba ahí, pues mi mamá solía llevarme a la tertulia de doña Panchita —por calle de La Fuente, entre General Cepeda y Bravo—, y escuché aquella palabra sonora. No la entendí, claro —entonces entendía nomás palabras como “perro”, “gato”, “canicas” y “correr”—, pero vaya usted a saber por qué se me grabó la palabreja. Un día dejé anonadada a la señorita Amador, maestra de tercer año en el colegio Zaragoza.

—¿Por qué le diste una guantada a ese niño, Armando?

Recordé la pregunta que le hicieron al licenciado en casa de doña Panchita. Había salido del paso ese señor tan importante mediante el uso de aquel vocablo que al parecer tenía poderes mágicos para disipar tormentas.

—Señorita —le respondí—, estaba obnubilado.

La señorita Amador abrió la boca, estupefacta, me miró con mirada de aprensión y ya no dijo nada. Me dijo solamente:

—Siéntate y no lo vuelvas a hacer.

Había funcionado el mágico conjuro. De modo que ya lo saben ustedes, lectores míos: cualquier despropósito en que incurra yo, sea de palabra o sea de obra, tendrá su explicación: estaba obnubilado.

LOS SUEÑOS DE LA GENTE

Permítanme decirles qué hice en la madrugada del pasado martes 16 de julio. El reloj marcaba las 5 de la mañana, hora en que usualmente da principio mi día. Era el de la Virgen del Carmen, y encendí una pequeña vela en recuerdo de mi madre, que se llamaba Carmen. Tan bello nombre significa al mismo tiempo jardín, poema y viña. Mi

abuela Liberata, mamá de mi mamá, llevó siempre el bendito escapulario de la Virgen. Quien lo portara en la hora de la muerte no la tendría eterna. Eran los tiempos en que las muchachas prometían vestir durante un mes —o dos, o tres— el hábito, color café, del Carmen, para que la Señora les cumpliera algún anhelo de esperanzado amor desesperado.

Ese día llegó también a mi memoria la memoria de don Carmen, el hortelano de la pequeña huerta que al sur de la ciudad tenía mi señor abuelo. Era el fiel servidor hombre ya viejo, o al menos a mí me lo parecía, aunque debe haber tenido apenas 50 años. Viudo en su juventud, no volvió a tomar estado; llevaba vida solitaria, sin salir de su casa más que para ir a la misa de alba en el templo de San Juan Nepomuceno, y al rezo del rosario por las tardes. Todos sus afanes se centraban en el cultivo de aquel pequeño solar que por su cuido rendía generosos frutos: perones de cristal, rosas color de rosa, lechugas más frescas que una lechuga...

Sucedió que cerca de la huerta se estableció una panadería. Los dueños eran dos hermanos, hombre y mujer, solteros ambos. Él hacía el pan; ella lo despachaba en el mostrador. Tendría esta muchacha unos 30 años, lo cual en aquel tiempo equivalía a no ser muchacha ya, sino quedada. Solterona, como antes se decía. La vio una tarde el hortelano, camino del rosario, y le nació una gana súbita —jamás la había sentido— de comer pan todos los días. Don Carmen era tímido, poco avezado a los usos mundanales, y ni con la mirada se atrevía a rozar a la lozana panadera, mujer en plenitud de formas y de vida. Pero una mañana se atrevió a verla a los ojos, y vio que ella lo veía también. Eso lo animó a dirigirle al día siguiente unas palabras de saludo, a las que ella respondió con amabilidad.

Pasó un par de meses. Tras verla y saludarla cada día, después de pensar mucho las cosas, don Carmen venció con dificultad su timidez, y le dijo por fin, temblando, estas palabras:

—Fíjese usted, Lupita —así se llamaba la muchacha—, que anoche tuve un sueño.

—¿De veras, don Carmen? —se interesó ella—. Y ¿qué soñó usted?

—Soñé —dijo el hortelano jugándose la vida— que le pedía que se casara conmigo.

Ella no respondió. Esbozó nada más una sonrisa vaga, como la de la Gioconda —toda mujer, hasta una panadera, es capaz de sonreír igual que la Gioconda—, y sin decirle nada le entregó su pan al hombre.

No supo él qué pensar. Aquella noche no durmió. Se la pasó cavilando si aquella sonrisa fue de burla, de conmiseración. Oscuros pensamientos le llegaron. Había sido una locura poner los ojos, a su edad, con su pobreza, en aquella muchacha tan joven, tan hermosa, tan bien acomodada. Se propuso no volver nunca a la panadería; dejaría la huerta para ir a vivir en otro rumbo de la ciudad.

Sólo por la fuerza de la costumbre asistió ese día a misa. De regreso pasó por la panadería y vio a Lupita. Decidió entrar a despedirse de ella. Antes de que él le hablara ella le habló.

—Buenos días, don Carmen —le dijo—. ¿Recuerda usted el sueño que tuvo la otra noche?

—Sí, lo recuerdo bien, Lupita —pudo apenas responder el hortelano.

—Pues fíjese —le dijo la muchacha— que anoche yo tuve otro sueño.

—¿Qué soñó usted? —preguntó don Carmen trémulo de alma y cuerpo. Respondió la muchacha con sonrisa clara:

—Soñé que le decía que sí.

Esa misma noche don Carmen vistió su único traje y se presentó ante el hermano de Lupita.

—Fíjese usted, señor —le relató, ceremonioso—, que su hermanita y yo tuvimos cada uno por su lado un sueño.

—¿Ah, sí? —replicó el hombre—. Y ¿qué soñaron?

Contestó don Carmen:

—Yo soñé que le pedía a Lupita que se casara conmigo, y ella soñó que me decía que sí.

—Pues cásense —dijo entonces sin más el panadero—. ¿Quién soy yo para estorbar los sueños de la gente?

Y se casaron, claro, y fueron muy felices, como dicen los cuentos de los niños.

Me atrevería a decir, cursi que soy, que desde entonces fueron más cristalinos los perones de don Carmen, y más rosas sus rosas, y más clara la sonrisa de la panadera. Si no digo eso es sólo porque los cuentos de los niños tratan de príncipes y de princesas, no de panaderas y hortelanos. Pero el relato me dejó una lección que he guardado para siempre: nadie debe estorbar que se cumplan los sueños de la gente.

LA TÍA AMELIA

¿Merezco yo hablar de mi tía Amelia? No. Y sin embargo hablaré de ella. También diré de cosas como la vida y su compañera muerte, el amor, Dios y la mujer. No debería yo escribir acerca de esos misterios, pero lo hago porque no hay algo más sobre qué escribir. Bien vistas, todas las cosas se reducen a la vida y a la muerte, al amor, a la mujer y a Dios. Lo demás es mera añadidura. Y quizá todas esas cosas son una misma cosa, pero eso sólo lo sabremos al final. En fin...

Este día voy a escribir sobre mi tía Amelia, hermana de mi madre, la mayor. Era una hermosa dama. Tenía los ojos de un vago color indefinido que nunca supe si era azul o verde, o azul verde, o verde azul. De tez muy blanca, su cabello cano le daba distinción.

Era de fino porte la tía Amelia; su comedida compostura hacía contraste con el modo de ser de sus hermanas, sencillas, espontáneas. En aquellos tiempos se decía que la última educación de la mujer es la que le da el marido, y en tanto que los esposos de mis otras tías tenían pasar mediano, el de la tía Amelia era hombre rico y de muy buena

crianza. Se había educado en colegios de paga; había viajado por Europa y tal. Mi tío Arturo era un hombre apuesto; vestía elegantemente; usaba reloj de bolsillo con leontina; fumaba puro. Tenía en la sala de su casa una bella copia de *La Gioconda*. Cierta vecina suya, nueva rica, le preguntó quién era esa señora. Mi tío le respondió, travieso:

—Es mi abuela.

Tiempo después la ricachona hizo el obligado *tour* europeo que los adinerados hacían entonces. A su regreso le contó a mi tío, impresionada:

—Estuvimos en un museo de París, Arturo, y ahí tienen a su abuelita.

Mi tío y mi tía no tuvieron hijos, pero su vida fue feliz. Él atendía sus negocios y sus ranchos; ella hacía vida social. No era iglesiera. Por las mañanas cuidaba de su casa; por las tardes jugaba con sus amigas un novedoso juego que se llamaba canasta uruguaya. Vivían en una ciudad del centro del país. Su vida fue tranquila, sosegada.

Y sucedió que un día mi tío se murió. Eso ocurre siempre, y no tarde o temprano, sino temprano o más temprano. Y otra cosa pasó de la cual no me enteré por mi tía, sino por otras fuentes. O, más bien, por otras Aguirre. Sucedió que la tarde en que el cuerpo de mi tío estaba siendo velado la tía Amelia salió un momento al jardín a respirar el aire fresco. Al otro lado de la calle vio a una mujer que miraba hacia la agencia funeraria sin atreverse a entrar. Vestía de negro; la acompañaban dos niñas y un pequeño.

—Sólo con ver a esas criaturas —contaba después la tía Amelia— supe quiénes eran.

Atravesó la calle y fue hacia la señora, que hizo el intento de alejarse. Ella la detuvo. Le preguntó señalando a los niños:

—Son de Arturo, ¿verdad?

—Sí, señora —respondió la mujer bajando la cabeza, avergonzada.

Le dijo mi tía:

—La única pena que debe usted sentir es por la muerte de él. Usted le dio a mi esposo lo que no pude darle yo. Venga conmigo a llorarlo, y que estos niños lloren la muerte de su padre.

Horas después, al despedirse de ella, la citó para encontrarse al día siguiente en la oficina del notario de mi tío.

—Licenciado —le dijo—, entiendo que soy la única y universal heredera de mi esposo.

—Así es, doña Amelia —confirmó el fedatario.

—Muy bien —dijo mi tía—. Quiero que la mitad de todos sus bienes los ponga usted a nombre de esta señora y de sus hijos.

—Doña Amelia —vaciló el abogado—, usted no tiene por qué...

Lo interrumpió mi tía:

—Haga usted lo que le digo, licenciado. Ésa es mi voluntad.

La madre de los niños, confundida, le tomó la mano para besársela. Mi tía la retiró y le dijo:

—Le agradezco la felicidad que dio usted a mi esposo. Y a Arturo le agradezco la

felicidad que me dio a mí. No tengo queja de él. Lo que hizo lo hizo sin lastimarme.

Y esto es todo lo que, sin merecerlo yo, quise escribir sobre esta mujer tan mujer, la tía Amelia. Me equivoco: esto no es todo. Algo me falta por decir. Ella, los hijos de su marido y la madre se siguieron viendo hasta la muerte de mi tía. La señora le decía “doña Amelia” y los niños le decían “madrina”, pues lo fue de primera comunión de los tres. Se interesaba por saber cómo iban en la escuela; les hacía regalos en sus cumpleaños y en la Navidad; los llamaba “hijos”. La vecina aquella, la nueva rica, la tildaba de tonta. Yo pienso que el perdón jamás es cosa de tontos: es de aquellos que tienen el corazón lleno de amor, y más cuando su perdón llega más allá de la muerte.

EL JOTO

Robertito Guajardo era el joto del pueblo. En aquellos años —los 50 del pasado siglo— Saltillo, mi ciudad, era eso: un pueblo apenas un poco más grande que su catedral. A los homosexuales no se les llamaba así, y menos aún *gays*. Se les llamaba jotos. Y Robertito era el joto del pueblo.

Tenía una afición: el teatro. Su sueño, confesaba, había sido siempre “subir al palco escénico”. De cuando en cuando llegaba a Saltillo el Teatro Tayita, de Blanquita Morones y el Chato Padilla. Robertito alojaba a toda la compañía en la vasta casona donde vivía solo. Así evitaba que los artistas gastaran en hotel durante el tiempo que permanecían en la ciudad.

Una de aquellas veces esas buenas personas, que conocían el sueño de Robertito, quisieron corresponder a su hospitalidad y lo invitaron a actuar con ellos en una función fuera de temporada. Él no podía creer la honrosa invitación: ¡al fin iba a poder hacer lo que siempre había soñado! Le ofrecieron el principal rol masculino en un “potente drama”. Robertito se aprendió de memoria el papel tras estudiarlo día y noche, y luego ensayó concienzudamente la obra con la compañía.

Su personaje era el de un hombre noble, de carácter íntegro, cuya esposa había caído en brazos de un malvado seductor. El marido, para lavar su honra, iba a matarla con un tiro de revólver. Ella, de rodillas, le pedía perdón, pero él se mantenía firme en su propósito homicida. Ya iba a disparar cuando en eso entraba la pequeña hija del matrimonio y les preguntaba a sus padres con sonrisa de ángel: “¿A qué están jugando?” El ofendido esposo, emocionado, abrazaba a la niña y luego la entregaba a su madre al tiempo que le decía volviéndole la espalda: “¡Anda! ¡Vete con tu hija!” Salía la mujer, avergonzada, y él quedaba en escena, solo, sacudido por los sollozos con el rostro entre las manos. Telón lento. Aquello era de mucho efecto.

Llegó el día de la función. La carpa se abarrotó con un público lleno de curiosidad por ver a Robertito Guajardo metido a actor de teatro. Vino la escena culminante.

Blanquita Morones, en el papel de la esposa infiel, cayó a los pies de Robertito y le pidió clemencia.

—¿Por qué me matas? —le preguntó, desesperada.

Robertito irguió toda su estatura y respondió con dramático acento:

—¡Porque soy hombre!

Una estentórea carcajada recibió esa frase. Se oyeron silbidos de burla, risotadas, gritos. “¡Dijo que es hombre!” La representación se interrumpió. Blanquita, desconcertada, no sabía qué hacer. Crecían las risas, las voces de escarnio.

Y entonces sucedió algo. Robertito avanzó hacia el proscenio y se puso frente ante el público. No hizo ningún ademán; no dijo una palabra. Poco a poco la gente dejó de reír y de gritar; sintió seguramente que Robertito iba a decir algo. Y en efecto, Robertito habló.

“Con sus carcajadas y sus silbidos —dijo— me han arrebatado ustedes el momento más bello de mi vida. Pensé, tonto de mí, que la función iba a acabar de otra manera. Ustedes saben bien que siempre he procurado no ofenderlos con mi modo de ser. A nadie nunca le he faltado al respeto. Aun así he sufrido continuamente sus burlas y desprecios. No se los tomo a mal: sé lo que soy. Pero también sé que no tengo la culpa. Así me hizo Dios. Que él los perdone. Yo trataré de perdonarlos también, a pesar de lo que esto me ha dolido, y no les guardaré rencor. Muchas gracias, y buenas noches”.

Se hizo un profundo silencio. Y de pronto estalló una ovación unánime. El público se puso en pie, lleno al mismo tiempo de emoción y de vergüenza, y le tributó a Robertito un aplauso en el que, sin palabras, todos le pedían perdón. Él, sorprendido, se llenó de confusión. Volvió la vista hacia Blanquita, como para preguntarle qué debía hacer. La actriz le indicó que regresara al frente del escenario a agradecer los aplausos. Una señora se acercó a él, le dio una flor y le dijo sinceramente apenada: “Dispénsenos, Robertito”. Un señor de la buena sociedad gritó sin poderse contener: “¡Bravo, Roberto!”

La función, como había esperado él, terminó de otra manera. Ahora, muchos años después, yo también le pido perdón a Robertito en nombre de todos los que a lo largo de su vida lo zaherimos y hostigamos, lo rechazamos y lo hicimos objeto de incomprensión, desprecio y burlas. Hay quienes, Robertito, somos crueles, ignorantes y soberbios. Y ni siquiera podemos decir, como tú, que así nos hizo Dios...

HISTORIA DE UN NIÑO TRISTE

Este amigo mío recuerda el patio de su colegio de niño. Lo recuerda mejor que si lo estuviera viendo: lo recuerda como si lo estuviera olvidando. Se aferra a su recuerdo, entonces, como el náufrago a la tabla de salvación, y así las cosas se le aparecen claras en medio del olvido.

El patio es grande, enorme. ¿Lo es verdaderamente? No. Así lo miraba el niño que ahora está recordando. Sin embargo, ese niño, adulto ya, visitó hace unos días su antiguo

colegio, hoy convertido en asilo para ancianos, y se asombró al ver que el patio se había empequeñecido, siendo que antes ocupaba la mitad del mundo. Acordaos, como decía la oración. Al fondo y en el ala izquierda estaban los salones de clase. Al frente las oficinas. En el lado derecho los cuartitos —así, púdicamente, se les decía a los baños—, y la carpintería donde el señor Vidal, aquel buen señor que en las fiestas escolares tocaba en el serrucho el vals *Recuerdo*, arreglaba los mesabancos. Allá la alberca, reservada únicamente para los internos.

Ah, los internos. ¡Cómo los envidiábamos! Vivían ahí mismo, en el colegio, pues venían de otras ciudades. Sólo ellos conocían la parte del edificio donde estaban las habitaciones de los Hermanos. Comían con ellos —señalado privilegio—, y cuando por las tardes el patio se quedaba solo les pertenecían en propiedad privada los juegos de espiro y las canchas de basquetbol. ¡Qué maravilla!

Por eso el niño que recuerda no se explica la tristeza de aquel amiguito suyo interno en el colegio. Además era rico. Su mamá venía a visitarlo dos veces cada mes, los domingos. Llegaba en coche de lujo, con chofer; parecía artista de cine. Alta y rubia, bella, se parecía a Veronica Lake. Vestía con elegancia; en el invierno llevaba una piel sobre los hombros.

Cierto domingo mi amigo la vio casualmente llegar al colegio. Supo después —se lo contó el niño— que había llevado a su hijo a la alameda. Ahí el pequeño les dio de comer semillitas a los patos. Su mamá le compró un globo, un rehilete y un algodón de azúcar —¡cuántas cosas!—, y luego fueron a la nevería Nakasima, donde el niño gozó la delicia de un paricutín, la nieve más cara de todas las que ahí se vendían, en forma de volcán, con un cubito de azúcar que se humedecía en alcohol y se le prendía fuego al servirlo, para simular el cráter en erupción. ¡Fantástico!

¿Entonces por qué siempre estaba triste ese niño? Mi amigo, el que recuerda, no recuerda que era mejor tener una mamá que te veía todos los días que una que te visitaba dos veces cada mes, aunque te comprara un globo, un rehilete, un algodón de azúcar y la nieve más cara de la Nakasima. Tampoco importaba que tu mamá no tuviera coche del año, ni llevara una piel sobre los hombros, ni se pareciera a Veronica Lake. Lo que importaba es que estuviera contigo, aunque te regañara porque no habías hecho la tarea y te amenazara con eso de “vas a ver con tu papá”. Pero eso no lo sabía entonces mi amigo, que tampoco se explicaba por qué ese niño vivía siempre en la tristeza.

Pasó el tiempo, cosa que sabe hacer muy bien. Hoy aquel niño triste es un reconocido médico que vive en Estados Unidos y ahí ha hecho fortuna. Tampoco sabía mi amigo otra cosa que al paso de los años supo. Sucede que este amigo mío vivió su juventud a mordiscos. Cierta día fue a una elegante casa de citas en la ciudad vecina, y vio ahí a la dueña del local. La mujer estaba ya muy entrada en años, pero a las claras se veía que había sido guapa. Era alta; se adivinaba que fue rubia. Y se parecía a Veronica Lake. Mi amigo, que antes recordaba, ahora sabe. Se pregunta si aquel pequeño amigo siempre triste que tuvo en el colegio, y que es ahora médico famoso, sabe también.

Quién sabe...

La historia que he narrado, me doy cuenta, tiene un sospechoso parecido con una mala película mexicana. Pero sucede que la vida de mucha gente tiene un sospechoso parecido con una mala película mexicana. Y muerde, sobre todo cuando te la quieres comer a mordiscos. Te revela cosas que no quisieras haber sabido nunca; historias como la de una mujer que alejó de ella a su hijo para que no supiera —para que nadie supiera—, y que a más de darle un rehilete, un globo y un algodón de azúcar le dio también su vida, fuese como haya sido esa vida. Yo digo que a fin de cuentas, y de cuentos, las almas son más importantes que los cuerpos.

LA PESCADORA

Quien esto y más escribe pertenece a la honrosa fraternidad de los cómicos de la legua. Actores, cirqueros, conferencistas... Todos somos lo mismo. Los mismos somos todos.

¡Cuán bello oficio es éste, el de juglar! Piedra que rueda no cría moho, dice un dicho. Y dice bien: peregrinar fortalece el cuerpo e ilumina el alma. A cambio la piedra debe renunciar al moho, siendo que el moho es capa protectora. Tiempo habrá luego de adquirirlo, cuando alma y cuerpo te pidan paz y te la den. Por ahora yo —*homo viator*— gozo el camino en tanto llego a la final posada...

Esta vez he ido a Coatzacoalcos. Desde que me registro en el hotel me asalta el gozo de vivir de Veracruz.

—¿Quiere su cuarto con vista al mar o al bar? —me pregunta con una sonrisa la muchacha, morena y garbosa, de la recepción.

Poco después, en el restaurante, el mesero al que he pedido la sugerencia de algún platillo típico me ofrece:

—¿Le doy unas picaditas?

Me resigno al ineludible albur. ¿Quién puede competir con esos insignes pícaros veracruzanos capaces de alburear al Santo Padre, y aun al Padre Santo, si ocasión tuvieran para ello?

Además, por la ventana del restorán se mira el mar, ese maravilloso golfo al que ni los gringos le han podido cambiar de nombre: el gran golfo de México. Se mira también el malecón, que cada vez que hay norte desaparece bajo una arena fina que el municipio tarda semanas en quitar sólo para que otro norte lo vuelva a sepultar.

La playa está vacía, pues ya cae el crepúsculo. En ella están solamente una muchacha solitaria y un solitario pescador. La chica se ha sentado sobre la arena. El pescador tira su anzuelo. ¿Qué hace la muchacha? Espera, lo mismo que todas las muchachas. ¿Qué hace el pescador? Espera, lo mismo que todos los pescadores.

Llega un muchacho, se detiene junto a la chica y entabla conversación con ella. Yo

no oigo lo que dicen, pero lo adivino. Es el eterno “¿Cómo te llamas?”; “¿Dónde vives?”; “¿Estudias o trabajas?”... Excepción hecha de la última expresión, tales palabras son las mismas que a Laura quizá dijo Petrarca, o Abelardo a Eloísa.

Yo me concentro en las famosas picaditas, sabrosísimas incluso con albur. Luego pongo la vista en el gran disco del Sol entre las nubes; observo a la muchacha y al muchacho que hablan, y miro al pescador. De mala gana se marcha el Sol al fin. Si por él fuera se habría quedado a ver el crepúsculo él también. El mar y el cielo se vuelven una hoja de acero que corta el perfil de las palmeras de Lara. (Todas las palmeras de las playas de Veracruz son propiedad de Agustín Lara). El pescador recoge su anzuelo y se va. La muchacha se va también. Con ella va el muchacho. El pescador no ha pescado nada. La pescadora sí.

Doy el último trago a mi cerveza. En el vino, dice el adagio latino, está la verdad. En la cerveza ha de estar por lo menos la mitad de ella. Con esa mitad me conformo. Para lo que necesito la verdad, con eso es más que suficiente.

Lo que he mirado es la vida. Salió del mar, dicen los científicos, así como el mito griego dice que del mar salió el amor. ¿Acaso amor y vida no son la misma cosa? Quien no sabe del uno tampoco sabe de la otra. Por eso la mujer sabe a mar; por eso la mujer sabe amar. El amor es la última verdad, la verdad definitiva. Quien no vive el amor muere en la mentira.

En la muchacha que se llevó al muchacho he visto la eterna verdad de la vida. Él, pobrecito, piensa que pescó a la chica. Se engaña: ella fue la pescadora; el pescado es él. Así sucede siempre: la sabiduría de la vida no reside en el hombre, sino en la mujer. Nosotros hacemos banalidades —poemas, sinfonías, grandes cuadros, arquitecturas colosales, leyes de la gravitación universal o de la relatividad—; ellas hacen la vida. Ellas son la vida.

AMOR QUE PIDE LA MUERTE

Él tiene 80 años. Ella 75, aunque nunca los confiesa. Cuando alguien le pregunta su edad responde con otra pregunta: “Si te la digo, ¿te saco de algún apuro?” No se lo tomo a mal: hasta Santa Teresa de Jesús, con ser quien era, se quitaba años. Era santa, sí, pero también era mujer.

Ella y él son esposos. Lo son desde hace medio siglo y más. Él trabajó toda su vida en una fábrica. Empezó de obrero y acabó —cuatro décadas después— de sobrestante. No se jubiló: lo hicieron jubilarse. Le dieron un cheque sumamente módico y un reloj de pulsera con un nombre inscrito en la carátula. No era su nombre, sino el de la fábrica. Y el reloj era de los que se compran por docenas.

Al principio él siguió yendo todos los días a la fábrica. La fuerza de la costumbre,

sabe usted. Se quedaba afuera, frente a la puerta principal, recargado en un poste, y miraba la entrada de los trabajadores. Un día el guardia fue hacia él y le dijo que al jefe le molestaba su presencia ahí. ¿Qué quería? Respondió que nada. No mentía, pero tampoco decía la verdad. Quería seguir haciendo lo mismo de todos los días para que no cambiara nada. Quería ser el que siempre había sido, para no dejar de ser. Quería atar a la vida para que no se le fuera; quería atarse a la vida para no irse él.

Cuando le prohibieron pararse frente a la puerta de la fábrica sintió que empezaba a morir. A nadie se lo dijo, pero sentía una tristeza rara que no podía explicar. Salía de su casa por la mañana, y no iba a ninguna parte. Regresaba al mediodía. Su mujer le preguntaba: “¿A dónde fuiste?” Él no podía contestar: no recordaba a dónde había ido. “Se te va la cabeza”, le decía ella. Yo diría que lo que se le iba era el corazón, pero eso suena cursi. Diré entonces que sí, que se le iba la cabeza.

¿Y ella? Para ella toda la vida y todo el mundo eran su casa y su marido. Con él empezó su verdadera vida, y en su casa la iba a terminar. Casi no se acordaba ya de cómo había sido todo antes de casarse con él, y ahora no concebía nada sin él. Eso sí: secretamente le pedía a Dios que él se muriera primero, porque sabía que si ella se iba antes su marido no sabría qué hacer. Sería como un niño al que se le moría su mamá. Se perdería; se volvería una sombra. Nadie lo cuidaría; estaría solo. ¿Y los hijos? Ellos tenían su familia, su trabajo, sus cosas. Andaban siempre muy ocupados; casi no los veían. Por eso, aunque sabía bien que también Dios anda siempre muy ocupado, le pedía de vez en cuando que se acordara de su viejo antes de acordarse de ella. No era mucho pedir: él le llevaba cinco años; fumó hasta que el médico le quitó el cigarro; su salud no era muy buena. ¿Qué le costaba entonces a Diosito llevárselo primero? Unos cuantos meses bastarían; un par de semanas. Lo que importaba es que él se fuera antes; que no se quedara solo ni siquiera un día.

Pero ¡ah, vida! La que enfermó fue ella. Cosa de nada creyó que era aquel molesto dolorcillo en la cintura. Pero era cosa de todo, tanto que los doctores le dijeron —ella exigió la verdad— que no le quedaba mucho tiempo por vivir. Se angustió, no por ella, sino por él. ¿Qué iba a hacer el pobre cuando ella se marchara? Entonces sí se puso a rezar fuerte para pedir un milagro. Y sucedió que días después sus hijos se presentaron —todos, cosa rara— en su cuarto de hospital. Habló el mayor y dijo:

—Madre: papá murió hoy en la mañana. Tuvo un infarto. El doctor piensa que fue por la preocupación de verla a usted enferma.

Ella no alzó los brazos al cielo para exclamar entre lágrimas conmovedoras: “¡Gracias a Dios!” Eso sucede en las telenovelas. Dijo tranquilamente: “Gracias a Dios”. Los hijos se miraron entre sí, azorados. ¿Cómo podía su madre agradecer la muerte del compañero de su vida? Lo que pasa es que no sabían que el amor tiene muchos modos de manifestarse, incluso el de pedir la muerte para el ser amado, y agradecerla cuando llega.

Una semana después ella se fue. “Voy a alcanzarlo”, dijo. Fueron sus últimas palabras. Juntos estuvieron ella y él en la vida, y juntos en la muerte. Yo digo que ésa es

una bendición. El amor une hasta la eternidad. Quien ama y es amado se libra para siempre de ese dolor oculto que se llama soledad.

Yo le pido a la vida que se vaya de mí antes que de mi compañera, porque sin ella la vida sería muerte. Ahora que lo pienso, me arrepiento de todo corazón de no haber fumado nunca: si lo hubiera hecho, mis posibilidades de irme primero que ella habrían aumentado. Pero Dios es muy grande, y seguramente me hará el milagro de llamarme antes.

FELIZ CULPA

“La paga del pecado es la muerte”. Así dice San Pablo en su epístola a los Romanos (6:23). Lejos de mí está la temeraria idea de contrariar esa sombría declaración, pero conozco un caso en que la paga del pecado fue la vida. No quiero parecer heterodoxo. Además aquel apóstol lleva espada. Por eso me limitaré a narrar la historia tal como sucedió, sin añadirle ni quitarle nada.

Comienzo por decir que en aquellos tiempos no había moteles de paso en la ciudad. Beneméritos establecimientos son éstos. Evitan que las personas anden haciendo desfiguros en los lugares públicos, loable aportación a la moralidad. Deberían tales moteles disfrutar de una exención de impuestos, sobre todo si tienen *jacuzzi*. Como no los había en la ciudad las parejas indocumentadas sufrían toda suerte de penalidades para llevar a cabo sus encuentros, y los cumplían en medio de incomodidades que me resisto a describir aquí.

Cierta señora encontró el modo de eludir dichas molestias. Casada, estaba en tratos de fornicio con un señor que no era el suyo, casado también. Esa señora tenía una amiga, antigua compañera de colegio, que vivía en una casita muy mona situada en las afueras de la ciudad, sin cercanía de vecinos. La tal amiga también era casada, pero su esposo estaba fuera todo el día, trabajando. Aunque tenían ya más de 15 años de casados no habían sido bendecidos por Dios con el precioso regalo de los hijos, de modo que la señora se hallaba sola siempre. Leía mucho, y por tanto entendía las cosas de la vida, a más de que era amable y generosa.

Así, cuando un día su amiga le preguntó entre sonrojos y tartamudeos si le podía prestar su casa “un ratitito” para una cita importante con cierto caballero, ella entendió de lo que se trataba, y accedió de buena gana.

Fijada fecha y hora, la dueña de la casa salió de ella después de poner sábanas limpias en la cama; le dejó la llave a la interesada abajo del tapetito de la puerta y se fue al centro de la ciudad a ver los aparadores de las tiendas; a comprar pan; a hacer tiempo, en fin, para que su amiga cumpliera sin ninguna prisa su importante compromiso.

Caía ya la tarde cuando la señora regresó a su casa. Sobre la mesa de la sala

encontró un billete que el caballero había dejado para corresponder a su hospitalidad. Lo mismo sucedió en otras sucesivas citas que la amiga tuvo con aquel señor: por cada visita un billetito, equivalente a lo que percibía el jefe de la casa en dos o tres días de trabajo. Bendito sea el Señor, que premia con largueza a quien cumple la bella obra de misericordia de dar posada al peregrino.

Pues bien: aconteció que un día el caballero equivocó la hora de la cita, y se presentó con anticipación. La dueña de la casa, algo desconcertada, lo invitó a pasar, le ofreció un cafecito y le hizo conversación mientras llegaba su amiga. Pero la amiga no llegó. Como ya estaba ahí, e iba a lo que iba, el caballero le dijo a la señora:

—Creo que Fulanita ya no va a venir. ¿Qué le parece si...?

Y al decir eso dirigió la mirada hacia la alcoba. Ella ponderó por un momento la cuestión. (No muy largo el momento, he de decirlo). Se le ocurrió pensar que en ese caso el billete seguramente sería mayor. Además, el caballero no era de malos bigotes y cuando se presenta la ocasión la carne es débil. Así las cosas, dijo sencillamente:

—Bueno.

En efecto, ese día el agradecimiento del visitante fue bastante más grande, y el billete también.

Pero eso fue lo de menos. Lo de más fue que a consecuencia de ese único encuentro la señora quedó en estado de buena esperanza, quiero decir embarazada. Se puso feliz, y más feliz se puso su marido. Pensó el señor que por fin el Cielo les hacía el milagro; que el problema que tenía su esposa para encargar familia había desaparecido. No sabía que el del problema era él.

La historia tiene, pues, final feliz. La futura madre no volvió ya a recibir aquellas visitas en su casa, y cuando llegó el hijo fue la alegría de sus padres, a quienes al paso del tiempo convirtió en abuelos. Pura felicidad.

Mis mayores respetos a San Pablo y a Romanos 6:23, pero ya se ve que aquí la paga del pecado no fue la muerte, sino la vida. No es que el apóstol haya estado equivocado, no. Lo que sucede es que Dios es amor, y escribe derecho en renglones torcidos.

MACARIA

Cargo el peso de una culpa ajena que me llena de remordimiento. Esa falta tiene casi 70 años de edad y, sin embargo, la llevo conmigo todavía. A veces, en alguna noche de duermevela, se me aparece repentinamente y me mira en medio de la oscuridad. Entonces las tinieblas de la habitación se pintan de rojo con el color de la vergüenza...

Aquella mujer se llamaba Macaria. Vivía sola en La Calera, un lugar apartado y polvoriento que estaba entre los ranchos *El Refugio* y *La Soledad*. En *El Refugio* pasábamos de niños las vacaciones grandes: dos meses largos —¡ay, tan cortos!— del

verano. ¡Qué de hermosuras tenía aquel refugio! *Los Ojitos*, donde brotaban manantiales cuyas aguas de cristal y música iban luego por las acequias festoneadas de picante berro... *La Magueyera*: ahí campeaban las descaradas liebres que se burlaban del acoso de los perros dando saltos olímpicos por el chaparral... *El Pasito*, un canal de riego tan niño que hasta los niños podíamos cruzarlo con un solo paso... *La Mojonera*, una lomita —el Everest para nosotros— coronada por la gran piedra blanca que señalaba el límite de aquella vasta propiedad...

A todos esos lugares podíamos ir los niños, libres, solos. A todos, menos a uno: *La Calera*. ¿Por qué no podíamos ir a *La Calera*? Porque ahí vivía Macaria, y Macaria era bruja...

Por las noches, al terminar la cena, las estrellas en lo alto como cocuyos, en el jardín los cocuyos como estrellas, salíamos al portal, y ahí nuestras madres nos contaban con misteriosa voz los malos hechos de Macaria. La vez que mató un perro con la pura mirada. O cuando el hijo de Josefa López la vio en el momento de convertirse en lechuza, a consecuencia de lo cual el muchacho quedó mudo para siempre. O la niña que vino a un día de campo y se acercó demasiado a la casa de Macaria. Jamás volvió a saberse de ella; hay quienes dicen que se la comió...

Los chiquillos oíamos aquello y nos llenábamos de temor. Las raras veces que Macaria venía al rancho corríamos a escondernos; si teníamos que ir a *La Soledad* hacíamos un largo rodeo para no pasar frente al jacal donde vivía sola. Ella nos miraba; nos sonreía; nos hacía señas para que nos acercáramos; nos mostraba en alto un vaso de aguamiel, como invitándonos. Pero nosotros ya sabíamos: era bruja; nos estaba atrayendo para atraparnos. A todo correr nos alejábamos, porque si nos echaba mano nos mataría como a la niña, y nos devoraría sin dejar ni los huesitos. Huíamos, huíamos siempre de aquel lugar horrible y de la mala bruja...

Pasaron los años. De pronto, sin darme cuenta, dejé de ser niño. Un 6 de agosto, en la fiesta del Santo Cristo, una vejucita me saludó al salir de la capilla.

—¿Se acuerda de mí, Armandito? Soy Macaria.

Era una pobre anciana, enteca, pequeñita, de mirada humilde y gesto dulce. Me apenó verla, no sé por qué —sí sé por qué—, y apenas acerté a tenderle la mano torpemente.

Al día siguiente le conté a mi madre aquel encuentro, y le pregunté por qué ella y mis tías nos contaban a los niños que Macaria era una bruja. Me explicó:

—Porque vivía cerca del tanque hondo, aquel pozo de aguas profundas y bordes resbalosos. Un niño del rancho se ahogó al caer ahí, y no queríamos que ustedes se acercaran a ese sitio.

Entonces entendí: nuestras madres, para protegernos, inventaron aquella mentira acerca de Macaria. Ella era una mujer sencilla, bondadosa, de buen corazón, pero arrojaron sobre ella una fea mancha; la hicieron bruja, y mala, para alejarnos de un lugar de muerte.

Ésa es la culpa ajena que llevo como propia. Recuerdo a aquella mujer sin hijos, solitaria, sin presencia de niños en su vida, y la miro ofreciéndonos desde lejos un vaso de aguamiel para que fuéramos a ella. Quizá nos habría hecho una caricia —a veces, más que nos acaricien, necesitamos acariciar—, pero nosotros escapábamos corriendo, temerosos y asustados. Veo a Macaria triste, sin entender por qué los niños huían de ella, y siento en el filo del alma un calosfrío de vergüenza.

Ahora mismo lo estoy sintiendo otra vez al escribir. Y me pregunto: ¿se le puede pedir perdón a un recuerdo? Si eso es posible, perdónanos, Macaria: ni tú merecías nuestro terror de niños ni nosotros merecíamos tu vaso de aguamiel.

Y VIVIERON FELICES

La historia que voy a contar tiene final feliz. Decir eso no favorece a una historia: la hace sospechosa de cursilería, o la vuelve inverosímil. Si los relatos empezaran todos con la frase “Y vivieron felices”, nadie los leería. Shakespeare tuvo éxito —y lo sigue teniendo hasta la fecha— porque siempre jodía a sus personajes. Pues bien: mi relato a continuación empieza precisamente con aquella frase, la misma con que acaba: “Y vivieron felices”.

A mí me gustan los finales felices. No pienso que el buen Dios nos hizo con la deliberada intención de ponernos en un valle de lágrimas. Él no es Shakespeare. Tristeza hay en el mundo, no lo niego, pero hay también horas alegres. El valle no puede ser todo de lágrimas si en él están la risa y la canción, el pan y el vino, la mujer y el amigo, el niño y el perro; si en él hay San Francisco, Mozart, Chaplin y los hermanos Marx, entre otros muchos rientes decidores y cantores.

Pero advierto que me estoy apartando del relato. Más bien: advierto que no lo he comenzado todavía. Lo empiezo, pues. En él aparecen una mujer y un hombre. Ella tiene 15 años; 40 él. Esa diferencia de edades es parte principal de la historia, pues sin ella no se entendería lo que sucedió. En los actuales tiempos una tan grande diferencia en años es fatal. Si un cuarentón trata de amores a una quinceañera será objeto de reprobación, sobre todo por parte de las cuarentonas. En la época de mi historia, los principios del pasado siglo, eso no se veía mal. El marido era como un padre para la mujer, a quien se consideraba una especie de menor de edad necesitada de tutela perpetua, así tuviera 70 años. “Debilidades propias de su sexo”, decían de ella los que no sabían ni de debilidades ni de sexo.

El caso es que este hombre de 40 años se enamoró de esta niña de 15. Él era rico. Dueño de haciendas y de minas, comerciaba con mercancías extranjeras y era accionista de fábricas y bancos. El padre de ella gozaba de consideración social, pero no poseía caudales. Tenía el don, pero no el din. Era un buen hombre, y si me alargo un poco un

hombre bueno, pero carecía de ojo para los negocios y los caudales no muy grandes que recibió en herencia de su padre se le fueron acabando en erráticas aventuras financieras que se volvieron finalmente desventuras, pues él y su familia quedaron reducidos a un modestísimo vivir.

La niña de 15 años era soñadora. En esas circunstancias, ¿qué puede hacer una niña aparte de soñar? Su sueño, voy a decirlo de una vez, era el de la Cenicienta. Ella, que se sabía pobre, esperaba a un príncipe que en carroza de oro la llevara a la felicidad. Y sucedió que el rico señor era viejo amigo de su padre. La vio una vez y ya no pudo dejar de verla, aun cuando no la estuviera viendo. Pero ¿cómo declararle su amor a una niña así? Voy a decir lo que hizo.

Fue a Europa, y en Francia mandó hacer una bellísima pieza de cerámica en la forma de la carroza de la Cenicienta, con sus caballos, sus cocheros y lacayos, los animalitos que amaban a la hermosa doncella, el príncipe, y una corona real como remate del conjunto. Todas las partes de aquella delicada obra, frágil y etérea como el sueño de la joven, eran desprendibles, de modo de poder empacar por separado cada pieza, y conseguir así que la preciada joya hiciera el viaje por mar, y luego por ferrocarril, hasta llegar sin daño a la casa de la muchachita.

Ahí se la entregó el enamorado galán. En el momento de declararle su amor levantó la tapa de la corona. En su interior, refulgente, estaba el anillo de compromiso que le ofrecía como prenda de “su afecto”. ¿Qué mujer, díganme ustedes, se resiste a una declaración así, y más si tiene 15 años? Con el permiso de sus padres ella aceptó el amor de aquel señor tan romántico —y tan espléndido—, y la pareja contrajo matrimonio después de un brevísimo noviazgo.

Y fueron felices. Gozaron 40 años de dicha como la de los cuentos; tuvieron hijos, y nietos, y bisnietos. Ahora la carroza de la Cenicienta, con la romántica leyenda de aquel tío abuelo minero y hacendado, está en la sala de la casa que fue de mis mayores, y que hoy la gente de Saltillo considera un museo. Llegan los niños y las niñas de las escuelas y ven los bellos muebles, y los antiguos cuadros, y los vitrales y tiboires de aquella casa del siglo XIX, pero lo que más les gusta es la carroza de la Cenicienta, y quieren oír una y otra vez la leyenda de amor que el tiempo ha ido tejiendo en torno de ella.

Yo miro la carroza y pienso que mientras haya cuentos en el mundo, y leyendas de amor, e historias de hombres y de mujeres que se aman, los finales felices serán posibles todavía.

EVANGELINA NO

Pensábamos que se llamaba Latía, y el nombre nos parecía raro, pues no conocíamos a nadie más que se llamara así. En verdad se llamaba Evangelina. Pero eso lo supimos

después, al paso de los años. Los años te enseñan muchas cosas, y luego te hacen olvidarlas. ¿Quién les entiende? Entendimos entonces que aquella mujer que no era nadie era alguien. Todos son alguien, hasta los que parece que son nadie. Ella también, Latía. Ella también latía, si me perdonan el juego de palabras, tan elemental.

En la vida de Latía hubo un sueño, y hubo un amor, lo cual equivale a la misma cosa. Ya recordaba cómo era él. De vez en cuando lo veía en el sueño, y entonces volvía a ver a aquel muchacho alto, delgado, moreno, del que se enamoró cuando era joven. Ahora ya no lo recordaba. Tampoco recordaba que había sido joven.

¿Qué pasó? Pasó lo de siempre; pasó lo de nunca. Él terminó sus estudios y regresó a su ciudad a trabajar. Al principio las cartas llegaban cada día, y aquello era como si llegara él. Luego se fueron espaciando, y se volvieron frías. Finalmente llegó aquella carta. La carta. Aquel que había sido su amor, su sueño le contaba que había conocido a una muchacha. Se enamoró de ella —en el corazón no se manda, la ausencia pesa mucho, etcétera— y se iban a casar.

Ella pensó que se le acababa el mundo, que la vida ya no valía la pena, etcétera, pero a nadie dijo nada. Tenía miedo de llorar, porque le harían preguntas, y entonces iba a llorar más.

Siguió la vida. Por fortuna la vida siempre sigue. O por desgracia, pensaba ella. Ya no quiso sentir aquello que alguna vez sintió. Le preguntaban por qué no tenía novio, y respondía con alguna broma. Su mamá se preocupaba: ¿no se iba a casar nunca? Una tras otra sus amigas iban tomando estado —así se decía antes—; traían hijos al mundo; hablaban de ellos en la merienda, y de sus maridos. Evangelina no tenía de qué hablar; callaba, callaba siempre. En su presencia la compadecían, en su ausencia se reían de ella.

También se casaron sus hermanos —tenía tres, varones— y tuvieron hijos. Ella se vació en los niños. Se alegraba cuando las cuñadas se los llevaban para que los cuidara. Los bañaba; los vestía; los llevaba al parque a pasear; les compraba dulces y regalos. Y ellos pedían verla, por los regalos y los dulces.

Fue entonces cuando dejó de ser Evangelina para ser Latía. La tía. Así le decían sus sobrinos y así empezaron a decirle todos. Los muchachillos del barrio la saludaban al pasar: “Adiós, doña Latía”. Pensaban que tal era su nombre. Aquello hacía reír a todos en su casa. Ella sonreía también, pero se le clavaba un amago de dolor. Ya no era Evangelina —quizá nunca lo fue—, ahora era Latía. La tía.

Murió su padre. Las últimas palabras que le dijo fueron: “Te encargo a tu mamá, Latía”. No le dijo Evangelina. Le dijo Latía. A lo mejor su nombre se le había olvidado. ¿Es posible que tu padre olvide cómo te llamabas? “Te llamabas”, pensó con tristeza. Ahora hasta sus amigas de antes le decían Latía. El hombre de la tienda se dirigía a ella como “señorita Latía”. Llegó a pensar que quizá jamás se había llamado Evangelina.

Una tarde, entre las páginas de un libro, halló el borrador de la carta que le había escrito “a él” para responder a la que le envió, de despedida. Nunca puso esa carta en el correo. Cuando al final del pliego leyó: “Te perdono y te pido que al menos guardes un

recuerdo de quien siempre te amó y jamás te olvidará. Evangelina”, pensó que aquella Evangelina era otra mujer, no ella.

Murieron sus hermanos, uno a uno, y luego las cuñadas. Sus sobrinos se veían en la calle, o en alguna fiesta, y se preguntaban unos a otros: “¿Qué sabes de Latía?” De vez en cuando alguno la visitaba. “¿Qué se te ofrece?” Nada se le ofrecía; nada. Seguía viviendo, que es lo mismo que decir que seguía muriendo, y no se le ofrecía nada.

Un día enfermó. Los vecinos buscaron a los sobrinos y les avisaron. Uno vino, de seis que eran. Ella no podía hablar ya. Le preguntó el sobrino: “¿Quieres algo, Latía?” Quiso responder: “Por favor, dime Evangelina, hijo”. Pero ya no podía hablar. Y se murió. Eso era lo único que se le ofrecía: morir.

Ésta es la historia de alguien que no tuvo historia; que ni siquiera tuvo nombre. Quizá al final todas las historias son una misma historia: nada, y todos los nombres uno solo: Nadie.

BATALLA DE SOMBRAS

¿Será cierto que en este sitio hubo una batalla que nunca sucedió? Dicen que fue cerca de aquí, en este lugar que no está cerca de nada. Era una mañana de diciembre, fría y nebulosa. Cuando amaneció el día ni siquiera el día supo que ya había amanecido. Igual podían ser las 5 de la mañana que las 5 de la tarde; lo mismo podía ser el año 1914 que ningún año.

Dos ejércitos que se iban retirando, temeroso cada uno de encontrarse con el otro; se toparon de pronto entre la niebla y trabaron combate encarnizado sin saber por qué ni para qué. Lucharon 24 horas seguidas; primero con fusiles; luego cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, a la espada o al machete, según. Los que no traían ninguna de esas armas se mataron con piedras. Uno le machacó a otro la cabeza con un pedrusco enorme y luego se sentó sobre el pedrusco a descansar. Otros usaron para darse muerte lo que tenían más a mano: las manos, y se estrangularon sin verse por la neblina.

Entre la bruma se oían los gritos de los combatientes llamándose unos a otros: “¡Peeedrooooo!...” “¡Juaaaaaan!...”

Por todas partes respondían Pedros y Juanes, pero no eran el Pedro ni el Juan que buscaba el de los gritos, y sus voces se oían como cuando uno habla abajo del agua. En el pueblo ladraron los perros. Después comenzaron a aullar. Es que ya había muertos. Cuando cayó sin vida el primer hombre, uno de los perros aulló antes que todos los demás, pues tenía mejor olfato para la muerte que los otros. Los perros son muy listos en eso de sentir la muerte. Las personas no. Algunas no sienten ni la vida. Por los aullidos de los perros la gente se enteró de que algo gordo estaba sucediendo. Alguien dijo que a lo mejor se había descarrilado el tren. Otro dijo que no: seguramente se había muerto el Papa en Roma, porque ya otra vez el tren se había descarrillado, y esa vez los

aullidos no fueron tantos, ni tan fuertes.

Luego de que todos opinaron siguieron haciendo lo que siempre hacían: zapatos el zapatero, el panadero pan; la comida las mujeres; el carpintero una cajita para un niño que iba a morir con la primera estrella. Nadie supo que todo el día combatieron aquellos dos ejércitos de espectros. Si el zapatero, el panadero, la mujer y el carpintero hubiesen estado ahí habrían visto visiones espantosas. Un caballo despanzurrado atravesó el campo de batalla arrastrando las tripas, que le llegaban a distancia de seis o siete metros. Un hombre con una espada que lo traspasaba de lado a lado iba diciendo: “Mamá... Mamá...” Dos soldados se mataron el uno al otro luchando cuerpo a cuerpo. Cayeron los dos abrazados, y así se quedaron, con los ojos muy abiertos viendo nada.

El general más importante veía la batalla con su catalejo. Ni siquiera sintió la bala que le pegó en la frente. Esa bala fue disparada por un muchachillo de 15 años que jamás había tenido en sus manos un fusil. Recogió uno y disparó a ciegas una única bala antes de escapar corriendo con los pantalones mojados, porque se hizo de las aguas por el miedo. Cuando cayó la tarde y regresó la noche —la noche siempre regresa— no quedaba nadie vivo, ni aun el que anoche me contó esta historia.

Han pasado los años. Nadie sabe cuántos, pues nadie sabe cuándo fue esa batalla que a lo mejor nunca fue. Si hubiera sido, al día siguiente el campo habría amanecido cubierto de cadáveres. Pero no: quienes pasaron por ahí vieron lo de siempre, o sea nada. A la vuelta de la primavera —la primavera siempre vuelve— empezó a nacer en ese campo una planta que nunca nadie había visto por aquí. Se llama sangre de drago, porque su savia es roja como la sangre.

La gente siguió haciendo lo de siempre, o sea todo: el panadero, pan; el zapatero, zapatos; el carpintero, cajas de muertos; las mujeres, la comida... ¿Hubo, pues, esa batalla o no hubo nada? Imposible decirlo: tanto tiempo ha pasado de lo que no pasó que si hubo batalla o no ya da lo mismo. Pero ¿y entonces la sangre de drago, y los aullidos de los perros, y esos gritos que de repente se oyen en los días de niebla? “¡Peeedrooooo!...” “¡Juaaaaaan!...” Quién sabe.

EL ANGELITO

“¿Por qué se mueren los niños?” El viajero escuchó esa pregunta hace más de medio siglo —es decir hace siglos— y ni los años ni los libros le han dado la respuesta. Las preguntas de Job no se pueden contestar.

Es joven el viajero. Los fines de semana toma su maletín —en aquel tiempo no existían las mochilas tan en uso ahora— y se va a conocer México. Quizá en verdad va a conocerse a sí mismo, cosa que finalmente hace aquel que viaja.

Él va por el camino pidiendo “aventón” a los automovilistas. Es estudiante, lo cual

equivale a no traer dinero en el bolsillo, y sólo así puede viajar.

En esos viajes aprende más que en la universidad. Si supiera escribir escribiría de aquel amable señor que lo llevó una vez de Puebla a la Ciudad de México. Tendría 80 años, y era zapatero; hacía calzado especial para personas que tenían más corta una pierna que la otra. Cuando se detuvo para que el estudiante subiera a su automóvil —un venerable “forcito”— le hizo dos advertencias. La primera: “Manejo muy despacio, joven. Nunca paso de 80 kilómetros por hora”. La segunda: “Llego siempre a una fondita a la orilla de la carretera y ahí me quedo un rato. Tendrá usted que esperarme”.

El viajero sabe viajar: no tiene nunca prisa, y las esperas no lo desesperan. Así, sube al cochecito. El anciano le cuenta su vida. Una de las cosas que el viajero ha aprendido es que toda la gente está ansiosa de contarle su vida a alguien, sobre todo si es un desconocido. Por eso también —porque jamás se volverán a ver— el señor le revela al estudiante por qué llega siempre a esa fondita a la orilla de la carretera.

—La dueña es muy mi amiga —le dice—. Nos vamos a su cuarto y nos acostamos en su cama. Usted entenderá que ya no le hago nada. Yo ni siquiera me desvisto, y ella nomás de la cintura para arriba. Tiene unas tetas fabulosas, joven. Se me sienta encima, y así me estoy una hora, como un becerrito. El paraíso, joven; el paraíso.

El viajero, que por ser joven no sabe nada de la vida, sabe ahora que en el hombre no se acaba nunca el deseo por la mujer, o la nostalgia de ella. Y es que la mujer es la vida, o la nostalgia de ella.

Ha transcurrido un mes. Ahora el viajero se dirige a Acapulco. Va en el camión de un camionero que lleva una carga de maíz. Es medianoche ya, y pasan por un lugar cercano a Tierra Colorada. Dice el hombre:

—Voy a saludar a unos compadres que tienen angelito.

El muchacho no ha oído nunca esa expresión. Por un camino pedregoso llegan a un caserío de una sola calle mal alumbrada por unos cuantos focos amarillosos. En la última choza se ve gente. El camionero invita al viajero a acompañarlo. Entran los dos en el jacal. Al centro, sobre una mesa, está tendido el cuerpecito de un niño. Parece que duerme, con su vestido blanco y su corona de flores. No: está muerto. Si estuviese vivo estaría en su cuna, que se mira vacía en un rincón.

Sentados en el suelo, recargados en la pared, hombres silenciosos beben de una botella que va pasando de mano en mano. El camionero y el estudiante se sientan también, y los dos beben cuando les llega el turno. Las mujeres, de pie en torno del angelito, rezan y dicen cosas que el viajero no alcanza a escuchar. Quienes llegan saludan ceremoniosamente a un hombre hosco y a una mujer triste. Los abrazan tocándoles apenas los hombros, e inclinan la cabeza ante ellos. Luego les dicen lo mismo: que el angelito se mira muy chulo.

Tres veces ha bebido de la botella el viajero, y el aire de la habitación se ha hecho denso con la gente. Sale a respirar el viento de la noche. Sale también la mujer triste y se dirige a él.

—Joven —le habla con timidez—, me dice Chon —Chon es el conductor— que usted es estudiante y que ha leído muchos libros. Perdóneme la pregunta. ¿Por qué mueren los niños? Yo nada más tenía éste, y se me murió. ¿Por qué sería, joven?

El viajero ha bebido demasiado. Escucha la pregunta como venida del final del mundo, como llegada del final del tiempo. Farfulla con torpeza algunas vaciedades: la voluntad divina; ya tiene usted un ángel en el Cielo; seguramente Dios le mandará otro hijo...

—No, joven. Cuando tuve éste que se me murió quedé muy lastimada de los dentro. Me dijeron que ya no podré tener otra criatura. Y aquí los maridos largan a las mujeres que no pueden tener hijos.

Ahora el viajero, que no sabe nada acerca de la vida, ha aprendido que tampoco sabe nada acerca de la muerte. Y se pregunta si habrá alguien que sepa algo acerca de la muerte y de la vida.

REVOLUCIÓN ERÓTICA

No sé si este relato sea erótico o histórico. Ojalá no sea esto último, pues eso le quitaría interés. En aras de la objetividad a que está obligado el escritor trataré de narrarlo imparcialmente, por más que la objetividad estorba mucho cuando se trata de conseguir algún efecto literario. Va, entonces, el relato, cargado tanto de erotismo como de historicidad.

Eran tiempos de la revolución. De la revolución constitucionalista. Aquel hombre y aquella mujer se conocieron en Piedras Negras, entraron en amores y juntos los dos, sin matrimonio que los obligara, se fueron de esa ciudad hacia Torreón. Empezaron a vivir la vida azarosa de “la bola”. La mujer seguía al hombre a todos lados: estaba con él en los cuarteles; lo esperaba cuando la tropa salía a combatir; se acostaba a su lado y hacía el amor con él en malos hoteluchos o en el vivac, sobre la tierra y bajo el cielo. Eran tiempos de revolución. De la revolución constitucionalista.

Cierto día viajaban en tren por una llanura del noroeste. De Coahuila habían ido a Chihuahua y ahora se dirigían a Sonora. La tropa se apiñaba en el tren; había gente hasta en el techo. Sentados al lado de una ventanilla el hombre y la mujer veían pasar el monótono paisaje. Parecía que en toda la extensión había un solo cactus, una sola cerca de alambre, un solo poste de telégrafo. Todo se repetía hasta el cansancio.

De súbito aquella árida visión se enriqueció. En la ventanilla apareció un par de bien torneadas piernas de mujer. Pertenecían a una soldadera que viajaba en el techo del vagón. El hombre se excitó a la vista de aquellas mórbidas redondeces. Sin medias, la desnudez de las carnes morenas era realmente apetecible.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó la mujer a su hombre.

Vaciló él al contestar, pero al fin lo hizo:

—La verdad, sí.

—Claro —aceptó la muchacha—. Eres hombre; te tiene que gustar. Yo sé de quién son esas piernas. Hace rato me asomé por la ventana y platiqué con la dueña. Es mi amiga; nos conocemos bien.

Y añadió después de una pausa mirando fijamente al hombre:

—Si se te antoja, te la puedo conseguir.

El hombre se asombró. Su compañera hablaba con toda naturalidad, como si tratara de algo sin importancia.

—¿Qué dices? —preguntó, cauteloso.

—Lo que oíste —replicó ella—. Si quieres, llegando a Hermosillo puedo hacer que pases un buen rato con ésa.

—Bueno —dijo él.

No quería aparecer como poco hombre. Después de todo eran tiempos de revolución, y él era revolucionario. Y constitucionalista, además.

Tal como se dijo se hizo. Al día siguiente de la llegada a Hermosillo la mujer le informó al hombre:

—Ya está listo tu asunto. Ella te esperará en el hotel de la estación a las 4 de la tarde. A esa hora su amigo tiene guardia en el cuartel.

Y se hizo tal como se dijo. A la hora dicha, con puntualidad de misa o de corrida de toros, el hombre se encontró con la hermosa soldadera en aquel hotel de mala muerte que para él fue de buena vida. Aquella tarde corrió el mejor de los caminos, montado, si no en potra de nácar, sí en yegua alazana de carnes duras y morenas.

Por la noche se reunió otra vez con su compañera. No se atrevía a hablarle. Sentía algo parecido a la vergüenza. Pero ella habló primero.

—¿Cómo te fue?

—Bien —respondió él, vacilante.

Preguntó la mujer:

—¿Estaba buena la prieta?

—Sí.

Entonces dijo ella:

—El prieto también.

—¿Qué dices? —se sobresaltó el militar.

—Que el prieto también estaba bueno. Mientras tú estabas con esa mujer yo estaba con su hombre. También pasamos un buen rato juntos. Desde que lo vi en Torreón me gustó. Tú me celas siempre; no me dejas sola ni un momento. Algo tenía que hacer para gozarlo.

El hombre iba a enfurecerse, pero no se enfureció. Después de todo eran tiempos de revolución. Y él era revolucionario. Y constitucionalista.

Muchos piensan que eso de la liberación femenina es cosa de este tiempo. Yo digo

que es cosa de todos los tiempos. Y cosa de todas las mujeres, aunque los pobrecitos hombres no nos hayamos dado cuenta todavía.

LAS HERMANAS

Eran cinco hermanas: Lala, Lela, Lila, Lola y Lula. Esos nombres eran hipocorísticos, vale decir diminutivos familiares. Lala era Leonarda; Lela era Aurelia; Lila era Domitila; Lola era Dolores, y Lula era Lourdes. Eran muchachas buenas, muy decentes. Solteras las cinco, estaban dedicadas a los quehaceres de la casa. Cultivaban además otros honestos menesteres que les permitían obtener ingresos adicionales a los de la corta herencia recibida de sus padres. Lala bordaba; Lela hacía pasteles; Lila daba clases de piano; Lola tenía un hospital de medias, y Lula ponía inyecciones.

Su vida transcurría en paz. Cada uno de sus días era igual al otro. Pocos saben apreciar esa bendita monotonía. Sucedió, sin embargo —en todo mete la cola el diablo—, que Leonarda conoció a un agente viajero que llegó al pueblo a vender máquinas de coser. El forastero cortejó a la lugareña y con labiosa untuosidad logró que le entregara la impoluta gala de su virginidad. No diré mal de Lala: nadie se había ocupado en prevenirla contra las asechanzas de los tres enemigos del alma: mundo, demonio y carne. Satisfecho su capricho, el agente de comercio se fue del pueblo y dejó burlada a la infeliz Leonarda, aunque le había dado palabra de matrimonio.

A pesar del quebranto que sufrió su honestidad, a Lala le gustó, según parece, lo que con el viajante había gozado, y poco tiempo después repitió el trance, ahora con un declamador que recitaba poemas de Díaz Mirón, Nervo y Acuña. (También decía aquél de “En un charco de sangre ahí estaba tendida, / para siempre callada, para siempre dormida...”, etcétera). Luego, tras de que el artista terminó su temporada, Lala tuvo una serie de relaciones con hombres de la localidad (¿por qué iba a hacerlos menos?): el profesor de la escuela, el director de la banda municipal, el secretario del Republicano Ayuntamiento, el dueño de la miscelánea Las Quince Letras, el recaudador de rentas y el notario público. Después se especializó en jovencitos: la nueva generación aprendió de ella el abecé de los placeres prohibidos, pues para entonces Lala era ya una consumada profesora en artes venusinas.

Lela, Lila, Lola y Lula sufrían mucho por la conducta de su hermana. Con gusto la habrían echado de la casa, pero estaba de por medio la bendita memoria de sus padres, que les habían encargado mucho la unidad familiar. Además, Lala les contaba siempre detalles sabrosísimos de sus aventuras de colchón. Con el permiso de su director espiritual, un santo sacerdote mercedario, las cuatro hermanas hicieron voto de virginidad perpetua para pedirle al Señor que Leonarda volviera al buen camino. Lala se mantuvo siempre en el otro —era de carácter firme—, pero ellas fueron fieles a su promesa: ninguna conoció varón ni oyó nunca un “Te quiero”.

Cierto día las hermanas fueron a un día de campo. También iba Leonarda. Se desató una tormenta eléctrica, y se guarecieron, imprudentes, bajo un árbol. Cayó un rayo y, aunque probablemente estaba dirigido sólo a Lala, a todas las mandó al otro mundo. Llegaron las cinco al mismo tiempo al Cielo. Lela, Lila, Lola y Lula pensaron que de inmediato ingresarían en la morada de la eterna bienaventuranza, y que en cambio Leonarda sería enviada a los abismos infernales. Se equivocaron. San Pedro, el portero celestial, le dijo a Lala: “Fuiste gran pecadora, como la Magdalena, pero al igual que ella amaste mucho. A nadie hiciste daño; a muchos hiciste el bien, y sentiste sincero arrepentimiento por tus culpas. Puedes entrar”. Luego se volvió hacia las demás hermanas y les informó: “Ustedes irán al purgatorio a expiar la vanidad de haber pensado que su falsa virtud las hacía superiores a los demás”.

Aquí termina la historia. No sé si tenga moraleja. Lo más probable es que no...

LA MUJER DE NEGRO

Eran los tiempos en que a los niños católicos se nos enseñaba a no pisar la acera de los templos protestantes. Cuando por fuerza debíamos pasar frente a uno —el bautista, el presbiteriano, el metodista— nos bajábamos y caminábamos por el arroyo de la calle, aun con riesgo de los automóviles, hasta dejar atrás aquel sitio prohibido. Algunos, más radicales, se cruzaban a la acera de enfrente. Los que aspiraban a ganar el Cielo eran más papistas que el Papa y escupían en la acera de aquel vitando sitio.

Por aquellos años todas las casas de Saltillo mostraban tres cosas en los ventanales que daban a la calle: un caracol marino —nostalgia del remoto mar que nunca se conocería—, la ollita de la leche y, en el cristal de la ventana, un letrero bien visible. El caracol servía de silencioso mensajero a los enamorados: “Si el caracol apunta al barroto noveno de la reja, es que saldré a las 9 de la noche. Si está puesto bocabajo es que hoy no podré salir”. ¡Cuántos noviazgos se trastocaron y murieron porque los muchachillos de la calle cambiaban los caracoles de lugar! La ollita era para que el lechero dejara ahí su albo líquido (¿en qué otra forma se puede decir “leche” sin repetir el vocablo?). La ollita estaba en alto, suspendida de un gancho para protegerla de los perros y gatos callejeros. El letrero en la ventana decía: “En esta casa somos católicos. No admitimos propaganda protestante”.

Era la época en que a los católicos se nos decía que fuera de la Iglesia no había salvación. Aún se usaban las llamadas “esquelas”, pliegos mortuorios en los que se participaba la muerte de alguien. “Esqueletas” las llamó alguna vez cierta señora americana casada con uno de los Madero de Monterrey. Sin saberlo hizo una greguería que a don Ramón Gómez de la Serna le habría gustado mucho. Aquellas esquelas —yo las recuerdo aún— eran impresionantes. De gran tamaño, iban dentro de un sobre con severa orla negra. Algún familiar o amigo de la persona muerta iba casa por casa y

entregaba aquellas fúnebres misivas “en propia mano” de quienes conocieron al difunto. Invariablemente las esquelas decían que el interesado —tan desinteresado ya— había muerto “en el seno de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana”.

Ahora pienso que la influencia religiosa, presente siempre en la vida cotidiana, hacía que se rindiera más culto a la muerte que a la vida. Cuando nacía un niño a nadie se le ocurría enviar alegres pliegos coloridos anunciando la llegada de un nuevo ser al mundo. La criada de la casa, o un hermano mayor del advenido, iba con los vecinos a decirles que ya tenían un nuevo criado a quien mandar, y eso era todo. Nada de cartulinas, ni que “Nació en el seno...”, etcétera. Lo dicho: las religiones hacen más bombo —y desde luego más platillo— con la muerte que con la vida.

A lo que voy es a decir que por aquellos años se ponía en la plaza del mercado una mujer morena, muy morena, vestida siempre con ropas enlutadas, como si fuera a repartir esquelas. Se colocaba en el ángulo noreste de la plaza, casi bajo el alto cedro que la colonia libanesa regaló a la ciudad allá en los años 20. Ahí se estaba la mujer, de pie, hora tras hora, sin moverse del mismo sitio, sin hablar. Vendía una revista que, nos decían nuestros padres como advirtiéndonos de un grave riesgo, era “de los aleluyas”. La mujer decía en voz baja el nombre de la publicación, como temerosa de ser oída. Su expresión era inmutable.

Nadie le compraba la revista, claro. Nadie tampoco miraba a la mujer. Los niños atisbábamos de soslayo a la enlutada, con cierto miedo, y algún señor o señora de buena sociedad se detenía frente a ella y le dirigía una mirada hostil para ganarse de ese modo un minuto de remisión en las penas que sufriría en el Purgatorio. ¿Era aquella mujer un apóstol —apóstolas no hay— de su credo? ¿Le pagaban los gringos por difundir su mensaje? Quién sabe. Pero extrañamente sigue en mi memoria aquella mujer morena y enlutada, inmóvil y silenciosa bajo el alto cedro, ahí, en la plaza del mercado.

LA MANCORNADORA

Esta muchacha se llama Juana. Por estos días ese nombre es sumamente raro: igual habría podido llamarse Imógenes o Wilhelmina. Ya ninguna muchacha se llama Juana. He sabido de alguna que otra Joanna, pero de Juanas, ni una. Antes había muchas. Claro, les decíamos Juanita, para disimular, pero Juanas nunca faltaban, gracias a Dios. También abundaban las Marías. No María de la Luz, o María del Carmen, no: María a secas. Pero empezaba ya a aparecer una cierta nota de desdén para esos nombres, tan claros, tan hermosos y cristianos. “¿Cómo te llamas?” “María”. “¡Uh! Tienes nombre de galleta”. Ahora a las mujeres de origen indígena que venden cosas en la Ciudad de México y en otras partes se les llama “marías”, igual que antes a los soldados se les decía “juanes”. No cabe duda: hay nombres de poca suerte. Pero eso puede suceder con cualquier nombre. Ya ven ustedes lo que le pasó a Maximiliano.

Esta muchacha se llama Juana porque es indígena, de raza náhuatl. Vive en un pequeño pueblo del Estado de México: Xocotepec. El pueblo no importa mucho, pero Juana sí, por lo que le sucedió. A Juana la pretendían dos muchachos: Antonio y Pedro. Ella les sonreía a los dos. Antonio se fue a buscar trabajo al otro lado y Pedro aprovechó su ausencia. Hizo un collar de flores, de esas que llaman “maravillas”, y esperó a Juana a la salida de la misa. Cuando ella salió, Pedro le ofreció el collar. Lo aceptó Juana y se lo puso ante la mirada envidiosa de sus amigas. Luego, como demostración de que correspondía al amor que le manifestaba Pedro, le entregó el pañuelito bordado que llevaba. Eso —lo del collar de flores y el pañuelo— representaba en Xocotepec noviazgo serio y compromiso formal de matrimonio.

Mas sucedió que un año después volvió Antonio. No sabía lo de Pedro, y al día siguiente de su llegada hizo un collar de maravillas y se lo presentó a Juana a la salida de la iglesia. Ella advirtió la mirada de envidia —ahora más— de sus amigas. Aceptó el collar, y le entregó otro pañuelito a Antonio. No lo hizo por maldad: no era muchacha mala. Lo hizo por coquetería, nada más, y por picar a sus amigas dándoles a ver lo solicitada que era.

Al hacer eso se convirtió en lo que llaman en Xocotepec “mancornadora”. Mancornar significa amarrar a dos bueyes por los cuernos para que vayan juntos. ¿Cuántos habitantes tenía Xocotepec? Dos mil. Luego luego supo Pedro lo de Antonio, y luego luego supo Antonio lo de Pedro. Y en vez de tomarse a puñaladas o machetazos se pusieron de acuerdo: uno citó a Juana; acudieron los dos al encuentro, e hicieron lo que hacían allá los muchachos con las mancornadoras: primero agarraron a Juana a cachetadas; luego le levantaron las enaguas, le bajaron los calzones y la sentaron en una penca de nopal. Después se fueron los dos, abrazados y riendo como buenos amigos.

No faltó quien viera lo sucedido. Tras los nopales estaba un vecino que había ido a cortar leña. Cuando llegó a su casa lo primero que hizo, antes aun de descargar la leña, fue contarle a su mujer lo que había visto. Le pidió que a nadie le contara aquello. La mujer prometió, pero 15 minutos después, quién sabe por qué artes —seguramente del demonio— ya lo sabía todo el pueblo. Desde ese día, cuando iba Juana por la calle, las mujeres se pasaban a la otra acera para no saludarla y los hombres le escupían a los pies. Un muchachillo le tiró una piedra que le dio en la cabeza y todos los vecinos rieron. Una semana después Juana se suicidó tomando raticida. A mí me apena el caso. Tan pocas Juanas que hay, y se suicidan. Pero así era Xocotepec. Y decir Xocotepec, para el caso, es decir el mundo.

EL SEÑOR DE BARBA BLANCA

Juanita, la criada de la casa materna, lleva al niño a ver una pastorela popular. El niño tiene seis o siete años; Juanita es una muchacha guapa que andará en los 20. El niño la

ha mirado cuando al lavar la ropa se moja el pecho: tras de la blusa blanca se le ven los oscuros círculos que en los senos rodean al erguido pezón. El niño no sabe por qué, pero se inquieta.

Ahora Juanita quiere que el niño vea la pastorela que cada año se representa en el extenso patio de la vecindad donde vive, en el barrio llamado del Águila de Oro. La vecindad debe haber sido alguna vez mesón de arrieros: hay habitaciones en los cuatro lados del patio y en el medio una pila que conserva todavía traza de abrevadero para los animales. En cada cuarto vive una familia y al fondo se ve una letrina, la única para todos los moradores de la vecindad.

El niño es ahora hombre, y los hombres no se acuerdan de las cosas que verdaderamente importan. Por eso el hombre no recuerda a qué horas empezó la pastorela. Quizá empezó ya noche, pues el niño conserva en la memoria la visión de un gran fuego que lo llenaba todo con el resplandor de sus altas llamaradas. También recuerda el niño a Luzbel, con su espantable máscara y el látigo que hace restallar a cada paso. No se acuerda del ángel. Tampoco puede evocar los cantos pastoriles. Pero no olvida las llamas, ni el demonio, ni olvida tampoco el ronco son de un instrumento extraño cuya única cuerda otro hombre tañe cuando aparece el diablo...

Una hermana de Juanita, mayor que ella, se la pasa llorando todo el tiempo. Va vestida de negro; se cubre la cabeza con un luctuoso chal. Hace unos días murió su niño, de difteria. En aquellos años la difteria mataba a muchos niños. Se les iba cerrando la garganta poco a poco, hasta que el aire ya no podía pasar. Entonces se morían. Las madres veían desesperadas cómo sus hijos se esforzaban inútilmente por respirar. De pronto, tras la lucha, quedaban inertes. Se les había salido la vida. Ya no eran niños. Ahora eran angelitos. ¿Y de qué le sirve a una madre un angelito?

A la hermana de Juanita la han llevado a ver la pastorela para que se distraiga un poco. Después de todo ver una pastorela no es una diversión: es como una misa, nomás que sin sacerdote. Los pastores recitan sus parlamentos con voz monótona, de prisa, de modo que casi no se entiende lo que dicen, igual que al padre en la misa.

Cada uno sabe su parte de memoria; la sabe desde hace muchos años, pero un apuntador —hombre anciano que tiene barba blanca— les va diciendo los versos para que los repitan. Los lee de un cuaderno. Ese cuaderno es importante. Pasa de padres a hijos, de generación en generación. El encargado de guardarlo lo conserva con más cuidado que los hebreos el Arca de la Alianza.

El niño no recuerda ningún verso de aquella pastorela. Se acuerda, sí, de que Juanita lo mantiene despierto porque ya van a dar “el aguinaldo”. El niño recibe pinole y un jarrito de champurrado. Después le dan colaciones, que son unos dulces pequeñitos pintados de colores. El niño no los come. Los guarda en la mano cerrada. Cuando después abre la mano las colaciones son blancas y su mano es azul y de color de rosa. Juanita ríe con una risa clara y sonríe triste su hermana, esa a la que se le murió su hijito.

El sueño vence al niño. Lo llevan a dormir en la cama de Juanita. Luego, en la

madrugada, la siente junto a sí y siente su respiración acompasada. Quiere sentir más, pero se duerme otra vez. En sus sueños está Juanita, con las oscuras areolas de los senos tras la blusa mojada, y está el niño que murió de difteria —ahora tiene alas, y vuela allá en lo alto, cerca del techo de la habitación—, y están las llamaradas, y la máscara del demonio, y su látigo. Arriba de todo ellos, sobre el mundo, está un anciano de barba blanca que lee en un cuaderno versos que abajo repiten los hombres, las mujeres y los niños. Y también los angelitos que vuelan allá en lo alto, cerca del techo de la habitación.

CUESTIÓN DE GENES

Los llamaremos Pedro y Juan. No hay mucha imaginación en eso, ya lo sé. Mayor imaginación habría si los llamáramos Juan y Juan. O Pedro y Pedro, es igual. Porque los dos eran iguales. Eran hermanos gemelos. Gemelos idénticos. Gemelísimos. Quiero decir que eran absolutamente iguales. Sólo su madre los podía distinguir, y no por vista, sino por instinto. Ellos se divertían con su parecido. “¡Pedro!”, llamaba a Pedro su papá. Y Pedro decía: “Soy Juan”. “Mira, Juan”, le decía la maestra a Juan. Y Juan decía: “Soy Pedro”. Y reían los dos; los dos reían.

Crecieron, y siguieron siendo exactamente iguales, como un espejo puesto frente a otro. Como dos gotas de agua, decían todos usando la misma frase. Ahora ya ni su mamá los podía reconocer. Y es que con los años el instinto se va convirtiendo en razón, y la razón no puede reconocer lo que el instinto sí. La gente del pueblo se divertía igualmente con los gemelos. “Adivina cuál es Juan”. “Adivina cuál es Pedro”. “¿Eres Pedro o eres Juan?” “¿Eres Juan o eres Pedro?” “Ah, ya sé: eres Pedro”. “Ah, ya sé. Eres Juan”. Y ellos seguían divirtiéndose con su parecido.

El que mayormente se divertía era Pedro, el cábula de los dos. En el pueblo esa palabra, “cábula”, significaba astuto, pícaro, travieso; alguien de quien había que desconfiar. Y Pedro era muy cábula. Juan no. Porque sucede que si de cuerpo los dos hermanos eran absolutamente iguales, gemelos idénticos, gemelísimos, de alma —sea eso lo que sea— eran totalmente diferentes. Como del cielo a la tierra, decía su mamá. Juan era un pan —también eso decía su mamá—, un buenazo.

Por su parte, Pedro no es que fuera malo. Aunque ahora que lo pienso probablemente sí era malo, pero de eso ni su mamá se daba cuenta. A lo mejor ni siquiera él se daba cuenta de que era malo. Quizá la maldad es como un mal gen que se trae desde el nacimiento. Y la bondad también, un gen bueno que la criatura trae de origen. En ese caso maldad y bondad no serían cosa del alma, o de la libertad, o de la conciencia, o de la voluntad, sino cuestión de genes. Habrá que revisar muchos conceptos. Me gustaría empezar a hacerlo ahora mismo, pero en este momento estoy muy ocupado contando la historia de Juan y Pedro. O de Pedro y Juan, es igual.

El caso es que Juan se hizo de una novia. Se llamaba Azucena, que es un bonito

nombre. Tan bonito que a la muchacha no le decían Chena, o Zu, sino Azucena, así, completo. Azucena se hizo novia de Juan porque Juan era muy bueno, igual que ella. Eso explica por qué Azucena se sorprendió bastante cuando Juan, que un día llegó a verla así de pronto, sin aviso, le pidió que le diera una prueba de su amor. Se la dio ella, en las afueras del pueblo, la siguiente noche, porque ya estaba pedida y dada, y muy pronto se iban a casar.

Sucedió, sin embargo, que el que le había pedido la prueba de su amor no era Juan, incapaz de pedirle eso. Era Pedro. El cábula, el pícaro, el travieso. El malo. No quiero ponerme dramático, pero a consecuencia de aquella prueba Azucena quedó embarazada. Cuando se lo dijo a Juan —al verdadero Juan— todas las cosas quedaron al descubierto. Pedro huyó del pueblo. Juan se negó a casarse con su novia: el hijo que ella iba a tener no era de él. Se fue también del pueblo. Azucena quedó proscrita de la sociedad: eran los tiempos. El resto de su vida fue muy desdichada. Juan fue desdichado también. Entiendo que se casó y tuvo hijos, pero un cierto aire de tristeza lo acompañaba siempre.

Pedro no fue desdichado. Fue feliz. Tenía suerte en los negocios, y con las mujeres. Divertía a sus amigos hablándoles de sus pasadas conquistas amorosas. De la conquista de Azucena nunca habló. Pero fue feliz, lo dije ya. Tampoco entiendo esto de la felicidad y la desdicha. A lo mejor es también cuestión de genes.

EL NIÑO DE LOS CABELLOS DE ÁNGEL

¿Qué edad tiene este niño? No lo sé. Ocho años, diez quizá. Es muy bonito. “Parece un ángel”, comentan las vecinas. Lo dicen sobre todo por los cabellos, rubios y rizados. El niño tiene problemas por causa de su pelo. En la escuela sus compañeros se burlan de él. “Pareces niña”. Para no parecerlo se pelea con ellos. Muchas veces llega a su casa sucio de tierra y con la camisa rota. Su mamá lo regaña. “No somos ricos para estarte comprando una camisa cada día”. Pero a él no le gusta que le digan niña y vuelve a pelearse una y otra vez.

El niño no tiene papá. “Por eso se aprovechan de ti”, le dice su madre. Siempre está solo en la casa, porque ella trabaja. Es dependienta en una tienda del centro de la ciudad. Todos los días sale temprano en la mañana y regresa a las 8 de la noche. Le deja la comida en el refrigerador, con agua de limón o tamarindo. El niño come en la mesa de la cocina, solo. Luego hace la tarea, porque si no la hace su mamá se enoja mucho. “No somos ricos —le repite—. Tienes que estudiar para que te abras paso en la vida”.

El niño no sabe qué es eso de abrirse paso en la vida. Piensa que ha de ser cosa muy difícil, algo así como ir por un camino lleno de piedras, con precipicios y letreros que dicen: “Curva peligrosa”. Para recorrerlo hay que aprenderse los quebrados y los nombres de las capitales de los estados que forman la República.

Cuando su mamá llega del trabajo lo primero que hace después de quitarse el vestido y ponerse la bata es revisarle la tarea y hacerle preguntas sobre ella. “¿Cuál es la quinta parte de 100? ¿Cuál es la capital de Baja California Sur?” Luego, mientras prepara la cena, le hace distraídamente otra pregunta: “¿Cómo te fue?” “Bien”, le dice él siempre, aunque no le haya ido bien. En ocasiones el niño siente el impulso de preguntarle también a ella: “Y a ti, ¿cómo te fue?” No lo hace porque supone que le contestará lo mismo: “Bien”. Aunque no le haya ido bien.

Ven un rato la tele y en seguida se van a acostar. Él siempre se duerme antes que ella, pero ella siempre se despierta antes que él. Y otra vez a la escuela, y a los quebrados, y a las capitales que forman la República, y a esperar que ningún niño le diga que parece niña. ¿Por qué su mamá no le corta el pelo? “Ni pensarlo —le dijo un día que se lo pidió—. Así te ves muy lindo”. Pero él no quiere verse lindo. Quiere verse como los demás y que nadie le diga que parece niña.

El día que le gusta más de todos los de la semana es el domingo, porque es el único en que su madre no trabaja. Van al cine y le compra palomitas y un refresco. Ella come unas pocas, un puñito nada más. El resto de la caja se lo deja a él. “¿Por qué no compras una caja entera para ti?” “No me gustan mucho. Sólo quería probarlas”.

Nadie piense, sin embargo, que este niño sufre. No. Las historias de los niños que sufren son insufribles. Él no está triste. Por el contrario, ahora es muy feliz. Siempre había querido tener un iPad. Casi todos sus amigos tenían ya el suyo, pero cuando le pidió a su mamá que le comprara uno ella le respondió lo de siempre: “No somos ricos”. Esa vez el niño se echó a llorar. La madre se sorprendió bastante, porque su hijo no lloraba nunca. No lloró ni siquiera cuando se cayó del columpio en el parque y se rompió un brazo. Pero esa vez sí lloró. Su mamá no supo qué hacer. Lo miró nada más y le pasó la mano por la cabeza. Luego fue a la salita y se puso a arreglar algunas cosas que no estaban desarregladas.

A los pocos días llegó con una caja envuelta para regalo, y se la dio. La abrió él. Ahí estaba el iPad. ¡Qué maravilla! ¿Cómo podía ser eso, si no eran ricos? Lleno de alegría le dio un abrazo a su mamá. Se sintió un poco extraño al hacer eso, pues no lo hacía nunca. Al paso de los meses trató de recordar cuándo fue aquel día feliz en que su madre le regaló el iPad. No fue en la Navidad, no, ni en su cumpleaños; de eso estaba seguro. Más bien fue por los días en que empezó a llegar aquel señor en su automóvil y hacía sonar el claxon, y su mamá, antes de salir, le decía a él con voz extraña: “Vete a acostar. No tardo”.

LA PRIMERA COMUNIÓN

“Y tú, ¿cuándo hiciste la primera comunión?” Tal pregunta no tenía nada de piadosa: trataba de la iniciación sexual de cada quien.

A esa interrogante seguían otras que le quitaban todo viso religioso a la cuestión: “¿Con quién la hiciste?” “¿Dónde?” “¿Cómo fue?” Traíamos dos o tres copas —o cuatro, o cinco, o seis— que se nos habían ido más al corazón que a la barriga, y el tema entonces era el obligado: la mujer.

Entiendo, sin que me conste, que los hombres somos más reservados que las mujeres al hablar de sexo. Quizá eso se debe a que nosotros tenemos más inseguridades que ellas. El caso es que he oído que algunas —algunas, dije— tratan con mucha naturalidad el renglón de la sexualidad, y dicen cosas como: “Si le haces esto no se te irá nunca” o: “Si lo dejas que te haga esto otro ya no andará con viejas”.

Con dos o tres copas encima —o cuatro, o cinco, o seis— a los hombres se nos apaga el juicio y se nos encienden los recuerdos, y entonces hablamos de lo que nunca hablamos. “Y tú, ¿cuándo hiciste la primera comunión?” Para casi todos los del grupo de amigos la respuesta era la misma: entre los 17 y los 19 años, y generalmente en un burdel, con una prostituta. Se me dirá que eso está mal, y no lo niego, pero es mejor que hacerlo a los 14 o 15 años con una compañerita de la secundaria.

Todos coincidíamos en eso. No en la digresión moral, sino en lo del burdel y lo demás. Todos, menos uno. Este amigo nuestro había hecho la primera comunión en forma muy distinta. Debería decir más bien “en formas muy distintas”, porque cada vez que nos hablaba de su iniciación sexual nos contaba una historia diferente. “Fue en el campo, en unas vacaciones, con una rancherita de mi misma edad, 15 años. Me llevó al pajar; me dijo que me iba a mostrar una gallina con pollitos. Se acostó en la paja y se levantó la falda. Yo no sabía cómo, pero ella me enseñó”.

Pasaban unos meses, y nos contaba otra historia: “Fue con una amiga de mi mamá. Era una mujer alta, muy guapa, distinguida. Un día llegó a buscarla, y mi mamá no estaba. Dijo que la esperaría, y me pidió que le sirviera una copa. ‘Tómame una tú también —me ordenó—. Ya casi estás en edad’. Luego se me acercó y juntó mi cuerpo al suyo. Yo, claro, reaccioné. Tenía 16 años. Ella sonrió: ‘Según estoy sintiendo, para otra cosa ya estás en edad’. Y ahí mismo, sobre la alfombra de la sala, lo hicimos”.

Y luego, tiempo después: “Mi padre era agregado militar en el consulado de San Petersburgo. Ahí conocí a una joven estudiante rusa que tramitaba su visa para venir a México. Me dio la dirección de su departamento. Al día siguiente la busqué. Vivía en una buhardilla miserable. Hacía tanto frío que para calentarnos nos metimos en su cama. Y luego... luego ya no sentimos frío”.

Oíamos los relatos de mi amigo y nos reíamos a sus espaldas. En cierta ocasión bebimos solos él y yo. Entonces, con más copas que cuatro, cinco o seis, me hizo una confesión que me dejó pasmado: a sus 40 años aún no había hecho la primera comunión. Me contó que su primera experiencia sexual fue desastrosa. A causa de los nervios no pudo funcionar, y la mujer con la que estaba —una puta vieja, despiadada— se burló de él, y contó afuera lo que había sucedido.

Le sucedió lo mismo una y otra vez. Aquello se volvió un tormento. Se sabía

hombre; sentía la apetencia del cuerpo femenino, pero al estar con una mujer lo invadía el pánico y no lograba hacer lo que debía hacer. Vivía en una tortura continuada: deseaba la ocasión y, al mismo tiempo, la rehuía. Por eso no se había casado. No supe qué decirle cuando me reveló aquello, pero ya no me reí más con los amigos al oírlo contar sus fantásticas historias. Quisiera decir: “Encontró una mujer tierna y comprensiva que con amor y sabiduría le quitó el miedo, y entonces, a sus 40 años, hizo por fin la primera comunión”. Eso no sucedió. Mi amigo se dio al alcohol, y hay quienes dicen que también a las drogas. Murió tiempo después. Por eso cuento hoy su historia, porque ya está muerto y no dejó familia. ¿Cómo podía dejarla, si nunca hizo la primera comunión?

EL COLUMPIO DEL AMOR

Voy a decirlo sin tapujos. Decir las cosas sin tapujos es decirlas bien. Este hombre es un lenón. Regentea un burdel; trafica con mujeres. El burdel está en la zona de tolerancia; se llama El Columpio del Amor. La zona de tolerancia es pobre y no muy grande, pues la ciudad no es rica, y es pequeña. Tan pequeña es que “el sector pecaminoso” —así la llama el redactor del principal periódico de los dos que hay en la población— está a unas cuantas cuadras de la iglesia parroquial. Las mujeres del “sector pecaminoso” miden el tiempo que están con sus clientes por las campanadas del reloj del templo.

Como la ciudad es pobre ningún negocio da para todo y entonces hay que ingeniárselas para vivir. Por eso el hombre que digo tiene dos trabajos. Se ocupa, desde luego, en sus tareas de lenón. De las 9 de la noche hasta las 4 de la madrugada atiende a la erizada clientela de su establecimiento; dirime los pleitos entre las mujeres; sirve las cervezas y las copas en la barra de la cantina, y cobra por las bebidas y por lo demás. Luego, concluida la jornada nocturna, cambia de giro. De joven aprendió a hacer barbacoa. Va y la saca del pozo en que la puso antes de ir a la zona y la vende en sabrosos tacos mañaneros que gozan entre la gente de mucha popularidad. “Mi negocio es la carne”, suele decir con intención. Y añade con sonrisa equívoca: “En diferentes formas”.

Es cínico el lenón taquero. Pero es también agradecido. Tiene una lista de personas de quienes ha recibido favores o servicios, gente importante de la comunidad: el banquero que alguna vez le prestó una cierta cantidad; el distribuidor de cerveza que le brindó crédito oportuno; el abogado que lo libró de ir la cárcel después de un infortunado suceso de sangre en su negocio. A todos les lleva un medio kilito de barbacoa los domingos. Toca el timbre, se los deja al pie de la puerta y se retira, pues no se siente digno de ser recibido por ellos. “No quiero faltarle al respeto a su casa”, les explica, humilde.

Este hombre no es casado. Por lo mismo. ¿Puede acaso tener una familia —dice él—

dedicándose a lo que se dedica? Tiene sí, una mujer. La conoció en los ires y venires de su negocio, pues a lo mismo se dedicaba ella. Ya no se dedica a eso, claro, pero le ayuda en el establecimiento. Es ella la que se ocupa de cuidar a las muchachas, atenderlas cuando se ponen malas, remediar sus necesidades, oír sus quejas y quebrantos...

Pero haré corto un cuento que empieza ya a ser largo. Y lo haré corto porque no es cuento, es sucedido. En el mundo suceden muchas cosas, y más en esos mundos que desconocemos. Cierta día la mujer enferma. Siente dolores en el vientre, insoportables. La lleva él con el médico y éste, después de los exámenes correspondientes, le diagnostica una enfermedad terminal. “No es posible —dice él, consternado—. Vamos a la capital”. Y a la capital la lleva, al mejor hospital. El diagnóstico anterior era acertado. Su compañera va a morir sin remedio.

Los doctores le han dicho a él, aparte, que a la señora le quedan unos meses de vida. Y que sufrirá dolores que los más fuertes anestésicos no podrán calmar. Acortaré la historia más aún. Él le dice a ella lo que va a pasar. Nunca le oculta nada. Regresan a su casa, y al otro día amanecen muertos los dos, en la cocina. Han cerrado las puertas y ventanas; han tapado con lienzos y periódicos todas las hendiduras, han abierto el gas de la estufa y han muerto. Ella no quiso sufrir ni hacerlo sufrir a él. Por su parte, él no quiso que ella se fuera sola, ni quiso quedarse solo él.

No sé si hicieron bien o mal. Quizá a estas cosas no se aplican las categorías de mal y bien. Quién sabe cómo actuaría yo en una situación así. ¿Alguien lo sabrá? Me he limitado a contar la historia tal como sucedió. La historia de un lenón y una prostituta. Otra pregunta me hago: ¿se deben contar las historias de los lenones y las prostitutas? No son gente como la gente que escribe historias y las lee. No sé... Quizá toda la gente tiene historia. Y quizá todas las historias deben ser contadas.

LUPITA Y PEDRO

La historia que en seguida voy a relatar ¿es cursi o es conmovedora? Lo más probable es que sea las dos cosas: con frecuencia lo cursi es conmovedor y lo conmovedor es cursi. Si escribo esto es porque pienso que el temor a ser tachado de cursi es la mayor cursilería. Alguien dijo: “¿Quién, que es, no es romántico?” Y digo yo (y además en forma rimada, para mayor efecto): “¿Quién, que es, no es cursi alguna vez?” Advierto, sin embargo, que me estoy justificando sin haber cometido aún el delito. Voy, pues, a cometerlo.

Desde que se conocieron supieron que eran el uno para el otro (aquí comienza la cursilería). La mayor parte de la gente se enamora perdidamente; ellos se enamoraron encontradamente, pues de inmediato él supo que era para ella, y ella supo que era para él. Ella lo supo con mayor certeza: siempre las mujeres saben con mayor certidumbre que los hombres.

Se conocieron en un baile. Para eso eran los bailes; para eso han sido siempre los bailes: para que un hombre y una mujer se conozcan y luego de un tiempo razonable perpetúen la especie. Bailar es hacer el amor anticipadamente. Por eso los hombres de religión han visto siempre con recelo al baile. Sé de un pastor protestante que prohibía a los jóvenes que hicieran el amor, pues eso podía conducirlos luego al pecaminoso ejercicio de bailar. Otro se negó a fornicar de pie con la organista de su iglesia: adujo que si alguien los veía iba a pensar que estaban bailando.

Pero vuelvo a mi historia. Cuando ella y él se conocieron en un baile él fue a “nombrarla”. Eso quiere decir que fue a pedirle que bailaran. Ella aceptó, porque sabía ya que ese baile sería para toda la vida. “¿Me puede decir su nombre, señorita?”, le preguntó él en el curso de la danza. En ese tiempo las muchachas y los muchachos se hablaban de usted al comenzar una relación. Respondió ella: “Me llamo María de Guadalupe, para servir a usted”. “Yo soy Pedro, a sus órdenes”. “Mucho gusto”. Cuando acabó la pieza él la fue a sentar. Así se decía. Pero no se alejó mucho. En el momento mismo en que la orquesta empezó a tocar de nuevo él se apresuró —ya venían otros dos bailadores— y la invitó otra vez. Ella, seria, salió a bailar. Y siguió el diálogo: “¿Estudia o trabaja?” “Trabajo —contestó ella—. Soy secretaria”. Lo dijo con orgullo, pues a sus 17 años ya llevaba dinero a su casa. “¿Y usted?” La pregunta no dejaba de ser atrevida, pero tenía que saber el terreno que pisaba. “Soy oficinista —respondió él—. Trabajo en La Palma”. La Palma era una fábrica de dulces que gozaba de prestigio en la ciudad. Así supo ella que pisaba terreno firme. Por eso volvió a bailar con él la tercera vez que la invitó, y luego dijo: “Sí” —ahora sonriendo— cuando al terminar el baile él le preguntó: “¿Puedo volverla a ver?”

No tiene caso alargar la historia, que por lo demás no tiene nada de original. Miles de copias ha de tener, seguramente. Se hicieron novios, y él habló con los padres de Lupita para formalizar la relación. Sus intenciones eran serias, les dijo. Se casaron dos años después. Habían comprado ya —en abonos, claro— lo indispensable para el hogar: la estufa antes que nada, y la recámara antes que todo; la sala y el comedor (con seis sillas, todo un lujo). Ella dejó de trabajar, pues en aquellos años no se veía bien que una mujer siguiera trabajando después de casarse. Sólo podían hacerlo sin desdoro para sus maridos las profesoras y las enfermeras.

A los nueve meses justos Lupita tuvo su primer hijo. Un año después llegó la niña —“Felicidades. Ya tienen la parejita”—, y al año siguiente otro niño, y luego dos niñas más, las cuatitas. Cinco hijos en total.

Cumplieron 50 años de casados. No hicieron fiesta porque no había dinero: la pensión de él es pequeña, y los hijos debían ver por sus hijos. Pero fueron a misa todos juntos y luego hicieron una carnita asada en la casa paterna. Todos se retrataron con los abuelos. Ella se tomó una copita; él, dos o tres. Y mientras los hijos charlaban y jugaban los nietos, él recordaba aquello de: “Me llamo María de Guadalupe, para servir a usted”, y ella evocaba aquello de: “¿Puedo volverla a ver?” Todo había pasado. Y sin embargo

todo había quedado... Vuelvo a preguntar: ¿esto que relaté, tan simple, es conmovedor o cursi? Quién sabe. Pero fue.

EL PIANISTA

Era pianista. Un buen pianista. Por su familia corría una veta musical que en él, lo mismo que en un hermano suyo, afloró con riqueza. Ya de niño asombraba a sus maestros con una rara disposición impropia de sus pocos años. Ese talento natural, más el estudio, hicieron de él un excelente músico.

Eran todavía los tiempos —los últimos, quizá— de una bohemia desordenada que en el alcohol hallaba su expresión. A la música acompañaba siempre la poesía, y a ambas el licor. Aquel muchacho cayó en esa vida de románticos artistas que cifraban su mundo en una canción, en un poema, en una copa.

Pero otra vida hay, la cotidiana, que impone ingratas exigencias. Se casó el joven pianista; vinieron los hijos, y tuvo que trabajar en lo que fuera para llevarles a ellos y a su mujer el pan de cada día. En orquestas de baile, en ceremonias escolares, en radiodifusoras dispersó aquel arte elevado con el que había soñado conquistar las grandes salas de concierto. Supo que de su solar nativo ya no saldría jamás, y ahogó en vino sus sueños juveniles.

Pasó el tiempo. Aquel hombre envejeció de cuerpo igual que había envejecido de alma. Cierta día llegó a su ciudad una caravana artística. Así se llamaban las compañías traídas por algún empresario para aprovechar la popularidad de una figura de moda en la Capital. Venía como estrella en ese grupo una preciosa actriz de nombre Emilia Guiú. Era rubia, de una belleza altiva que cautivaba a todos. Había triunfado ya en el cine. Su película *Angelitos negros*, en la que actuó con Pedro Infante, le dio mucho cartel. El pianista fue llamado para que tocara con la orquesta de la caravana. Vio a la hermosa mujer y al punto se prendó de ella. Algunas palabras dijo al desgaire la muchacha en elogio de su arte de pianista y eso encendió en el viejo músico la llama de un amor senil. En sus fantasías de ebrio consuetudinario imaginó que la hermosa mujer le correspondía; que ella también se había enamorado de él.

No se atrevió a declararle su pasión, pero cuando la caravana terminó su temporada en la ciudad él siguió a la artista. Todo lo dejó para ir tras ella: esposa, hijos, trabajo. Loco de amor fue tras la belleza de aquella reina o diosa. Se conformaba sólo con mirarla; con escuchar su voz. A veces se cruzaba con ella. La hermosa le sonreía, y con eso él se enamoraba más.

Fue por todo el país siguiendo a su musa. El escaso salario que recibía apenas le alcanzaba para mal comer, para pagar los miserables hospedajes en donde se alojaban los miembros de menor importancia de la *troupe*. Se olvidó de su familia; nada lograron las angustiadas cartas de su esposa y su madre; fueron inútiles también los enérgicos

reproches que le hacía su padre anciano. Cuando su hermano fue a buscarlo para llevarlo de regreso, lo golpeó.

Acabada la gira, la compañía volvió a la Capital. Su amada se le perdió en los laberintos de la gran ciudad. Agotó el poco dinero que llevaba. Un día, después de tres o cuatro sin comer, tuvo que pedir limosna en la calle. Se determinó a privarse de la vida. Iba a arrojarle al paso de un tranvía. Cuando ya lo iba a hacer alzó la vista y vio la cruz que coronaba la torre de una iglesia. Esa visión lo detuvo. Buscó a un compañero de la caravana y éste le consiguió empleo en un cabaret de baja estofa. Juntó dinero y compró el boleto del tren. Así volvió a su lugar de origen.

La esposa lo recibió sin un reproche. Y el hombre siguió su vida hasta que le llegó el momento de otra muerte. Cuando bebía se quedaba en silencio, con la mirada perdida en el vacío. Me entristecí cuando oí contar su historia. Estoy triste ahora que la escribo. Pienso que la tristeza vive con nosotros: si vas por la calle caminará contigo; en el autobús se sentará a tu lado. Está en todas las casas; está en todas las vidas. Podemos disiparla, claro, con una copa, con un rato de sexo, con una de esas dichas súbitas que la vida nos regala. Pero será sólo por un momento. La tristeza regresará de nuevo. Es triste, pero así es.

LA TIERNA TRAMPA

“ ‘Estoy embarazada’. Así me dijo. Yo era estudiante entonces. Cursaba el cuarto semestre de la carrera. Ella estaba un semestre más abajo. Teníamos de novios desde la prepa, aunque, la verdad, yo a veces me aburría y salía con otras, y la dejaba de ver por algún tiempo. Pero siempre volvía con ella. Una noche fuimos a una fiesta. Cuando la acompañé a su casa me dijo: ‘No está mi mamá. Si quieres pasa’. Yo me había tomado unas cubas, así que se me hizo fácil. Entramos, nos sentamos en el sillón de la sala, con la luz apagada, y ahí empezó la cosa. Ya andábamos bien entrados cuando sonó el teléfono. Era su mamá. Le dijo que estaba en la casa de otra hija que tiene, casada, y que se iba a quedar con ella porque ya se iba a aliviar y le daba cuidado dejarla sola. Que ya no la esperara, que se fuera a acostar. Y se fue a acostar. Conmigo.

”Pasaron unas semanas, y entonces me dijo: ‘Estoy embarazada’. Lo hicimos nomás una vez, pero con eso hubo. Qué puntería ¿verdad? Y no estoy presumiendo; lo que pasa es que así sucede: hay parejas de casados que se pasan años queriendo tener un hijo, y nada, y acá su servidor con una sola vez ya estuvo. Parece cosa adrede, pero pasa.

” ‘¿Y ahora qué? —me dijo muy enojada su mamá—. ¿Le vas a cumplir o no?’ Yo le dije que sí, que me iba a casar. Y me casé. No me arrepiento. Dejé los estudios, claro. Mi suegra me consiguió este coche y me metí a taxista. Y viera que no me ha ido mal: 300, 400 pesos cada día. ¿Dónde más saca uno eso? Empiezo a las 6 de la mañana y pa’

las 3 de la tarde ya acabé. El resto del día me lo paso con m'hijo.

”En mi casa lo adoran porque es el vivo retrato de mi padre. Lo único que tiene de mí son las manotas, grandes. Manos de hombre. Dice mi apá que las mujeres deben tener las manos chicas, pa' que todo lo que agarren de su marido les parezca grande. Como el dinero, no sea usted mal pensado. Bueno, señor, ya llegamos. Son 100 pesos...”

Breve es el trayecto entre el hotel y el aeropuerto. Tan breve que en él cabe una vida. O varias. De muchas vidas se entera uno en la legua. Cuando la gente sabe que no te volverá a ver te cuenta muchas cosas. En el avión voy recordando lo que me contó el joven taxista. Es una historia vulgar, lo cual quiere decir que es una historia maravillosa. Es pan de cada día, y el pan de cada día es prodigioso. Con historias como ésta no se puede hacer una telenovela, pero de esas historias está hecho el mundo. En todos los tiempos y en todos los países hay muchachos y chicas que fueron a una fiesta y luego...

Lo que me falta es el nombre para la narración. Después de considerar el hilo de los acontecimientos —la casa sola, la invitación a pasar— he pensado ponerle a esta historia el mismo nombre que lleva una canción de Sinatra: “The Tender Trap”, “La tierna trampa”. Esa tierna trampa es el amor. A primera vista parece que quien pone la trampa es la mujer, para pescar a un hombre, casarse con él y de ese modo resolver su vida. Quien eso piense estará acusando falsamente a la mujer. La tierna trampa la pone la naturaleza. La mujer, con su coquetería y sus recursos para atraer al hombre, lo único que está haciendo es cumplir el oculto llamado que hace la naturaleza para perpetuar la especie.

Obedecer esa convocatoria no es pecado. El verdadero pecado está en desoírla, pues eso equivale a apartarse de la corriente de la vida, y la vida es sagrada. Lo que el muchacho y la muchacha hicieron fue cumplir el mandato de la naturaleza, que para el creyente es voz de Dios. No llegaré al extremo de decir que lo que hicieron en la sala, y en la cama luego, fue por mandato divino. Pero si me apuran un poco diré que a lo mejor sí fue. Quién sabe. Eso pertenece al campo de la teología, y yo no llego más allá de transcribir lo que me contó un taxista en el camino del hotel al aeropuerto.

FANTASMAS

¿Tú crees en los aparecidos? Yo, la verdad, no mucho. Tengo un primo que sí cree en ellos, pero también cree en el Partido Verde. Su criterio, por tanto, no es confiable. Si algún día un aparecido se me apareciera me aturrullaría bastante y no sabría cómo reaccionar. ¿Se le debe saludar y preguntarle por su salud y la de su familia? En todo caso, según lo que aprendí de las criadas cuando niño, en presencia de un espanto no debe uno espantarse. Se le hace la señal de la cruz y se le ordena con voz firme: “En nombre de Dios te pido que me digas si eres de este mundo o del otro”. Si dice que es del otro, se le conjura recitándole las Siete Verdades, oración que lo pondrá

inmediatamente en fuga.

No sé si por fortuna o por desgracia —ver un aparecido ha de ser cosa muy interesante— los fantasmas no me han considerado merecedor de su visita, y jamás han hecho acto de presencia en mi presencia. Pero oigo mucho hablar de ellos. Por los corredores del hotel Waldorf Astoria en Nueva York, se dice, ronda el espectro del general MacArthur. En Inglaterra toda mansión que se respete tiene sus fantasmas. Se les trata como a miembros de la familia, y cuando hay un evento social —bautizo, boda— se les envía la correspondiente invitación.

Desde luego esta bodega en el antiguo rancho del *Potrero* no es el Waldorf, ni es tampoco una mansión inglesa. Es sólo un galpón abandonado porque la tierra no produce ya el maíz que antes rendía y que lo llenaba casi hasta el techo. Terminó por servir de refugio a las palomas, nada más. Por eso no dejó de sorprenderme que un día don Abundio me dijera que en la bodega andaba un alma en pena.

El viejo es cartesiano. Junto con su navaja y sus cigarros lleva consigo siempre una duda metódica que lo protege contra las trampas de la credulidad. A todo lo que le dicen suele responder con la palabra “adió”, que sirve para expresar reserva o suspicacia. “Bonito día, don Abundio”. “¿Adió?” Y así. Entonces fue motivo de sorpresa para mí que me dijera que en la bodega se estaba apareciendo un aparecido.

“Yo no lo he visto, licenciado, pero he mirado una luz y he oído ruidos como de cadenas”.

Este señor que digo, don Abundio, goza de gran respeto en el *Potrero*. Es la “esperencia”, cargo que se confiere al hombre más sabio y más prudente. Oírlo decir de aquel fantasma puso temor en los vecinos, que ya no se acercaron a la bodega luego de la caída de la tarde. Y menos después de que doña Teresa, la viuda del finado Antonio, dijo que también ella había visto aquella luz y escuchado aquellos ruidos. Doña Teresa era señora seria, incapaz de decir una mentira.

Desde entonces ya nadie pasó por la bodega ni de día ni de noche. ¿Quién iba a dudar del dicho de aquel señor tan importante y de aquella señora tan formal? La única que dudó fue doña Rosa, la mujer de don Abundio, y eso que no es cartesiana. Explicó sencillamente: “Es que cuando se aparecía el aparecido él se desaparecía”. Una noche que se vio luz en la bodega, y que todos se encerraron en sus casas, ella fue —¡imprudencia temeraria!— y miró a través de una rendija de la puerta. No vio al alma en pena, pero sí vio a su marido y a doña Teresa —la viuda del finado Antonio— haciendo cosas que no debían hacer. Los maduros amantes habían inventado lo del alma en pena para tener un sitio propicio a sus amores.

Este veraz suceso me ha servido para fortalecer mi cauteloso escepticismo en relación con los fantasmas. Pienso que la muerte se parece en alguna forma a la trampa que tenemos en el *Potrero* para los ratones. Es una jaula de alambre con una puerta a través de la cual se puede entrar, pero no salir. Igual sucede con la muerte. De ese sueño nadie ha podido regresar. Lo dijo Hamlet. Aun así permítanme contarles algo. El otro día

vi que en la trampa había caído un ratón. Lo que hago en esos casos es llevar al animalillo lejos y soltarlo. Fui a traer mi chaqueta, pues hacía frío. Cuando regresé, el ratón ya no estaba en la jaula.

Quizá ustedes me dirán: “¿Adió?”, y juzgarán que esa banalidad no es aplicable a las cosas de la muerte, tan difíciles de entender, tan trascendentes. Sin embargo...

NI ENVIDIADO NI ENVIDIOSO

Pródiga fue la cosecha en el huertillo. Las ramas de los durazneros se doblaban con el peso de los hermosos frutos, aterciopelados como mejilla de doncella; las evangélicas higueras se llenaron de higos, negros como la noche, como la noche dulces; por todas partes crecían las acelgas, gratas a la vista en las amelgas, gratísimas al paladar en la cazuela.

El dueño de aquel solar se preguntaba qué haría con los opimos dones. Y el hortelano, que tiene los pies bien puestos en la tierra, pues en la tierra ha tenido bien puestas las manos desde niño, le propuso una idea: ¿por qué no ir el domingo al mercado de la plaza a vender esa cosecha? Los fines de semana el pueblo se llena de gente ansiosa de comprar; seguramente lo venderían todo.

El dueño del huerto no tiene espíritu fenicio: carece de las dotes que dan fortuna al hombre de comercio. Sin embargo el hortelano lo anima con mucho ánimo: irán los dos y realizarán la rica mercancía en un dos por tres. O a lo más en un tres por dos. Y allá va el aprendiz de vendedor, algo cortado, su hortelano como ufano auriga al frente del carretón, él sentado en la parte de atrás, con las piernas colgando desairadamente. Porque ha de saberse que el hortelano tiene un carretón que tira un burrillo plateresco, como el de Juan Ramón.

Llegan los tres —el dueño, el hortelano y el burrillo— y se acomodan al lado de un vendedor de granos que los recibe hosco y ceñudo, como si las acelgas, los duraznos y los higos fueran competencia para el maíz y el frijol que vende él. Pronto acuden los compradores, y pronto se van los duraznos, las acelgas y los higos. Dos horas después a los improvisados vendedores ya no les queda nada qué vender. Felices y contentos se van los tres: el borrico, el hortelano y el dueño del huertillo.

Transcurren unas semanas. Otra vez las amelgas se han llenado de hojas verdes; más duraznos han madurado en los durazneros, y en las higueras hay más higos. Cuando al Señor le da por dar, la cosa se pone a todo dar. Muy bien lo sabe quien esto escribe, que necesitaría muchos costales para meter las abundantes bendiciones que cada día recibe, y que agradece mucho porque muy poco las merece.

Así pues, allá van nuevamente a la plaza el hortelano y el dueño del huertillo. Ahora no van en carretón, pues el borrico —dice su propietario— “está enfermo de melancolías”. También los asnos sufren de tristeza, y éste rumia desde hace días alguna

pena ignota que lo tiene postrado y sin ganas de estirar el carretón. La mercancía, pues, se carga en la camioneta del dueño de huertillo. La camioneta es nueva, de último modelo, recién salida de la agencia. Es de esas que llaman *4 por 4*; tiene doble cabina; es de color verde petróleo; sus llantas lucen rin cromado.

Y allá van otra vez los flamantes mercaderes, hacia el mercado de la plaza. Llegan y encuentran sitio junto al mismo sujeto de la vez pasada. Los mira él, sombrío y atufado, y ve la camioneta. Luego, con voz llena de rencor, les dice estas palabras: “Les ha ido bien, cabrones”.

El buen Padre Ripalda decía en su olvidado Catecismo que la envidia es “la tristeza del bien ajeno”. Pecado es éste el más triste de todos, pues los demás deparan al pecador cierto deleite: el perezoso disfruta de su holganza; el goloso es feliz con sus hartazgos; el avaro se goza contando sus riquezas; el iracundo desfoga su rabia con sádico placer; al soberbio lo ufanan sus vanidades. Al lujurioso —de intención lo he puesto aparte, pues es el que mayores goces goza— su lujuria le ofrece delectaciones inefables. Pero el envidioso no siente más que tristeza; en su pecado no hay alegría alguna, disfrute o regodeo. Más aún: sin quererlo rinde homenaje al envidiado.

Yo le pido a Diosito que me libre de ser envidioso. No se preocupe Él de librarme de otros pecados —la gula y la lujuria sobre todo—, pero de la envidia sí, y de la soberbia, que es el pecado mayor, fuente de todos los demás. De los pecados de la carne, tan humildes ellos, el tiempo se encargará de librarme.

UN CRIMEN

Hoy hablaré de un pastor y de su perro. O, más bien dicho, de un perro y su pastor. Extrañará que alguien hable de pastores y de perros en un libro moderno. En los libros modernos se habla sólo de cosas importantes, por ejemplo el último escándalo de la actriz de moda en la televisión, o el golazo del Pichichito Máiquez, o como se llame el gran anotador. También se habla en ellos de cosas menos importantes: esa guerra en que murieron decenas de millares de hombres; aquella hambruna que causó la muerte de cientos de miles de niños... Sin embargo, nadie habla de perros y pastores.

Si de ellos hablo hoy es porque no hallé otro tema mejor. Además lo que escribo cada día es tan irrelevante que igual puedo poner: “La inflación en enero aumentó el 4.8 por ciento” que alguna frase con pretensión de literaria: “Sé que hubo una rosa en mi vida por la espina que en el alma me dejó”. Tanto lo de la rosa como lo de la inflación correrán la misma suerte: el olvido. Por eso escribo ahora acerca de un pastor y de su perro. El tema es tan bueno —o tan malo— como cualquier otro.

Diré que el nombre del pastor es Layo. Posiblemente se llama Estanislao, pero le dicen Layo. No sé la edad que tiene. Tampoco él la sabe. De pláticas de viejos se puede colegir que anda por los 80 años. En el registro de la prisión se lee: “Layo N. Edad aprox.

80”. El perro no tenía nombre. Digo “tenía” porque ya no es perro. O, en el mejor de los casos, es un perro sin vida, lo que equivale a no ser perro ya. Entonces lo que menos importa es que no haya tenido nombre. Si alguien le preguntaba a Layo cómo se llamaba su perro él contestaba: “Perro”. Jamás le hacía una caricia y lo que le daba de comer se lo arrojaba sin siquiera verlo. Con un silbido lo hacía venir, y con algo que no era una palabra, sino un ruido gutural, le ordenaba que se fuera.

El perro lo ayudaba a pastorear las chivas, pues Layo era viudo sin hijos. Todos decían que para eso no había perro como él. Recordaban la vez que una chiva parió en el monte, y el perro permaneció a su lado porque el coyote andaba cerca y había que cuidar a la pequeña cría. Cuando don Layo se enfermaba y no podía salir, el perro se llevaba a las chivas por la mañana y las traía de regreso por la tarde. Jamás le faltó una. Aun así el pastor nunca le hacía una caricia al perro, y no le puso nombre nunca. El perro era el perro, nada más.

Cierto día llegaron al rancho unos cazadores. Eran tres; iban en busca de venados. Nadie les dijo que hacía muchos años no se veía un venado por ahí. Los dejaron caminar todo el día por los cerros, y los vieron regresar a la caída de la tarde echando el bofe; asoleados, cansados, y espinados no de rosas, sino del fiero arbusto que se nombra uña de gato. No habían disparado un solo tiro. En eso vieron al perro de Layo, que los veía a ellos y les mostraba los colmillos para alejarlos de las chivas. Uno de los cazadores, por divertirse y divertir a sus amigos, tomó puntería y le disparó. Fue un aullido —algo así como un grito de dolor— y el perro ya no fue perro. Fue muerte. Tampoco la muerte tiene nombre. Se llama sencillamente muerte.

El caso es que esa noche los cazadores se emborracharon en su campamento. Dormían el sueño de la embriaguez cuando llegó una sombra y degolló con su navaja de campo al hombre que había matado al perro. Después de hacer eso la sombra fue al jacal de Juan Yervides, “la autoridad”, que así se dice en el rancho, y se entregó. Eran las 3 de la mañana. Juan lo tuvo ahí, tomando café, platicando del tiempo y de otras cosas hasta que amaneció. Luego lo llevó en su camioneta al pueblo, y lo puso en manos de la autoridad, que así se debe decir en la ciudad.

Ahora don Layo está en el Cereso, o Centro de Rehabilitación Social. ¡Cómo no estuvo ahí el cazador, para que lo rehabilitaran! A quienes lo visitan don Layo les dice que no se arrepiente de lo que hizo. “El hombre era malo —declara—, el perro no”. Muchos no saben lo que un anciano solitario puede llegar a querer a su perro. Nadie es capaz de saber lo que un perro quiere a su señor. Por eso no habrá quien vea en la historia que he contado una historia de amor. Todos verán en ella un hecho de sangre. Y no lo tomo a mal: hay historias de amor que no parecen historias de amor. La que conté es una de ellas.

LOS AMANTES

La historia de amor que voy a relatar es muy extraña. Eso significa que puede ser cualquier historia de amor —la tuya, la mía—, pues todas las historias de amor son muy extrañas. Escoge tú cualquiera y, después de conocerla, tendrás que decir: “¡Ah!”, “¡Oh!”, “¡No lo puedo creer!” y otras expresiones admirativas semejantes. Sucede que toda historia de amor empieza con un azar, y el azar es cosa muy extraña. Piensa en tu propia historia y encontrarás que un minuto de más o de menos, una mínima circunstancia en vez de otra, pudieron hacer que tu vida fuese otra muy distinta de la que hoy es. Pensarás: “Si no hubiera ido yo a esa fiesta...”, “Si hubiera vivido en otra colonia...”

Nuestra vida es una sucesión de “hubieras” que no se concretaron. ¿Azar o predestinación? No sé. Honduras en que más vale no meterse. Inútiles filosofías. A lo mejor las cosas acaban siempre por ser como debían ser. La providencia divina, etcétera. Pero eso es teología, y algunos dirán que la teología es más inútil aún que la filosofía, que se supone es su esclava. ¿Lo ves? Honduras, como dije; camisas de once varas. Preferible es ir directamente al relato.

Empiezo por decir que ella era tímida, y él también. En nuestros días la timidez ya no existe, o está en francas vías de extinción, pero en el tiempo en que esta historia sucedió había bastante timidez, pues los hombres y las mujeres no se trataban con la llaneza de hoy. Por eso ella era invenciblemente tímida, e irremisiblemente tímido era él. Vivían cerca uno de la otra; sus familias se conocían y tenían trato. Y sin embargo nunca atinaron ni siquiera a decirse “Buenos días” o “Buenas tardes” —según la hora— cuando se topaban por casualidad. Esto realmente no se explica, porque los dos eran adultos ya. Andaría ella por los 30, por los 40 él.

Pero las cosas se entenderán si recordamos que los dos eran muy tímidos. Un día ella pasó en su coche frente a la casa de él, y al verlo —estaba en la cochera lavando el suyo— hizo sonar el claxon. Aquello era un saludo. Al siguiente día sucedió lo mismo: pasó ella exactamente a la misma hora —él esperaba ya—, y cuando lo vio frente a la puerta sonó el claxon otra vez. Él se llenó de felicidad y todo el día se le fue pensando si al siguiente sucedería lo mismo. Sucedió. A la misma hora —las 3 de la tarde— pasó ella de nuevo y le envió aquel saludo con el claxon. Entonces él subió a su coche y la siguió. Por el espejo retrovisor lo miró ella y también se llenó de felicidad, pues igualmente el día anterior se le había ido pensando si alguna vez él la seguiría. Por la calle principal del pueblo salió a la carretera. Manejó unos cinco kilómetros y luego dio la vuelta para volver al pueblo. Cuando se cruzaron ella sonó el claxon, y luego él. Aquello ya era un diálogo. Al llegar a la casa del hombre él hizo sonar su claxon, y luego ella. Eso era una despedida. Al día siguiente, a las 3 de la tarde, otra vez lo mismo. E igual ya todos los días. A la misma hora ella pasaba frente a su casa —él la esperaba ya en su coche— y sonaba el claxon. Respondía él, y la seguía. En el mismo punto de la carretera ella daba la vuelta, y al encontrarse con él hacía sonar otra vez el claxon, y él contestaba con el

suyo. Cuando llegaban se despedían en la misma forma. Y así día tras día; así todos los días.

Me gustaría decir que una tarde ella bajó de su automóvil y él del suyo, y se tomaron de las manos, y sin palabras —y sin claxon— se dijeron su amor. Pero eso no sucedió nunca. Algunos meses duró ese extraño noviazgo —lo llamo noviazgo porque ella decía que él era su novio, y en ella veía a su novia él—, y luego terminó en igual forma que había comenzado: sin qué ni para qué, como se dice. Un día ella no pasó ya, ni los siguientes. Debo decir, aunque esto suene a torpe gracejada, que el fin no sobrevino porque uno de los dos hubiese pensado en el alto costo de la gasolina. Él oyó hablar de un desorden nervioso, del internamiento en cierta casa que llamaban “de recuperación”, y ahí acabó la historia. Ahí empezó también la soledad para los dos, una soledad que dura todavía, que durará por siempre... No sé si ésta haya sido una historia trágica o cómica. Quién sabe. Y ahora que lo pienso, tampoco sé si fue una historia de amor o no... Quién sabe...

LA MAESTRA QUE IBA AL CIRCO

A las alumnas de la academia de piano les sorprendía mucho que a su maestra le gustara tanto el circo. ¿Por qué la señora Margarita, que siempre andaba triste, que apenas esbozaba una sonrisa leve cuando alguna de sus discípulas lograba dominar aquella pieza tan difícil, por qué, se preguntaban, cuando llegaba un circo a la ciudad jamás dejaba de ir a todas las funciones, y se sentaba, sola siempre, en un lugar de los más caros, en las primeras filas?

Recuerdo bien a esa maestra. Murió hace muchos años. Vivía cerca de la casa de mis padres. Cuando iba yo al colegio pasaba frente a su estudio —así llamaba ella a su academia— y me detenía a ver a través de la ventana a las lindas muchachas que frente al teclado repasaban el Beyer, o que sentadas en una silla estudiaban el Solfeo de los Solfeos. A veces me cruzaba con la profesora, y la saludaba, pues sentía admiración por ella. Todo lo que se relacionara con la música me causaba admiración. Años después oí su historia, y supe por qué iba siempre al circo cuando alguno venía a la ciudad.

La maestra Margarita era todavía joven cuando llegó con una compañía de opereta un músico italiano apellidado Sardinelli o algo así. Violinista él, pianista ella, el común amor a la música los unió en otro amor. Se casaron, y al año fueron padres de una niña rubia y hermosa como el sol. ¡Qué dicha aquélla, qué felicidad! La maestra de música no había oído nunca música más bella que la vocecita de Tina, aquella niñita suya, angelical.

Pasaron dos, tres años de ventura. Algo sucedió después. Ella no supo qué. Tampoco él le dijo nada. Actuó con esa frialdad y alevosía con que actúan algunos hombres que han dejado de amar a su mujer. Siguió tratándola como siempre la trataba, con afectuosa

deferencia. Un día le avisó que irían los tres a la Ciudad de México. Ella necesitaba distraerse, le dijo, divertirse un poco, alejarse de la rutina de la ciudad y de sus clases. Y allá fueron, a la Capital. Tomaron habitación en buen hotel, cenaron agradablemente. Al día siguiente, por la mañana, el violinista tomó en brazos a la niña y le dijo a su esposa que mientras ella se arreglaba saldría un momento con la pequeña para pasearla un poco y mostrarle los escaparates de las tiendas vecinas, arreglados ya para la Navidad.

Ésa fue la última vez que Margarita los vio. Esperó todo la mañana, pensando que él se habría distraído. Después salió a buscarlos, inútilmente. Luego, desesperada, le informó al gerente del hotel lo que le sucedía. Él la ayudó en una búsqueda telefónica por los hospitales. Luego el hombre llamó a la policía, que también buscó sin resultados. Después de algunos días ella tuvo que regresar, enloquecida, a su ciudad.

Ninguna noticia tuvo ya de su marido y de su hijita. Por meses, por años prosiguió la búsqueda. Escribió a todos los consulados; pidió ayuda en todas partes. En vano, todo en vano. La niña, su niña, su adoración, había desaparecido llevada por aquel hombre al que ella amó sin conocerlo.

Siguió la vida, triste y vacía, para la maestra Margarita. Un día alguien le dijo que su marido, hecho un guiñapo de hombre, empobrecido, dado al vicio del alcohol, andaba tocando en la orquesta de un circo, y que su hija era artista ahí también. Desde entonces la maestra Margarita se aplicó a ir a todos los circos que llegaban a la población. Clavaba la mirada ansiosa en las muchachas que aparecían en el espectáculo, tratando de reconocer en alguna los rasgos de su hija. Pasaron los años.

Pasaron todos sus años. La visité una vez, viejecita ya, reclinada en el lecho del que no habría de levantarse más. Poco tiempo después me enteré de que había muerto. Me contaron que unos minutos antes de cerrar los ojos para siempre le dijo con sonrisa iluminada a alguien que la visitaba, al tiempo que señalaba una silla vacía que estaba a un lado de la cama: “Mira, tantos años que me pasé buscando a Tina, y ahora ella está conmigo aquí...”

HISTORIA DE UN PADROTE

La historia que voy a contar es increíble. Lo único que la hace verosímil es que pasó en Saltillo, y aquí han pasado siempre cosas increíbles. Tomen ustedes, por ejemplo, el caso de aquel pobre señor que murió de un infarto porque un elefante se metió en su casa. Eso nomás ahí se ve. Pero mi historia de hoy no trata de elefantes. Trata de un padrote. Escribo la palabra porque viene en el diccionario de la Academia, y si esa solemne institución la admite por qué no he de admitirla yo.

El protagonista de mi relato era eso, un hombre que vivía de explotar el trabajo de varias prostitutas, a quienes daba en cambio protección y simulado amor. Lo interesante

es que esa profesión la desempeñaba únicamente por las noches. Durante el día era un cumplido empleado de conocida institución bancaria, cuyo gerente lo estimaba mucho por sus excelentes prendas: honradez absoluta, puntualidad, eficiencia y —sobre todo— buena conducta ante la sociedad. “Fulano es un joven modelo —decía el señor gerente—. Va a llegar muy lejos”.

Ahora voy a decir cómo era Fulano. Era alto, espigado, de muy buena presencia. Usaba bigotito y sus cabellos brillaban siempre a fuerza de Glostora. Mostraba amabilidad con todos, especialmente con las damas; tenía trato amable y comedido. Muy serio, no bromeaba ni con sus compañeros. Llevaba en perfecto orden su trabajo; era ejemplo de prudencia y discreción.

Pero cuando salía del banco, acabadas las labores del día, Fulano se transformaba por completo, como el doctor Jekyll en *mister* Hyde. Su traje de modesto oficinista lo cambiaba por otro de pachuco: amplias hombreras; solapas anchas; talle acinturado; pantalones a medio pecho, con tirantes; zapatos de dos colores, blancos y cafés; cadena de oro colgando del bolsillo y un estrambótico sombrero adornado por una pluma de ave. Vestido así Fulano, y oculto tras unos lentes negros, iba a la zona y bailaba con maestría las piezas de más moda en los congales, especialmente la que se llama “Amor perdido”. Tenía la majestad de un dios. Sus mujeres —y las que no eran suyas— lo adoraban. Así como era bueno para el baile también era muy bueno para el pleito. Nunca se supo de alguien que le llegara a la cara con los puños; los suyos, en cambio, eran precisos y letales. Por eso lo respetaban todos, y le temían.

Un día se enamoró Fulano —el del banco, no el de los congales— de una muchacha de buenas familias. La cortejó y se casó con ella. Entonces dejó su oficio de la noche. Por una buena suma cedió a uno de sus compañeros los derechos sobre las daifas que había administrado, y en buenos términos se despidió de ellas. Las muchachas, llorosas, le ofrecieron una cena, y ahí él les dijo palabras de consuelo, y les juró que nunca se olvidaría de ellas. Cumplió su juramento. Lo sé porque cuando me relató su historia recordó, uno por uno, el nombre de las mujeres que habían formado su serrallo.

Hizo carrera bancaria, en efecto. Llegó a ser pilar de la comunidad. Ingresó en un club de servicio, y en él destacó por ser gran administrador. En los bailes del club las señoras admiraban sus dotes de extraordinario bailador. Le preguntaban dónde había aprendido a bailar tan bien. Él daba las gracias por el cumplido y les decía que una hermanita suya le había enseñado los pasos. Las señoras se enternecían, y luego se decían unas a otras —“aquí en confianza”— que al ver a Fulanito sentían un no sé qué.

NADIE, NADIE

Mi calle... Calle llamada del General Cepeda, en el antiguo barrio de Santiago. Es como

una niña que baja serpenteando desde lo alto del cerro. Todavía recuerda el curso del arroyo que después se hizo acequia y luego se hizo nada.

Vieja calle de General Cepeda. Mi mundo son estas casas, todas mías. En ésta, cuya adornada puerta conserva sus vidrios de colores, vivió Felipe Sánchez de la Fuente cuando aún no era don Felipe. ¿O lo era ya? Joven —porque también fue joven—, estudiante de primer año de Leyes, hacía reír a las lindas muchachas de su edad porque les hablaba de usted, ceremoniosamente: “¿Se encuentra usted bien, amable señorita?” Y ellas, dándole una familiar palmada en el pecho: “¡Ay, Felipe! ¡Tú siempre con tus cosas!” Paso por esa esquina muy temprano. Amanece, y el sol asoma por la Sierra de Zapalinamé; alambica su luz por entre los vidrios de colores de la casa, y pinta con un mágico iris la de enfrente. Yo vi eso hace 70 años, cuando iba a la misa de escolares en el templo de San Juan, y lo veo ahora. El mismo sol, los mismos vidrios, el mismo yo.

En la casa vecina vivió esta señora, pequeñita y feúcha. Su casa tiene tres cuartos y está amoblada con pobreza. ¿Es pobre esa señora? No. Es muy rica. Porque tiene un hijo. El hijo no es habido en matrimonio. Es habido en la vida, y eso cuenta más. Ella conoció a un hombre —un solo hombre, una sola noche— y la vida santificó ese encuentro con un hijo que es ahora toda la vida de su madre. Pequeñita y feúcha esa mujer, es grande y es hermosa por su hijo. Al ir por la calle con él, tomados de la mano, es la dueña del mundo, y no baja la vista por no tener marido, en ese tiempo en que ser madre sin esposo era baldón que convocaba todas las hostilidades. Yo soy amigo de ese niño. Su madre, que oye misa todos los días, pero no comulga, me lo agradece sin palabras. Cuando voy a su casa se encamina con pasos menuditos a La Muralla, la noble panadería de don Leoncio Saucedo, y compra el pan para que merendemos. Cuando ellos están solos no meriendan.

En esta otra casa vivieron Jorgito de la Peña y su hermana Marina. Es el Saltillo de los años 40. A los homosexuales se les llamaba por el diminutivo: Robertito Guajardo; Jorgito de la Peña. Este Jorgito es hombre muy sensible. Toca en el piano los boleros de moda. Los de Lara los interpreta igualito que el *Músico Poeta*. En su casa hay tertulias donde se canta y se declama, pero no asisten los vecinos, porque Jorgito es lo que es, y Marina también. En estos dos hermanos esa extraña jugadora de ajedrez que es la naturaleza hizo un extraño enroque: él es ella y ella es él. A los saraos de Jorgito acuden otros que son como él, o que gustan de los que son como él. Está presente también la intelectualidad local, que es amplia de criterio y no hace caso de esas cosas. Se cierran los postigos de las ventanas, pero la sala donde está el piano da a la calle, y se oyen las canciones y las risas.

Yo he cenado esa noche en casa del abuelo. Mi tía me lleva a la de mis papás, que está muy cerca. Escucho aquella música y pregunto: “¿Quién toca el piano tan bonito?” Mi tía apresura el paso. “Nadie. Nadie...” Ahora está lloviendo. Mi padre me enseña la lluvia por el cristal de la ventana. Las gruesas gotas saltan al caer en el asfalto. “Mira — me dice—, inditos”. Hace dos barcos diminutos, de papel periódico. Cuando cesa la

llovía mi hermano y yo los echamos a navegar en el delgado río que baja muy aprisa por la cuneta de la calle. Yo quisiera que el mío fuera calle arriba, para que llegara a la casa de mi amiguito y jugara con él, pero por alguna razón eso no sucede, y el barquito se aleja calle abajo. “¿A dónde se fue el barquito?” “Al mundo”. Y el mundo se vuelve para mí un lejano lugar lleno de barquitos de papel.

Miro los fantasmas de ayer, y ellos me miran también con ojos amorosos. Todo ha cambiado. No ha cambiado nada...

PUEBLO DE NOMBRE DE DIOS...

Narraré hoy la desastrada historia de don Jaime Rodríguez y de la terrible experiencia que vivió en el pueblo de Nombre de Dios, un prestigiado sitio de Durango. El relato es triste y seguramente servirá de provechosa lección a alguien. (No sé por qué los relatos tristes siempre sirven de lección, no así los alegres).

Haré antes una pertinente aclaración: lo que voy a contar sucedió hace mucho tiempo, cuando las costumbres en ese lugar eran distintas a las de hoy. En la actualidad Nombre de Dios es un pueblo de gente trabajadora y honesta que siempre hace honor a la palabra dada y que nunca deja de cumplir sus compromisos. A lo mejor quienes participan en esta historia ni siquiera eran de ahí.

Pero basta de introducciones. Don Jaime era barillero. Se ganaba la vida vendiendo quincalla de pueblo en pueblo, cosas de buhonería: cintas y listones, peinetas, botones, piezas de tela, abalorios y mil y mil baratijas que en los lugares pequeños son muy apreciadas. Entre los que visitó estaba Nombre de Dios. Llegó y fue muy bien recibido, mejor que el doctor Dulcamara, el de la ópera *El elixir de amor*. Todos le querían comprar, todos admiraban boquiabiertos los variados efectos que llevaba. No había quien no quisiera llevar algo: éste un peine; aquél una cachucha; el otro un encendedor de yesca y pedernal. Las muchachas querían espejos; las señoras de más respeto un chal. Por desgracia, le dijeron con rostro compungido, aún no levantaban la cosecha, y por lo tanto no tenían dinero. “¡Eso qué importa!”, declaró munificente el buen don Jaime. Había confianza, no faltaba más. Que cada quien tomara lo que de su gusto fuera; él apuntaría la compra en un cuaderno que para el caso llevaba prevenido y volvería después a cobrar el monto de lo fiado.

Así, a crédito, voló toda su mercancía en menos que se persigna un cura loco. Vacías quedaron las dos grandes canastas que el barillero llevaba, y vacío quedó también un pequeño baúl que traía con cosas de su uso, y que vendió también aprovechando la buena disposición de aquella magnífica clientela. A todo le aumentó el precio, por el crédito que daba, y aun así los lugareños aceptaron la tasa sin chistar.

Vendida toda su mercadería, don Jaime Rodríguez salió loco de contento sin su cargamento para la ciudad. Llegó el tiempo en que la cosecha en Nombre de Dios solía

recogerse. Confiado en su vastísima cartera de cuentas por cobrar, don Jaime había contraído a su vez cuantiosas deudas. Con lo que a él le pagaran, decía a sus acreedores, pagaría él.

Llegado el tiempo llegó a Nombre de Dios y empezó sus gestiones de cobranza. Y ahí fue el llanto y el crujir de dientes. Nadie le quiso pagar. Uno alegaba no haber comprado nada, y cuando don Jaime le presentaba su nombre escrito en el cuaderno decía que él no se llamaba así, sino asá, o que sí se llamaba, pero que algún enemigo suyo había hecho la compra utilizando su nombre, porque en ese tiempo él andaba muy lejos, por tierras de Zacatecas o Chihuahua. Otro decía que la cosa comprada no había servido: al peine se le cayeron los dientes en la primera peinada, y quedó todo desmolado; el listón se destiñó; encogió la tela del vestido. Los espejos no eran buenos: una mujer más fea que el pecado se quejó de que el que había comprado no la reflejaba con verdad.

Argumentó don Jaime, rogó, amenazó. Todo fue en vano; los taimados lugareños se le reían en las barbas; a la ofensa añadían la burla. Acudió don Jaime ante la autoridad, y se encontró con que el juez era uno de sus deudores. Por poco no para él en la cárcel. Se fue, pues, a la posada con el rabo entre las piernas, mohíno y atufado, seguido por las risillas de quienes se lo topaban en la acera.

Ese mismo día tomó el portante. Quiero decir que se largó. Pero antes se consiguió un carbón, y con él escribió en la pared de su cuarto una lapidaria cuarteta vengadora:

*Pueblo de Nombre de Dios:
nomás tu nombre me agrada,
porque lo que es tu clientela
vale pa' pura chingada.*

SÍ, MAMÁ

“Eres una perra. Naciste en el arroyo”. “Sí, mamá”. “No me digas mamá. No soy tu madre. Tu madre era una vieja de la calle y yo soy y he sido siempre una mujer decente”. “Sí, mamá”...

Ya no recordaba las veces que le había dicho esas palabras. Y ella siempre respondía: “Sí, mamá”. La verdad es que no era su mamá. No era mamá de nadie. Jamás había podido tener hijos. La muchacha era hija de su esposo. La tuvo con la criada. Ella supo desde el principio lo que estaba sucediendo. Lo que no supo es que también desde el principio su marido preñó a la sirvienta. Fueron los peores días de su vida. Él no escondía su orgullo de macho que ha engendrado. La criada se portaba como si fuera la dueña de la casa. Conforme la panza le crecía se volvía más insolente. Comía carne

todos los días, como ellos, porque su esposo le pedía que también comprara carne para ella. “Tiene que estar bien alimentada —le decía—. Por la criatura”. Y ella odiaba a su marido y a la criada. Odiaba, sobre todo, a la criatura.

Cuando nació la niña la criada se las dejó, como si nada. Dijo que su padre la mataría si se enteraba de que había parido. Se fue, sencillamente, y no volvieron nunca a saber de ella. Su marido ni siquiera le pidió perdón a su mujer, ni que se hiciera cargo de la niña. Lo dio por entendido. Y ella se encargó de la chiquilla lo mismo que se encargaba de la limpieza de los pisos o de tender la cama cada día. No le tenía cariño, desde luego. No era suya, y la criatura le recordaba siempre que no había podido ser mamá. Le daba rabia pensar que una sirvienta pudo quedar preñada y dar a luz, y ella no, a pesar de que venía de buenas familias y se había casado por las dos leyes. Y ni modo de echarle la culpa a su marido: la niña era el vivo retrato de su padre.

Por eso la chiquilla la irritaba más. La trataba como a un animalito al que había que criar por pura obligación. Si se enfermaba de algo, si le entraba calentura, no se inquietaba. Por el contrario, tenía secretamente la esperanza de que se muriera. ¿Acaso no mueren tantos niños? Pero la criatura atravesó por los males de la infancia con una resistencia que a ella misma la asombraba. Y eso que ni siquiera la llevaba con el doctor, aunque a su marido le decía que la había llevado. Se molestó la primera vez que le dijo “mamá”. Otra mujer cualquiera se habría enternecido. Ella no. Sintió rabia de oírse llamar así por la chiquilla. Era hija de su marido y de la criada; ella no había podido tener hijos.

Fue creciendo la niña. Su padre la adoraba y salía a pasear con ella, pues la pequeña era bonita, y al papá le gustaba presumirla. Él mismo le compraba vestiditos, y a cada rato le hacía regalos de esto y lo otro. Ella sentía celos de la muchachilla. Era la que la cuidaba y su marido no se lo agradecía. La niña era hija de la criada y ahora ella era la criada de la niña. Qué cosas tenía la vida.

Y también qué cosas tenía la muerte. Un día su marido salió de viaje. Su coche volcó en la carretera y se mató. Quedaron solas en la casa ella y la chiquilla. La niña dejó de ser chiquilla. Se hizo mujer. A ella los años se le vinieron encima; envejeció. Quizá no envejeció tanto por los años como por el rencor que llevaba dentro. Y afuera también: los rencores dañan lo mismo al cuerpo que al espíritu. Sus palabras envejecieron junto con ella. “Eres una perra. Nacistes en el arroyo. Tu madre era una vieja de la calle”. Y la muchacha: “Sí, mamá”.

Un día la mujer se puso mala. Serían los años, sería el odio, el caso es que enfermó. Ya no pudo levantarse de la cama. La hija de la criada la cuidó. No como criada, sino como hija. Llamó al doctor y el doctor dijo que la señora no tenía remedio. La mujer se endureció aún más. Pensó que la vida no había sido justa con ella. Y ahora debía resignarse a los cuidados de la que no era su hija, sino hija de su marido, nada más. La muchacha estaba pendiente de ella día y noche. Aunque ella no le hablaba le contaba las minucias cotidianas: llovió; había un sol precioso; al departamento de al lado llegaron

nuevos inquilinos... Una noche, cercana ya la madrugada, ella murió. Antes de morir, un instante quizá antes de morir, algo le llegó al alma. Abrió los ojos y dijo con voz débil: “Perdóname”. Y la muchacha: “Sí, mamá”.

MARIQUITA

Doña Mariquita... Muy pocos la recuerdan ya. Su pequeña casa, heredada de sus padres, estaba por la calle llamada del Cerrito. Era pobre, muy pobre. Vivía de una modestísima pensión. Con eso, con lo que alguna buena gente le daba y con los centavitos que ella misma ganaba con su oficio, Mariquita tenía para sí, y aun para los demás.

¿Cuál era el oficio de doña Mariquita? Peregrino en verdad era ese oficio. Consistía en leer el periódico a las putas asiladas en las calles de Terán, el barrio pecador de la ciudad. (O, digamos, el más pecador, pues todos tenían lo suyo). Cada mañana —no muy temprano, pues su clientela se levantaba tarde—, Mariquita compraba *El Diario* y *El Herald* e iba a su centro de trabajo, que era, como ya dije, la zona de tolerancia.

Cosa muy de ver era aquella bondadosa anciana de tez blanca y sonrosada, señorita ella, de misa y comunión diarias, vestida siempre de negro, con su chal, entrando con paso menudito en aquellos villanos callejones habitados por gente de muy mal ver y de *más peor* vivir. “A la hora que voy no pasa nada”, decía ella con beatífica sonrisa para justificar su cotidiano ingreso a esa arriscada selva de maldades.

Cuando llegaba Mariquita ya estaban las dichas noctívagas señoras levantadas y bañadas, tomando el sol en la banqueta, sentadas en sendas sillas a la puerta de los cuartuchos donde moraban y en los cuales ejercían por la noche su antigua profesión. Ahí, en la vía pública, se secaban la cabellera al aire, peinándola con recios cepillos de ixtle o grandes peines de colores. Llegaba doña Mariquita y les leía la nota roja de los periódicos, pues esa sola página era la que a las daifas les interesaba. Querían saber las sabrosas noticias de las riñas entre sus compañeras; los delitos, pleitos y encarcelamientos de sus padrotes; los nombres de los que andaba en fajina, que era barrer las calles por castigo; y de vez en cuando oír la relación de algún tremendo crimen o alguna muerte desastrada. Doña Mariquita les leía aquella delictuosa crónica a las daifas, pues casi ninguna sabía leer, y a cambio de la lectura ellas le daban, como Ladrillo el del tango a los niños del barrio, algunas moneditas.

Terminado su recorrido lectoral, Mariquita se dirigía a la capilla del Santo Cristo, junto a la catedral, a darle gracias al Señor por otra cumplida jornada de trabajo. Luego, al salir, repartía entre los pobres las monedas que había recibido de las señoras de la vida. Primero le daba una limosna a la viejecita ciega que pedía con lastimero tono: “Una ayudita, por el amor de Dios. Soy ciega de los ojos”. Luego favorecía a Pepe Catedrales,

el solemne loco de muy alta estatura —de ahí el apodo— que vestía un desgarrado traje negro, se cubría la cabeza con un sombrero de paja de los llamados carretes y pasaba las horas en el atrio del templo debatiendo con las palomas arduas cuestiones de enrevesada teología. Después le daba algo al niño que perdió las piernas al colear el tren, y que era ahora el sustento de toda su familia. El resto, hasta agotar el mínimo caudal, lo repartía entre los desgarrados mendigos y mendigas que merodeaban por ahí.

Sus protectores se disgustaban. “Mariquita —la reprendían severos—, no sea usted tan desperdiciada. Guarde su dinerito; no lo reparta así”. “¿Y para qué lo quiero? —respondía ella—. Tengo de todo. No me falta nada. ¿Para qué guardo el dinero?” Le contestaban las buenas personas: “Pues aunque sea para que la entierren cuando se muera”. Decía ella, desdeñosa: “¡Ma! Que me entierre el Municipio”. Le preguntaban, por picarla: “¿Y si no la entierra, Mariquita?” Replicaba, firme, la viejita: “¿Que no? ¡Ah! ¡Nomás me suelto jediendo, a ver si no me entierran!”

Mariquita... Tenía fe de niña en esa providencia que da alimento a las aves del campo y a las flores las viste con atavíos imperiales. ¡Cómo quisiera yo esa fe! Si la tuviera sería otro muy distinto del que soy. Sería yo...

EL *CAPI*

Tenía 15 años, a lo más. Era un muchacho bueno, simpático y amable. Sus compañeros de la secundaria lo querían, y sus compañeras más. Ella, su maestra, lo quería también. Era su mejor alumno, el que sacaba siempre las más altas calificaciones. Cuando el inspector escolar hacía la visita era él quien le daba la bienvenida a nombre de sus compañeros, y él era el que representaba a la escuela en los concursos de oratoria y declamación. Descollaba igualmente en los deportes, sobre todo en el fútbol. No sólo era el delantero del equipo: era también su capitán. De ahí el apodo que tenía: el *Capi*. Todos lo llamaban así: el *Capi*. Ella misma, su profesora, debía contenerse para no decirle: “Oye, *Capi*”, sino: “Oye, Juan Luis”, que era su nombre.

Frecuentemente platicaba con él. A veces el *Capi* —quise decir Juan Luis— la acompañaba a su casa para ayudarle a cargar los exámenes que esa noche revisaría para darles a los estudiantes sus calificaciones al siguiente día. El muchacho compartía con ella sus sueños. Desde luego él no hablaba de sueños, sino de proyectos. Al terminar la secundaria haría la prepa y luego iría a la universidad a estudiar ingeniería. Construiría casas —la primera para sus papás—, haría puentes y carreteras. Ella lo alentaba. Le decía que era su orgullo y que cifraba en él muchas esperanzas. Seguramente llegaría lejos. Él sonreía y contestaba: “No le voy a fallar, maestra”. Sabía ella que la familia del muchacho era muy pobre, pero él saldría adelante, por su talento y su dedicación. Se propuso ayudarle a conseguir una beca para que pudiera estudiar el bachillerato y luego ir

a la profesional.

Un día Juan Luis faltó a la escuela. Ella se extrañó, pues no faltaba nunca. Pensó que habría enfermado. Faltó también el día siguiente. La maestra les preguntó a sus compañeros si sabían por qué estaba faltando. Ninguno lo sabía. Ella esperó unos días más y luego fue a la casa del muchacho. Llamó a la puerta de la paupérrima vivienda en que vivía su familia y salió la madre de Juan Luis. La profesora le preguntó por él. Ella, confusa, balbuceó por lo bajo: “Está bien; está bien”. En eso apareció el esposo. “Métete”, le ordenó a su mujer. Luego le dijo a ella: “Buenas tardes”, y cerró la puerta.

El muchacho ya no volvió a la escuela. El curso a su final; los alumnos tuvieron su fiesta de graduación de secundaria y, luciendo toga y birrete, alegres, orgullosos, recibieron sus certificados. Fue Lucita —la del segundo lugar— quien dijo las palabras de despedida.

Unos días después la profesora hizo el viaje que cada año hacía a la ciudad para ver a sus hermanas. Siempre las visitaba en vacaciones; pasaba un mes con ellas. El viaje era como un premio que se daba a sí misma por la labor de todo el año.

Iba en el autobús leyendo un libro cuando de pronto el vehículo frenó con brusquedad. Una camioneta le había cerrado el paso. De ella descendieron cuatro hombres armados. Subieron al autobús. Atrevidos, altaneros, ni siquiera se cubrían el rostro para no ser reconocidos. Esgrimían, amenazadores, sus armas largas. La maestra se estremeció: uno de ellos era Juan Luis. Fue él quien se dirigió a los pasajeros: “Entreguen su dinero, sus celulares, sus anillos, sus tarjetas de crédito, y no les pasará nada”. Él mismo empezó a echar en una bolsa lo que los asustados viajeros le entregaban.

Al llegar frente a ella la reconoció. La maestra creyó ver en sus ojos un destello de confusión o de vergüenza. Se volvió él hacia sus compañeros y les dijo: “A ella no le quiten nada”. “Está bien, *Capi*”. “Juan Luis —atinó ella apenas a decirle—, ¿por qué?” “Maestra —respondió el muchacho con voz ronca—, más vale vivir cinco años como rey, y no 50 como güey”.

Terminadas las vacaciones volvió la profesora a su trabajo. Un año escolar más; nuevos muchachos y muchachas. Cuando se topaba en la calle con los padres de Juan Luis ellos bajaban la cabeza y fingían no verla. Unos meses después la maestra se encontró con la mamá del muchacho. Vestía ropas de luto. Esta vez la mujer no rehuyó a la profesora. La abrazó y le dijo entre sollozos: “¡Ay, maestra!” Ella entendió, pero no pudo decirle nada.

EL CABALLO MANCO

Cayó el muchacho en manos de aquella mujer. Y ya se sabe que caer en manos de una

mujer no es lo mismo que caer en sus brazos. Traía sorbido el seso, el poco seso que aquella locura de amor le había dejado. Por esa mujer bebía los vientos; por ella andaba como sonámbulo, igual que noctívago fantasma. Le hablaban y no oía; veía y no miraba; iba a todas partes y no llegaba a ninguna. Andaba, como dicen, en la luna, en Babia...

Y la mujer no era una María Goretti, no, qué va. Había tenido dimes y diretes con todos los hombres del pueblo. Y no era chico el pueblo. Diez mil habitantes según el censo último, la mitad hombres, y de ellos más de tres mil en edad ya de ejercer. De modo que ya se sabrá cómo era la mujer. Homobono es nombre raro. Pues bien: ella había tenido amores por lo menos con tres Homobonos. ¡Cuántos Juanes llevaría, y cuántos Pedros o Antonios!

Se encaprichó, pues, el doncel con ella y dio en la peregrina idea de desposarla. ¡Con ella se quería casar y era quizá el único hombre de toda la comarca que no le había contado los lunares de su cuerpo! La madre del muchacho se angustió. ¿Cómo ver a su hijo casado con aquella pelandusca, con aquella zorra, perdida, tía, buscona, pelleja, tusona, maturranga, furcia, coima o meretriz?

Fue la pobre señora a Catedral y le encendió un cirio a Santa Rita de Casia, patrona de las causas desesperadas, y otro a Santa Lucía, que abre los ojos de los que no ven, si bien no puede abrir los de aquellos que no quieren ver. También le rezó una novena a San Judas Tadeo, el santo de los imposibles. Por último, para mayor seguridad, compró en el Mercado unos polvos de la Madre Celestina y los dispersó abajo de la cama de su hijo después de rezar el ensalmo de las Siete Promesas.

Finalmente se encaró con el muchacho en la soledad de su recámara de viuda y, de buenas a primeras, le preguntó que si era cierto lo que en el pueblo se decía, que se iba a casar con la Erilema —así se llamaba la fulana—, y que ella se jactaba de que de blanco iba a ir a la iglesia, y sin puntitos de color en el vestido como debían ir —según ley no escrita— las que al altar llegaban sin la flor de su virginidad.

El muchacho dijo que sí. Que ya sabía lo que era esa mujer, pero que ella le había jurado y perjurado que cambiaría de vida. También le había prometido que le sería fiel, al menos frecuentemente. Había que tener caridad con ella, dijo el muchacho, y pensar que no sería ya lo que antes fue.

La madre no respondió directamente a los pronunciamientos y alegatos de su hijo. Sin hacer más comentario ni repetir sus vivas instancias le recitó unos versitos que había oído hacía mucho de labios de su padre:

*No compres caballo manco
pensando que ha de sanar.
Si de bueno se fue a manco,
de manco ¿a dónde no irá?*

El muchacho no respondió. Se quedó cavilando y, caviloso, se le vio por unos días.

Después fue otro, como si hubiera salido de un pozo. Dejó de ver a la mujer, que estaba ya tan vista, y el matrimonio arreglado se desarregló. La madre no sabía si dar las gracias a Santa Rita, a Santa Lucía, a San Judas Tadeo o a la Madre Celestina. Yo digo que debió su buena fortuna a los versitos aquellos del caballo manco.

MISTER JOE

Supongo que *mister Joe* tuvo una buena muerte, pues vivió vida muy plena. Estuvo en la Segunda Guerra. Solía decir a ese propósito: “Nada de lo inhumano me es ajeno”. Ni ajeno le fue tampoco nada de lo humano. Supo del amor y la amistad. Declaraba: “Cuento mis amigos con los dedos de una mano y me faltan dedos para contar a mis mujeres”.

Alguna vez nos habló de la cita erótica que tuvo con una hermosa chica. Habían acordado verse en un cuarto de hotel. “Llegué con una hora de anticipación —nos relató— y, a fin de disponerme para el encuentro, me puse a leer la Biblia”. Uno de los presentes se sorprendió, y aun se escandalizó un poco —era evangélico— al escuchar aquello de prepararse para un acto carnal pecaminoso leyendo el libro sagrado. Explicó él: “Leí el Apocalipsis. Nada te invita a gozar tanto de la vida como leer un libro en el que tanto se habla de la muerte”.

Aparte de los amigos y de las mujeres dos cosas le gustaban a *mister Joe*: los libros y la naturaleza. Era muy viejo ya —pasaba de los 90— cuando lo visité en su rancho, unas 50 millas al noroeste de Brownsville, Texas. En esa ocasión hablamos largamente. Había él conocido a gente que conoció a Emerson y a Thoreau; vio los últimos ejemplares del lobo negro mexicano y en su niñez miró pasar los rebaños interminables de los búfalos. Sabía palabras en lengua de comanches, que aprendió de niño, y afirmaba haber sido él quien avistó al último oso grizzli registrado en Texas.

Los jóvenes periodistas con quienes compartió el oficio no lo entendían, claro. A ellos los deslumbraba Hemingway; él les decía que antes de ese escritor había existido otro también muy bueno que se llamaba Homero. Les recomendaba su lectura si es que querían aprender a escribir “más con el corazón que con la máquina”.

En materia de religión tenía ideas heterodoxas, lo cual hacía de él un hombre verdaderamente religioso, pues el que no duda no cree. Cierta día un predicador le preguntó cómo estaba su relación con Dios. Caminaban los dos en aquel momento por un prado cubierto de verde grama y de esa bella flor, emblemática de Texas, llamada *bluebonnet*. Le contestó *mister Joe* al reverendo: “Estoy en buenos términos con Dios, pastor. Vea usted: en este momento lo estoy pisando y no me lo reprocha”.

Usaba extrañas metáforas o símiles. Me dijo aquella vez: “Pensemos en una cadena formada por millones de eslabones, unos pequeños y delgados, los otros grandes y

robustos. Unos no saben de la existencia de los otros, pero todos son importantes, pues si uno, cualquiera, se rompe, la cadena ya no es una cadena. Del mismo modo la hormiga y la estrella parecen muy lejanas y distintas, pero ambas son eslabones de esa cadena. Y nosotros también”. *Mister Joe* era gran bebedor de whisky. Bebía la primera copa con el café de la mañana y la última poco antes de apagar la luz para dormir. Fumaba en pipa, aunque siempre pensé que usaba eso como pretexto para callar. Cantaba canciones de Stephen Foster acompañándose con una guitarra vieja que sólo él podía afinar. Nunca se casó, pero amó a muchas mujeres —quiero decir que amó a la mujer—, y por ellas sufrió penas que evocaba con una leve sonrisa. Si alguien le preguntaba por qué no se había casado respondía: “Hay que aprender a disfrutar la rosa sin separarla de su tallo”. Nunca logré descifrar el sentido cabal de esa frase al estilo de Ronsard. No supe si era una declaración estética, un manifiesto contra la propiedad privada o un himno a la libertad individual.

Mister Joe murió a los 102 años de edad. Pocos días antes de su muerte escribió en una bolsa de papel lo que parece el principio de un poema que se proponía continuar. He aquí la imperfecta traducción que hice de aquellas palabras, encontradas por la mujer que iba tres veces por semana a hacerle la limpieza. Escribió *mister Joe*: “Fui mi propia casa, mi propio palacio, mi propio templo. Cuna, llegué a ser ataúd. Ataúd, mañana seré cuna”. Eso tiene tono de epitafio, pero es más bien una biografía. O varias. Quizá todas.

EL MUCHACHO DEL PORSCHE

Este muchacho tiene 20 años. Es una edad que a mí no me gustaría tener otra vez, pero allá él. Si este muchacho viviera en la Ciudad de México sería actor de telenovelas, porque es muy guapo. Pero no vive en la Ciudad de México: vive en una ciudad del norte.

Vive en una colonia rica. Ya no es esa colonia lo que fue. De cualquier modo todavía quedan ahí algunos ricos y otros que aspiran a que se les crea ricos. Ocupa un departamento este muchacho por el cual paga 15 mil pesos al mes. El precio no es tan alto como parece, porque su ocupante no sólo vive ahí: también ahí trabaja.

¿A qué se dedica? ¿Es ingeniero en sistemas computacionales (ISC), o licenciado en comercio internacional (LCI), profesiones tan de moda entre los jóvenes de hoy? Ni una cosa ni la otra. Este muchacho —Dios lo guarde— es gigoló.

Gigoló, sí. Se gana la vida acostándose por dinero con señoras de dinero. Las recibe en su departamento, las lleva a un motel o va a su casa, o se encuentra con ellas en fincas del campo, reservadas. Algunas de sus clientes tienen gustos extraños y le piden que les haga el amor en el asiento de atrás del automóvil, para acordarse de cuando eran muchachas. Pero casi todas prefieren recibirlo en su casa. Ahí, le dicen, se sienten más

seguras.

La cosa empezó de una manera muy extraña. El muchacho fue a una fiesta y ahí conoció a una especie de Mrs. Robinson que le ofreció llevarlo a donde vivía, porque él en ese tiempo no tenía coche. (Ahora trae un Porsche). La señora le dijo que le permitiera únicamente llegar de pasadita a su casa a ver si ya estaba ahí su hija (después sabría él que la señora no tenía hija). Lo invitó a entrar, le ofreció una copa y después de la copa le ofreció todo lo demás. A él aquello le pareció muy bien: tenía 17 años, aunque parecía mayor, y a esa edad hasta con una escoba.

Hizo lo que hizo por amor al arte. Grande fue entonces su sorpresa —así debe decirse, y no: “Su sorpresa entonces fue grande”, porque de esa manera la frase pierde fuerza—, grande fue su sorpresa, digo, cuando al despedirse la señora le puso unos billetes en la bolsa de la camisa.

Semanas después la dama lo buscó de nuevo, para lo mismo, y otra vez hubo billetes. En esa ocasión ella le preguntó si podía recomendarlo con una amiga suya, que se sentía muy sola, y a quien seguramente le gustaría pasar un rato con él. Así empezó la cosa. De recomendación en recomendación —la mejor propaganda es la oral, dicho sea sin juego de palabras—, al cumplir los 20 años ya tenía formada una nutrida cartera de clientes que le rinden al mes ingresos equivalentes a los de un diputado.

Sigue estudiando, sin embargo, en una de las instituciones más caras —y por lo tanto de mayor prestigio— en su ciudad. Dice que se retirará de su actual empleo cuando reciba el título y encuentre un buen trabajo. El de hoy, declara, presenta inconvenientes: una novia que tiene es hija de una señora que tuvo. El mundo es una vecindad, y la colonia donde vive, otra más chica.

Por lo pronto este muchacho vive de su cuerpo. Las señoras a las que trata gozan ese cuerpo, y gozan también del suyo. Y hacen bien: he aquí un paso más en los admirables esfuerzos que se hacen para lograr la definitiva igualdad entre el hombre y la mujer.

LA PARKER 51

Se llama Teresita. Es vieja ya —todos los de aquel tiempo somos viejos ya—, pero le seguimos diciendo Teresita, igual que de pequeños. Era la niña pobre del barrio. Mientras los demás estábamos en colegio de paga ella iba a una escuela del gobierno. Eso quería decir que no rezaba en el salón de clases, como nosotros, ni sabía Historia Sagrada, ni iba en grupo a la misa de los primeros viernes en el templo de San Juan Nepomuceno de los padres jesuitas. Temíamos por ella: estaba en riesgo de irse al infierno si la atropellaba un automóvil, como el niño que murió sin confesión. Por eso cuando en la calle jugábamos a la roña o a los encantados, y venía un coche, a ella era a la primera que le gritábamos: “¡Aguas, Teresita!” Era humilde y callada. Sonreía, sonreía siempre. Su

hermano mayor, de nombre Odón, le decía con enojo: “Pareces tonta”.

Un día, sin embargo, Teresita llegó llorando a su casa. Tenía compañeritas ricas, pues los hijos de los políticos iban a escuelas oficiales: eran los años de los gobiernos de la Revolución, etcétera, y no se veía bien que esos señores pusieran a sus hijos en colegios religiosos. A una de las compañeras de Teresita se le perdió su pluma fuente, una muy fina —Parker 51, por más señas— que ni siquiera la maestra hubiera podido comprar. Hecha un mar de lágrimas, entre sollozos e hipos, la chiquilla dijo que había buscado en su mochila y su pupitre, y la pluma ya no estaba.

Al punto las miradas se volvieron hacia Teresita. Era la niña pobre del salón y su banco estaba al lado del de la dueña de la Parker. La profesora hizo que Teresita vaciara su mochila; buscó en su pupitre y, cuando vio que la pluma no estaba ahí, hizo que delante del grupo se quitara el vestido para ver si no había escondido lo robado en la ropa interior. Todas rieron al ver la pobreza de sus prendas. Aunque no le halló la pluma, la maestra zarandeó a Teresita y le preguntó con enojo una y otra vez: “¿Dónde la escondiste, eh? ¿Dónde la escondiste?” Luego, cuando los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, la castigó enviándola a un rincón. Por escandalosa, dijo.

El papá de Teresita oyó, ceñudo, el relato de su hija, y declaró que iría a la escuela a reclamarle a la profesora. Su esposa lo disuadió de la idea. “De nada va a servir —le dijo—, y se la vas a echar encima todavía más”. Tenía la señora la humildad de los humildes y en la iglesia había oído aquello de la resignación cristiana. Al día siguiente la dueña de la pluma, muy sonriente, le contó a la maestra que ya la había hallado: olvidó que el día anterior no la había llevado a la escuela y la encontró en su casa. “Qué bueno que la hallaste —le dijo la maestra—. Estaba yo con la preocupación”. A Teresita no le dijo nada.

En fin, que pasó el tiempo y la vida dio vueltas. ¡Qué vueltas da la vida! No se cansa uno de asombrarse. A Teresita le fue bien. Estudió una carrera; tuvo éxito en su profesión e hizo un buen matrimonio. A la de la pluma Parker le fue mal. Su padre cayó en desgracia de los gobiernos de la Revolución, etcétera, y vino a menos. Con los días se fue la pluma junto con otras cosas de valor. Casó su antigua dueña y enviudó. Vivía ahora de lo poco que sus hijos podían darle a espaldas de sus esposas. Hace unos días se reunieron las niñas de la escuela, que así gustan de llamarse las que formaron aquel grupo. Teresita le regaló a su compañera —la de la pluma Parker— una carísima pluma de las de hoy. Ella la recibió, apenada (hay cosas que jamás se olvidan). Dijo con tristeza al recibirla: “¿Para qué me va a servir?” “Véndela, para que te ayudes”, le respondió secamente Teresita.

Cuando me contó eso me puse moralista y le dije que había hecho muy mal. ¿Por qué humilló así a su compañera? Ella me respondió: “Soy Teresita, acuérdate, no la Madre Teresa de Calcuta”.

Ahora soy yo el que está triste. Triste por la que fue dueña de la pluma Parker y más triste aún por Teresita. También estoy triste por mí. Recuerdo los días en que le

gritábamos: “¡Aguas, Teresita!”, y ahora no sé qué otra cosa decirle. Y es que pasó el tiempo, y la vida dio vueltas. ¡Qué vueltas da la vida! No se cansa uno de asombrarse.

EL SILBIDITO

Hoy quiero hablar del silbidito. Junto con el teletipo, el cable transoceánico y el linotipo, el silbidito es uno de los medios de comunicación que han desaparecido. Ahora hay medios de comunicación muy enteros. Los modernísimos artilugios de la actualidad — iPhone, iPad, iPod y todos los demás *ais* habidos y por haber— comunican a los que están lejos e incomunican a los que están cerca. Pero hoy no quiero hablar de cosas de hoy, sino de ayer. De muy ayer.

Hagamos un esfuerzo de imaginación. En mi caso hacer un esfuerzo de imaginación no representa ningún esfuerzo. Lo que me cuesta trabajo es hacer un esfuerzo de realidad. Ahí sí que batallo. Hagamos un esfuerzo de imaginación, digo, y vayamos a una esquina de cualquier ciudad en el México de hace unos 50 o 60 años. En esa esquina hay un poste, y en ese poste está apoyado un hombre joven. Su edad es de 22 años, más o menos. Se recarga en el poste con actitud estudiada, entre elegante y displicente. Cruza la pierna derecha sobre la izquierda, y el pie de esa pierna lo pone de punta sobre el suelo.

¿Qué hace ahí ese hombre joven? En los tiempos que corren la pregunta es difícil de contestar: quizá es un prostituto, o un muchacho sin empleo, o un proveedor de drogas en espera de sus clientes. Pero en aquellos otros tiempos, de más tiempo e inocencia, no había ninguna duda: aquel joven estaba esperando a su novia. Ya son las 8 y cuarto de la noche y ella no aparece. La cita era a las 8. Pero ningún motivo hay de preocupación: la chica saldrá a las 8 y media, como de costumbre. A él eso no le molesta: las mujeres y la felicidad siempre se hacen esperar. Igual podría llegar su novia a medianoche: él estaría aguardando aún, apoyado en el poste, la pierna derecha cruzada por delante sobre la izquierda, y el pie de esa pierna puesto de punta sobre el suelo.

Además, la muchacha ya sabe que su novio está ahí. ¿Cómo lo sabe, si no se ha movido de su tocador —“coqueta” se llamaba antes ese mueble—, ocupada como está en ponerse el polvo y el bilé, y en componer las ondas de su permanente, el peinado más de modo y de más moda? Lo sabe porque él ha silbado. ¡Ah, ese silbidito! Lo esperaba ella con inquietud desde las 6 y media de la tarde, temerosa de que su galán faltara a la cita, como aquella vez. Pero no. Sonaron las 8 en el reloj de Catedral, y como si fuera parte del carillón se oyó en seguida el silbidito. Ella lo conoce, igual que la paloma conoce el zureo de su palomo y no lo confunde con ningún otro, así haya convención internacional de palomares.

Silbó el muchacho a las 8 en punto para avisarle que ya estaba ahí. Entonces ella empezó a arreglarse. El novio silbó de nuevo a las 8 y cuarto, no para apresurarla, sino

para darle a conocer su amorosa impaciencia, bello piropo hecho a distancia. No tendrá que dar la tercera llamada, como se hace en la misa o en el teatro: a las 8:30, con puntualidad de tren inglés, la muchacha aparecerá en la puerta de su casa y caminará hacia la esquina con ese paso menudito que a él lo vuelve loco y le pone tensiones deliciosas en el corazón y en otras más inferiores dependencias corporales. Después vendrá el tomarse de las manos, y luego el tomarse a besos en algún lugar propicio.

Estampa es ésta de un ayer muy de ayer. Ahora ya no se escucha ese silbido. Otros gratos sonidos se fueron también: el timbre de las calandrias, aquellos cochecitos guiados por un cochero gordo y tirados por un caballo flaco; el sabroso pregón de los vendedores callejeros... Yo escuché todos esos ruidos, y lancé también mi silbidito en una esquina. Si no me gustara tanto la melodía que ahora oigo en mi vida cambiaría todas las músicas por ésta.

Pero las cosas cambian. Heráclito lo dijo: sólo el cambio es eterno. Con el mayor respeto para ese señor yo digo que en lo eterno no hay cambio. El amor eterno, por ejemplo, ése que a veces dura algunos días —o algunas noches—, es para siempre, siquiera sea en el recuerdo. Por eso en estas letras puse algo que ha desaparecido ya, y que sin embargo hoy se me apareció.

Y TODOS CONTENTOS

Era don Asunción un labrador acomodado. Pequeño propietario —así se decía en el burocrático léxico de entonces—, poseía tierras heredadas y otras que se allegó con sus caudales. Conservador, como todos los hombres que tienen tierra (conservador es el que tiene algo qué conservar), cuidaba con parsimonia sus haberes, y éstos iban creciendo igual que sus espigas, igual que sus rebaños, lo mismo que sus hijos.

Católico practicante era don Asunción. El único viaje, mensual, que hacía a la ciudad era para cumplir la devoción de los primeros viernes. Nueve días de vacaciones se tomaba cada año y los empleaba en venir a rezar el novenario del Señor de la Capilla. Se hospedaba con su esposa en el hotel Jardín, frente a la Plaza de los Hombres Ilustres, que la gente no conoce por ese nombre, sino por el más simple y menos sonoro de “plaza del mercado”.

En ese hotel se aposentaban don Asunción y doña Juana, y de su cuarto no salían sino para ir a misa en la Capilla, a hacer algunas visitas de cumplido a familiares y viejos conocidos, o a comprar cosas que necesitaban para ellos, o para “los muchachos”. El asueto culminaba el 6 de agosto, en la gran fiesta del Señor, con su acompañamiento de verbena popular.

“Los muchachos” eran los hijos de don Asunción. Mocetones fornidos, criados en los trabajos de la labor o del corral, constituían vivo retrato de su padre. En todo lo

imitaban, menos en eso de la devoción, pues a ellos —eran jóvenes— los convocaban otros afanes más mundanos. Cierta día el mayor vino a la ciudad a desfogar sus rijos de varón, y se prendó en amores de una mujer de no mucha pudicia, pues era de las que bailaban en la noche. Seducido por los dengues y ringorrangos de la daifa, el mocetón cayó en sus redes. Ya no vivía sino por ella. Por ella respiraba; por ella nada más latía su corazón, respiraban el aire sus pulmones y cumplían su natural función todas las otras partes de su cuerpo.

Tanto se enamoró el muchacho de aquella pelandusca que la “separó”. Quiero decir que la sacó de la ruin mancebía en que efectuaba su corporal comercio, y le puso casa. No muy buena, a decir verdad, pues de poco dinero disponía el anheloso novio, pero casa al fin. Andaba la pendona muy ufana: ya no era “de la vida”; ahora era señora de su casa.

Don Asunción supo aquello y supo también que la unión de su hijo con aquella mujer —cuyos antecedentes ignoraba— no estaba consagrada ni por la ley ni por la Santa Madre Iglesia. Así pues, un día hizo viaje especial a la ciudad, y se le apersonó a la señora. Ella se sobresaltó mucho al ver al padre de su arrejuntado, y más porque éste no se encontraba en casa.

Lo invitó a pasar, pero don Asunción rechazó la invitación: sus rígidos principios le impedían pisar el suelo de una casa donde pasaban cosas de fornicación que él no podía convalidar. Ahí, de pie frente a la puerta, le dijo a la mujer:

—Es necesario que cuanto antes se case usted con mi hijo.

—Señor —respondió toda turbada la mujer—, yo estoy puesta.

—De eso precisamente se trata —replicó severo don Asunción, ignorante de los modos de hablar de la ciudad—. Se trata de que ya no se ponga, hasta que se case.

No sé si la mujer seguiría poniéndose o no; el caso es que poco después ella y el muchacho se casaron, y por las dos leyes.

—Ahora sí póngase usted cuantas veces quiera —autorizó don Asunción al término de la ceremonia religiosa.

Y todos contentos.

EL DEUDOR

Aquel señor era muy mala paga. Prestarle dinero era tan seguro como subir a 10 mil metros de altura agarrado a la picha de un zancudo. La frase es de aquel simpático personaje al que llamaban el *Godoy*.

No trabajaba nunca aquel sujeto. Ignoraba que hay un solo lugar en donde el éxito viene antes que el trabajo. Ese lugar es el diccionario. En la vida primero es el trabajo, y luego viene el éxito.

Por tan plausible motivo —el de no trabajar— aquel individuo andaba siempre a la

cuarta pregunta. Esta expresión, estar o andar “a la cuarta pregunta”, es muy bonita. Y, como muchas otras cosas muy bonitas —por ejemplo las medias con raya, o los ligeros femeninos—, ya no se usa. La frase “andar a la cuarta pregunta”, proviene de un antiguo uso eclesiástico. Cuando alguien pedía dispensa de estipendio para poder casarse, el sacerdote le hacía cuatro preguntas: nombre, lugar de origen, oficio y, la cuarta, si era pobre, tan pobre que no podía pagar la obvención que el sacerdote recibía por casar a una pareja. Por eso cuando alguien se hallaba en estado de absoluta necesidad la gente decía de él que estaba “a la cuarta pregunta”.

Así andaba siempre el protagonista de mi cuento. O de mi historia, pues la que narro es rigurosamente verídica, si bien quizá no histórica. Una cosa es la verdad y otra la historia. Yo le voy más a la verdad que a la historia, aunque a veces la verdad haya que inventarla. Vivía del sablazo nuestro personaje, o sea de pedir prestado. A quienes le prestaban dinero más les habría valido echar sus pesos por el resumidero: mejores posibilidades habrían tenido de juntarse alguna vez con ellos. Antes de darle el dinero debían haber abrazado los billetes con cariño, y cantarles en voz baja la sentida canción “Las golondrinas”, pues nunca volverían a ver la cantidad.

Y de la renta ni se diga. La dueña de la casa en que vivía ese hombre se gastaba en botica las rentas de otras casas que tenía. Le había echado a su deudor hasta abogados —que es mucho echar—, pero el sujeto tenía amigos de cantina y por ellos el juicio de desahucio dormía el sueño de los justos en un cajón del tribunal.

No trabajaba este talísimo, lo dije ya. Cuando sus amigos le preguntaban si nunca iría a trabajar, les respondía:

—Dos compañías andan detrás de mí.

—¿Cuáles? —inquirían ellos.

Contestaba con una risotada:

—La del teléfono y la de la luz.

Lo decía porque nunca pagaba los recibos.

Cierto día, al salir muy temprano para buscar a quien daría el sablazo cotidiano, el haragán se topó de manos a boca con un hombre en el frente de su casa. Llevaba el individuo unos fierros en las piernas, y eso motivó un profundo sentimiento de piedad en el personaje de mi narración. Echó mano al bolsillo y sacó una moneda de 10 centavos.

—Tenga, buen hombre —le dijo al de los fierros—. Veo que sufre usted los terribles efectos de la poliomielitis. Sírvase aceptar este pequeño óbolo para que se ayude en su necesidad.

Lejos de agradecer la generosa dádiva le respondió el hombre, hosco y rudo:

—No se haga usted pendejo. Vengo a cortarle la luz.

Los fierros que el moroso deudor creyó aparatos para la polio eran en realidad el arnés con picos que se ponían en las piernas los electricistas para subir a los postes. Bendito sea Dios, lo que es la ingenuidad de la gente caritativa.

¡VIRGEN PURÍSIMA!

Se acercaba ya el 8 de diciembre, fiesta de la Purísima Concepción de María, y el pueblo entero se dispuso a celebrarla. Hermosa fiesta es ésta y muy profundo su significado. No se alude en ella a la pureza con que Jesús fue concebido en el seno virginal de la doncella: se alude a la pureza con que la madre de la Virgen, Santa Ana, concibió a María. Si Dios se iba a hacer hombre en el seno de María, ella debió ser concebida también sin mancha de pecado original. Su concepción tenía que ser pura, pues toda pureza debía residir en el vaso insigne en que el Verbo se haría carne. Por tanto cuando se habla de la Purísima Concepción de María no se habla de la concepción de Jesús en el vientre de la Virgen; se habla de la concepción de María en el vientre de Santa Ana.

Pero éstas son teologías —o mariologías— cuya complejidad no cuadra con la llaneza de la historia que voy a relatar. La comienzo de nuevo, pues, desde el principio.

Se acercaba ya el 8 de diciembre, fiesta de la Purísima Concepción de María, y el pueblo entero se dispuso a celebrarla. Todas las calles y fachadas se llenaron con banderitas de papel de china que lucían, unas, los colores marianos, azul celeste y blanco, y otras los colores pontificios, blanco y amarillo, en recuerdo del dogma de la Inmaculada Concepción proclamado por el Papa.

Había llegado al pueblo un nuevo párroco, hombre joven y por tanto proclive a novedades. Al flamante señor cura se le ocurrió una idea. Ese año no se sacaría en procesión la imagen de la Virgen, añosa ya y por lo tanto frágil, pues las sacudidas de las andas podían causarle daño. En vez de eso alguna linda muchacha del pueblo haría el papel de Virgen. Con eso la procesión tendría más realismo. No a todos les gustó la idea. La juzgaron peligroso modernismo contrario al dogma y a la tradición. Además aquella imagen era el objeto principal de la devoción del pueblo, por lo milagrosa. Pero en aquellos años la voluntad del cura equivalía a la voluntad de Dios, y todos acataron su decisión sin objetarla.

Hubo una junta de congregaciones, y cada una propuso su candidata a Virgen. En la siguiente sesión fueron llamadas las muchachas y se presentaron todas luciendo el atuendo virginal. Se había formado un sínodo compuesto por el párroco, el Gran Caballero de los de Colón y el presidente de los Guardias de Honor de Jesús Sacramentado. Después de largas deliberaciones en las cuales se tomaron en cuenta consideraciones estéticas, sociales y de política local, el triunvato escogió a una de las bellas candidatas, que resultó ser sobrina del Gran Caballero y ahijada de bautizo del presidente de los Guardias.

Se llegó el gran día y empezó la procesión. La Virgen iba en un carro alegórico, de pie sobre una peana, amarrada por la cintura a su retablo con unas cuerdas cuya vista ocultaba el manto azul de seda. Llevaba las manos juntas, y en el rostro una dulcísima

expresión que su mamá le había ensayado ante el espejo. La procesión recorrió las calles principales de la ciudad. El Gran Caballero caminaba al lado del vehículo, atento a los cuidados de la Virgen.

Se acercaba ya la procesión al templo cuando de pronto la muchacha llamó al Gran Caballero con apagada voz de angustia. El gordo señor trepó al carro apresuradamente, si bien con algunos trabajos. La muchacha inclinó el rostro y le dijo unas palabras al oído. El sudoroso Caballero, entonces, se apeó de un salto, levantó los brazos con ademán imperativo y ordenó con estentóreo grito:

—¡Alto a la procesión! ¡La Virgen quiere mear!

LAS DOS CABRAS

El tío Camacho era muy sabio juez. Juzgaba como lo hacía Salomón, con equidad, y como Sancho en Barataria, con ese recio sentido común que es atributo del verdadero saber. Si la justicia consiste en el arte de dar a cada quien lo suyo, el tío Camacho, que no tenía ciencia de la que se aprende en las escuelas, era dueño de la suprema sabiduría de aquel que es justo y da a cada quien lo que le corresponde.

Cierto día se presentó ante él una mujer deshecha en lágrimas. Llevaba de la mano a su hija, muchacha en edad de merecer. Según esto había merecido ya. Entre hipos y gemidos la señora le contó al tío Camacho que un falaz mancebo logró con engaños que su hija le hiciera cesión —a título gratuito— del oculto tesoro de su doncellez. Labioso, aquel aprovechado había conseguido con untuosas palabras que la muchacha se le rindiera toda, sobre todo de la cintura para abajo, que es lo que menos se debe rendir. De la tapia lo que sea, pero del huerto nada.

Y ¿qué pedía la señora? Que el doncel fuera llevado ante la autoridad a fin de que lavara con aguas de matrimonio la mancha caída sobre el honor de su hija. Tras decir eso la señora añadió con voz más queda:

—O si no, que me pague una indemnización.

Estas palabras hicieron parar oreja al tío Camacho. ¿De modo que el asunto era de dinero? Con eso se tranquilizó aquel sapiente juez, pues los problemas que con dinero se pueden arreglar no son realmente tan problemas. Así, ya más seguro de la naturaleza del asunto, el tío Camacho hizo que una pareja de gendarmes fuera a traer al muchacho.

Lo trajeron los policías, en efecto. El muchacho venía algo asustado. No lo estuvo cuando cortó la ansiada flor, pero ahora que contemplaba el fruto se desasosegaba.

Calmoso, reposado, el tío Camacho le preguntó si era cierto lo que la muchacha decía, que con ella se había refocilado. Respondió el galancete que sí, que no lo podía negar. Le preguntó en seguida el juzgador si había dado a la doncella palabra de matrimonio. Respondió él que no: incluso, dijo, antes de que la muchacha le abriera su

corazón —y lo demás— él le advirtió que no podría casarse con ella, pues se iba a ir “al otro lado”. Un primo suyo le tenía conseguido un trabajo en Texas. Aun bajo esa premisa la muchacha accedió al trance y le dijo que lo hacía con todo desinterés, por puro amor al arte.

—Bueno —intervino entonces la madre de la ex doncella—, si él no se quiere casar, entonces que me pague la virtud de mi hija.

—¿Qué opina de esto su marido? —preguntó el tío Camacho

—No tengo marido —respondió ella con vacilación—. Soy madre de siete hijos, cada uno de diferente padre, pero nunca he sido casada.

—Entonces no hay indemnización —sentenció el tío—. Por donde tiró la cabra vieja por ahí tiró la nueva.

Y así diciendo se levantó de su silla y salió con la solemne actitud con que Solón debe haber salido del foro donde dictaba sus inmortales leyes.

LA LEVE SOMBRA

Cuando murió Lucita López, en su casona antigua de la calle de Santiago, no supe qué edad tendría. Fue para mí por siempre la viejita de tez rosada y cabellera blanca; de luengo vestido que le llegaba al suelo, de negro chal y de bastón.

De San Juan a su casa y de su casa a San Juan. Ésa fue la vida de Lucita López, hija que fuera de don Octavio, maestro de duras matemáticas en el Ateneo Fuente. Yo no alcancé a ese riguroso señor, pero conocí a su hijo de igual nombre. Lo recuerdo enfermo, con asma siempre, siempre con un atomizador de perilla entre las manos, con el cual se echaba en la boca no sé qué substancia que ponía asombros en los muchachillos. Y recuerdo a Mariquita, también con rostro de color de rosa, regordetilla, viejecita también. De ella me dijo una vez la señorita Carolina Sánchez que tenía las manos más hermosas que jamás se hubieran visto.

Había vacas en el extenso corral trasero de su casa, casa de aquéllas saltilleras con patio, traspatio, caballeriza y corral. Todos los días llegaba ahí el guayincito de la alfalfa, tirado por sapientísimo caballo que sin orden ni rienda se detenía donde debía y echaba a caminar después hasta el siguiente punto de parada. Todo se fue; el tiempo todo se lo llevó. Don Octavio padre, Octavio hijo, Mariquita, son sombras de pasado. Largos años los sobrevivió Lucita, que se fue apagando como velita tenue, ahí en la soledad de su casa, asistida por almas buenas compasivas y por el padre que le llevaba el alimento de la comunión.

Cuando tuve noticia de su muerte, desde la casa de mis padres me puse a ver la casa de Lucita López. Era muy noche ya. Y tenía yo los ojos puestos en la casa, cuando se abrió su puerta y dos hombres sigilosos salieron a la calle vacía. Llevaban sobre una camilla la leve carga del cuerpo de Lucita López, envuelta en un blanco sudario. Lo

subieron en una carroza funeraria y se alejaron luego.

Yo quedé conturbado por la inesperada visión. La calle se me llenó de pronto con la presencia querida de las sombras pretéritas. Miré otra vez la calle de Santiago llena de sol de vida, de lluvia que se veía caer desde los vidrios del balcón, y oí los cascos de los caballos del rondín, que con su paso inauguraban el reino de la noche, y las botas de los soldados que bajaban marchando del cuartel, llevando entre ellos al infeliz prisionero a la Penitenciaría.

Y vi a Lucita López. La miré abrirme la puerta a la que había llamado yo con el sonoro aldabón, puesto en puntillas para alcanzarlo bien, y sonreír suavemente cuando le daba el recado que mi madre me había mandado dar, con la noticia del nacimiento de cada hermano nuevo:

—Lucita, que dice mi mamá que ya tiene usted un nuevo criado a quien mandar.

Lucita López... De San Juan a su casa, y de su casa a San Juan.

EL CHACUALEO

A este señor le dicen el *Panza Fría*. ¿De dónde tal apodo? Se explica porque el señor que digo es ventripotente, modo eufemístico para nombrar a un panzón. Lleva siempre la camisa desabotonada, pues ninguna le cierra, y la sobada camiseta no alcanza a cubrirle la vasta rotundidad del vientre. El pantalón lo trae caído, y el abdomen se le desborda hasta cubrirle la enorme hebilla que usa en el cinturón. (“¿Dices que es de Villa Escondida este señor tan gordo?” “No. Dije que es “de hebilla escondida”). Todo esto explica aquel remoquete: el *Panza Fría*.

El señor *Panza Fría* es hombre rico. No sé qué negocios tenga; al parecer trafica en ganados y cosechas. También tiene autobuses y camiones de carga con los que da servicio de fleteo. Todo eso le rinde buen dinero. Y mejor le rendiría si no fuera porque el *Panza Fría* tiene el feo vicio del juego: le gustan las peleas de gallos; no se pierde las ferias con palenque de toda la región. Ahí apuesta grandes cantidades que casi siempre pierde, pues el tino con que hace sus negocios no lo tiene para escoger entre el giro y el colorado. Si le apuesta al colorado gana el giro, y viceversa. Hoy, sin embargo, ha ganado. Le fue al giro y ganó el giro. Se hizo de buenos pesos el señor, pues apostó muy fuerte. “Para sacar hay que meter”, suele decir con dicho de tahúr. Él metió mucho, y más sacó.

Se va a celebrar su triunfo en la cantina. Lo acompañan dos contlapaches que no se le separan nunca. Esa palabra mexicana, “contlapache”, designa a los amigos de alguien, a quienes le ayudan y favorecen siempre. En náhuatl la voz *tloapachoa* describe la acción de la gallina cuando cubren los huevos para darles su calor. De ahí aquel término.

Llegan los tres a una taberna de los bajos fondos y ocupan una mesa. El mesero que los atiende es un pobre hombre. Lleva ropa raída y zapatos viejos, a uno de los cuales se la ha desprendido la suela en modo tal que cuando el pobre hombre camina la suela de ese zapato le chacualea. Quiero decir que le golpea la planta de pie, con lo cual el infeliz hace un extraño ruido al caminar: “Chalp, chalp, chalp”.

Al *Panza Fría* ese ruido le molesta, pues no lo deja platicar con sus amigos. Llama al mesero y lo reprende. Por culpa de aquel infame chacualeo, le dice, no puede concentrarse en la conversación. Tras decir eso el *Panza Fría* echa mano al bolsillo de su pantalón y saca un grueso fajo de billetes unidos por una liga de hule rojo, de esas que usan las señoras para sujetarse las medias de popotillo. El rostro del miserable se ilumina: seguramente aquel rico señor sacará unos billetes de su fajo y se los dará para que se compre unos zapatos nuevos.

Vana ilusión. Lo que hace el *Panza Fría* es sacar la liga de hule y dársela al mesero. Le dice:

—Póntela en el zapato para que la suela ya no te chacualee.

Y es que el *Panza Fría* gasta en gallos, pero en su prójimo no gasta.

Muy comentado en el ambiente de las cantinas fue el suceso que acabo de narrar. Las opiniones en torno al protagonista se dividen. Hay quienes afean la conducta del *Panza Fría* y lo tildan de avaro miserable. Otros —sus contrapaches—, dicen que, sea como sea, la liga que regaló el *Panza Fría* dio mejor resultado que aquella famosa Liga de las Naciones, que de nada sirvió para evitar las guerras en el siglo pasado. Por lo menos la del *Panza Fría* hizo que se acabara el chacualeo. Yo, a fuer de imparcial, registro las dos opiniones. Escoge tú entre ellas.

LA FELICIDAD

¿Cuántos años tenía don Zenón? Lo ignoro. Cuando le sucedió lo que voy a contar andaría quizá por los 60 años, sobre poco más o menos.

Era viudo. Su esposa se le murió hacía mucho tiempo y él no volvió a casarse. Sus hijas le decían (sus hijos no):

—Cásese, apá.

Y él respondía:

—No, pa' qué.

A nadie daba molestias don Zenón. Él mismo se lavaba su ropa, y planchaba con destreza los gruesos pantalones de caqui y las camisas de lo mismo. Aprendió a hacerse de comer, y cuando se enfermaba iba con un doctor a quien conocía, y que le cobraba poco. A nadie daba molestias don Zenón. Era un buen ejemplo de aquel viejo refrán de España según el cual el buey solo bien se lame.

Pero un día sucedió lo que tenía que suceder. ¿Quién puso así las cosas? ¿Dios o el diablo? A veces resulta muy difícil distinguir los territorios de los dos, o separar sus obras. El caso es que cierto día vio don Zenón a una muchacha en el mercado, y ella lo miró a él. Ya era hombre grande don Zenón, según lo dije, pero no estaba maltratado y cuando se arreglaba para salir no se veía mal. En su barrio más de una señora viuda y dos o tres señoritas quedadas le habían tendido habilidosos lazos que él ni siquiera vio, por lo cual se libró de ellos. Pero sí vio a aquella joven que al pasar lo miró de ladito, y hasta —le pareció a don Zenón— como que le sonrió.

Qué cosa son los ojos, pensaba al día siguiente don Zenón. Nos ponen algo en el *celebro*, como si lo pintaran para que no se saliera ya de ahí. Se le quedó grabado el rostro de la muchacha a don Zenón, y lo miraba a cada paso, como si la tuviera enfrente. ¡Qué cosa son los ojos!

Dos o tres días pensó en ella. Al cuarto día fue al mercado a ver si se la hallaba otra vez. No la encontró, y eso que recorrió los dos pisos: el de abajo, de abarrotes, telas y calzado, y el de arriba, de verduras y carnicerías. Ni señas.

Al día siguiente salió de su casa, y sin darse cuenta sus pasos lo llevaron al mercado. Qué raros son los pieses, meditó don Zenón. Más raros que los ojos. Lo llevan a uno a donde quieren. ¿Qué tenía él que hacer en el mercado? Nada. El mandado lo había comprado ya. ¿A qué iba al mercado, entonces? Qué raros son los pieses.

En eso iba pensando cuando miró dos ojos que lo miraban, y una boca que le sonreía. Era ella. Pasó a su lado, como la otra vez. Y ahora sí don Zenón ya no dudó: la muchacha se había sonreído.

¡Qué cosas! Don Zenón no lo podía creer. Él, tan mayor, y ella tan joven; y sin embargo lo había mirado y se había reído con él como con un muchacho. La siguió. Ella iba por los pasillos aprisita, parecía que ni pisaba el suelo. Al dar vuelta para tomar el otro corredor lo vio, y se dio cuenta de que la seguía. Y otra vez lo miró, y otra vez le apareció en los labios aquella sonrisita que casi no era, pero que se notaba. Él sintió que se le salía el corazón. Qué cosas tiene el corazón, pensó. Cosas más raras tiene que los ojos y los pies.

Al siguiente día la buscó otra vez. Le pareció que ella lo esperaba. Ya iba preparado. Le dijo a la muchacha:

—¿Me recibe este papelito?

Y le entregó un recado en que le declaraba su amor y le pedía relaciones.

Leyó el mensaje la muchacha y dijo a don Zenón que al día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, le daría la respuesta. Esa noche no durmió don Zenón. Se levantó más temprano que de costumbre y se bañó con baño “de dos ojos”, es decir, enjabonándose dos veces y enjuagándose otras tantas. Él mismo se rasuraba siempre, pero ese día fue con el *maistro* peluquero que le cortaba el pelo y le pidió que lo afeitara también. Aunque se había hecho el pelo apenas el sábado anterior, le pidió que lo “afinara”. Después de todo, dijo al extrañado figaro, ya era martes.

La chica lo aceptó. Sabía que el señor no tenía compromisos, pero sí buena casa y buen caudal. Se casaron después de un breve noviazgo, y conoció don Zenón una felicidad que nunca había conocido. Su primera esposa había sido reservada hasta cuando no debía serlo, y consideraba el acto del amor como obligado tributo al hombre que la mantenía. Esta muchacha, en cambio, sabía más acerca de cosas de la cama que Aristóteles acerca de la lógica. Don Zenón, que en diez años o más de viudez había ahorrado dinero y todo lo demás, estaba en aptitud de gozar la sabiduría de su nueva esposa, y disfrutaba plenamente aquellos éxtasis, inéditos para él. Lo inquietaba a veces, ciertamente, la prodigiosa imaginación que ella mostraba en la hora íntima, y lo inquietaban también su creatividad, su peregrina habilidad gimnástica, su exhaustivo conocimiento de la amorosa geografía. En ocasiones se asustaba con los temas que ella proponía, y más se asustaba con las variaciones; pero aquello lo tenía en un paraíso terrenal.

Sin embargo, la realidad se impone siempre sobre los paraísos. La muchacha era joven y coqueta. Pronto empezó a conocer don Zenón ausencias de su esposa. Un amigo le decía que la había visto con cierto repartidor de botica; otro le comentó que la miró abrazada con un galán de los que iban todas las noches a bailar. Las hijas le decían a don Zenón (los hijos no):

—Esa mujer lo engaña, apá.

Él no respondía.

—Apá, deje a esa mujer.

No respondía él.

La muchacha seguía con sus liviandades, pero eso no era estorbo para que no atendiera a su marido, lo rodeara de solícitos cuidados y le entregara por las noches el rico caudal de su encendida juventud.

Un día hubo junta de familia con asistencia de dos o tres amigos de la casa. Las hijas de don Zenón, a cuyo coro se unieron ahora los hijos y los amigos, le hicieron la cumplida relación de las ligerezas de la muchacha. Debía librarse de aquella coqueta que lo engañaba sin recato. Cuando por fin los duros fiscales de la amada terminaron la relación cumplida de las liviandades de la mujer, entonces sí habló don Zenón.

—Déjenme —dijo—. Es mi felecidá.

¡Qué sabia respuesta ésa! ¡Cuántos males nos ahorraríamos, y se ahorraría el mundo, si aprendiéramos a respetar la idea que cada uno tiene de su felecidá!

MI CALLE

Mi calle es la antigua calle de Santiago, que ahora se llama del General Cepeda. Un domingo caminé por ella y fue como si caminara por mí mismo. Copio a Quevedo y

digo, pero al revés, que no hallé cosa en qué poner los ojos que no fuese recuerdo de la vida.

Aquí vivía Elvirita Arocha, en la ventana siempre, esperando la llegada de dos imposibles galanes que su mansa locura había inventado. Esta casa —de asistencias— tuvo de huésped a Pablo Valdez Hernández, el autor de “Sentencia” y “Conozco a los dos”. En esta otra vivió muchos años Polo Arizpe, que tenía una forma muy especial de confesarse. Una tía suya, doña María, acostumbraba recibir una vez por semana a cierto sacerdote, jesuita de San Juan Nepomuceno, que se invitaba a sí mismo a comer, y además con abundancia y muy a su sabor. Después de la comida, y ya ido el padre, la dueña de la casa hacía comentarios que Polo, niño aún, escuchaba con gran consternación. Al día siguiente se iba a confesar con el sacerdote:

—Acúsome, padre, de que dice mi tía María que usted es muy tragón.

Aquí vivía aquella guapa señora —no digo su nombre porque no lo recuerdo y si lo recordara tampoco lo diría— cuyo marido tenía un empleo de poca monta, pese a lo cual su esposa andaba siempre muy emperifollada y llena de anillos, pulseras, broches, arracadas y toda suerte de requilorios que ponían envidia en las vecinas, todas de modesto pasar. Con esos variados dijes que antes dije salía aquella dama, y era como un galeón empavesado entre modestas chalupas chinamperas. No saludaba a nadie, pues bien sabía que todos sabían lo que se sabía: que apenas se iba su marido entraban en la casa otros señores, todos tan bondadosos que por el puro deseo de hacer el bien —nadie piense mal— compartían sus dineros con aquella señora. ¡Bendita sea la Providencia del Señor! Ignorante de aquellas visitas el marido estaba muy orgulloso, y así lo decía a todos, de las buenas dotes de administración de su mujer. Otros vecinos de la cuadra ganaban más que él, mucho más, y, sin embargo, sus esposas no andaban tan bien vestidas y adornadas como la suya. Y era que su mujer sabía manejar el gasto, sí señor, y conocía el arte de economizar. Al escuchar aquellos ditirambos los señores asentían solemnemente, mientras las señoras alzaban la vista al cielo y se ponían a contemplar las nubes a fin de no soltar el trapo de la risa. De poca monta era el empleo del pobre hombre, pero su esposa bien que sabía montar.

Calle de General Cepeda... Ahora vivo en otra, pero nunca he salido de aquella vieja calle de Santiago. Por ella deambulan mis fantasmas. Ahí Lucita López, y Mariquita y Octavio, sus hermanos. Enfrente la casona donde vivió de jovencito el Padre Pro. Aquí las Cordero; allá las Peña; de este lado la casa de Teresita, una ancianita blanca vestida siempre de negro, que habría vivido completamente sola si no es porque —contaba ella y todos se lo creíamos— la Virgen iba todas las tardes a su casa para oír cómo Teresita le rezaba el rosario, tan bonito.

Nuestra calle... La miro ahora y veo en ella cosas que ya se habían ido y que regresan. Me miro yo, de regreso también a mí. Cada uno de nosotros es su casa, su calle, y la gente que en calle y casa vivió ayer. ¿Ayer? No hay tal: la vida de los hombres es tan breve que en ella todo es hoy. Hoy nací; hoy vivo; hoy moriré. Cunas miré en la

calle de Santiago; por ellas vi pasar cortejos fúnebres. La vida. La eterna vida que seguirá pasando por mi calle aunque por ella ya no pase yo.

LOS ZAPATOS

Muy sabio es el refrán que dice que sólo la olla sabe lo que lleva adentro. Tuve un amigo guapo y bien plantado que sin embargo andaba con una mujer más fea que un coche por abajo. Con la confianza que da la mala educación le preguntábamos por qué traía a esa tarasca, siendo por sus dotes de apostura podía disponer de mejor fémina.

Y respondía él con sonrisa misteriosa y sibilina expresión:

—Caras vemos, camas no sabemos.

¡Bendito sea el Señor, que quita unas cualidades y da otras! A la amiga de mi amigo le faltaba atractivo de belleza, pero tenía una cajita de música escondida a cuyo compás se le rendían los hombres. Además con la luz apagada ni quién vea.

Voy narrar ahora un caso particular. Me lo contó un sacerdote de los de antes cuyo nombre no diré, pues nunca me dio el permiso para poner en sus labios esa relación. Cierta día llegó con él un señor de la buena sociedad, uno de esos “pilares de la comunidad”, para usar la arquitectónica expresión. Eran los tiempos en que el divorcio se veía con muy malos ojos y en que la anulación por la Iglesia del matrimonio religioso era difícilísima empresa casi imposible de lograr. Demos gracias a Dios por vivir en esta época moderna en que todo se puede conseguir.

Lo que sí admitía la Iglesia era algo que se llamaba “separación de cuerpos”. Cuando los esposos de plano ya no podían vivir juntos y andaban como perros y gatos, con daño para la prole y mal ejemplo, la Santa Madre les permitía separarse, pero hasta ahí. Si no se podían separar, ora por causas económicas, ora por la tremenda fuerza que tiene el qué dirán, los esposos estaban obligados a cargar su cruz hasta que la muerte de uno de ellos viniera a disolver el vínculo matrimonial. Sufrir era obligación profesional de todo buen católico.

Llegó, pues, aquel señor con el sacerdote y le pidió su orientación a fin de iniciar trámites tendientes a separarse de su esposa.

—¡Pero cómo, hijo! —se consternó el presbítero—. ¡Si son ustedes una pareja ejemplar, modelo de matrimonios cristianos!

—Pues ya ve usted, padre —respondió el señor con vaguedad.

—No lo puedo creer —manifestó firmemente el sacerdote—. Tu esposa es joven, inteligente, guapa... Es un adorno de nuestra sociedad. Su buen gusto en el vestir la hacen objeto de admiración y envidia. Tiene una exquisita educación. Eso todos lo pueden ver. ¿Por qué, entonces, te quieres separar de ella?

—Voy a tratar de explicárselo, padre —contestó el individuo—. Mire usted mis

zapatos. ¿Verdad que son muy buenos?

—Así se ven, en efecto —respondió el sacerdote sin entender por qué su interlocutor hacía tan pedestre alusión.

—Estos zapatos son de la mejor marca que se puede hallar —siguió el otro—. Mire usted cómo brillan; observe la suavidad de su piel, la calidad de sus materiales. Admire la elegancia de su forma... Eso todos lo pueden ver, ¿no es cierto?

—En efecto —reconoció el padre—. Así es.

Entonces estalló el hombre y dijo lleno de cólera y rencor:

—¡Pero nomás yo sé lo que me aprietan los desgraciados!

Ciertamente la parábola empleada por aquel señor no fue tan elevada ni sublime como las que usó Nuestro Divino Redentor en sus predicaciones. Sin embargo, tuvo eficacia igual. El sacerdote entendió lo que al principio dije: que nada más la olla sabe lo que lleva adentro. Caras vemos; todo lo demás no lo sabemos.

EL CIRCO

Richard Burton y Liz Taylor se aburrían en su casa de Vallarta. Los días se alargaban, uno tras otro, iguales todos. Las charlas se habían agotado ya; los libros habían sido leídos y releídos; no quedaba nada interesante por hacer. Los juegos de cartas no los divertían; los cansaba la vista del mar desde el jardín. Y debían seguir ahí, esperando, porque el yate de Burton, el *Malizka* —nombre formado con las primeras letras de los nombres de sus hijas, Maria y Kate, y el de Liz—, no acababa de llegar de su puerto de reparación, San Diego.

El actor había decidido intentar, por enésima vez, dejar el alcohol. Su último examen médico, practicado en Nueva York, mostró un crecimiento considerable de hígado. Los médicos le dieron a escoger: su vida o las tres botellas de vodka que se bebía diariamente.

Dejó de tomar, pero eso le trajo una inmediata —e inesperada— consecuencia. “Se me ha desaparecido totalmente el deseo sexual —escribió en su diario—, y eso no tiene nada feliz a E.—”.

Una noche salieron a caminar por el pueblo. Con ellos iban sus invitados, George C. Scott, también famoso actor de cine, y su mujer. Al pasar por una de las callejas de Vallarta vieron que se había instalado ahí un pequeño circo, uno de esos circos de mala muerte, de barriada, con su carpa llena de remiendos y unos cuantos focos para atraer al público. Por puro aburrimiento decidieron entrar a ver la función, que estaba a punto de empezar.

Lo de siempre: un payaso que más entristecía que provocaba risa; una caballista de edad madura y peso que ponía en apuros al flaco rocín con el que actuaba; un

malabarista que todo lo dejaba caer. Estaban a punto de salirse cuando se anunció el número principal del espectáculo: “Barzán, el gran tirador de cuchillos”.

Era un individuo joven y moreno, de gran melena oscura domeñada a duras penas con buena cantidad de vaselina. Salió a la pista con su acompañante, una muchacha de mallas rotas que saludaba al público con movimientos que querían ser sensuales. Los ayudantes trajeron una mampara de madera, y la chica se colocó de espaldas a ella, lista para recibir los cuchillos que le lanzaría Barzán.

En eso el cirquero descubrió a Liz Taylor en su palco. Pidió un micrófono y anunció con voz grandilocuente:

—Respetable público. Está con nosotros esta noche, honrándonos con su presencia, la actriz de cine más bella del mundo: ¡la señorita Elizabeth Taylor!

Un aplauso saludó a la actriz, a cuya presencia se había acostumbrado ya la gente de Vallarta desde que se filmó ahí *La noche de la iguana*. Liz agradeció con un movimiento de su mano, pensando que hasta ahí llegaría la cosa. Se equivocaba.

—Vamos a pedirle a la señorita Taylor —siguió el de los cuchillos— que esta noche sustituya a mi gentil compañera, la bella Rosina, y que sea ella quien se coloque en la pared mortal para recibir los cuchillos que le lanzaré.

A Burton se le secó la boca al oír eso y más cuando vio que de buen grado, hasta divertida, Liz dejaba su asiento y pasaba al centro de la pista. Algo incitó al actor a ir tras ella.

Se colocó la Taylor en la pared, abrió los brazos con coquetería y sonriendo esperó los cuchillos. Se hizo un profundo silencio entre la gente.

—Ruego al respetable público guardar silencio —pidió El Gran Barzán en el micrófono con voz grandilocuente—. La más pequeña distracción me haría fallar el tiro; el cuchillo se clavaría en el cuerpo de la hermosa señorita Taylor y le quitaría la vida.

A pesar del poco español que sabía Burton alcanzó a entender lo que decía el hombre. Sintió el impulso de quitar de ahí a Elizabeth y salir de la carpa, pero la serena actitud de ella lo contuvo. Se hizo el silencio, se apagaron los focos de la pista y sólo un reflector iluminó la escena.

Empezó a lanzar sus cuchillos El Gran Barzán. Uno a uno se iban clavando en la madera, a unos milímetros del cuerpo de la actriz. La forma de Elizabeth iba quedando dibujada por los puñales como una dramática silueta. El último cuchillo, lanzado con actitud triunfal por el cirquero, casi le rozó los cabellos al clavarse sobre su cabeza.

Una ovación premió la hazaña del cirquero. Liz hizo salió de su cerco de afiladas hojas, saludó a la gente con graciosas reverencias y luego volvió a su palco llevada de la mano por el cuchillero. Los siguió Burton alelado, sin atinar a decir nada. En silencio estuvieron Richard, Liz, George C. Scott y su mujer el resto de la función. Cuando salieron, terminado el espectáculo, comentó Burton, todavía nervioso:

—Debimos haber estado locos para dejar que pasara esto.

Elizabeth, tranquila, respondió:

—Los actores y las actrices tenemos que estar un poco locos.

Uso la anécdota como ilustración de esta historia. La verdad es que para vivir en este circo que es la vida, todos tenemos que estar también un poco locos. De otra manera nos agobiarian los mil y mil sucesos de la existencia cotidiana, los quebrantos y dolores que el vivir conlleva, las pequeñas miserias que sufrimos y que hacemos sufrir a los demás. Aquí estamos; un poco locos, sí, con ganas de seguir viviendo esta apasionante, apasionada vida. Demos gracias a Dios, que nos ha permitido llegar hasta hoy. Y en ese circo de magias y cuchillos que es la vida, compartamos el común abrazo del amor.

LA RELACIÓN

Qué curiosa palabra es ésta: relación. El diccionario de la Academia no registra el significado que los mexicanos le damos a esa voz, que entre otras cosas quiere decir “tesoro”. Don Francisco J. Santamaría, consumado filólogo, explica el sentido del concepto y dice que antiguamente se acostumbraba adjuntar a los entierros, o riquezas sepultadas en la tierra, un mensaje —la relación— en el cual se explicaba el origen del tesoro y el uso que quien lo hallara le debería dar.

En las conversaciones de antes, sobre todo las de cocinas en los ranchos o las pláticas de niños, aparecían siempre cuentos de relaciones, ligados casi siempre a encuentros con “espantos”, almas en pena, aparecidos que vagaban por el mundo y que jamás podrían descansar hasta que alguien hallara la relación y empleara aquel tesoro en la forma en que quien lo enterró había dispuesto.

Yo no creía en historias de tesoros, pero dos acontecimientos me hicieron cambiar de opinión. O más bien tres. En una casa de mi barrio un albañil se dispuso a retirar la campana del antiguo fogón de la cocina. Le dio un golpe con su mazo y salió de la pared una tintineante cascada de moneditas de oro.

Años después se hacían obras de pavimentación en otra calle y la máquina que hacía el aplanado desenterró una olla con dinero. En cuestión de segundos desaparecieron las monedas: el operador de la máquina y los vecinos se encargaron de dar buena cuenta de aquel tesoro oculto que salió a la luz.

El tercer suceso aconteció no hace mucho tiempo en un rancho vecino del Potrero. El dueño del solar estaba barbechando su labor cuando la reja del arado golpeó contra un objeto sólido. Pensando que sería una piedra, el hombre cavó un poco para sacarla. Sorpresa: era un gran cofre de metal lleno de barras de plata. Eso se dice, al menos. El mismo día del hallazgo el hombre desapareció en su camioneta, y hasta la fecha nadie lo ha vuelto a ver. Alguien del rancho dijo haber oído que el hombre se hallaba en Monterrey, viviendo en una casa muy elegante, y con una señora que no era la misma que en el rancho tuvo.

Eso de los tesoros es muestra del eterno deseo de los hombres por alcanzar fortuna. El dinero no compra la felicidad, es cierto, pero permite alquilarla, aunque sea por ratitos. Yo, por mi parte, no espero encontrarme algún tesoro. Muchos tengo en la vida —mi familia; mi trabajo; mis amigos; los mil y mil amores con que voy por el mundo—, de modo que no necesito hallar la relación. Pero si la hallo no la desdeñaré. Un hombre afortunado, decía Butler, es aquel que desprecia el dinero, o que lo tiene en cantidades suficientes.

UNA TELENOVELA

Si alguien me hubiese dicho que lo que voy a narrar sucedió en verdad, yo habría exclamado a la manera de los muchachos de hoy:

—¡No manches!

Y sin embargo sucedió.

Imaginen ustedes a un hombre de negocios de la localidad. Su secretaria ha trabajado para él desde el principio de la empresa. No se ha casado; vive sólo para su trabajo.

El hombre de negocios tiene esposa. Un día conoce por casualidad a una señora joven, casada como él. Ella acepta sus atenciones, y pronto entran en relación de amantes. Él se apasiona con el amor de la mujer. Le compra casa, y ahí se ven dos veces por semana, siempre los mismos días —martes y viernes, de 7 a 9 de la noche.

Lo que no sabe el hombre de negocios es que la joven señora, a más de tener marido, tiene también otro amante, anterior a él. Se trata de un muchacho de condición modesta, pero guapo. La verdad es que ella se avino a ser la querida de aquel rico señor porque el amante joven y guapo la convenció de que lo hiciera: le sacaría dinero al empresario, chantajeándolo, y así podrían ellos hacer planes para el futuro. La casa que el rico empresario le regaló a su amiga, ella la hizo escriturar a nombre del muchacho, pues temía que su esposo se enterara de que era dueña de una casa. ¿Cómo explicar el modo en que la adquirió?

Un día la esposa del hombre de negocios se enteró, por un anónimo, del adulterio de su marido. De inmediato le pidió el divorcio y él tuvo que acceder a la separación, aunque amaba a su mujer y adoraba a sus hijos. Desesperado, incapaz de resistir la soledad, el hombre le pidió a su amante que dejara a su esposo y se casara con él. Ella se negó. ¿Por qué iba hacer tal cosa? Era feliz con su marido y con sus hijos. No sólo no se casaría con él: en ese momento daba por terminada la relación, pues ya veía que las cosas estaban tomando un rumbo peligroso para ella.

Ésa no fue la única relación que terminó. Cuando la mujer fue a la casa que su ex amante le había regalado, su otro amante, el muchacho guapo, ya no la dejó entrar. Se había enamorado de una chica, le dijo en la puerta, y pronto se iban a casar. Vivirían en

la casa que antes era de ella, y que ahora le pertenecía él, pues estaba a su nombre. Bien lo decía la escritura. ¿Tenía algo que objetar, o prefería que su marido no se enterara de la aventura que había tenido con un joven amante?

Ella se fue llorando, rabiosa y despechada. Recibió la misma dosis que había administrado al hombre de negocios.

Y no termina aquí la historia. Antes bien continúa. El hombre de negocios pensó entonces que lo mejor que podía hacer era casarse con su secretaria. Siempre había sabido que estaba enamorada de él. Le propuso, pues, matrimonio, y ella aceptó al punto la proposición, emocionada. Meses después se casaron.

Aquí tampoco termina la historia. Falta el capítulo final. En un discreto corredor de la alameda, una noche, ya tarde, se encuentran el muchacho que se quedó con la casa y la mujer que fue secretaria del hombre de negocios, y que desde hace un mes es ya su esposa. Se abrazan los dos, y él le dice a ella en voz muy baja:

—Misión cumplida, mamá.

Esto que he relatado es verdadero. Podría servir de argumento para una telenovela, pero a pesar de eso es rigurosamente cierto. En la vida pasan muchas cosas que podrían servir de argumento para una telenovela, pero que a pesar de eso son rigurosamente ciertas.

LAS NARANJAS

El Municipio es ente muy cercano. Tiene cuerpo. Lo vemos. En tiempos lejanísimos —y tan cercanos— de la juventud miré en El Triste, que así se llamaba el barrio malo de Saltillo, a dos borrachitos en pendencia. Quise decir en pendencia. Llegaban ya a las manos cuando acudió un gendarme, reconocible sólo por el quepí grasiento que le tapaba no a medias, sino a dieciseisavos, la hirsuta cabellera de nunca domado chichimeca.

—¡Cuidado! —advirtió alguien a los rijosos—. ¡A'i viene el Municipio!

Un poco más lejano tenemos al Estado, pero lo sentimos también cosa terrena. Tratándose de la Federación, sin embargo, ella es para nosotros entelequia, inaccesible ser sin cuerpo ni alma, ectoplasma ominoso más alejado de nosotros que los principados, potestades, tronos y dominaciones de la remota Corte Celestial.

Don Francisco Morales era el guardián del orden público en el pueblo. Entonces no había mucho que guardar: el vecindario era pacífico de suyo, y el único gendarme de la villa servía sólo de amigable advertencia y símbolo del poder municipal. Su más notorio despliegue de violencia acontecía una vez al año, y consistía en varios tiros de su pistola disparados al aire, con miedo de los chiquillos y soponcio de niñas casaderas, en la ceremonia del Grito de la Independencia.

Este don Pancho se había casado con una mujer muy recia, doña Inés, a la que no

asustaban los bigotes fieros de su consorte, ni su pistola. De igual a igual sostenía con él épicas reyertas conyugales, en aquel tiempo en que las esposas eran como sumisas hijas del marido, al que llamaban “mi señor”. No así aquella tremenda doña Inés. Desde la partición del agua hasta el estanque de La Cruz se oían sus grandes voces y dicterios, mayores aún y más sonoros que los de don Francisco. Sí él le decía cabra ella le aumentaba el tamaño. Si él le levantaba una mano ella le alzaba dos. Se adelantó a la liberación femenina doña Inés.

Un malhadado día su esposo le dio un empujón en la cocina. Como respuesta doña Inesita le quebró en la cabeza un gran comal de barro y luego le echó el quepí al fogón, con lo cual la prenda quedó sollamada y llena de tizne. Así trajo ya don Pancho para siempre su quepí, pues no había en el erario público presupuesto para otro.

Como remate de cada pleito conyugal doña Inés le decía a su esposo unas palabras, las mismas siempre:

—Mira, Pancho: cuando te mueras ni creas que te voy a guardar luto. Me voy a poner un vestido amarillo y me voy a sentar en la puerta de la casa a comerme real y medio de naranjas. Y no me voy a meter hasta que me las acabe.

Real y medio de naranjas, lo digo aquí para debida constancia, era un huacal bastante grande.

Don Panchito se burlaba de la amenaza de su esposa. Pero un día enfermó. Tan mal se puso que hasta tuvieron que llamar a un médico a fin de que lo reconociera. Lo reconoció, en efecto, aquel facultativo. Le dijo:

—Usted es don Panchito el gendarme, ¿verdad?

Luego de reconocerlo así le recetó un vomipurgante revulsivo. Cobró sus honorarios y se despidió. Ya en la puerta le dijo a doña Inés:

—Surta inmediatamente la receta. El señor está muy grave.

Lo dijo en alta voz, sin considerar que lo podía oír el enfermito. Lo oyó don Pancho, claro, y un trasudor de angustia le perló la frente. Regresó doña Inés a la recámara y presurosa tomó su chal y el monedero.

—¿A dónde vas, Inesita? —le preguntó con débil voz don Pancho—. ¿A la botica, a comprar la medecina?

—No —respondió ella—. Voy al tendajo de la esquina, a comprar las naranjas.

No se murió don Pancho. El vomipurgante le hizo notable efecto por los dos extremos, y así rechazó el mal. El trance, sin embargo, le sirvió para saber que su señora iba a alegrarse con su muerte, en vez de entristecerse. Y su gozo, pensó, sería justificado. La había tratado muy mal, ahora se daba cuenta. Le prometió que cambiaría. Y, en efecto cambió. Se volvió modelo de buen esposo, amante y tierno. Y esa nueva felicidad doméstica empezó cuando los dos, en armonía perfecta, se comieron las naranjas.

LOS CAMINOS DEL SEÑOR

¡Qué lástima no poder decir su nombre! Qué gran lástima, porque es uno de mis muchos hacedores, es decir, de aquéllos a quienes debo lo que soy (o lo que no soy). Por azar vino a Saltillo, por azar se hospedó en el hotel Arizpe, por azar tomó un ejemplar del periódico “El Sol del Norte”, y por azar leyó una columna mía publicada ahí. Lo demás, me supongo, ya no fue azar, si es que azar fue lo otro. Llamó al periódico, ahí le dieron mi teléfono, me habló y me pidió que fuera a platicar con él.

Lo encontré en el Baco. Así se llamaba el bar de aquel hotel, por desgracia desaparecido. Estaba él en compañía de una prostituta. Hasta una novicia teresiana habría adivinado a la primera vista la profesión de la mujer. Los dos estaban poseídos por el espíritu del dios que daba nombre al establecimiento. Para decirlo en términos menos rebuscados, los dos estaban *peos*. (Si la Academia dice que la palabra “pea” significa embriaguez o borrachera, yo digo por mi cuenta que a los borrachos o ebrios se les puede llamar *peos*. Sin la *d* mexicana, desde luego).

—Estoy teniendo una consulta con la vida —me dijo.

La frase me encantó, y la guardo como una de las mejores que he escuchado. Fue un regalo que me hizo —y que me sigue haciendo aunque no viva ya— aquel sabio maestro. La he usado muchas veces para justificar desvíos y racionalizar claudicaciones de moral.

Tras decirme la frase, el señor me preguntó si me interesaría publicar mis artículos en el que era a la sazón el periódico más importante de provincia, “El Porvenir” de Monterrey. Tardé, calculo, una milmillonésima de segundo en contestar que sí. Un mes después de aparecer mi columna en ese diario ya estaba yo escribiendo en otros 30 o 40 del país. Cada vez que paso frente al recinto de lo que fue el Arizpe, y su cantina el Baco, siento el secreto impulso de dar gracias a Dios por aquella borrachera de mi mentor, por aquella prostituta, y por aquel azar que los trajo de Monterrey hasta Saltillo, habiendo allá tan buenos hoteles y moteles. No cabe duda: los designios del Señor son inescrutables, y misteriosos sus caminos (Ez. 18:25).

A lo que voy es a decir que la vida me lleva a cada paso a tener consultas con la vida. Miren ustedes, por ejemplo, lo que me sucedió un viernes por la tarde. Tengo en Monterrey un amigo que cuenta los mismos años que yo. La última vez que hablé con él, ya hace bastante tiempo, bebimos un par de copas. O un par de pares de copas. Y quizá otro par. Y un último par, a lo mejor, o un penúltimo. El vino afloja el alma, ya se sabe, y abre la espita al grifo de la sinceridad. Mejores confesiones haríamos los católicos si antes de acudir al santo sacramento de la reconciliación la Santa Madre Iglesia nos administrara —todo con tal de lavarnos bien el alma— un par de buenos chingueres.

El caso es que mi amigo me contó que estaba por cumplir 50 años de casado. Y se iba a divorciar. Yo acoté que eso me parecía una forma bastante original de celebrar su

aniversario. Y entonces él me dijo la razón por la cual se iba a divorciar.

La lluvia del otro día me trajo un pensamiento: de pronto llegan lluvias a la vida que te la mojan toda, y te la cambian. Decir tal cosa no es filosofar, ni siquiera en la económica modalidad de la filosofía barata: es decir una verdad sabida y comprobada.

Por el periódico y la tele supe que esa lluvia no fue local. Yo tiendo a suponer que lo que pasa en mi ciudad no pasa en ninguna otra parte del planeta. A veces, debo reconocerlo, me falla esa suposición (supositorio, decía un culterano locutor). Por increíble que parezca, cosas que suceden en Saltillo se ven también en otros continentes. Parece que llovió igualmente en otras ciudades del país. A lo mejor, estoy pensando, fue una especie de lluvia universal. Preguntaré si también llovió en Arteaga, la Villa de Santiago y el Potrero de Ábrego, a fin de confirmar ese suposi... esa suposición.

A este amigo mío de Monterrey le llegó un día su lluvia. Pero no le llegó de pronto, inesperadamente, ni con violencia de tromba o tempestad. Su tormenta se fue formando poco a poco: un gesto aquí, una palabra allá, una actitud, un pensamiento... El caso es que cierto día mi amigo se percató sin duda de que ni él amaba ya a su esposa ni su esposa lo amaba ya a él.

Yo sé que amo a mi esposa y que sin ella no acertaría ni siquiera a encontrar el camino de mi casa. Soy débil, pero mi amor por ella no lo es. Existe ese amor desde el mismísimo primer instante en que la vi, y con los años se ha magnificado, y aun a estas alturas crece cada día. El caso de mi amigo es bien distinto. Él fue de más a menos, y de menos a nada. Un día se dio cuenta de que sentía por su esposa lo mismo, digamos exagerando un poco, que por la puerta del garage.

Aquello hubiera sido una tragedia si no es porque la esposa sentía exactamente lo mismo por él: nada. Hablaron, y decidieron que la costumbre, el lazo de los hijos y el qué dirán no eran trenza lo suficientemente fuerte para tenerlos juntos. Pensaron que si cada uno vivía por aparte los dos habrían de vivir mejor. No hubo reconvenções ni tristezas; fue un arreglo de socios que tranquilamente deciden acabar su sociedad. Ahora los dos son muy amigos, bastante más que antes. Cuando están juntos charlan alegremente, recuerdan los buenos tiempos y se hallan a gusto el uno con el otro. Cosa muy diferente al desamor, el hastío, la indiferencia y el desabrimiento de antes.

Pero no acaba aquí la historia. El otro día vi a mi amigo en una tienda. Iba con un niño pequeñito de tres o cuatro años. Ya dije que mi amigo es de mi misma edad.

—Qué lindo tu nietecito —lo felicité.

—Es mi hijo —aclaró él con voz en la que no había orgullo ni turbación, sino vida nomás.

—Te envidio —dije yo por decir algo.

Llamó a una señora joven y no fea —así decía la revista *Confidencias*— que estaba algunos pasos más allá, viendo algo, y me la presentó como su esposa.

La verdad, aquí entre nos, es que no siento envidia por mi amigo. Cuando uno es feliz no envidias la felicidad de nadie. Pero me salió al paso la vida con una más de sus

consultas, con otra historia suya, y quise ponerla aquí. Sea esta historia una más de las cosas que trajo el ventarrón.

LA DENTADURA

Muy ocurrente señor era don M, cuyo nombre no pongo aquí completo por razones de discreción. Ganaba buenos dineros trabajando, pero gustaba de leer el libro de las 40 hojas, es decir que tenía afición a la baraja, y jugándole solía perder mucho de lo ganado.

Un cierto día le mandó recado a su señora: había hecho un buen negocio y ya iba a la casa con mucho dinero en los bolsillos. Llegó, en efecto, pero más desplumado que un gorrión que se hubiera metido equivocadamente en una cancha de badminton.

—¿No que traías mucho dinero? —le preguntó, amoscada, su señora.

—Lo traía —le contestó don M—, pero me lo quitaron ocho de a pie y cuatro de a caballo.

Se refería a los reyes, las sotas y los caballos de la baraja traicionera.

En otra ocasión el mismo señor don M fue la zona de tolerancia y se contrató a una de las daifas que en ese lugar de rompe y rasga hacían comercio con su cuerpo.

No sé qué haría con ella —líbreme Dios de averiguarlo, de entrar en detalles que no quiero ni imaginar siquiera—, el caso es que perdió su dentadura postiza. Al día siguiente de la noche anterior don M hizo acto de presencia en las oficinas del periódico local, y al siguiente día apareció publicado en la primera plana un muy vistoso anuncio:

GRATIFICARÉ

sin averiguaciones a la persona que haya encontrado una dentadura postiza extraviada en la zona de tolerancia, Cabaret “Montecarlo”, la noche del pasado sábado. Entregarla en casa de don M, calle tal, número tal.

Sus hijos —sobre todo sus hijas— pusieron el grito en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Le reclamaron a don M:

—¡Pero, papá! ¡Qué forma de avergonzarnos! ¡Ahora todo el pueblo sabe que usted frecuenta esos lugares! ¡Si ha sido por la dentadura nosotros le hubiéramos dado para que se comprara otra!

—No es la dentadura —respondió don M hablando trabajosamente—. Es la amansada.

Hombre de buen humor hasta lo último, cuando le llegó la hora de la muerte hizo que se congregaran en torno de su lecho las mujeres de la familia: esposa, hijas, hermanas, sobrinas, nueras y cuñadas. Con voz doliente se despidió de ellas; solemnemente les dio la bendición. Luego exhaló un profundo suspiro, sacudió todas las extremidades y dobló

la cabeza sobre la almohada.

Las mujeres rompieron a llorar y se abrazaron, congojosas. Hasta la calle, hasta tres cuadras más allá de la calle, se oían sus gemidos. Don M abrió un ojo, enderezó la cabeza y paseó la mirada por las espantadas plañideras.

—Nomás las estaba tanteando —dijo—, pa' ver qué es lo que van a hacer cuando me muera.

Sonrió divertido por la burla y se murió. Ahora sí de veras.

EN LAS VEGAS

La historia que voy a contar es real. Eso puede quitarle interés, pues la realidad suele ser poco interesante, al menos en lo general. ¿Por qué llegaron a interesar tanto los llamados *reality shows*? Porque no eran reales. Es cierto: a veces la realidad es la batalla de Waterloo y entonces sí se pone interesante. Pero ésa es una excepción. En promedio la realidad es más aburrida que todos los promedios.

Mi historia de hoy trata de dos señoras, amigas entre sí, que un día fueron a Las Vegas. Lo hacían frecuentemente; les gustaba mucho el juego. Distraían dinero del gasto; hurgaban en la cartera del marido; vendían esta joyita o aquélla; pero siempre se las arreglaban para tener billetes para el pasaje y la jugada.

Esa vez tuvieron mala suerte. Tan mala que no les quedó dinero ni para pagar la cuenta del hotel. Sus tarjetas de crédito estaban agotadas. Se les ocurrió entonces una idea desesperada. ¿Cuál es el modo más antiguo en que una mujer puede obtener dinero? Ése.

Fueron con un botones del hotel, le dieron una propina y le pidieron que discretamente difundiera el rumor de que había dos señoras en el hotel dispuestas a hacer pasar a cualquiera un agradable rato. El botones puso el asunto en conocimiento del *concierge*, y éste avisó a la gerencia: había dos prostitutas en el hotel. Antes de lo que esperaban las señoras recibieron en su cuarto la discreta visita de dos caballeros. Pero no eran clientes; eran policías. Las esposaron, las subieron a una patrulla y las llevaron a un cuartel policiaco. Ahí las ficharon y las metieron luego en una celda junto con otras maturrangas de todos colores y sabores. Y olores.

Tenían derecho a una llamada telefónica. Una de ellas llamó a su hermano y entre lágrimas lo contó lo que pasaba: las habían detenido por error. Llegó el hermano al día siguiente. Contrató un abogado; ellas se declararon culpables ante un juez y pagaron la correspondiente multa. Con eso salieron de la cárcel y regresaron a sus hogares muy espichaditas, como se dice en lengua mexicana.

Pasaron unos meses. Llegó el de las vacaciones. Allá va a San Antonio la señora con su marido y sus pequeños hijos. Al pedir en la frontera el permiso de internación

funcionó la computadora de la oficina de Migración americana.

—Usted y los niños pueden pasar —le dijo el gringo al hombre—, pero la señora no.

—¿Por qué? —se sorprendió el esposo.

—Ejerció la prostitución en el estado de Nevada, concretamente en Las Vegas, y fue por ello objeto de deportación. Le está prohibido el ingreso a este país.

No dijo nada el marido; le contó a su mujer que había habido un problema con los pasaportes de los niños. Al regresar contrató a un investigador que fue a Las Vegas y averiguó toda la historia. El esposo invitó a cenar a la otra pareja y, juntos los cuatro en un restaurante de postín, dijo de pronto:

—Me voy a divorciar de ésta.

Creyeron los otros que jugaba.

—Hablo en serio —repitió el otro dirigiéndose a su esposa—. Me voy a divorciar de ti.

—¿Por qué? —preguntó ella palideciendo.

—Por puta —respondió sin eufemismos el esposo—. Y creo —se dirigió al amigo— que tú también te vas a divorciar de tu mujer, por la misma causa.

Y así diciendo sacó las fichas policiacas de las dos.

¡Pobres prostitutas que ni siquiera llegaron a serlo! Imagina tú el final de esta historia verdadera; ponle el desenlace que se te ocurra. Pero aplica toda tu imaginación, porque aquí sí la realidad anduvo muy imaginativa.

EL ALMA PERDIDA

Fui de Guatemala a dar dos conferencias, una en la capital y otra en La Antigua. Volví preso de amores por esta última ciudad. Es uno de los más bellos sitios que en mi vida he visto. Estar en La Antigua es como estar en el siglo dieciséis. Ni siquiera el turismo —es decir ni siquiera yo— diluye ese espejismo.

¿Cuántos templos católicos hay en La Antigua? Apunté los nombres de algunos, no de todos: San Pedro, San Francisco, Santa Clara, la Merced, Santo Domingo, la Candelaria, San José, la Recolectión, el Carmen, Santa Rosa, San Agustín, Belén, Santa Lucía, la Escuela de Cristo, San Jerónimo, la Concepción, Capuchinas, y al último, pero no última, la Catedral.

A mí me gustan mucho las iglesias. Las de antes, hago la aclaración, no las de ahora. Las iglesias católicas posconciliares parecen templos protestantes, o bodegas. En ellas ya casi no hay santitos. Sus paredes están desnudas, y eso que supuestamente a los clérigos no les gusta la desnudez en ninguna de sus formas. Yo, que amo a Dios en lo profundo, en la superficie amo la rica imaginería religiosa del pasado: los cuadros con arrobadas vírgenes; las dolientes estatuas de los mártires; los santos de a pie y de a caballo; los

cruentos Cristos... En nuestro tiempo muchos profesionales de la religión, sospecho, no creen en lo que hacen. Menos, por tanto, van a creer en los santitos.

Yo sí creo en ellos. Traigo en mi cartera una estampita de San Judas Tadeo. El otro día en el Luisiana, tradicional restorán de Monterrey, eché mano a la cartera para sacar la tarjeta de crédito y pagar. Distraído, en vez de la tarjeta saqué la pequeña estampa de San Judas y se la di al mesero. La vio él y me dijo:

—Es muy milagroso San Juditas, don Armando, pero aquí no le va a hacer el milagro.

Vuelvo a La Antigua. Estoy visitando ahora la iglesia de San Francisco. En cualquier parte donde encuentro al Poverello voy siempre a saludarlo. Segundo Cristo, el de Asís es el más santo entre los santos, porque fue el más poeta, y el más pobre. Su templo aquí es muy vasto; y a esta hora se ve casi vacío. Un sacristán se ocupa en limpiar con plumero la cabellera rubia —cabello natural— de Santa María Magdalena. Una mujer de aspecto pobre va hacia él y le dice algo. El hombre, impaciente, le contesta no sé qué. Luego, para mi asombro, la mujer viene hacia mí.

—Señor —me pregunta con desesperación—, ¿no ha visto una bolsita café?

—No —le respondo—. Acabo de entrar; no he visto nada.

Me dice llena angustiada la mujer:

—Es que en esa bolsita traigo mi alma y otras cosas, y me la robaron.

Sin esperar contestación va con un hombre que reza su rosario y le pregunta lo mismo. Al parecer él la conoce ya, pues hace un vago ademán, como pidiéndole que se retire. La mujer —ahora entiendo que está privada de razón— va de una parte a otra de la iglesia buscando por los rincones y tras las columnas su bolsita café, y en ella su alma. La veo, y pienso que yo debería también andar en esa búsqueda.

Salgo a la plaza. El sol está radiante. Por la empedrada calle van las mujeres indígenas con sus atuendos típicos. Hablan como cantando; su parloteo es una música. La luz y la canción me llenarían de gozo si no es porque oigo todavía la voz de la infeliz que busca siempre, sin hallarla nunca, la bolsita café donde traía su alma.

EL LADRÓN

Y se casaron, y vivieron felices.

He dicho el final de una historia que ni siquiera he comenzado. Eso viola todos los principios de la retórica. Las historias, decían los latinos, se deben contar *ab ovo* —desde el huevo—, o sea desde el principio. En *Alicia en el País de las Maravillas*, esa fábula tan absurda —y tan lógica— ideada por Lewis Carrol, Alicia le dice al rey que no sabe por dónde comenzar su narración. “Empieza por el principio —le ordena el soberano—, y continúa hasta que llegues al final. Entonces detente”. Yo he empezado por el final.

Sigo ahora con el principio.

Esta muchacha tiene 30 años. Es una solterona, pues en aquel tiempo toda mujer que llegaba a los 25 sin casarse era una solterona. No es bonita esta muchacha. Trabaja en una oficina. Vive con su padre, su madre y dos hermanos.

Ahora va en el autobús a su trabajo. El camión hace alto de repente, y la muchacha siente un empujón. Un hombre se abre paso con premura entre la gente, para bajar. Ella mira su bolsa: está abierta. Busca nerviosamente el monedero. Ha desaparecido. Aquel hombre es un ladrón.

Alcanza ella a bajar también antes de que el autobús siga su marcha. Corre tras el sujeto. “¡Deténganlo! —grita con desesperación—. ¡Me robó!” La gente la mira con curiosidad, pero nadie hace nada. El individuo se ha metido —seguramente para esconderse— en la Sociedad Manuel Acuña. Ella entra también y lo ve como tratando de confundirse entre los asistentes. Llega hasta él. “¡Este individuo me robó! —dice indignada tomándolo con violencia por un brazo—. ¡Deme mi monedero, sinvergüenza!” El hombre farfulla, desconcertado: “Señorita, yo no fui”. Nadie dice nada. “Yo no fui —repite el sujeto—. Se lo juro. Escúlqueme si quiere”.

Se ha hecho el silencio entre los jugadores de dominó y de ajedrez. Quienes estaban en el salón de pool y carambola salen, curiosos, a ver el espectáculo. Y ella: “¡Entrégue me mi monedero, ladrón!” Y él: “No soy un ladrón, señorita. Se equivoca usted”.

¿Qué hacer? Seguramente, piensa la muchacha, el ratero ya le pasó lo robado a un cómplice. Pero no se quiere ir sin al menos desahogar su enojo. Vuelve a gritarle: “¡Ladrón! ¡Ratero! ¡Sinvergüenza!” Y se retira después, furiosa.

Llega a su oficina, saca sus llaves y abre el cajón de su escritorio para ponerse a trabajar. Y ve ahí el monedero. Se había olvidado —ahora lo recuerda— de ponerlo en su bolso al mediodía. Vuelve de prisa a la Sociedad “Acuña”. El hombre se encuentra todavía en el lugar y la mira llegar con sobresalto. Ella se planta en medio del patio y dice en alta voz: “¡Señores! Vengo a pedir una disculpa pública. Nadie me robó mi monedero. No lo traía yo en la bolsa, y lo hallé en mi oficina. Acusé falsamente a este señor. Delante de ustedes le quiero rogar que me disculpe. ¿Me perdona usted?”

Al día siguiente él la espera a la salida del trabajo. Le dice con algo de timidez: “¿Puedo acompañarla, señorita?” “¿Por qué?”, pregunta ella, recelosa. Responde él: “Lo que hizo usted ayer nada más lo puede hacer una mujer buena. Quisiera conocerla más. Soy soltero y no tengo compromisos”.

Se trataron algunos meses, se casaron y vivieron felices. Ella me contó la historia cuando cumplieron 50 años de casados.

PREDESTINACIÓN

Al salir de su casa pisó una caca de perro. En ese mismo instante supo que aquel día no iba a ser su día.

Era un hombre común y corriente, encargado de la pequeña sucursal de un pequeño banco en una ciudad pequeña. Su vida no tenía mucha vida. De la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Mujer; tres hijos —dos niños y una niña; los jueves por la noche el dominó con los amigos; los sábados la ida al cine; los domingos la iglesia y el paseo con la familia. Y tres veces por semana —los lunes, miércoles y viernes— hacerle el amor a su mujer. Rápido, rutinario amor: tres o cuatro minutos a lo más, y siempre en la misma posición, la tradicional, pues ella no aceptaba ninguna otra. Decía que eran cochinas.

En el camino a la esquina donde tomaba el autobús trató de quitarse del zapato la suciedad del perro. Una y otra vez frotó la suela contra las baldosas de la acera. Algo logró quitar, pero no todo. Se preguntó si la gente percibiría el tufo que percibía él.

En eso pasó aquel individuo. Iba corriendo, como si alguien lo persiguiera. Al pasar junto a una lata de basura echó algo en ella, y siguió su carrera. No había nadie más en la calle; era temprano. El hombre fue hacia la lata y miró en su interior. Había ahí un sobre grande. Lo abrió. Estaba lleno de billetes de alta denominación.

Volvió la vista a todas partes. No se veía a nadie. Apresuradamente puso el sobre en su portafolios, y caminó luego con forzada naturalidad hacia la parada del autobús. Lo tomó; bajó un par de esquinas antes de aquélla donde acostumbraba descender, y el resto del camino hacia su oficina lo hizo con lentitud, deteniéndose en los escaparates de las tiendas para mirar con disimulo si alguien lo seguía. Nadie lo había seguido.

En el curso del día le resultó difícil contener su nerviosismo. Distráido, no podía seguir la plática que sostenía con el cliente. Una y otra vez miraba su reloj. ¿No llegaría nunca la hora de salida? Ansiaba llegar a su casa para contar el dinero que había en el sobre. Era mucho, seguramente. Lo abultado del sobre y su antigua práctica de cajero, cuando contaba dinero hora tras hora, le daban la certidumbre de que la suma era cuantiosa, millonaria.

Las horas le parecieron interminables, pero al fin dieron las 5 de la tarde. Se puso el saco, tomó el portafolios y salió del banco. En la calle lo detuvieron dos sujetos.

—Está usted arrestado —le dijeron.

Después, en la prisión, supo que había habido un desfalco en el banco. Nadie sospechó de él, pues siempre fue empleado honesto, responsable. Pero se hicieron investigaciones, y aunque ninguna apuntó en su dirección su nerviosismo de ese día lo delató. Cuando los policías que lo detuvieron abrieron el sobre que traía quedó a la vista la prueba de su culpabilidad.

Nada importó que dijera cómo se había hecho de aquel dinero. Tampoco importó nada la noticia de que un traficante en drogas había sido asesinado, al parecer porque no entregó a sus jefes el dinero obtenido por la venta de un cargamento grande. Fue sentenciado a 15 años de cárcel.

Jamás había oído este hombre la palabra “predestinación”. Pero aun sin conocerla supo que aquel día no iba a ser su día. Lo supo desde que al salir de su casa pisó una caca de perro.

LA NORIA

Yo le pregunto a don Abundio si lo que se cuenta de él es cierto. Y me contesta siempre:

—Son díceres de la gente.

Yo le pregunto a doña Rosa si lo que se cuenta de su marido es cierto. Y me contesta siempre:

—Es cierto.

Lo último que me contaron de don Abundio no tiene desperdicio. Me contaron que tuvo dimes y diretes con Petra, Juana y varias. Eso yo ya lo sabía. También sabía que cuando las vecinas le llevaban el chisme a doña Rosa, de que su esposo andaba poniendo en otras partes la parte que a ella le pertenecía, la altiva señora contestaba desdeñosa:

—No li’hace. Al cabo no es jabón que se gaste.

Don Abundio fue en su juventud un famoso galán. Todavía hoy quien lo mire sabrá que fue hombre apuesto, y eso que pasa ya de los 80. De joven era alto, bien plantado; con el fornido cuerpo de los varones de la sierra; los ojos claros, clara también la tez. Pero además de ser guapo era audaz. Adorno inútil es la majeza sin la audacia. Y tenía suerte en amores don Abundio.

Todo eso yo ya lo sabía. Lo que ignoraba —y me tenía intrigado— es cómo se las arreglaba aquel don Juan de rancho para que los maridos de las interesadas no le cayeran en sus refocilaciones. Nadie en el Potrero pudo explicarme eso. Y hasta donde he sabido jamás uno solo de los desventurados a quienes don Abundio les adornó la testa se enteró nunca de la liviandad de su mujer.

Uno de estos días agosteiros llovió mucho en el rancho. Llovió toda la tarde, y aún llovía cuando llegó la noche. Cenamos en la cocina —hicimos carne asada en el fogón—, y a eso de las 10 de la noche las mujeres se fueron a dormir. El viejo y yo nos quedamos en la mesa. Veíamos en silencio arder el fuego. La luz se había ido; nos alumbraban sólo las rojizas llamas de la chimenea y el fulgor de una tremosa vela.

Yo serví otras dos copas del recio mezcal traído de la Laguna de Sánchez. Con ésta ya eran tres —o quizá cuatro o cinco— las que habíamos bebido. Entonces me animé y le hice la pregunta:

—Oiga usted, don Abundio: ¿cómo le hacía para estar con señoras casadas sin que los maridos se dieran cuenta nunca? Aquí todo se sabe, y los señores de esas señoras jamás supieron nada.

Don Abundio no respondió de pronto. Levantó su copa a la altura de los ojos. Ahí la

detuvo, y se puso a mirarla al trasluz de la lumbre del fogón. Yo pensé que le había molestado la pregunta. Supuse que me saldría con alguna vaguedad, o que no respondería nada, como hace muchas veces. Cuando no quiere contestar, el ladino viejo simula que no oyó la pregunta. Me equivoqué. Don Abundio no estaba fingiendo: estaba recordando. Bebió con lentitud un trago, puso la copa de mezcal sobre la mesa y luego respondió:

—La noria, licenciado.

Yo no entendí. ¿La noria? ¿Qué tenía que ver la noria con el hecho de que ningún marido hubiera pescado nunca a don Abundio cuando éste estaba pescado con su esposa? Él mismo me dio en seguida la respuesta.

—Usaba la noria, licenciado.

Yo no entendí al principio. ¿Qué relación podía tener una noria con aquellas pecaminosas aventuras? Pensé que había oído mal. Pero después de conocer la historia abrí la boca, boquiabierto, y dije aquello de: “Ahora lo comprendo todo”.

Sucede que don Abundio tenía una noria en su solar. Cuando ponía los ojos en una señora casada, y ella los ponía en él (la institución matrimonial nunca ha cegado a nadie), el astuto seductor buscaba al marido de la mujer y le decía:

—Oye, mi noria está apurada. ¿Me harías el favor de ir a darle unos piquetes? Te pagaré 10 pesos.

Iba el sujeto, y don Abundio lo bajaba con una cuerda para que con el pico y el talache picara el fondo de la noria a fin de que soltara más veneros. Apenas empezaba el hombre su labor, el pícaro le gritaba desde arriba:

—¡Fulano! ¡Échame el mecate! Me avisaron que se soltó un becerro, y voy a traerlo.

El hombre, sin sospechar nada, se desataba de la cuerda, y don Abundio tiraba de ella. De ese modo el incauto marido quedaba preso abajo, sin poder salir. Entonces el fogoso galán se llegaba al jacal donde lo esperaba la mujer del infeliz que estaba allá, picando, y hacía lo mismo. El ilícito connubio se cumplía sin el temor de que el marido llegara de repente. Acabado el fornicio regresaba don Abundio a la noria, le tiraba la soga al individuo, lo sacaba, le daba sus 10 pesos, y aquí no ha pasado nada.

—¡Viejo mañoso! —exclama doña Rosa cuando escucha contar las cosas que su marido hacía en aquellos años. Lo dice sin enojo y —creo advertir— con un dejo de orgullo. Ella misma relata que la primera vez que supo los devaneos de su esposo le fue con el cuento a su mamá. La señora —debe haber sido una mujer prudente, como la de la Biblia— le aconsejó que se hiciera de la vista gorda.

—Hija mía —le dijo—, un hombre como tu marido es mucho hombre para una sola mujer. Deja que les cante a otras, con tal de que no deje de cantarte a ti.

Yo no digo que la actitud de esa señora sea ejemplar. Lo que sí digo es que suegras como ésa ya no hay.

EL JURAMENTO

Aquel sacerdote de la Basílica de San Pedro, en Roma, no entendía lo que el extraño hombre que hablaba y gesticulaba ante él quería decirle.

Con angustia el sujeto parecía pedirle algo con actitud de ruego. Se expresaba en español, idioma que el sacerdote conocía un poco, pero lo hacía tan aprisa, y en forma tan atropellada, que no era posible dar sentido a sus palabras.

Sacó un papel el hombre, y lo puso ante los ojos del prelado. Éste leyó. Se trataba, según pudo captar, de una especie de juramento o voto que el individuo había hecho en una Ciudad de México y ante un sacerdote que autorizaba con su firma el documento. El asunto, según esto, era importante. Así, el italiano hizo por señas que el individuo lo siguiera, y lo condujo a su despacho. Ahí tomó el teléfono y llamó a un colega suyo, español, para que le sirviera de intérprete y lo ayudara a desentrañar aquel misterio.

Poco después llegó el otro sacerdote; se impuso del caso y dio cuenta a su asombrado compañero romano de la naturaleza del asunto. Sucedió que el hombre que hablaba con ellos era mexicano y —sin relación una cosa con la otra— alcohólico. A fin de apartarse del vicio había hecho un juramento solemne en una iglesia de la ciudad de Puebla, voto que fue aceptado por el cura párroco del templo. En los términos de la promesa el hombre se había obligado ante Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, ante la Santísima Virgen de Guadalupe, los apóstoles Pedro y Pablo, Santa Ana y San Joaquín, San Martín Caballero y el Beato Sebastián de Aparicio, a más de otros santos y santas cuyos nombres venían consignado en el papel, se había obligado, digo, a no beber cerveza, vino ni licor durante el término de un año.

Mas sucedía —los designios de Dios son inescrutables— que le salió la oportunidad de ir a Roma. Todos sus compañeros de viaje se hacían lenguas de la excelencia de los vinos italianos y los bebían con supremo deleite en la comida y en la cena, y andaban todos contentos y felices. Y él se moría de ganas de probar aquellos tintos, aquellos rosados espumosos, aquellos raros licores de nombres que sonaban como a música del cielo. Pero había hecho aquel sagrado voto que no podía romper. Estaba jurado, como se decía, y no podía beber.

Se usaba en México, sin embargo, explicó esperanzado, que el sacerdote que había recibido la promesa podía autorizar también una especie de permiso que abría una tregua al juramento en caso de súbita necesidad: una boda inesperada, el bautizo de un hijo, un velorio. Entonces el sacerdote le concedía al “jurado” una dispensa que lo autorizaba a beber todo lo que quisiera durante un día o dos, una semana, un mes, según. Y preguntaba el mexicano si ahí en Roma, en la Basílica de San Pedro, algún sacerdote —o si no un cardenal, o el Papa— estaba autorizado para extender aquel permiso.

El español y el italiano, con todo y estar en Roma, donde todo puede suceder, no

daban crédito a sus palabras. ¡Qué extrañas prácticas tenían los mexicanos! Consultaron el caso entre sí. Un hombre que quiere beber vino no será raro que encuentre simpatía en un italiano y un español. Pero dudaban los eclesiásticos. Si daban el permiso que se les solicitaba ¿no estarían violando alguna disposición particular de la Iglesia mexicana?

¿Qué cosas no se habrán visto en Roma? Desde los tiempos de Rómulo y Remo hasta nuestros días ¿qué no habrá contemplado esa que llaman La Ciudad Eterna? Y sin embargo aquellos dos sacerdotes, uno italiano y español el otro, pese a officiar en la Basílica de San Pedro, jamás habían tenido frente a sí un caso igual.

Les explicó el sujeto que cuando hizo la promesa no sabía que iba a ir a Roma. Ahora, de viaje, sediento casi siempre, veía los ricos vinos que tomaban en la comida y en la cena sus compañeros de viaje, y se le hacía agua la boca. Pero él necesitaba algo más que agua. Por eso acudía ante ellos para pedirles que lo liberaran de su juramento al menos durante el tiempo que durara el viaje. El voto, manifestó, lo había hecho ante el cura párroco de una iglesia en Puebla. Era costumbre que el mismo sacerdote concediera permisos especiales para faltar al juramento por causas de fuerza mayor. Pero, como ese señor cura estaba en Puebla y él estaba en Roma, a ellos les solicitaba ese especial permiso sin el cual no iba a poder probar los ricos mostos italianos.

Los dos sacerdotes estaban confusos, sin saber qué hacer. Hablando en italiano entablaron una rápida consulta entre ellos, pero no pudieron llegar a ningún acuerdo. Si daban aquel permiso quizá violarían alguna prescripción. El español requirió el documento para leerlo de nueva cuenta y al hacerlo notó que en él venía el teléfono de la casa parroquial en Puebla. Marcó el número y le respondió un adormilado señor que resultó ser el propio cura. El de Roma le explicó el predicamento en que se hallaban. Con prontitud el sacerdote mexicano le dijo que no había tal predicamento: él autorizaba por ese medio —el telefónico— el permiso que su paisano demandaba.

—Eso sí —añadió—, a cambio de la licencia el feligrés da una limosna. Ahí se las encargo. O díganle que me la entregue a su regreso; que si no lo hace quedará sin efecto el permiso, y él cometerá grave pecado por haber faltado al juramento.

El sacerdote español no daba crédito a lo que oía. La Iglesia Universal es grande, dijo para sí, y cada iglesia particular tiene sus usos, pero no recordaba haber hallado en sus estudios del Derecho Canónico una institución como aquella del juramento de borrachos. De cualquier modo comunicó al mexicano lo que había hablado con el señor cura de su parroquia.

—Entonces ¿ya puedo tomar? —preguntó el individuo, esperanzado.

—Creo que sí —respondió todavía dudoso el español.

Volvió a preguntar el mexicano al tiempo que abría la bolsa de canguro que llevaba atada a la cintura:

—Y ¿cuánto va a ser de la limosna?

—Eso se lo dirá su párroco en México —le contestó el de Roma.

—¡Gracias, padre! —exclamó jubiloso el individuo—. ¡Bien me dijeron que en Roma

todo se puede arreglar!

El español le tradujo la última frase a su colega. Ni el uno ni el otro supieron si agradecer tal expresión o molestarse a causa de ella.

EL OLVIDO

Era declamador. Por tanto era declamatorio. Cuando decía un poema engolaba la voz, le daba un tono con profundidades de caverna y luego, sin qué ni para qué, la volvía grito sonoro lo mismo si estaba recitando “La raza de bronce” de don Amado Nervo que “Volverán las oscuras golondrinas” del español Gustavo Adolfo Bécquer.

Era declamador. Por tanto movía los brazos como aspas de molino. Si hubiera hecho calor en Saltillo —entonces no hacía, porque la ciudad estaba aún llena de huertas—, habría bastado ponerlo a declamar en una casa para airearla toda y darle gran frescura, pues al decir los versos revoleaba los brazos como ventilador.

Cierto día le sucedió una tragedia. La señora N..., dama muy principal, organizó una reunión en su casa y a él no lo invitó. Supo que había llegado una familia de San Luis, gente muy fina, y que en su honor se haría la tertulia. Y a él no lo invitaban. ¿Por qué? Abatido hasta lo indecible se fue a la cantina y se puso a tomar cerveza tras cerveza para ahogar la indecible pena que le causaba aquel desaire.

Pero ¿quién puede desairar a la poesía? De la cantina lo fueron a sacar de parte de la señora N... Los visitantes querían escuchar el “Nocturno a Rosario”, de Manuel Acuña. ¿No les haría el favor de ir a declamarlo? Se puso el arrugado saco, pasó la mano por la despeinada cabellera y procurando no delatar las libaciones con lo vacilante de los pasos se dirigió a la tertulia.

Después de las presentaciones obligadas —“nuestro gran declamador; un orgullo”, etcétera— se plantó frente a la concurrencia y empezó a actuar. Siempre acostumbraba preceder su recitación con un exordio que se sabía de memoria:

—Damas y caballeros. De Manuel Acuña, inmortal bardo saltillense, su romántico y doliente “Nocturno a Rosario”, bellísimo poema en cuyos versos el atormentado vate volcó su dolorida pasión por aquella mujer que desdeñolo y púsolo en el camino de la tumba. —Tras una pausa dramática empezó a recitar el poema—: “Pues bien: yo necesito decirte que te adoro, / decirte que te quiero con todo el corazón; / que es mucho lo que sufro, que es mucho lo que lloro, / que ya no puedo tanto, y al grito... al grito...”...

Se interrumpió. Había olvidado lo que seguía. Todas las miradas se clavaron en él.

—Perdón por este olvido momentáneo. Voy a empezar desde el principio, para acordarme... Damas y caballeros. De Manuel Acuña, inmortal bardo saltillense, su romántico y doliente “Nocturno a Rosario”, bellísimo poema en cuyos versos el

atormentado vate volcó su dolorida pasión por aquella mujer que desdeñolo y púsolo en el camino de la tumba. (*Pausa*). “Pues bien: yo necesito decirte que te adoro, / decirte que te quiero con todo el corazón; / que es mucho

lo que sufro, que es mucho lo que lloro, / que ya no puedo tanto, y al grito... al grito...”

Dios mío, ¿qué seguía? ¿Al grito de guerra? Al grito ¿de qué? No pudo continuar. Su mente estaba en blanco.

—Perdón, señoras y señores. Permítanme empezar de nuevo. Damas y caballeros. De Manuel Acuña, inmortal bardo saltillense...

Repitió el exordio. Pero al empezar el poema, otra vez se quedó en lo del grito y ya no pudo continuar. Compuso entonces la figura, tosió para aclarar la voz y dijo con exquisita cortesía:

—Hermosas damas, gentiles caballeros: han de disculpar ustedes el invencible *lapsus* que me obnubila la memoria y me impide obsequiar el deseo de nuestra amabilísima anfitriona. Ha de ser este cervezadal jijo de la rechingada.

DE HACIENDA O HACENDOSA

Don Severo era un solterón empedernido. Vivía en un pequeño pueblo del norte del estado y entre todos los de su generación él era el único que no se había rendido a los lazos del matrimonio.

La verdad ya daba que decir. La gente recordaba el refrán que afirma que “Solterón maduro, maricón seguro”, y murmuraba acerca de él. Los dícerec llegaron a los oídos del interesado y, tanto para poner fin a los chismes como porque —la verdad sea dicha— ya le pesaban los inconvenientes de la soltería, don Severo se decidió a casarse.

Se aplicó, pues, a buscar una mujer. No quería casarse con cualquiera. Otro dicho conocía él: “De hacendada o hacendosa la segunda es más hermosa”. O sea que para esposa es mejor una mujer trabajadora que una mujer rica. Pero, ¿cómo saber cuál de las muchachas del pueblo era buena para el trabajo de la casa y cuál no?

Se le ocurrió una idea. Pensó que los quehaceres del hogar forman callos en las manos de las que son mujeres de su casa. Y en su búsqueda de esposa don Severo empezó a investigar discretamente. Cada vez que saludaba de mano a alguna de las muchachas casaderas le rozaba discretamente la palma y los dedos a fin de ver si tenía callos, seguros indicadores de que la muchacha sabía de la escoba y el trapeador, del coleador y del plumero, de la alta garrocha que sirve para quitar las telarañas de los techos.

A todas las muchachas les hacía ese examen y en ninguna notaba los anhelos callados. Todas tenían las manos finas y suaves, exquisitas, sin asomo alguno de callosidad. Bien se veía que las dueñas de esas manos de rosa jamás hacían nada; que

estaban entregadas a dulce ociosidad.

Se desesperaba don Severo, y ya pensaba que nunca encontraría a la mujer que ansiaba, trabajadora, buena ama de casa, con las manos curtidas por las cotidianas faenas del hogar. Cierta día, sin embargo, alguien le presentó a una muchacha que vivía en las afueras de la población. ¡Oh, sorpresa gratísima! Al darle la mano para saludarla sintió los callos que buscaba. Con hábil discreción examinó muy bien la palma y los dedos. No cabía duda: ahí estaban los callos que él quería. Grandes y duros, mostraban con inequívoca verdad que aquella muchacha barría, trapeaba, lavaba, cosía, planchaba y hacía lo que debe hacer en su casa la mujer.

Empezó a cortejarla, pues; se le declaró, la hizo su novia, le pidió matrimonio y por fin se casó con ella. Don Severo estaba feliz. De seguro, pensaba, su casa luciría “como una tacita de plata”, limpia y ordenada.

Se equivocó. No tardó mucho en darse cuenta de la amarga verdad: su flamante esposa era floja, descuidada, negligente, perezosa. Se levantaba tarde y no hacía otra cosa más que mirarse en el espejo, peinarse, arreglarse las uñas y acicalarse. La casa andaba de cabeza: el pobre don Severo no hallaba una camisa limpia que ponerse; comía a deshoras, y mal; la cama nunca estaba tendida; reinaba un completo desorden por doquier. Le reclamó eso y ella respondió de mala gana:

—Yo así soy.

Furioso, don Severo fue a hablar con su suegro. Su hija, le manifestó, era una floja que no sabía hacer nada.

—¿Y entonces por qué se casó con ella? —le preguntó el hombre con actitud desafiante.

—Porque la creí muy trabajadora —explicó don Severo—. Le noté callos en las manos y pensé que los tenía por hacer los quehaceres de la casa.

—Pues se equivocó usted, amigo —le dijo el viejo—. Esos callos se le hicieron de tanto estar agarrada de los barrotes de la ventana viendo pasar a los hombres.

Dura lección se llevó el pobre don Severo. Callos vemos, huevas no sabemos.

TEMA Y VARIACIONES

Ésta es la historia del rey que se acostaba con sus criadas.

Los maridos sabemos bien ese relato y lo esgrimimos como *argumento Aquiles* —el más fuerte— en las discusiones sobre fidelidad matrimonial. Hoy por hoy, sin embargo, con eso del feminismo, las señoras podrán usar también el cuentecillo, y *mutatis mutandis*, cambiando lo que se deba cambiar, hasta podrán justificar con él aquello que los varones aplaudimos en nosotros y condenamos en ellas.

Sucede que la reina se enteró de que su esposo, el rey, la engañaba. A la ofensa

añadía la humillación, pues sus devaneos no eran con altas damas de la corte o con señoras principales, sino con las fámulas o criadas de palacio: fregatrices de cocina, camareras de alcoba y aun mozas de cuadra amigas de escuderos y de caballerangos.

Pesarosa, la reina pidió al señor Obispo que fuera a pasar algunos días en palacio a fin de que con sabios consejos y paternales reprensiones encaminara al rey por el sendero del buen comportamiento conyugal. Aceptó Su Excelencia la encomienda, tanto por atención al alma del monarca como porque así convenía al interés del trono. Y también —por qué no decirlo— al del altar.

Llegó, pues, el Obispo y amonestó cumplidamente al rey. Le afeó con severidad su frívola conducta. ¿Cómo era posible, preguntole, que faltara a la fe debida a su consorte, y más que aquella grave falta la cometiera con mujeres del bajo pueblo, rudas y bastas, vulgarotas? Tan bella mujer que era la reina —le dijo—, tan hermosa, tan agraciada e inteligente, tan llena de saberes y de conversación tan fácil, y el monarca, en vez de disfrutar todas aquellas cualidades, iba a refocilarse en las caballerizas con feas daifas de baja y grosera condición.

En silencio escuchó el monarca el rapapolvo y no contestó nada. Adoptó un continente humilde, como de arrepentido, y al final de la catilinaria invitó al Obispo a compartir su mesa durante el tiempo que durara su estancia en el palacio.

En la comida se sirvió faisán, platillo el más delicado y exquisito. El señor Obispo disfrutó el manjar a su sabor. El rey ordenó que en la cena se sirviera otra vez faisán. No dejó de extrañar a Su Excelencia la repetición, pero pensó que se debía a los elogios que había hecho del guiso. Al día siguiente, en el desayuno, de nueva cuenta hubo faisán. Y en la comida también. Y faisán hubo en la mesa por la noche. Amaneció el otro día y se repitió en las tres comidas la faisanesca dosis. Y lo mismo al día siguiente: faisán en el desayuno, en la cocina y en la cena.

Harto ya de tanto faisán, el Obispo insinuó una tímida protesta.

—Hijo mío —dijo al rey—, el faisán es excelente; es lo mejor que hay. Pero, la verdad, tanto faisán acaba por aburrir un poco. Aun lo bueno cansa si se repite mucho. ¿No habrá por casualidad en la cocina algunos frijolitos?

El rey entonces exclamó con una gran sonrisa:

—¡Ah! ¿verdad?

Y el Obispo entendió aquella sonrisa y aquella exclamación.

Tiene sus riesgos aplicar el cuento a las relaciones en el matrimonio. Esas relaciones son de aquí para allá y de allá para acá, y nadie olvide que tanto el hombre como la mujer pueden tener a su disposición faisán y frijolitos.

LÍOS DE FALDAS

Amadeo de Saboya, italiano, fue rey de España. Azares de la política lo llevaron a gobernar a los españoles en tiempos muy difíciles. Encontró la empecinada oposición de quienes profesaban ideas republicanas. Vieron esos señores en el rey a un advenedizo intolerable y le hicieron la guerra en el único modo que podían: mediante la intriga palaciega.

España se volvió un gran chisme cortesano, porque sucede que Amadeo era hombre dado a las aventuras amorosas y daba materia abundante a las murmuraciones con sus continuos devaneos. Se decía que si a una mona o changa le ponían faldas y la llevaban al palacio real, Amadeo se lanzaría sobre ella con intención erótica.

Cierto día llegó un carruaje a la residencia del monarca y de él bajó una real hembra. A las leguas se veía que no era española, por su traza y la desenvoltura de sus movimientos. Entró en el palacio como Pedro —o Petra— por su casa y con olímpico gesto de desdén apartó a los lanceros que pretendieron impedirle el paso. Atravesó por las antesalas como un viento; pasó por la oficina del secretario sin mirarlo y como quien abre la puerta de su casa abrió la del despacho del monarca.

Dicen las crónicas que se escuchó un ¡ah! salido de boca del rey, después un ¡oh! amoroso y enseguida chasquidos como de besos. ¿De qué otra cosa podían ser esos chasquidos? Ni modo que del rasgueo de la pluma con que Amadeo había estado firmando toda suerte de papelones oficiales. El secretario, con timidez, llamó a la puerta y se escuchó la recia voz del Rey que le decía en italiano:

—*Va via!*

Lo cual quiere decir en español algo así como: “¡Vete a la chingada!”

Una hora después corría la especie por todo Madrid: había llegado a la Corte una antigua amante del rey, quien la recibió —y algo más— en pleno despacho real. La esposa de Amadeo no estaba en la ciudad; había ido a tomar las salutíferas aguas de San Serenín del Monte, pero no tardaría en volver. Aquélla era una crisis de Estado.

Pasaron tres días y tres noches— y Amadeo no se cuidaba ya de los asuntos de su reino. Encerrado en sus reales aposentos no salía para nada. Los embajadores de otros reinos, con espías pagados entre los guardias de palacio, recibían informes en el sentido de que a todas horas se oían en la alcoba del rey risitas de mujer y jadeantes acezos de varón. El Nuncio de Su Santidad declaró que aquello era un escándalo indigno de una nación católica.

Se reunió urgentemente el Consejo de Ministros y se acordó que el del Interior —era lo propio— hablara con el rey para hacerle ver los riesgos de la situación causada por su conducta irregular. Fue el enviado a cumplir la delicada comisión. Nunca lo hubiera hecho. Por principio de cuentas pasaron otros tres días antes de que lo recibiera el soberano. Cuando al fin lo atendió —de mala gana, en su alcoba, con ropas menos que menores y todavía agitado por alguna reciente conmoción—, don Amadeo le preguntó al ministro qué quería, como se le pregunta a algún patán por qué viene a importunar.

—Vuestra Majestad —empezó a balbucir el mensajero—, reunido el Consejo de

Ministros, y luego de prolongadas deliberaciones...

—¡Al grano! —lo interrumpió el monarca hablando en su pésimo español—. Tengo cosas más importantes que hacer.

Tras de los cortinajes de la alcoba se oyó aquella risita que los guardias conocían tan bien.

El rey ardió en cólera cuando el Ministro del Interior le dijo que debía renunciar a su amante venida de la Italia.

—En mi vida privada —exclamó hecho un basilisco— ni usted ni el Consejo de Ministros pueden intervenir.

Y así diciendo dio la espalda al aturrullado funcionario, el cual se retiró con el rabo entre las piernas a dar cuenta a sus colegas del triste resultado de su comisión.

Deliberaron los ceñudos consejeros españoles. Aquel asunto era de extrema gravedad. En unos días llegaría Su Majestad la reina del viaje que hizo para tomar las aguas. ¿Cómo era posible que fuera a hallar en las habitaciones reales a aquella daifa pecatriz? Algo debían hacer ellos, y muy pronto, para salvar el decoro de la corona, puesto en riesgo por aquel imprudente monarca saboyano.

Al día siguiente una dama de la corte le dijo a la amante del rey que madame Fulvin, la modista de más moda en Madrid, había recibido de París unos sombreros divinos. Tan lindos estaban, que ver cualquiera de ellos, y comprarlo, era una sola cosa. La mesalina, entusiasmada, pidió permiso a su real amasio para separarse de él unos minutos, el tiempo necesario para ir a la tienda de madame Fulvin. De mala gana el cachondo rey autorizó la salida de su barragana, pero sólo a condición de que regresara en una hora. Aquellos 60 minutos, le dijo, se le iban a hacer los más largos de la vida.

Salieron las dos mujeres, en efecto. Estaban en la tienda cuando dos caballeros entraron y le pidieron a la italiana que fuera bien servida de acompañarlos. Luego, sin esperar respuesta, la tomaron por los brazos y casi en vilo la sacaron del establecimiento y la subieron a un carruaje que esperaba en la puerta.

Ella protestó vehementemente. ¿Quiénes eran ellos? ¿Qué significaba aquel levantón? (Se adelantó la señora a su época). ¿A dónde la llevaban? ¿Acaso no sabían que era amiga del rey? Ninguno de los dos hombres contestó. Permanecieron más mudos que una estatua. El carruaje tomó el camino de Zaragoza y, antes de que la pindonga pudiera darse cuenta de lo que sucedía, se encontró en la rada de Barcelona a bordo de un barco que tan pronto la tuvo en cubierta levó anclas y enderezó la proa rumbo a Nápoles.

Don Amadeo montó en cólera. ¿En qué más podía ya montar? Llamó a los ministros y les preguntó si sabían algo de su amiga. Todos pusieron cara de inocencia. El decano respondió con estudiada solemnidad:

—Vuestra Majestad sabe muy bien que nosotros nada más nos ocupamos de los asuntos del Estado.

Y no mentía. Asunto de Estado era aquel que en forma tan expedita habían despachado.

Pero no acaba aquí la historia. Amadeo, lo dije ya, era hombre proclive a devaneos amorosos. Las mujeres le sorbían el seso; bastaba una sonrisa, una mirada sola, para encenderlo en ansias de pasión. No había pasado una semana de aquel triste caso desastrado —el de la italiana— cuando Amadeo ya andaba en líos de faldas otra vez, ahora con una dama de la corte, precisamente aquella que sirvió para sacar del palacio a la antigua querida del rey y ponerla en manos de los agentes del gobierno.

Otra vez el rey escandalizaba con su conducta. En un baile de la corte bailó con su nueva amiga un vals y lo hizo abrazándola por la cintura, inmoral acción que no tenía precedente en la católica corte de la España.

Se le veía con ella en los jardines; se miraban con encendida pasión cuando se topaban en los corredores, y luego, de repente, desaparecían en alguna de las casitas de hortelano que había por las esquinas del jardín real.

Por fortuna para los buenos modos y la moral del reino, el soberano se cansó bien pronto de aquella señora. Un par de semanas después de recibir sus favores se olvidó de ella y puso los ojos en otra dama, ahora la esposa del embajador de cierto país de poca monta. Pero la abandonada no se quedó contenta. Empezó a asediar a don Amadeo. Lo perseguía por todas partes y sin decoro alguno lo tiraba del brazo para lograr que la atendiera. Entonces lo llenaba de reproches y se podían oír sus alteradas voces. Aquello era la diversión de la corte. Las damas de la reina, que habían mirado con envidia el encumbramiento de su compañera, ahora se burlaban de sus lágrimas y su despecho.

Pero Amadeo no hallaba ya qué hacer. Su antigua amiga lo seguía como una sombra, lo abrumaba con sus quejas y sus amenazas. Le decía que si la abandonaba iba a propalar todas las intimidades de su relación, y algunos datos secretos sobre su desempeño en la cama. El soberano andaba inquieto y desasosegado. Se arrepentía de haber hecho su amante de aquella española con temperamento de gitana y lengua cortante de francesa.

Desesperado reunió a sus ministros, y en términos comedidos, y aun suplicantes, les preguntó si no podían hacer con su tremenda amiga lo mismo que habían hecho con la otra, la italiana: quitársela y sacarla del país.

Los ministros, muy serios, le dijeron que no. El caso era distinto. La otra era extranjera; ésta era española y estaba amparada por las leyes del reino. Tendría que arreglárselas él solo.

Otra vez ardió en furia don Amadeo, y pronunció entonces una frase que en broma se repitió durante muchos años en España:

—¡Este país es ingobernable!

Se equivocaba don Amadeo. No era ingobernable España. Ningún país lo es. Las que son ingobernables son las mujeres, criaturas misteriosas a las que los varones no sólo no podemos sujetar: ni siquiera podemos entender. Ellas tienen su voluntad y la ejercitan como lo que son: reinas de su propio arbitrio y dueñas también siempre del nuestro.

La afición a las damas no es pecado, sino muestra de buena educación. Gran

desacato, descortesía grande es no rendir a nuestras compañeras el homenaje que merecen por el simple hecho de ser mujeres, preciosa cualidad que no necesita de ninguna otra para imponerse sobre el varón, su rendido vasallo, y aun su esclavo, si sabe lo que le conviene.

¡CUIDADO!

“Vendo automóvil”.

Así decía el anuncio del periódico. Y daba la dirección del domicilio en donde el coche se podía ver.

Llegaron a las 8 de la mañana. Eran dos hombres, uno de edad madura, vestido con cierta elegancia, de modales urbanos y corteses; el otro que parecía su hijo, también de traje y corbata, igualmente amable y de cordial trato. Gente buena y bien educada, sin lugar a dudas. Y seguramente —cosa no menos importante— de dinero.

Los recibió el jefe de la casa, los hizo pasar y les mostró en la cochera interior el automóvil que vendía. La señora les ofreció un café. Ellos lo aceptaron, y aceptaron también el precio que fijó el señor por su automóvil. Luego, sin movimientos bruscos, el hombre más joven sacó una pistola y con voz suave anunció a los de la casa que aquello era un asalto.

O una especie de asalto, precisaron. No se debían preocupar, les informó el caballero de modales urbanos y corteses. No corrían ningún peligro y ni siquiera iban a perder su coche. Lo único que debían hacer era mantenerse tranquilos. Para asegurar su tranquilidad —y la de ellos— los iban a molestar un poco. ¿No les permitirían amarrarles las manos por atrás con cinta adhesiva, y taparles la boca —es un ratito solamente— con la misma cinta? Perdonen tantas molestias, pero ya saben ustedes cómo es esto.

El señor y la señora no sabían cómo era eso, pero igual obedecieron sin chistar. Los asaltantes los llevaron a la recámara, desconectaron el teléfono, y antes de cerrar la puerta se despidieron con afabilidad.

—No tardaremos mucho.

Y comenzó el desfile. Poco antes de las 9 llegó un comprador muy interesado.

—El coche cuesta tanto —le dijo el caballero de modales urbanos y corteses.

El recién llegado se sorprendió agradablemente: el precio era bastante inferior al del mercado.

—Pero necesitamos el dinero en efectivo —añadió el caballero—. Tengo que ir a sacar del hospital a mi señora.

Fue al banco el comprador y presuroso volvió con el dinero. Lo recibieron los supuestos vendedores y luego sacaron la pistola. Ataron de boca y manos al asustado visitante y lo llevaron a donde estaban los dueños de la casa.

—Regresamos en un momentito; discúlpenos por favor.

Y regresaron a poco, sí. Con otro cliente. Y luego, conforme avanzaba la mañana, con tres y cuatro más. Al que se presentaba le pedían aquel tan bajo precio por el auto —en efectivo, por favor—, y cuando llegaba con los billetes lo encerraban al lado de los otros. A eso del mediodía ya habían recabado una estupenda cantidad. Cuando pasó una hora sin que llegara un nuevo cliente fueron a la recámara y se despidieron con mucha cortesía.

—Lamentamos las molestias que les dimos —se dirigieron a los forzados anfitriones y a los clientes—. Con permiso.

Y se retiraron dejando tras de sí un fuerte olor a jijos de la tiznada.

Esto que cuento sucedió no diré cuándo ni dónde. Lo hago para proteger a los inocentes, aunque el silencio proteja también a los culpables. No faltará quien me acuse de dar malas ideas a los delincuentes, pero ellos ya tienen todas las ideas malas que necesitan, y pienso que si alguien está vendiendo su automóvil la lectura de este texto lo hará tomar las debidas precauciones. Sirva la historia, entonces, para advertencia a buenos más que para instrucción a malos.

PENQUITA 201

¿Qué año sería? Quién sabe. Después de recibir el Año Nuevo en casa fui en busca de la gárrula tropa de amigos con los que compartía sueños y desveladas. Bebimos, cantamos, y alguien nos asestó “El Brindis del Bohemio”, de don Guillermo Aguirre y Fierro.

Se fue dispersando poco a poco el grupo. Tal es el destino de los amigos: dispersarse. Quedamos al final un amigo y yo. Eran las 4 ya de la mañana. Decidimos ir a la Alameda. Por la tarde había nevado y queríamos ver a la Alameda vestida de novia. Perdón por la manida frase, pero es obligatoria. Si alguna vez llega a nevar en Saltillo y nadie dice que la Alameda se vistió de novia, eso será un desastre natural.

Hacía un frío de todos los demonios. Quizá tal expresión sea aplicable sólo al calor, pero la verdad es que hacía un frío de todos los demonios, de 4 o 5 grados bajo cero. Pero llevábamos con nosotros tantos calores —de juventud, de vino bueno, de amistad mejor— que no sentíamos el frío. Caminábamos por uno de los corredores interiores, el que lleva a la biblioteca —la cabra tira al monte—, cuando mi amigo advirtió algo entre la nieve que cubría un jardín. Nos acercamos. Era un hombre joven. Estaba ahí tirado, sin conocimiento. El tufo que despedía su aliento nos dio a saber que era un borracho. La embriaguez lo hizo caer; y no tuvo fuerzas ya para seguir andando.

—Si lo dejamos aquí se va a morir —dijo mi amigo.

Quitamos la nieve que lo cubría y entre los dos lo levantamos. Sintió el sujeto que alguien lo levantaba, abrió los ojos y dijo estas palabras salvadoras:

—Penquita 201.

Después se olvidó otra vez del mundo, con una santa confianza en la Divina Providencia. No se me olvida aquella dirección: Penquita 201. Era, evidentemente, la de la casa donde vivía el borrachín. Con él a cuestas subimos por la calle de Obregón. Pesaba el ebrio como sólo un borracho puede pesar. Privado de todo movimiento, iba dejando en la nieve dos largas huellas, las de sus pies al arrastrar. Llegamos a la casa y recargamos en la puerta nuestro fardo. Dijo mi amigo:

—Mañana va a pensar que lo trajeron aquí dos ángeles del cielo.

Entonces el individuo hizo algo extraordinario: abrió los ojos, nos miró con infinita reverencia y se persignó. Luego volvió a dormirse.

Dimos sonoros golpes en la puerta. Una luz se encendió y se escucharon pasos en el zaguán, y palabras que con enojo decía una mujer para llamar a alguien. Ya no esperamos más: ¿quién quiere dar explicaciones a una mujer enojada, a las 5 de la mañana, el primer día del año, con 4 grados de temperatura bajo cero? Nosotros no. Con gran prudencia nos alejamos apresuradamente del lugar.

Por estos días los ángeles están de moda. Yo estoy rodeado de ellos: me acompaña y va conmigo a todas partes una bellísima cohorte de ángeles disfrazados de todo: de esposa, de nietos e hijos, de perro *cocker*, de amigos, de personas amadas, de lectores, de gente que no conozco y me saluda o me habla por teléfono para decirme cosas que se me quedan en el alma. Alguna vez, no sé cuándo, vendrá otro ángel y me despertará del sueño. Yo abriré los ojos, le daré una dirección y me volveré a dormir. Y el ángel me llevará a mi casa...

LOS ELEMENTOS

La historia que este día voy a contar es real. Eso le da un tono de irrealidad que los lectores seguramente notarán. No es una historia de amor. Tiene, por tanto, final feliz.

Juan —llamémoslo así— es un marido necio. Trabaja en una oficina y hay cuatro jefes por encima de él. De todos recibe órdenes. Así, cuando llega a su casa él ordena también a diestra y a siniestra: da órdenes a su mujer, a la criada —cuando hay—, a sus hijos y al perro. Y todos deben obedecerlo al punto, porque si no...

Es un marido necio este tal Juan. Ha formulado una lista de “elementos” —con ese pomposo nombre les llama él— que su esposa debe tenerle siempre en el buró. Dios guarde la hora si alguna vez busca Juan uno de esos elementos y no lo halla. Más de una vez le ha puesto encima la mano a su mujer por esa falta.

¿Cuáles son los indispensables elementos? Veamos:

1) Una caja de Kleenex. 2) Un rollo de papel higiénico. 3) El carbonato. 4) Medio vaso de agua, para el carbonato. 5) Una cuchara, para lo mismo. 6) Un frasco de Peptobismol, el más grande. 7) El control de la tele. 8) El control del cable. 9) El control

de la videocasetera. 10) La revista *Selecciones*. 11) El periódico del día, pues por falta de tiempo lo leía hasta que llegaba a su casa por la noche, y cuidado con que alguien lo hubiese leído antes que él. 12) El retrato de su mamá, que cada día la esposa debía limpiar muy bien, pues si Juan notaba en él una motita de polvo decía que su mujer había cometido “una gravísima falta de respeto a la memoria de mi madre”. Así decía, y eso que la señora aún vivía. 13) Dos lápices bien afilados, una pluma y un marcador. 14) Una libretita, por si en la noche se le ocurría a Juan alguna idea. Jamás, ni de noche ni de día, se le había ocurrido ninguna, pero la libretita no podía faltar. 15) El calzador.

No termina con eso la lista de “los elementos”. Hasta ahí la dejé por abreviar. Dejé de mencionar los palillos, la caja de curitas, el linimento para los dolores que de repente le daban en la espalda, las pastillas de orozuz que tanto le gustaban, una manzana o un plátano, el termo con el té por si se despertaba en medio de la noche... Todos esos elementos debían estar siempre en el buró. Todos los días les pasaba revista Juan, y pobre de su señora, como dije, si llegaba a faltar alguno de ellos.

Hasta que un día la mujer se hartó. Comenzó por ponerle a su marido dos elementos en la cabeza: trabó relaciones con un vecino de su edad, soltero, que sólo le pedía un elemento, deleitoso de dar, por lo demás. Luego la señora entabló demanda de divorcio contra Juan, y éste tuvo que irse con todos sus elementos a otra parte. Despechado, se juntó con una mujer que no le pone ningún elemento —ni aquel que dije—, y que se rió de él cuando quiso hacerse el mandón. La ex esposa de Juan rehízo su vida —así se dice—, y es ahora feliz con el vecino (aquel que le pide un elemento nada más).

La moraleja que yo saco de esto es que ni a la vida ni a la mujer hay que pedirles demasiados elementos. De cuatro nada más está hecho el mundo —tierra, fuego, agua y aire—, y bien que da sus vueltas.

LA MONJITA Y LA CAMIONETA

Este amigo mío es un tarambana.

¡Qué palabra bonita es ésa: “tarambana”! Ya nadie la usa, desgraciadamente. Muchas palabras bonitas que nos decían nuestras mamás han caído también en desuso: suato, carancho, zonzo y otras.

Esa palabra que dije, “tarambana”, no nos la decían nuestras mamás, pero venían en las comedias españolas que leíamos: las de Vital Aza, los hermanos Álvarez Quintero, Arniches y todos los demás saineteros peninsulares que aún tenían boga a mediados del pasado siglo. La voz “tarambana” significa “persona alocada, de poco juicio”. Lo que me llama la atención es que el vocablo no se aplicaba nunca a una mujer. Nadie decía: “Fulana es una tarambana”. Decían todos: “Fulano es un tarambana”.

Pues bien: mi amigo es un tarambana. Un vivalavirgen, que también esa expresión

hispanica se usaba para designar a quienes toman la vida a la ligera. Entre muchas culpas provinciales mi amigo tiene una falla capital: le gustan en exceso las mujeres. El hecho de ser casado no lo ha hecho guardar rencor al sexo opuesto, antes bien lo ha llevado con mayor ímpetu hacia esa dulce y tibia pasta que forma el cuerpo femenino.

Mi amigo tiene un hermano sacerdote. El buen padre se mortifica mucho por las calaveradas de su hermano y todos los días se acuerda de él en sus oraciones. Teme justificadamente por la salvación de su alma y le ha ofrecido a Santa Rita, abogada de causas difíciles y desesperadas, un novenario si lo saca de la vida que lleva, tan agitada y llena de desórdenes.

Debo decir, antes de seguir adelante, que el mayor orgullo de mi amigo el tarambana es una camioneta de modelo último —2009— que ignoro por qué artes peregrinas logró sacar recientemente de la agencia. La llevó con su hermano el cura a que se la bendijera, y el sacerdote se quedó admirado al ver aquel flamante vehículo de doble cabina, color verde petróleo, cuatro por cuatro, llanta ancha. Felicitó a su hermano por la camioneta y dijo que a él le gustaría tener una igual para hacer sus visitas a las capellanías del campo.

También debo informar antes de proseguir que el señor cura tiene en la casa parroquial una monjita de muy buen ver (no añadiré aquello de “y de mejor tocar”, por tratarse de una religiosa) que le ayuda en las funciones secretariales y en el arreglo de la casa. Linda y graciosa es la monjita, y atrae a todos por su buen natural y donosura.

Sucedió que la esposa de mi amigo tarambana fue a quejarse de él con su cuñado sacerdote. Le dijo que andaba con viejas; que en ellas se gastaba el dinero del gasto; que llegaba a su casa oliendo a jabón chiquito (el que se usa en los moteles de paso). Le pidió que hablara con él para reconvenirlo y encaminarlo por la senda de la virtud matrimonial.

El padrecito, en efecto, llamó a su hermano y lo amonestó con fraternal solicitud. Al final de su discurso moralizador le preguntó por qué andaba con mujeres malas, si tenía la mejor esposa del mundo: hermosa, inteligente, simpática, agradable, hacendosa, buena ama de casa, llena de toda suerte de virtudes que la hacían casi perfecta.

—Mira —le contestó mi amigo el tarambana—, te la cambio por la monjita esa que tienes en la casa parroquial y te doy la camioneta de coleada.

Oí eso que me contó mi amigo, y pensé que el que nace tarambana, tarambana será hasta el fin de su existencia, aunque tenga un hermano sacerdote que le ha ofrecido un novenario a Santa Rita, abogada de causas difíciles y desesperadas.

EL CHILELISTO

Apodos raros he conocido bastantes en mi vida. A una muchacha feíta le decían la *Culpa*, porque nadie se la quería echar. A cierta señorita entrada en años, pero aún apetecible, y muy virtuosa, se le conocía con el nombre de la *Cuauhtémoc*, porque se

estaba quemando, pero no entregaba el tesoro.

El apodo que sirve de encabezado a esta historia, el *Chilelisto*, se lo puso la gente a un rancharo joven y de mala estrella. ¡Pobre infeliz! El infortunio lo seguía como la sombra al cuerpo. Todas las calamidades se abatían sobre él. Pertenecía a aquella especie de hombres que nacen condenados al fracaso. *Loosers* —perdedores— los llaman en el país del norte. Ésos desventurados que, dice una expresión muy popular, tienen suerte tan adversa que si compran un circo los enanos les crecen.

Vivía el personaje de mi cuento, solo y su alma, en un rancho. Cierta día un vecino suyo mató marrano. En los ranchos se acostumbraba que cuando alguien mataba cochino compartía con todos la carne del animal, y algo de la manteca, los chicharrones y la sangre para hacer moronga. Se hacía eso porque no había medios de refrigeración, y aquello se podía echar a perder si el dueño del animal sacrificado lo conservaba todo para sí. De esa manera, la matanza de un marrano era acontecimiento comunitario del que todos se beneficiaban.

O casi todos. Mató el vecino su puerco. De inmediato el rancharo que digo, con la seguridad de que el hombre le regalaría un buen trozo de carne, se puso a moler el chile para adobar el guiso que prepararía.

Mas sucedió ¡oh desgracia! que el tal vecino le dio carne a todo el rancho, menos a él. Hora tras hora esperó el infeliz, con el chile ya preparado, a que llegara su vecino con el anhelado obsequio. El dueño del marrano jamás se apareció. Cayó la noche, y casi muerto de hambre el rancharo tuvo que hacerse unos desgraciados chilaquiles en vez del sabrosísimo guiso de marrano que se había prometido.

El suceso fue conocido al día siguiente en todo el pueblo: Fulano había molido chile para guisar la carne del marrano, pero la carne no llegó. Y comentaban todos, riéndose bajo capa:

—Se quedó con el chile listo.

Pasó algún tiempo. El rancharo se prendó de una linda muchacha del lugar. Se la pidió a su padre, y éste le concedió su mano, pues el pretendiente era dueño de muy buenas labores, tenía sus animalitos, y era además hombre de trabajo. Se fijó la fecha del casorio. Pero la muchacha estaba enamorada de otro hombre, que la quería igualmente. En la madrugada del día en que la boda iba a celebrarse huyeron los dos del rancho y de ellos no se volvió a saber ya más.

De nuevo la gente comentó con risas:

—Otra vez Fulano se quedó con el chile listo.

De ahí el apodo que como pesada lápida cargaba aquel cuitado: el *Chilelisto*. Raro apodo ése, pero no tan raro cuando se conocen su origen y su explicación.

EL JINETE

Hay en la Biblia, un libro de gran sabiduría, el Eclesiastés. Ahí se lee aquello de “Vanidad de vanidades; todo es vanidad”. Qué cierto es eso. Hay quienes dicen que el dinero es causa principal de las acciones de los hombres (y de muchas también de las mujeres, dicho sea sin ofender). Otros afirman que el sexo es el motor que mueve al mundo, aunque algunos ya no empujemos tanto. Los idealistas señalan al amor como la fuerza mayor del universo. Lo dijo Dante con palabras bellas: *Láamor che muove il sole e láltre stelle...*

Yo, sin ánimo de contradecir a nadie —y menos aún al Alighieri—, pienso que las acciones humanas tienen su raíz en la vanidad. ¡Cuántas cosas hacemos porque nos están viendo! No tantas, claro, como las que hacemos porque no nos están viendo, pero de cualquier modo son bastantes. Eso, la vanidad, fue el lamentable origen de la desgracia de Mardonio.

Mardonio, digámoslo desde el principio, no sabía montar. No sabía montar Mardonio. En su vida había montado ni una exposición. Y ni siquiera tenía la experiencia del viejito que en el rodeo le montó a aquel toro salvaje que derribaba al más capaz jinete en tres segundos. No pudo tumbar el toro al ancianito. Veinte, y 30 segundos, y un minuto, y tres duró el añoso jinete arriba de la bufante bestia, hasta que el toro se rindió. “¿Cómo le hiciste, abuelo? —le preguntó uno de sus nietos sorprendido—. ¡Nunca nos dijiste que sabías montar así!” “Y no sé —respondió el octogenario—. Pero a tu abuela siempre le daba un ataque cuando hacíamos el amor. Y si ella nunca me desmontó, menos me iba a desmontar ese animal”.

El caso es que Mardonio fue a un jineteo de rancho.

—Móntale a ese caballo —le dijeron sus amigos—. Te está mirando Petra.

—Está muy bruto el penco —opuso Mardonio con temor.

—Tú tienes piernas de jinete —replicaron los amigos—. Con ese sombrero y esas botas, con esa camisa a cuadros y ese cinturón pareces jinete. Es más: eres jinete Y te está mirando Petra.

En efecto: de vez en cuando aquella rancherita miraba a Mardonio con ojos de date preso. ¿Qué no hace uno de hombre cuando te está mirando una mujer? Desde tirarte una maroma hasta descubrir América. Le montó Mardonio al tal caballo.

Nunca lo hubiera hecho. El animal lo derribó en menos que se dice “Ah, chingao”; lo pateó concienzudamente; lo mordió, y tres o cuatro veces pasó luego por encima de él. Lo dejó para la 39, que es la clínica del Seguro especializada en traumatología. Sentado en el suelo entre boñiga y lodo, maltrecho y dolorido, escupió el pobre Mardonio la tierra que había tragado y luego dijo como para sí con enconoso acento:

—¡Cómo son pendejos! ¡Quesque soy jinete!

EL RELÁMPAGO

Don Nicolás tiene una pequeña labor. En esa tierrita siembra chile.

Don Nicolás no es trabajador. Y yo no se lo tomo a mal: bien vistas las cosas, al no trabajar expresa su profunda confianza en la Divina Providencia. Si las flores del campo no hilan, y a pesar de eso el Señor las reviste de galas mejores que las de Salomón; si las aves del cielo no siembran ni cosechan, y aun así el Creador les manda su alimento, ¿por qué entonces don Nicolás tiene que trabajar? Dios proveerá.

La esposa de don Nicolás no sabe apreciar la fe de su marido en la bondad divina. Ella quisiera verlo trabajar. Le pide que vaya a la labor, a ver cómo va el chile, pero don Nico retrasa la visita con pretextos peregrinos: por ejemplo, es el aniversario de la muerte del gran piloto aviador Emilio Carranza y sería grave desacato trabajar en fecha tan solemne.

—Nicolás —le dice de continuo la señora—, ¿por qué no te vas a trabajar?

—Mujer —responde él dándole otro sorbito a su café—, a nadie le falta Dios.

Y es cierto. Sólo que en este caso la obra de Dios es completada por la esposa de don Nicolás, que se la pasa todo el día haciendo tamales para vender. Si no fuera por esos tamalitos, la Divina Providencia habría tenido problemas para acudir en auxilio de don Nico y poner sobre su mesa el puchero nuestro de cada día.

—Nicolás: ¿por qué no te vas a trabajar?

Y don Nico responde: se cumple un año más de la promulgación del dogma de la Inmaculada Concepción; o es martes, día de mala suerte.

Pero se le van acabando los pretextos a don Nicolás. Cada vez tiene mayor dificultad para hallar un justificante a su pereza. Cierta día, sin embargo —más bien cierta noche—, encuentra una maravillosa excusa para no ir a trabajar al otro día: está relampagueando fuerte por el rumbo de su labor. Seguramente lloverá esa noche y el campo amanecerá anegado. ¿Qué caso tiene ir?

A la noche siguiente —¡bendito sea Dios!— vuelve el relámpago.

—Míralo, vieja. Aistá la tronazón, que no me dejará mentir.

La señora se asoma y, en efecto, mira a lo lejos el resplandor. Relampaguea, sí. Relampaguea una y otra vez.

Aquel providente relámpago se repite noche tras noche, sin fallar. Y día tras día lo toma de pretexto don Nicolás para no ir a trabajar. ¿Qué caso tiene? Con tanto relámpago de seguro va a llover, y la labor quedará inundada.

Y se mete don Nico a su casa y se va a la cama muy contento por no tener que ir a trabajar al día siguiente. En el nuevo aeropuerto el faro recién instalado da vueltas y vueltas. Visto desde el pueblo, su resplandor parece el de un relámpago.

LISTONES

—¡Ave María Purísima!

Así decía el visitante que llegaba a una casa. Las puertas no estaban cerradas, como ahora, sino abiertas de par en par. Las señoras tenían a orgullo mostrar sus jardines florecidos y sus macetas con profuso verdor de helechos o de espárragos. Además en Saltillo todo mundo se conocía y nadie desconfiaba de nadie. No es como en estos tiempos, que todo mundo se conoce y por eso todo mundo desconfía de todo mundo.

Las puertas estaban abiertas siempre, como dije. Y aun cerradas por el invierno tenían un cordoncito atado al pestillo de la cerradura. El otro extremo de ese cordel salía por un agujerito hecho en la puerta. Bastaba tirar del cordoncito —tenía un nudo, a fin de evitar que se escurriera— para abrir la puerta y colarse de rondón. Todos en aquel tiempo eran Pedros que entraban en todas las casas como Pedro por su casa.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

Así respondían los de casa. Era un saludo de rigor, como hoy “qué onda”.

Han ido llegando los visitantes poco a poco. Los muchachos vienen de uno en uno; las muchachas de dos en dos y de tres en tres. Siempre forman en tropa las mujeres, hasta cuando en el restaurante van —usemos el eufemismo— a pipintarse.

Las jóvenes anfitrionas tienen ya listos los listones. Son largos los listones; miden dos o tres metros cada uno. Y son de todos colores: hay un listón rojo, uno verde, uno amarillo, uno blanco, uno azul, uno color de rosa, uno morado, uno café... De todos los colores hay, excepto negro. Los listones están atados por el centro con otro listón, éste dorado. Se han puesto los muchachos en un extremo de la sala, y en el otro las muchachas. Todos deben cerrar los ojos y tomar el extremo de un listón. Cuando ya han hecho eso una de las anfitrionas desata el listón dorado, el que ataba los demás listones, y da la señal para que los presentes abran los ojos. El muchacho que sostiene un extremo del listón rojo será compadre de la chica que tiene el otro extremo del listón rojo, y ella será su comadrita. Así se dirán entre ellos durante la velada:

—¿Le sirvo otro ponche, comadrita?

—Si es usted tan amable, compadrito.

La anfitriona es a veces discreta celestina. Si sabe que a un muchacho le gusta una muchacha y que ésta no ve con malos ojos al galán, se las arreglará para que ambos tomen el mismo listón. Con esos inocentes listones —¿inocentes?— ha quedado unida más de una pareja. Se convierten los frágiles listones en los fornidos lazos del santo matrimonio.

Por eso las muchachas, cuando las invitaban a una tertulia —así se llamaban esas reuniones—, preguntaban con ansiedad:

—¿Habrá listones?

—Claro que habrá —respondía la que invitaba.

—¿Irá...? (*Aquí el nombre de un muchacho*).

—Claro que irá.

—Entonces (*bajando la voz*) ya sabes...

—Claro que sé.

Terminaba a las 10 de la noche la reunión. Se oían las despedidas:

—Buenas noches nos dé Dios...

—...y parte en Su santo reino.

Y luego, en voz baja:

—¿Me permite que la acompañe, comadrita?

—Claro que sí, compadre.

¡Demos gracias, amigas y amigos, a la vida, que nos hizo a los hombres y a las mujeres para jugar a las comadritas y a los compadritos!

LA DOÑA

María Félix es la mujer más hermosa que en México ha existido. Después de la mía, claro. Diego Rivera pintó a la sonorenses espléndidamente desnuda. (Se dice que el pintor estaba enamorado de ella en secreto. Debe haberlo estado: a diferencia de Frida, la actriz no tenía bigote).

María era bellísima de cuerpo, sí, pero le faltó siempre la belleza de alma. En Álamos, la ciudad donde nació, no se le quería mucho. La gente mayor afirmaba que la artista no sólo se olvidó de su solar nativo, al cual nunca regresó, sino que también despreció a su familia. En cambio todos ahí recuerdan con afecto a otro artista de Álamos: el doctor Alfonso Ortiz Tirado. Hay en el pueblo un museo dedicado al gran tenor, que siempre habló con orgullo de su patria chica, a la cual hizo el bien en muchas formas.

María siempre tuvo fama de orgullosa, soberbia, despectiva. Fui testigo de un hecho que confirma esa opinión. Estaba yo en París y caminaba por un pasaje comercial cercano a la Ópera. Ví a un grupo de turistas, evidentemente mexicanos, que miraban al interior de una tienda de perfumes. Me acerqué con curiosidad y vi a María Félix, que acababa de comprar algo en la perfumería. Cuando salió de ahí una chica del grupo fue tras ella y, tocándole el hombro levemente, le dijo con timidez:

—Señora, somos mexicanos; queremos saludarla.

—¡No me toques! —le contestó ella, indignada.

Y sin más siguió su camino hecha una furia, como si hubiera sido objeto de una profanación.

En fin, ya es mucho que una mujer sea perfecta de cuerpo como para pedirle que sea también perfecta de alma. Por eso me alegró mucho conocer una anécdota de María

Félix en la cual ella se mostró muy distinta a como era, o a como simulaba ser.

Sucedió esa anécdota en León, Guanajuato. Había corrida de toros —eran días de feria— y asistió la famosa actriz. Tras la muerte del primer toro un hombre del pueblo, un individuo común y corriente, sin cualidad alguna que lo distinguiera de los miles de hombres que estaban en los tendidos, le gritó a voz en cuello a María desde su localidad en sol:

—¡Señora! ¡Hágame usted el honor de aceptarme una cerveza!

Toda la plaza escuchó la invitación, y toda la plaza guardó silencio para esperar la respuesta de la artista. Contestó ella con una sola palabra, y esa palabra se oyó también en toda la redondez del coso:

—¡Venga!

Una ovación cerrada siguió a esa aceptación. Y entonces se vio algo maravilloso: el hombre le pasó el vaso de cerveza a su vecino de asiento, y éste al suyo, y así, de mano en mano, fue pasando hasta que le llegó a María. Ni una sola gota se derramó del vaso, tal fue el cuidado con que todos lo pasaron. Cuando ella lo recibió se puso en pie, y dirigiéndose al que la había invitado le gritó:

—¡Salud, guapo!

Respondió el hombre, también puesto de pie:

—¡Salud, diosa!

Quien me contó esa anécdota dice que entonces vibró la plaza con un formidable ¡olé! que salió de todas las gargantas y después con otra ovación que duró más de un minuto.

Oí el relato y pensé que en esa ocasión a María Félix se le olvidó por un momento que era María Félix.

PUERTAS

Tengo el gusto de presentarles una puerta. Por muchas hemos pasado, y sin embargo no las conocemos bien. Permítanme, entonces, el gusto de presentarles esta puerta, para que la podamos conocer.

La parte que está arriba de la puerta se llama dintel. Cuando leemos: “El niño estaba sentado en el dintel de la puerta”, habrá que imaginar a la criatura sentada arriba, en lo alto, igual que chango o mico trepador.

La parte que está abajo de la puerta —aquí sí el niño se podría sentar— se llama umbral. Las partes laterales son las jambas, piezas que sostienen el dintel. Y el quicio es donde entran las bisagras para que girando sobre ellas la puerta se abra o cierre.

Antes las puertas estaban formadas por dos pares de hojas, de modo que se podían abrir las de arriba, para que dejaran entrar la luz y el aire, y mantener cerradas las de

abajo, para impedir el paso de perros y otros animales. De ahí viene la expresión “abrir de par en par la puerta”.

Antaño las muchachas no usaban pantalones. Vestían todas con falda. Algunas de esas faldas, muy ceñidas, se llamaban “de medio paso”. Había chicas que, quizá inadvertidamente —concedo el beneficio de la duda—, se sentaban de modo que la mirada varonil podía penetrar en recónditas intimidades. A eso se llamaba “dar puerta”.

—¡Mira! ¡Fulanita está dando puerta!

La que no enseña no vende, dice el dicho. De ahí lo de la falda de medio paso; de ahí también lo de dar puerta.

—¡Se ve hasta la cocina! —añadíamos golosamente. Y es que entonces las habitaciones de las casas estaban dispuestas en hilera, de modo que desde la sala se podía ver, efectivamente, hasta la cocina.

Enero es mes portero. Su nombre viene de *janua*, que quiere decir puerta. Dios portero era Jano, cuya doble cara miraba hacia adelante y hacia atrás, igual que hacemos nosotros en enero, con un ojo puesto en el gato de lo que ya pasó y otro en el garabato de lo que aún no llega.

“Abre la puerta, portero, que alguno llamando está...”

Esos son los primeros versos de un poema que, si no recuerdo mal, pertenece a la autoría de Manuel Gutiérrez Nájera. Entiendo que se llama “Calicot”.

Otro Manuel, Acuña, veía en sus delirios amorosos abierta allá a lo lejos la puerta del hogar. Tuve un malévolo amigo que el recitar el “Nocturno a Rosario” cambiaba el verso que dice: “y en medio de nosotros mi madre como un dios”, y recitaba: “y en medio de nosotros tu madre como un león”.

“Cuando una puerta se cierra otra se abre”. Así dice el antiguo refrán. Se cerrará alguna vez la puerta de la vida, y con la muerte se abrirá otra puerta. Siempre hay una nueva puerta.

EL BAILE

Es la noche del Sábado de Gloria. Esa noche hay baile en todos los ejidos, congregaciones y pequeños pueblos campesinos. ¿Dónde estamos? En cualquier parte del noreste de México. Puede ser en Coahuila; puede ser en Tamaulipas; puede ser en Nuevo León. El baile se lleva a cabo en un galpón, una como bodega grande que se usa para seleccionar manzanas. O naranjas. Toca un conjunto de acordeón, bajosexto y tololoche. Los músicos han tocado ya “La cacahuata”, “El circo” y “Evangelina”. Ahora interpreta “Los jacalitos”. Un joven ranchero vestido con pantalón de mezclilla, camisa a cuadros, sombrero texano y botas vaqueras “nombra” a una muchacha del lugar. El ranchero es alto y es fornido. Cuando habla con sus amigos luce arrogante y decidido,

pero ahora se nota tímido, y su voz casi es un murmullo cuando dice:

—¿Bailamos, señorita?

Ella levanta hacia él la mirada de sus grandes ojos cafés y responde:

—Ahorita no, gracias.

Pero él insiste:

—Aunque sea la del cumplimiento.

Ella se levanta a bailar. Es por cumplir, nada más, por no hacerle desaire a aquel que la ha invitado.

Termina la pieza y él la lleva a su lugar. Le da las gracias tocándose el ala del sombrero, pero antes de retirarse hace otra petición:

—¿Le parece si bailamos terciadas?

Le está pidiendo bailar con él una pieza sí y otra no. Eso sucede cuando los bailadores han estado a gusto con su pareja. Ella ha sentido el fuerte brazo del muchacho en su cintura, el cálido muro de su pecho y la ruda caricia de su mano, callosa mano de hombre trabajador. Responde entonces mirándolo con una nueva mirada:

—Bueno.

Ya no baila con nadie ninguno de los dos. Ambos esperan a que acabe la pieza de no bailar y llegue la de bailar. Y él la nombra de nuevo.

A la tercera él propone:

—¿Bailamos seguido?

Eso significa que ya bailarán todas las piezas el uno con el otro. Según las costumbres y usos lugareños eso es manifestación de un compromiso entre la pareja. Pero él no ha dicho nada. Y ella tampoco habla: cuando esperas no hablas. Entre una pieza y otra los dos quedan de frente, sin mirarse. Se acomoda él su paliacate, que trae en el cuello a modo de corbata; ella, con un pañuelito de encaje, diminuto, se enjuga las gotas de sudor en la frente. Ambos pierden la mirada en el vacío; parece que lo ven todo, pero no miran nada. Los ojos de uno quisieran posarse en los del otro, pero eso no se vería bien. Estamos en Coahuila —o en Nuevo León, o Tamaulipas—, pero igual pasa por el aire la copla que recogió don Ricardo Palma en el Perú:

No me mires, que miran que nos miramos.

Miremos la manera de no mirarnos.

No nos miremos,

y cuando no nos miren

nos miraremos.

Termina el baile. Son ya las 2 de la mañana. Ha concluido la última pieza. Fue un chotis que se llama “Amor de madre”. Lo pidieron las señoras de edad, ya como despedida. El ranchero conduce a la muchacha a su lugar. Ahí la esperan su madre, sus hermanas y amigas. Ella sonríe, pero se angustia en su interior: bailó toda la noche con

aquel muchacho y él no le dijo nada. ¿Cuáles serán sus intenciones? Si no se le declara, ella va a quedar mal ante el pueblo y será objeto de irrisión. Ya llegan a donde están los otros. De pronto él la detiene por el brazo, la mira con mirada que es al mismo tiempo suplicante e imperiosa y le dice:

—¿Qué no comprende?

Ella comprende. ¿Qué mujer no comprende a su hombre? ¿Qué mujer no comprende la vida? Responde solamente:

—Sí.

Un año después se casan.

TIEMPO PARA MORIR

Cuando le faltaban seis años para llegar a 100 de edad, el novelista español Eduardo Zamacois escribió un libro de memorias. En él cuenta que en uno de sus viajes vino a México y en la Capital presencié un hecho digno de recordación.

Dice Zamacois que recibió una invitación a cenar. Más de 12 eran los comensales, entre ellos un joven militar que, sin dar indicio alguno de embriaguez, se divertía en apurar copa tras copa, las que rompía a mordidas después de beber de ellas.

A la mitad de la cena se puso en pie aquel joven y pidió que se le permitiera hablar.

—Señores —dijo—, propongo que en honor del señor Zamacois, nuestro invitado, le brindemos un espectáculo que no pueda olvidar. Mostrémosle el valor del alma mexicana. Vamos todos a jugar nuestra vida en un volado. El que pierda al final, se dará un tiro en la cabeza.

Se hizo un profundo silencio entre los invitados.

—Vamos —insistió el muchacho con gran serenidad—. Miren ustedes: mi esposa dará a luz esta noche a nuestro primer hijo. Soy feliz; de la vida no he recibido más que felicidad. Y sin embargo estoy dispuesto a jugármela a cara o cruz. ¿Quién me sigue?

Otros militares se levantaron. La situación se volvió tensa. En eso Dámaso Acosta, el dueño de la casa en que la cena se efectuaba, dijo como sin darle mayor importancia a aquel asunto:

—Señores: para morir ya habrá tiempo. Vivamos ahora.

Y ordenó a los criados que sirvieran el siguiente platillo y llenaran las copas otra vez. Con eso, dice Zamacois, terminó el drama.

Recogí la narración del español porque en esa cena estuvo presente Miguel Alessio Robles, saltillense, quien fue representante de México en España. El hecho sucedió allá por 1925. Era joven entonces Eduardo Zamacois y vivía vida inquieta y llena de aventuras. Como los marineros, en cada puerto tenía un amor: tomaba a las mujeres igual que a flores cuyo perfume se aspira para dejarlas luego. De dos de ellas se apasionó

tanto que con las dos estuvo casado al mismo tiempo y en la misma ciudad, sin que la una se enterara jamás de la existencia de la otra. En el ocaso de su vida aquel aventurero, viajante de los mares, don Juan incorregible, se consideró afortunado por haber conseguido un empleo burocrático en el que, a las 5 de la tarde, un conserje iba de mesa en mesa sirviendo café con leche y panecillos a los empleados. *Sic transit gloria mundi...*

NO, NO Y NO

La muchacha es hermosa. Está en el baile. Ese baile se tiene lugar ahora, en un pueblo del norte de Coahuila. La muchacha ha ido al baile con su mamá y con su hermana. Pero no baila, porque tiene novio. El novio está “en el otro lado”, pero vendrá en diciembre para casarse. La muchacha ya está pedida y dada. Por lo tanto no puede bailar. Si está en el baile es porque tiene una hermana más pequeña que también necesita encontrar novio. Su hermana está bailando con un muchacho que la corteja. Quizá esta misma noche se hagan novios. Es lo que espera la muchacha. Es lo que espera su mamá. Para eso son los bailes.

Llega un bailador a “nombrar” a la muchacha que ya tiene novio.

—¿Bailamos, señorita?

—No.

La respuesta es fría y es cortante. La muchacha ni siquiera mira al invitador.

—¿Por qué? —pregunta el hombre.

—Porque no.

—¿No le gusta el baile?

—Sí.

—¿Y entonces?

—No bailo.

A un lado la madre finge no escuchar el diálogo. Bien sabe que su hija sabe bien. No necesita intervenir.

Pero el terco galán insiste. Esgrime un argumento poderoso, el que supone le dará la victoria sobre la empecinada negativa de la chica.

—Concédame por lo menos una pieza, señorita. Usted sabe que al bailar platican las personas. Si se caen bien, de ahí nacerá una bella amistad. Y, quién sabe, con el tiempo las amistades se pueden convertir en algo más. ¿No cree?

Al decir eso se acomoda el sombrero. No es su intención acomodárselo: quiere mostrar la mano sin anillo matrimonial. Pero la muchacha ni siquiera se fija. Con el mismo tono de indiferencia repite otra vez:

—No.

El hombre continúa su ataque. Jactancioso, como quien ha combatido otras veces batallas semejantes y al final ha salido triunfador, se recarga en una columna que está al lado, junto a la silla que ocupa la muchacha, y desde ahí continúa el asedio, fanfarrón.

—¿De veras no va a bailar conmigo?

Lo dice con una sonrisilla escéptica, como si aquella negativa fuera algo extraordinario, inverosímil; un acontecimiento insólito que alterara el orden del Universo. Y la muchacha:

—No.

—¿Por qué no?

(Ya se le están agotando las fórmulas al hombre).

—Porque no.

—¿Está cansada?

(El baladrón quiere salvar la cara).

—No.

Ella ni siquiera se enoja. No vale la pena. ¿Para qué? La gente a su alrededor se ha dado cuenta de lo que pasa y algunos sonríen al ver cómo la gallina se está comiendo al coyote. La sonrisa del hombre, antes de fatuo galán, es ahora la forzada mueca de quien se ve perdido. Intenta una burla:

—¿Le duelen los pies?

—No. Lo que me está empezando a doler es la cabeza.

Unas señoras oyen eso en la mesa vecina y meten la cara en la chalina para que el hombre no vea que se ríen. El tipo advierte aquello y enrojece. Su nueva pregunta es ya una retirada:

—¿Entonces no baila?

—No.

Un último, desesperado intento:

—¿A poco tiene novio?

La madre de la muchacha ha estado muda. Ni siquiera ha dado señales de seguir aquel diálogo sin diálogo. Pero esa última pregunta la encalabrina. ¿Acaso su hija, tan en edad de merecer, es tan fea como para no tener novio? La duda del individuo la subleva. Se revuelve furiosa como arpía, se echa al hombro la punta del rebozo y da respuesta, ahora sí por cuenta propia, a la necia pregunta:

—¡Pos a poco no, cabrón!

DIVORCIO A LA MEXICANA

Hay varias maneras de divorciarse. Una de ellas es, por ejemplo, la italiana. O fue, más bien, porque ese modo ya desapareció, afortunadamente. Durante muchos años el

divorcio estuvo prohibido en Italia. Tal prohibición era resultado de la influencia del Vaticano sobre los legisladores. Para la Iglesia católica el divorcio es anatema, y con su fuerza política logró que el Código Civil de Italia adoptara esa misma posición. Sólo que la realidad es más fuerte que el derecho —y que las iglesias—, y entonces los italianos inventaron una gentil manera de disolver el matrimonio. Esa manera consistía en asesinar a la esposa o al esposo, según el caso. A dicha costumbre se le conoció con el nombre de “divorcio a la italiana”. Una película que se llama así trata el tema.

Los mexicanos no fuimos ajenos a esa costumbre. En un tiempo llegaron a hacerse famosas las “autoviudas”, buenas mujeres que un día amanecían sin ganas ya de soportar a su marido, y lo mataban, generalmente con procedimientos sumamente drásticos: a hachazos, o dándole a beber medio litro de veneno para las ratas en lugar de leche. Hubo abogados como Querido Moheno o Chucho Urueta que ganaron notoriedad logrando la absolución de esas heroicas señoras vistiéndolas de negro y haciéndolas llorar frente a un jurado que también lloraba y que ni siquiera se tomaba tiempo para deliberar antes de rendir su veredicto de inocencia.

El señor cura Morales, párroco que fue de San Nicolás de Tolentino, en Ramos Arizpe, admitía de buena gana la petición de los casados que iban con él “a que los divorciara”. Les pedía que esperaran un momentito ahí, en la sacristía. Salía y regresaba a poco blandiendo un enorme garrote de la más dura madera de mezquite.

—¿A cuál de los dos me voy a echar? —preguntaba haciendo girar el basto como bateador a su bate.

—¿Qué hace usted, señor cura? —preguntaba alguno de los dos al tiempo que ambos retrocedían con esa exquisita prudencia que da el instinto de conservación.

—Dicen ustedes que vienen a que los divorcie —respondía expeditivo el señor cura Morales—. Y como según la Santa Madre Iglesia el vínculo matrimonial sólo se rompe con la muerte de uno de los esposos, quiero que me digan a cuál de los dos me voy a echar.

Salían empavorecidos los dos presuntos divorciados y no paraban sino hasta llegar al refugio de su hogar, donde después de hablar llegaban a la conclusión de que quizá no era tan buena idea aquella del divorcio.

El modo más singular de divorciar de que yo tengo noticia, sin embargo, lo usaba un señor abogado de Torreón. Su nombre no lo digo, pues no tengo autorización de su familia para revelarlo, pero sí digo, en cambio, que nadie más que él usaba ese método para divorciar. O para no divorciar, según el lado por el que se vea la cuestión.

Ese abogado pensaba que su primer deber cuando alguien le pedía que le tramitara su divorcio era tratar de evitar el rompimiento. De sus pistolas, como quien dice, procuraba hallar entre los esposos en discordia una vía de conciliación y avenimiento, sobre todo si eran muy jóvenes y tenían hijos pequeños. Cuando se daba cuenta de que valía la pena salvar un matrimonio, y de que había condiciones para mantenerlo, se esforzaba por convencer a los casados en pugna de que no se divorciaran.

—Con eso no gano dinero —decía—. Pero de nada sirve ganar dinero si se pierden otras cosas.

¿Qué hacía ese abogado de Torreón para determinar si un matrimonio se podía salvar todavía o ya no?

Debe haber tenido mucho de psicólogo. La práctica durante muchos años de la profesión había desarrollado en él una especie de séptimo sentido —el sexto pertenece en exclusiva a las mujeres— que le permitía entrar en el pensamiento de sus clientes y aun en las reconditeces de su alma, donde es más difícil todavía entrar.

Le bastaba ver a quien entraba por la puerta de su despacho para adivinar qué clase de negocio lo llevaba ahí, si uno de carácter penal u otro de naturaleza civil o mercantil. Con una ojeada podía distinguir al delincuente del heredero, al inquilino en apuros del propietario que iba a solicitarle la iniciación de un juicio sumario de desahucio en contra de su moroso arrendatario.

El ejercicio del derecho pone a quien lo practica en relación cercanísima con la naturaleza humana. En la práctica cotidiana de la profesión la humanidad se le aparece desnuda, sin cubrirse con los atavíos u oropeles que en otras profesiones pueden esconder o disfrazar las pasiones de la gente. Ante el abogado, lo mismo que ante el sacerdote y ante el médico, debe la persona confesarse. Si no lo hace, su mentira o su disimulo se volverán contra él para dañarlo.

—Doctor: vengo a verlo porque es usted el médico de la familia. Fíjese que un amigo mío fue con las muchachas malas y pescó una enfermedad venérea. Anda muy preocupado y me pidió que le preguntara qué debe hacer.

—Está bien, muchacho: ábrete la bragueta y sácate a tu amigo.

Igual es ante los abogados: oyen de todo y llegan a conocer secretos que a nadie más confiarían, ni aun a su director espiritual.

Este señor licenciado de Torreón había desarrollado un método muy propio para aplicarlo en los asuntos de divorcio. Vamos a suponer que llegaba un marido a pedirle que lo divorciara de su esposa. Exponía el solicitante las razones por las cuales deseaba la disolución del vínculo matrimonial. Generalmente la exposición era larga y prolija: parecía que el hombre deseaba fundar bien las causas de su petición. Más bien lo que quería era desahogarse. El abogado lo dejaba hablar, por más que ya había escuchado un centenar de veces los mismos alegatos, aquellos de: “No me comprende”; “Ya no nos entendemos”; “Ya no la aguanto”; “Vivimos de pleito siempre”, etcétera.

Cuando por fin el hombre terminaba la relación de sus agravios, entonces este abogado de Torreón ponía en práctica su método. Fingía estar muy enojado contra la esposa de su cliente, que con su proceder lo había obligado a tratar de divorciarse. Simulaba un encendido enojo; echaba mano del teléfono y le decía, iracundo, al visitante:

—¡Ahora verá usted! Deme el teléfono de su mujer. ¡Voy a hablar ahorita mismo con esa vieja jija de su tiznada madre!

El cliente se sobresaltaba, y aun se molestaba y ofendía.

—Óigame, licenciado —protestaba—, no ofenda usted a mi esposa. Es la madre de mis hijos.

Había dado con la clave el abogado.

—No, amigo —le decía al cliente—. Usted no quiere divorciarse de su esposa. Para divorciarse de una mujer hay que odiarla, y usted no odia a la suya. Ande, vaya a su casa y arréglese con ella.

LA LOCURA DEL ÁNGEL

Ella era un lirio agonizante; una paloma herida; una mañana cuya luz se amortecía al empezar. Y era bella, espectralmente hermosa en los 17 años de aquella frágil primavera suya que la enfermedad había llenado de tristezas.

Jamás salía de su casa, mansión de gente rica en Monterrey. Sus padres, temerosos de que esa flor de cristal quedara rota, no la dejaron ni siquiera ir a la escuela. Maestras y preceptores acudían y en el recogimiento de la biblioteca, en el saloncito de costura o en el gran piano de candelabros de la sala le enseñaban ese saber de pitiminí adorno de las señoritas de antes. También iba a la casa un Padre de la Compañía, su director espiritual. Ella leía los libros de la condesa de Segur, estudiaba las sonatinas de Clementi y hacía punto de cruz ya con la aguja, ya con el rosario.

Era músico él, apasionado. Era un artista él muy talentoso. Desde niño mostró aptitud extraña para andar por caminos de armonía. Al mismo tiempo que aprendió el Silabario de San Miguel pudo leer las primeras notas del Método de Eslava.

Mientras todos los niños andaban enredados en el trompo, él hacía ejercicios en el piano o el violín. Salía de la escuela y volaba a su modesta casa de Saltillo para tocar la melodía que en la clase de Ciencias Naturales se le había ocurrido.

Del piano pasó al órgano. A muy temprana edad ya pudo acompañar los bordones y fabordones del canto gregoriano. Del violín pasó al *cello*; lo abrazaba, músico adolescente que presentía en las formas del instrumento los ritmos de la cintura femenina.

El padre de ella tenía intereses en una fábrica textil. De vez en cuando venía acá, a “Las Fábricas”. Un día su hija lo acompañó a Saltillo y fueron los dos a misa de 11 en Catedral. Ahí la muchacha escuchó la noble voz del órgano diciendo cosas altas de música y de fe. Al terminar el oficio encareció las dotes del organista saltillero. Por la noche hubo sarao en casa del socio de su padre. Un conjunto de cuerda fue a tocar. ¡Qué bien sonaba el *cello*!

—El que lo toca es el organista de Catedral —le dijo alguien.

Y ella quiso tomar clases de *cello*. Empezaba el verano de Monterrey, tan caluroso, el tiempo de las vacaciones. ¿Podía ella pasarlas en Saltillo? ¿Podía darle lecciones aquel

joven?

Esta historia tan larga la haré corta. Es una historia de amor, y el amor por mucho que dure siempre dura poco. Ella, como una flor de claustro; él, joven y artista. Los dos en aquel Saltillo de los principios del siglo pasado. Se enamoraron, claro. A esa edad cualquiera se enamora aunque no sea flor ni artista. Incluso aunque no esté en Saltillo.

Los padres de la muchacha, contrariamente a lo que podría suponerse en una historia de amor, no vieron con malos ojos el idilio. Había diferencias de sociedad y de fortuna, es cierto. La novia era de familia acomodada, y el novio, un músico modesto. Pero ella consideraba frívolos y vanos a los muchachos que había conocido en Monterrey, y ellos no la buscaban, pues sabían de aquella su enfermedad extraña que la había hecho extraña también a ella.

Al novio saltillero eso no le importaba y floreció el romance en las callejas de la ciudad pequeña, en sus umbrosos huertos, en el recogimiento de sus iglesias conventuales.

Pero acechaba la tragedia. ¿A qué amor no le acecha la tragedia? Llegó el día del matrimonio. La boda estuvo linda; hubo fiesta y banquete en San Lorenzo. Cuando llegó la noche se retiraron los novios, ella feliz, un poco turbado él.

Y sucedió que a media noche llegó la muchacha a la casa en que vivía. Iba desmelenada, como loca. Sollozaba cubriéndose la cara; se deshacía en llanto descompuesto. Llegó tras ella el novio, acongojado. Cuando la muchacha lo miró se desorbitaron sus ojos en espanto, como si viera a un monstruo. Corrió hacia las habitaciones interiores y clamó pidiendo que no dejaran que él se le acercara. Lloraba y lloraba; a nadie quiso decir la razón de aquellas lágrimas, de su terror.

Tampoco él quiso revelar qué había pasado por más que todos lo apremiaban. Sólo cuando llegó un sacerdote, pedido por él mismo, le narró como en secreto de confesión lo sucedido.

Cuando él, enamorado, quiso consumar las anheladas nupcias, la joven desposada se puso fuera de sí. Y es que nadie se había ocupado nunca de revelar a aquella tórtola inocente los misterios de la vida, las íntimas conversaciones de los novios cuando se tornan en esposos. Por eso juzgó horrible pecado y perversión monstruosa lo que no era sino la natural cumbre del amor.

Ella, un puro espíritu; ella, toda inocencia y candidez, apartada del trato de otras muchachas sabidoras que le habrían podido decir lo que su madre, temerosa de perturbarla, no le dijo nunca; ella veía a su novio como a un hermano, como a un amigo bueno, y cayó en paroxismo de locura cuando él quiso tocar la blancura de aquel cuerpo que no existía sino como depósito de una alma. Eso fue lo que pasó.

Convertido en asco y terror el amor de ella, y no consumado el matrimonio, lo disolvió la Iglesia. Ella entró en un convento; la vida de él se volvió una tristeza silenciosa.

Así, en silencio triste, acaba esta historia de amor muerto. Es una historia saltillense.

El músico se llamaba Conrado; el nombre de ella, romántico, era Amalia. La historia me la contó una dama de Monterrey, sobrina de la pobre muchacha del relato. También me dijo que después de muchos años de acontecido aquello, y muertos ya todos los personajes del relato, su maestro de música, don José Andrade, vino a Saltillo un día y tocó el *cello* en el antiguo teatro Obrero. Desde el público gritó una voz emocionada:

—¡Es el fantasma de Conrado!

LA SAL Y LO DEMÁS

A don Malfario todo le salía mal. Era comerciante. La ley de la oferta y la demanda actuaba en su comercio —como en todos—, pero él no tenía ofertas y sí muchas demandas: las de los bancos y proveedores.

Cuando le preguntaban a don Malfario cómo iba su negocio él respondía con grandilocuencia:

—¡Viento en proa!

Viento contrario era ése, pues el buen viento es el de popa. Claro, hablo de barcos.

Vivía don Malfario como la Salve: gimiendo y llorando. Un día, borracho, le dijo a su mujer que se iba a cortar las venas.

—Lo que te debes cortar es el *edo* —replicó ella, que tenía cierta dificultad para pronunciar la p.

A la señora le afligía mirar el sufrimiento de su esposo. Un día le preguntó cuál era la causa de aquella su malaventura, de sus continuas desgracias y quebrantos.

—Es la mala suerte —declaró él.

A los pocos días la mujer llegó con una estupendísima noticia: una comadre suya le había hablado de la existencia de una bruja cuya especialidad profesional era quitar la salazón. Eso de la salazón quiere decir la mala suerte. Quien la sufre es porque ha sido objeto de un “trabajo”, o sea de una perversa obra de hechicería pagada por algún enemigo o malqueriente. Para anular los efectos de ese maleficio era menester otro “trabajo” que quitara la sal y la hiciera caer sobre quien promovió el ensalmo. Aquella bruja, le dijo a don Malfario su señora, tenía fama de atinada: a primera vista adivinaba el problema que llevaba quien la iba a consultar; aun antes de que el cliente abriera la boca para hacer la relación de sus desdichas ya sabía ella en dónde residía su mal y cuál era la forma de aliviarlo.

Un perdido a todas va, dice el refrán. Don Malfario, que no creía en brujas pero cuya existencia y poder reconocía, aceptó ir en compañía de su mujer a visitar a la hechicera. Vivía la maga en un barrio bajo. De noche, para no ser vistos en aquel trance de superstición, don Malfario y su esposa encaminaron sus pasos hacia la casa de la bruja. La casa era pobrísima, de adobe sin recubrimiento. Una puerta más vieja que el

mundo y un ventanillo con los vidrios rotos eran la sola gala de aquella vivienda que más parecía zahúrda que morada humana.

Llamó la esposa de don Malfario a la puerta con golpes comedidos. Se oyó en el interior una tos seca.

—¿Quién? —preguntó una voz que parecía más bien gruñido.

Ganas le dieron a don Malfario de contestar:

—¡Con Dios y Santa María!

De labios de las criadas había aprendido en su niñez que tal era el conjuro para ahuyentar a las brujas. Pero se contuvo: le urgía el auxilio de la vieja. Así, dejó que su señora respondiera:

—Gente necesitada. Nos manda mi comadre Tola, que la conoce a usted.

Se abrió la puerta con un rechinado que a Bela Lugosi, el Drácula del cine, le habría sonado a música de Mozart, y apareció en el vano la hechicera.

—Venimos —manifestó la esposa de Malfario— a que le quite la sal a mi marido.

La bruja clavó la vista en el señor y lo miró de arriba abajo. Después de ese rápido vistazo declaró:

—Yo quito lo salado, no lo pendejo.

Y así diciendo les dio con la puerta en las narices.

Mohínos, en silencio, se retiraron don Malfario y su esposa. Al dar la vuelta en la primera esquina dijo la señora con voz llena de admiración y asombro:

—Tenía razón mi comadre. ¡Qué mujer tan atinada!

EL ACTOR

Llegó este hombre a Saltillo al comenzar los años 50 del pasado siglo. Venía precedido de gran fama, pues había salido en una película española que alcanzó mucha popularidad, cuyo nombre era *En un burro tres baturros*. Su actuación en ese filme no fue de partiquino o extra: él era uno de los tres baturros. De los otros dos ya no me acuerdo, pero eran actores conocidos.

Se llamaba Jorge Mairós y era originario de la Madre Patria. Tenía un recio acento castellano que él mismo cuidaba de exagerar aún más. Pertenecía a la vieja escuela del teatro, aquella de don Fernando Díaz de Mendoza, magnílocua y declamatoria. En nuestra ciudad tuvo mucho auge dicha escuela, quizá porque no había otra. Los más antiguos aficionados al teatro recordaban aún a don Benito Goríbar, que en escena no decía, por ejemplo: “Está muerta”, sino: “Está muéreta”.

Nunca he sabido por qué llegó Mairós aquí. Entiendo que alguien lo invitó a hacer teatro católico. Tradicionalmente las religiones han tenido miedo del teatro, quizá porque saben que el teatro es otra religión. Los escritores católicos —el Padre Coloma y Fernán

Caballero, *verbi gratia*— ponen al teatro y al baile entre los grandes enemigos del alma, segura ocasión de irse al infierno. Pero sucede que a la gente le gustaba el teatro en la misma forma que ahora le gusta la televisión. Y seguía yendo al teatro pese a todas las prohibiciones y a todos los anatemas fulminados desde el púlpito. Díjose entonces la Iglesia con esa sabiduría milenaria que siempre ha tenido, al menos desde que cumplió mil años: “Si no los puedes vencer, úneteles”. Y empezó ella misma a hacer teatro. De ahí dramaturgos como Paul Claudel en Francia y don José María Pemán entre los españoles.

Creo que aquí se había representado ya el formidable drama de D’Annunzio intitulado *La antorcha escondida*, historia de amores desgarrados, flagrantes adulterios, crímenes espantosos y suicidios. Quizá se alarmó la jerarquía por el rumbo que la escena tomaba localmente y quiso equilibrar la situación con otra “propuesta”, como se dice ahora en el argot del arte. O a lo mejor Mairós había encontrado una buena veta para explotarla en la provincia y por sí mismo vino a Saltillo como lugar propicio para ofrecer su mercancía. El caso es que, una mañana, quienes andábamos en la farándula nos desayunamos con la noticia de que un famoso actor y director teatral había llegado de España directamente acá y se disponía a montar —así se decía: “montar”— una obra.

La pieza era de Pemán y se llamaba *El divino impaciente*.

Un éxito de apoteosis fue la representación. Jorge Mairós, primer actor y director, reunió un grupo de aficionados y de ellos hizo en unas cuantas semanas un conjunto de actrices y actores aceptables. Entonces existía el teatro de aficionados, hoy desaparecido. Quienes ahora actúan son todos profesionales, aunque salgan a escena por la primera vez, y si alguien les pregunta si son aficionados ponen la misma cara que una mujer —o un hombre— cuando le dicen la palabra de las cuatro letras.

Se llenó el teatro, parte porque todos los familiares de los noveles actores fueron a verlos “trabajar” —otra expresión del argot teatral—, parte porque la obra fue muy recomendada por los señores sacerdotes al final de las misas —“avisos para la presente semana”—, pues su tema era de mucha devoción: trataba nada menos que de la vida de San Francisco Xavier. El autor de la pieza le puso *El divino impaciente* porque a San Francisco se le quemaban las habas por ir a evangelizar a los paganos de Oriente y ver de paso si se hacía martirizar por ellos.

El reparto era numerosísimo. No creo que en otra obra representada aquí haya subido tanta gente al palco escénico. A más de San Francisco salía San Ignacio de Loyola, estupendamente representado por un talentoso y agradable muchacho llamado Carlos Pérez, que hasta cojeaba en la vida real, como el fundador de la Compañía de Jesús. Junto con ellos aparecía toda una cohorte de jesuitas; salía una multitud de infieles orientales —japoneses, entiendo—; otra de nobles españoles: damas, hidalgos, duques y marqueses. Aquello parecía convención. Se las arregló Mairós para llenar el foro, pues como buen empresario sabía que mientras más gente haya en el foro más público habrá en la sala.

Asistió el señor Obispo acompañado de sus familiares. Los familiares de un Obispo no son sus familiares: son los sacerdotes que lo acompañan cada día en sus funciones. Concurrió igualmente todo el presbiterio; fueron las religiosas, los seminaristas, las socias y socios de las diversas cofradías y archicofradías de la ciudad, los catequistas... Con ellos se llenó el teatro. También hubo público en general, pero poco.

La representación fue un éxito. La obra, si no recuerdo mal, está hecha en verso y Mairós recitaba con sonora voz aquellas largas tiradas —parlamentos— llenas de imágenes sublimes. La vida de San Francisco era narrada desde la más temprana vocación del santo hasta su cruento martirio sanguinoso. Al bajar el telón final todos estábamos llorando, hasta el señor Acosta, el tramoyista. Cuando, el último de todos, salió Mairós a recibir el aplauso del culto público, el teatro entero se puso en pie y le tributó una ovación atronadora. Fue entonces cuando quise ser actor. Lo sigo anhelando todavía.

Por ese tiempo —los años 50 del siglo pasado— era yo alumno de la Escuela Preparatoria Nocturna. Con un grupo de mis compañeros hacía un periódico que se llamaba *El Tecolote*. Lo sacábamos en máquina de escribir, con copias al carbón, hasta que alguien halló una receta peregrina más propia de alquimistas medievales que de modernos periodistas como éramos nosotros. La tal receta era una especie de gelatina que se preparaba en una cacerola sobre la estufa y luego se dejaba enfriar, con lo que cuajaba. Sobre esa gelatina se colocaba la hoja escrita y sus caracteres se grababan a la inversa en la placa gelatinosa. Luego se iban aplicando las hojas una por una para hacer que quedara inscrito en ellas el texto respectivo. La tarea era más fatigosa que con máquina de escribir y era empresa de paleógrafos descifrar los caracteres entre cirílicos, rúnicos y cuneiformes que salían de aquella rara imprenta de cocina, pero nosotros nos sentíamos editores consumados.

Averigüé el lugar en donde se hospedaba el gran actor. Cosa rara, no estaba en el Arizpe ni en el Urdiñola, como era de esperarse por su nombradía, sino en el hotel Saade, por la calle de Aldama, donde empieza la parte de abajo de Manuel Acuña. De la calle, quiero decir. Llegué y pregunté por la habitación de aquel gran personaje.

—Está en la de mero arriba —me dijo el encargado.

El dato me pareció sumamente extraño. Yo esperaba que me dijeran: “El señor Mairós ocupa la Suite Presidencial”, o por lo menos: “Don Jorge está en el cuarto de honor”. Pero el hombre de la recepción me dijo que Mairós estaba “en el cuarto de mero arriba”.

Me fui, pues, por las escaleras, a buscarlo. Llegué al último piso. Andaba por ahí una afanadora cambiando las sábanas de las habitaciones.

—¿Cuál es el cuarto del señor Mairós?

—El de mero arriba.

—Éste es el último piso, ¿no?

—El cuarto de él está en la azotea.

Y a la azotea fui por una escalerilla casi vertical. En la azotea había una especie de cuarto de servicio destinado quizá a guardar triques pero que se había desocupado para que la ocupara alguien que no podía pagar algo mejor. Llamé a la puerta y me abrió Jorge Mairós. Estaba despeinado, vestía una vieja bata llena de roturas y unas pantuflas desgastadas. En el cuarto apenas cabía la cama, con una silla y una mesa pequeña sobre la cual tenía Mairós una parrilla para hacerse la comida. Aquello era imagen clara de pobreza.

Entonces supe lo que son las glorias del teatro: lo mismo que las glorias de la vida, pura apariencia, fantasía e ilusión. Pero en aquella pobreza Mairós reinaba como un rey. A muchos señores ricos he visto luego en sus mansiones: a ninguno he mirado con el señorío de aquel cómico de la lengua cuya pobreza era más digna que la riqueza de otros que andan en ese teatro tan falso de la vida y que jamás han tenido la fortuna de conocer esa auténtica vida que es el teatro.

LAS SEÑORITAS

Don Luterito era un ranchero y sólo una o dos veces iba a la ciudad, cuando otra cosa no podía hacer. Mucho le mortificaba tener que cambiar sus ropas de faena, sus zapatos rudos, campesinos, por el traje atildado de catrín y los inmisericordes botines charolados que le ceñían los pies como instrumento de tortura.

Pero aquella vez tenía don Luterito (Eleutorio se llamaba él, pero don Luterito le decían todos) que ir “al pueblo”. Se sometió al martirio de vestirse y calzarse, y en ruidoso carromato cuyos vaivenes fragorosos sacaban cualquier empacho o mal de ijares hizo el cansado viaje a la ciudad. Debía vender la cosecha de maíz don Luterito, de modo tal que el viaje no se podía evitar.

Caminando, caminando, llegó don Luterito al centro de Saltillo cuando ya pardeaba la tarde, después de que el carromato lo dejara en las orillas de la ciudad. Fue a dar don Luterito a la plaza del Mercado, y ahí encontró a unos tratantes de granos, forasteros, con quienes él en otro tiempo había tenido relaciones. Gozosamente saludaron los comerciantes aquellos a don Luterito, lo invitaron a hospedarse, como ellos, en el hotel Jardín, que frente a la plaza se encontraba. No eran usos aquellos para don Luterito, que siempre se aposentaba en un mesón. Pero la invitación era sobremanera afable, y muy alegres y dicharacheros los tratantes, de modo que don Luterito fue al hotel Jardín. Lo registraron ellos y luego lo llevaron a su habitación, diciéndole que se acomodara convenientemente, que ya lo aguardarían abajo para ir a cenar.

En aquella amigable compañía cenó don Luterito. Después sus acompañantes se despidieron y le dijeron que regresara al hotel, ya que ellos antes de ir a dormir debían ver ciertos negocios. No dejó de extrañar al buen ranchero que tuvieran sus flamantes

amigos negocios a esa hora, pero él también, antes de recogerse en su habitación, fue a caminar por la ciudad. Anduvo viendo los escaparates de las tiendas; se maravilló con los resplandores del alumbrado eléctrico; fue a la Plaza de Armas y concertó su gran reloj de bolsillo con el de la Catedral; se sentó en una banca a contemplar el paso de transeúntes y automóviles.

Cuando sintió que el sueño lo vencía, él, que se acostaba con las gallinas, se dirigió a su hotel. Iba llegando cuando miró que los tratantes en compañía de damas muy pintadas iban también entrando al hotel, juntos todos. Las damas quedaron esperando muy reidoras mientras ellos arreglaban quién sabe qué asunto con el administrador.

Al día siguiente los tratantes se despedían de don Luterito. Y él les preguntó:

—¿Y a mí no me van a pagar nada?

Confusos y sin entender quedaron los comerciantes. ¿Qué era lo que le habían de pagar?

—Bueno —respondió el ingenuo ranchero—, ustedes me trajeron invitado al hotel, igual que a aquellas señoritas, para pasar la noche. Vi esta mañana que a ellas les daban un dinero, y pensé que a lo mejor me lo irían a dar a mí también.

Con grandes carcajadas celebraron los comerciantes la cándida solicitud de don Luterito. No le explicaron los tratos que habían tenido con las damas, muy diferentes de los que antes habían tenido con él, y le dijeron que ya habría ocasión propicia para darle dinero, pero únicamente a cambio de aquel su buen maíz.

Esto que cuento me lo contó una vez don Pilar Dávila, amenísimo conversador. Dios lo tenga en su santo reino.

HISTORIA DE UN ABRIGO

Oscar Wilde es autor de una extraña teoría: no es el arte el que copia a la naturaleza; es la naturaleza la que copia al arte. Jamás, afirma con toda seriedad ese escritor, se habían visto en Inglaterra crepúsculos hermosos, hasta que Turner pintó los suyos y la naturaleza comenzó a imitarlos.

En esa misma línea de ideas, muy bien podría decirse que no es la literatura la que copia a la vida, sino la vida la que copia a la literatura. Guy de Maupassant tiene un hermoso y triste cuento. Trata de una muchacha de condición modesta cuyo esposo es invitado a una fiesta en casa de su rico jefe. Ella, pensando en el bien de su marido, le pide a una amiga de fortuna que le preste un collar a fin de lucirlo en el sarao. Al regresar a su casa se da cuenta de que lo ha perdido. El esposo busca uno igual en una joyería de lujo y lo compra a crédito con el fin de que su mujer pueda devolver la prenda. Dos, tres años, viven en la penuria, pues la mayor parte del sueldo que gana él se les va en pagar los carísimos abonos de la joya. Pasa el tiempo y un día la muchacha le cuenta a su

amiga lo que había sucedido. Ella le revela que el collar era de fantasía: le había costado unos cuantos francos. El carísimo collar que la amiga pobre le había devuelto lo regaló a una criada, pues pensó que era la misma baratija que ella le había prestado.

Con esta historia tiene cierto parecido otra que hace unos días escuché, sacada de la vida real. Sucede que una señora se pasó varios años ahorrando en secreto, pues la ilusión de su vida era tener un abrigo de *mink*. Del gasto de la casa apartaba algunos pesos cada día y los guardaba.

Finalmente logró reunir la cantidad necesaria para comprar aquel valioso abrigo. Pero ¿cómo justificar la adquisición ante su esposo? Se le ocurrió una idea: después de comprarlo fue al Monte de Piedad y lo empeñó. El empleado del montepío se asombró cuando ella le pidió que le fijara a la prenda un valor muy bajo. Luego, de regreso en su casa, le dijo a su marido:

—Encontré tirada en la calle esta boleta de empeño. Parece que todavía está vigente. Ve y rescata la prenda, a ver qué es.

Al día siguiente fue el hombre al Monte de Piedad. Volvió y dijo a su esposa:

—Aquí tienes la prenda que amparaba la boleta que te hallaste.

Y le entregó un viejo abrigo, corriente y desgastado.

Nada pudo decir ella, por supuesto. Se habría traicionado; habrían salido a la luz su mentira y sus robos domésticos. Así, guardó silencio. Lloró, sí, cuando no está su marido, y se pregunta qué fue del hermoso abrigo de *mink* que compró con tanto sacrificio y que jamás pudo lucir.

Yo sé dónde está el abrigo: lo luce ahora la joven secretaria de su esposo. Fue el regalo que él le dio a cambio del que le dio ella, regalo largamente regateado, pero que un abrigo de *mink* pudo por fin lograr. Para su esposa compró en una pulga un abrigo usado. Yo le contaría eso a la señora. Si no se lo cuento es por caridad, por no aumentar su pena.

Qué extraña historia ésta, ¿verdad? No acierto a decir si es trágica o es cómica, y ni siquiera puedo proponer una moraleja para ella, pues no soy moralista. Soy sólo alguien que cuenta historias que le han contado.

EL VIEJO Y EL MUCHACHO

Cierto día don Juan Peruno estaba en la cantina. ¡Qué a gusto se hallaba ahí! Hasta había inventado una ocurrencia que hacía reír mucho a los parroquianos del establecimiento. Cuando llegaba a la cantina abría a todo lo ancho las puertas de persiana y anunciaba con estentórea voz:

—¡Este también es mi mundo!

La frase la había tomado de un popular anuncio comercial en que salía el actor

Anthony Quinn. El uso de esa frase por don Juan para denotar su afición a las cantinas era muy celebrado por la clientela del lugar.

Sucedió que aquel día estaba también en la cantina un individuo joven cuyo nombre era Gualberto, y su apellido Luis. No era de Santa Rosa ese Gualberto, pero se había avecindado ahí. Tenía vacas y ganaba la vida con el comercio de la leche y los quesos que hacía con ésta (y con papa y otros espurios añadidos, sostenía don Juan).

Ya lo dije antes: el señor Peruno era hombre pacífico, de buen natural, afable y amistoso. Tenía eso que la gente dio en llamar “don de gentes”. Pero a ese tal Gualberto Ruiz no lo quería nada. Ni siquiera sabía por qué. La suya era una de esas antipatías que sentimos sin poder explicárnoslas; gratuitas. Nunca le había hecho nada el tal Gualberto, pero don Juan lo detestaba. Porque sí.

La presencia en la cantina de aquel hombre hizo que se encendiera don Peruno. Y dicho encendimiento, claro, causa sed. Así, en vez de las dos cervecitas de uso diario don Juan se tomó tres, y cuatro, y cinco, y seis. En la número siete —cifra cabalística— don Juan empezó a referirse con indirectas al objeto de su malquerencia. Dijo en voz alta que los fuereños venían a quitarles el pan a los de Santa Rosa; que vaya usted a saber por qué caerían ahí, si andarían de juídos por algún robo, o muerte, o sepa Dios; que nomás venían a hacer mala obra a los demás.

Al principio supuso Ruiz que don Juan estaría bromeando, picándolo por juego, pues ya sabía que su natural era travieso y chocarrero. Pero bien pronto advirtió que el hombre hablaba con encono, y como él era el único de fuera que estaba en la cantina se empezó a molestar, tanto que en un momento dado se volvió hacia él y le dijo:

—Oiga, tío Juan.

(Así lo llamó: “tío”. En los pueblos pequeños de Nuevo León se acostumbraba llamar “tío” a los mayores; “primo” a los de igual camada y “sobrino” a los menores, aunque no hubiese entre ellos ninguna relación de parentesco).

—Oiga, tío. Mire que yo vengo de fuera. Me está usted ofendiendo.

Callaron los presentes al oír la reclamación, y pusieron la vista en el viejo. Se sintió él obligado a responder, y lo hizo en forma destemplada. Para abrir boca dijo a Ruiz:

—Vales madre.

Y de ahí para arriba. Lo llamó con adjetivos que la Ley de Imprenta en vigor me impide reproducir aquí, que si no lo haría con gusto, por su sabrosura. Por ejemplo, lo llamó fundillo. Y no le sigo, pues para muestra un botón basta.

El muchacho no era dejado. Pero don Juan era un hombre mayor, ya casi un viejo, y ahí se usaba —y así lo había aprendido él— que a los viejos se les debe respetar hasta en sus necesidades. Así, se limitó a decir:

—Está usted muy tomado, tío Juan. Después hablamos.

Y para evitar mayores daños el muchacho pidió su cuenta, la pagó en silencio y se encaminó hacia la puerta.

Era prudente, con esa prudencia que no es medrosidad sino fuerte contención de sí

mismo. Sin responder salió de la cantina —ahí había tenido lugar el desafuero— y quedó el tío Juan mascullando entre dientes (que es como mejor se puede mascullar) sus pestes y sus pésetes.

Días después iba don Juan a su labor, el azadón al hombro, como siempre, cuando ¿con quién se topa? Pues nada menos que con Gualberto Ruiz, el muchacho a quien había denostado en la taberna. ¡Qué mal encuentro! Venía Gualberto con sus vacas, a las que había llevado al agua, y cuando vio a don Juan puso en el rostro una expresión que al pobre viejo hizo temer lo peor. Y ni cómo evitar el encuentro, pues era angosta la calleja, y para devolverse era muy tarde ya.

—Buenos días, tío Juan.

—Buenos días, sobrino. ¿De 'ónde vienes?

—De darles agua a los animales.

—Qué güeno. Ojalá y hayan bebido a su satisfaición. Bueno, sobrino, ya nos vemos. Muchas saludes en tu casa.

—Espérese, tío Juan. No se me vaya. Repítame 'ora lo que me dijo en la cantina.

—¿Qué te dije, sobrino?

—Cómo que qué me dijo. Pos me insultó; quesque soy esto y l'otro; quesque valgo madre.

—Vieras que no me acuerdo.

—Cómo no. Me dijo la del cabrito.

—No me acuerdo, sobrino.

—Acuérdese, qué no. Hasta me recordó la madre.

—De veras, no me acuerdo.

En eso las vacas se habían adelantado y un par de ellas andaban como queriéndose meter en la huerta de una vecina con fama de enredadora y peleonera. Eso inquietó al muchacho, que un ojo tenía en don Juan y otro en sus vacas. Lo advirtió el tío Juan y aprovechó la coyuntura:

—Bueno, sobrino; a'í nos vimos. Saludes en tu casa.

Y se escurrió pegado a la pared, temeroso hasta de rozarse con el ceñudo Ruiz. Éste no tuvo ya más que dejar al tío para poner en orden su ganado. Don Juan Peruno se alejó de prisa, no fuera que el tal se devolviera y se la hiciera de bronca otra vez. Los vecinos se sorprendieron al verlo caminar tan presuroso —así no caminaba nunca—, y más cuando no se detuvo a saludar a nadie, ni a trabar con ellos la usual conversación. A nadie veía al pasar el tío Juan; iba como si lo siguiera el diablo.

Al filo del mediodía regresó al pueblo. Con cauteloso paso se acercó a la cantina, y con cuidado aún mayor abrió la puerta de persianas y se asomó hacia el interior, dispuesto a la retirada en caso de que su enemigo se encontrara ahí. Por fortuna no estaba Ruiz, de modo que entró don Juan y todavía con el sponcio le pidió al cantinero:

—Dame una cervecita para quitarme el susto, sobrino. ¡Vieras qué trago tan ingrato me acabo de pasar!

—¿Pos qué le sucedió, tío?

—Anda, que me voy encontrando a Gualberto Ruiz en la calle del panteón, y que me reclama lo del otro día, de la vez que le eché maldiciones aquí mero.

—Qué barbaridad, tío. Y usted ¿qué hizo?

Dio un largo trago a su cerveza el tío Juan, se enjugó la boca con la manga de la camisa y respondió.

—¿Pos qué querías que hiciera, sobrino? ¡Metí el no me acuerdo, y ahí me amacicé!

EL MILAGRO

Yo tengo un nuevo amigo viejo. Su nombre no lo digo. Los nombres nada importan. Los hombres sí... El hombre... Y mi amigo es uno de tantos hombres que en todas partes hay, lo mismo al pie del Popocatepetl que del cerro del pueblo. Tú podrías ser ese hombre y él podría ser yo. Mi amigo es como todos... Mi amigo es todos.

Un par de copas de tequila obra milagros. Y si en vez de ser un par son cinco, o seis, o siete; si entre dos hombres —o dos mujeres; o un hombre y una mujer— se acaban una botella de tequila, entonces el milagro se vuelve un río de milagros y por la orilla de la pequeña copa asoma —inédita presencia— la verdad de la vida. Y la de la muerte, que es más compleja verdad.

No digo que para encontrar esa verdad haya que estar borracho. Pero sí un poco borracho. De ideas o sentimientos, que son cosas contrarias pero igualmente útiles; de penas o alegrías, que son contrarias cosas pero útiles igualmente. Por eso quien esto lea debería traer también algunas copas entre pecho y espalda, pues de otro modo pensará que lo que escribo es inventado, o cursi. Cursi posiblemente sí, pero inventado no.

Mi amigo estaba casado. Infelizmente casado, si me piden detalles. Esperó hasta que sus hijos crecieron, y antes de seguir decreciendo él se separó de su mujer. No se divorciaron, porque los dos son muy católicos. Se separaron, que eso sí lo permite la Iglesia. Divorciarse no.

Los hijos eran dos: una muchacha y un muchacho. Ya pasaban de los 20 años. Mi amigo se enteró de que su hija andaba en malas compañías. Quiero decir que la miraban en compañía de un sujeto con fama de galán barato, de esos que prometen matrimonio pero primero dame una prueba de tu amor. Habló él con su mujer y le advirtió el peligro. Ella dijo que la muchacha ya estaba grandecita y que sabría cuidarse sola. Un día él encontró en la calle al individuo. Lo echó contra la pared y apretándole el cuello le dijo que si algo le sucedía a su hija, él lo iba a matar. El galán barato quiso reírse pero no le salió la risa.

Cierta vez mi amigo supo que la muchacha había decidido pasar algunos días en una playa, al fin del mes, con su galán. Otra vez buscó a su esposa y le pidió que disuadiera a

la muchacha del propósito. Ella le dijo que no quería que la muchacha se quedara soltera. Aquélla era una forma tan buena como cualquier otra de pescar marido.

Llamó él a su hija y trató de convencerla de que no hiciera el viaje. Ella le reprochó su abandono —cuyas causas no conocía— y le dijo que no se metiera en su vida. Después le dio la espalda y se marchó.

Esa tarde una vecina de mi amigo, señora ya mayor, le dijo que iba a ir a Europa en peregrinación devota. Visitaría a una Virgen milagrosa que obra prodigios grandes. Mi amigo me dijo el nombre de esa Virgen, pero en mi líquida memoria naufragó. Le dijo a mi amigo la vecina que bastaba escribirle una carta a esa Virgen haciéndole una petición, y ésta se le concedería.

—Pida usted lo que quiera —le dijo. Ella dejaría la carta a los pies de la Virgen taumaturga—. Tenga usted la seguridad —le prometió— que la Señora le hará el milagro que le pida.

Mi amigo escribió la carta: “Virgen Santísima: toma bajo tu amparo a mi hija y concédeme la salvación de su alma”.

Escribió esas palabras porque mi amigo es muy católico y pensaba que a causa de sus devaneos su hija se iba a condenar por toda la eternidad.

Pasó una semana, el tiempo que la mujer le dijo que tardaría en llegar al santuario de la Virgen. Esa noche mi amigo dormía cuando sonó el teléfono de su buró.

—Ha habido un accidente —le informó una voz anónima—. Preséntese en el hospital.

Cuando llegó su hija ya estaba muerta. Un choque en la carretera, cuando iba en su automóvil con el galán barato.

Ésta es la historia. Podría aparecer lo mismo, supongo en *Alarma* que en *Confidencias* o *Vida del Alma*.

—Desde entonces —me cuenta mi nuevo amigo, tan viejo él— todas las noches me despierto a las 3 de la mañana, la hora en que recibí aquella llamada. Los primeros años no podía volver a dormir. Me la pasaba hasta el amanecer leyendo, viendo la tele, haciendo crucigramas. Ahora rezo un poco y me vuelvo a dormir.

—Y ¿por qué rezas? —le pregunto.

Una especie de rebeldía se eriza dentro de mí entre un trago y el otro. Me mira él, sorprendido.

—¿Como por qué? Para darle gracias a la Virgen por el milagro que me hizo. Mi hija se murió, pero no se condenó.

Lo dicho: quien esto lea debería traer también algunas copas entre pecho y espalda. De otro modo pensará que lo que he escrito es inventado, o cursi.

Cursi posiblemente sí.

Pero inventado no.

EL RICO Y EL POBRE

Se hizo construir don Guillermo Purcell, por la calle de Hidalgo, seguramente la más bella finca para habitación que hay en Saltillo. Construida a la inglesa (estilo isabelino, dicen) la casa es de recia cantera y con los techos inclinados para no retener la nieve que en Inglaterra cae mucho y aquí no. Su interior es hermoso, con grandes cámaras umbrías, cada una con una chimenea de metal llena de adornos de hierro forjado. Esa casa quería emular al señor coronel don Teófilo Martínez, a quien se refiere esta anécdota que alguna vez oí:

Era don Teófilo Martínez personaje muy querido en Saltillo. Coronel del ejército republicano, combatió contra los franceses, y en esas acciones ganó medallas numerosas que lucían en las festividades cívicas sobre el severo luto de su frac.

Héroe y todo, jamás pasó don Teófilo recibo de honorarios a la Patria. No ganó riquezas, ni pidió recompensa por sus servicios meritorios. Pobre se fue de Saltillo a combatir, y pobre regresó a esta ciudad.

Se aplicó a los trabajos de la tierra y a los duros afanes de la ganadería. Le dio luego por buscar minas, y en esa búsqueda agotó los caudales que había ganado antes. No desesperaba, sin embargo, el señor coronel don Teófilo Martínez. Confiaba en la Divina Providencia, y con tranquilo sosiego esperaba que el día menos pensado encontraría una rica veta de oro, de plata o ya de pérdida de carbón.

Se soñaba rico y poderoso. No ponía envidia en su mirada cuando veía pasar a don Guillermo Purcell, banquero potentado, hombre de gran fortuna, el más rico entonces de Saltillo. Lo seguía con la vista conforme caminaba don Guillermo hacia su casa, la hermosísima casa estilo inglés que está por la calle de Hidalgo, cerca de la Catedral. Y decía el coronel Martínez:

—Cuando halle la veta madre y sea rico, me voy a mandar hacer una casa al lado de la de don Guillermo Purcell. Pero la voy a hacer más alta que la suya. Así, cuando por las mañanas salga don Guillermo a su balcón, yo, desde el mío, lo voy a mear.

Hacía una pausa el coronel para gozar el embebido asombro de quienes lo escuchaban. Y luego seguía su narración:

—Don Guillermo, pobrecito, volteará hacia arriba, y me preguntará con voz atribulada:

—Señor don Teófilo, ¿por qué me mea usted?

—Y yo le responderé:

—¡Por pobre!

Se regordeaba don Teófilo en la imaginación de sus riquezas venideras, y ya daba por cierta su mina, y por ciertos sus tesoros, y su fabulosa fortuna, y la altísima casa junto a la de don Guillermo Purcell, y ya veía al pobre señor recibiendo aquel diluvio inexorable

que a don Teófilo le alegraba el alma como rocío bienhechor.

AQUÍ Y AHORA

Ahora estoy en el templo de San Juan Nepomuceno. Soy niño, el día de mi primera comunión. El buen padre Secondo nos ha dicho que éste es el día más feliz de nuestras vidas. (Sin ánimo de contradecirlo, y dicho sea con el mayor respeto, he tenido otros días mucho más felices. Y noches también).

Voy con mi trajecito blanco en la fila de niños del colegio. La señorita Petrita, la señorita Graciela y la señorita Amador cuidan de que todos llevemos las manitas juntas. Nos habla el padre Secondo desde el púlpito. Apenas podemos escucharlo: su voz es ronca y débil, trabajosa. Fue capellán del ejército italiano en la Primera Guerra Mundial y respiró en las trincheras el humo de los gases asfixiantes.

Alzo la vista y miro al santo que ocupa el nicho principal en el altar mayor. Ese santo es San Juan Nepomuceno. Nunca decimos “Nepomuceno”. Llegamos nomás hasta San Juan.

—¿De dónde vienes?

—De San Juan.

Ni siquiera Lucita López dice:

—Vengo de San Juan Nepomuceno.

Y es que no hay en Saltillo otro San Juan.

El padre Quiñones, un jesuita con cara de jesuita, nos ha contado la historia de San Juan Nepomuceno: se negó a revelar al rey lo que la reina le decía en el confesonario, y el monarca, en venganza, ordenó que lo ahogaran en el río. Luego el padre Quiñones nos muestra un libro con la biografía del santo. El libro se llama *Un mártir del secreto de la confesión*.

¿Cuánto hace de aquel día que dije? Setenta años. Un ratito. Ha pasado ese rato como pasan las aguas de los ríos. Y ahora yo estoy en un río. Es el Moldavia, en Praga. Camino por el puente del rey Carlos. Ese puente es, a mi ver, el más bello del mundo. Aquel que no lo ha visto, no ha visto ningún puente, así haya cruzado por todos los del Sena, o por el Rialto de Venecia, o por aquel del Tíber que lleva al castillo de San Ángel, o por el Golden Gate de San Francisco.

Este puente de Praga está adornado con 30 hermosísimas estatuas. Son estatuas de santos todas ellas. Está San Cristóbal, el que cargó sobre sus hombros al Niño Dios para llevarlo al otro lado de otro río. (“Un poder tan sin segundo / Cristóbal, reside en vos, / que, cargando al mundo Dios, / vos cargáis a Dios y al mundo”). Está San Ivo, patrono de los abogados. (Rezaba un dicho medieval: *Advocatus et non latro? Res miranda populo*, “¿Abogado y no ladrón? Eso es algo de lo que la gente se sorprende”). Está San

Francisco de Borja, que renunció a las vanidades del mundo al ver el cuerpo de la amada muerta comido por gusanos. (En ninguna parte del mundo la muerte es tan muerte como en España, y tan aleccionadora. Al sepulcro de los reyes en El Escorial se le llama “el pudridero”). Está la Señora Santa Ana, la mamá de la Virgen. Ella enseñó a su hija a leer y a bordar. Los dos son bellos aprendizajes, y útiles. Otros santos hay ahí que acá no conocemos, pero que allá conocen bien: Santa Lutgarda, San Félix de Valois, Santa Ludmila... Y un santo con alburero nombre: San Metodio.

Ahora vemos la estatua de San Juan Nepomuceno (ya estoy hablando como guía de turistas). Es la estatua más visitada entre todas las del puente. Se erigió en el lugar preciso desde el cual el confesor fue echado al río. Delante de ella vuelvo a ser el niño que hizo la primera comunión en el templo de San Juan Nepomuceno... ¡Qué pequeño es el mundo! Y eso no es nada: ¡qué pequeña es la vida!

PECADO CAPITAL... Y SIN INTERÉS

Existen pecados capitales llenos de provincias. La lujuria es uno de ellos; la gula, otro. Ambos son pecados de la carne, ya untada, ya comida. Tienen la ventaja de pertenecer al cuerpo, pobre asnillo, y lo acompañan en su triste suerte: cuando el cuerpo se cansa ellos también se cansan, y acaban por desaparecer. Cierta ministro protestante se jactaba con grandilocuencia de haber matado en su cuerpo al monstruo de la lujuria.

—No es cierto —lo corrigió su esposa—. Ese monstruo murió de muerte natural.

También la gula está sujeta al envejecimiento. A los 20 años el hombre presume de sus triunfos amorosos; a los 30, de sus triunfos económicos; a los 40 y 50, de sus triunfos ante la sociedad... Un sesentón tiene otros motivos de jactancia:

—¿A que no sabes? Anoche cené una torta de huevo con chorizo ¡y no me hizo daño!

En cambio, otros pecados capitales, como la soberbia, la envidia y la avaricia, no son pecados del cuerpo, sino del espíritu. Como el espíritu no muere, ellos tampoco mueren nunca. Acompañan al hombre hasta el final. Don Miguel de Unamuno, aquel severo búho, censuró alguna vez con acritud de puritano los excesos de alcohol y de mujer en que incurría Rubén Darío. Ramón del Valle-Inclán, que había pecado mucho y que por tanto sabía comprender, le dijo:

—Mira, Miguel: los pecados de Rubén son de su cuerpo, y morirán con él. Tú eres soberbio, y la soberbia es mal del alma, eterna. Tu pecado irá contigo hasta la eternidad.

A esa misma ralea de pecados del espíritu pertenece la envidia. De este pecado daba el Padre Ripalda una concisa y precisa definición: “Envidia es tristeza del bien ajeno”.

A los niños de ayer —de antier— se nos enseñaban lecciones de moral con el método

de ejemplificación. Mujeres catequistas con rostros virginales —y lo demás también, seguramente— usaban relatos que se llamaban “ejemplos”, por medio de los cuales presentaban el vicio y la virtud, y mostraban el premio que ésta recibía y las penas que caían sobre los malos.

“Les voy a contar un ejemplo”. Ese anuncio bastaba para que los catecúmenos dejáramos de picarle la espalda u otra parte más al sur al compañero que teníamos delante, y pusiéramos atención.

“Había un avaro que tenía un sótano en su casa. Nada más él podía entrar a ese sótano por una puerta secreta que nadie conocía. Ahí guardaba su dinero, en altos montones de monedas que contaba cada noche, a solas. Un día no se le vio ya más. Fueron sus familiares a buscarlo y no lo hallaron. En vano la policía lo buscó. Al final lo dieron por desaparecido: decía la gente que se lo había llevado el diablo como castigo por su avaricia. Pasaron muchos años. Un día la casa fue derribada para hacer otra. Entonces alguien encontró la puerta secreta. La abrieron. Ahí estaba el esqueleto del avaro. ¿Qué sucedió? Una noche con el aire se le cerró la puerta, y él no la pudo abrir. Murió de hambre y de sed, y fue devorado, aún con vida, por las ratas. Niños: no caigáis nunca ustedes en el feo pecado de la avaricia”.

Así nos decían: “No caigáis nunca ustedes”. Nosotros temblábamos de miedo, y al regresar a casa rompíamos la alcancía de cochinito y nos gastábamos en dulces lo que teníamos ahorrado, no fuera que nos hiciéramos avaros.

Si los pecados se clasificaran por nacionalidad, la avaricia no sería mexicana.

EL AJEDRECISTA

Este hombre tiene una pasión: el ajedrez. Pasión voraz es la de los trebejos, que así se llaman las piezas de ese arduo juego endemoniado. Quien aprende ajedrez a él se aficiona; quien se aficiona al ajedrez, de él se apasiona; quien sufre la pasión del ajedrez todo lo deja por su atracción voraz.

¿Cuántos ajedrecistas se habrán vuelto locos? Ponga usted uno en la primera casilla del tablero; dos en la segunda; cuatro en la tercera; ocho en la cuarta, y así sucesivamente, doblando el número, hasta llegar a la 64. Pues bien: la cifra de los ajedrecistas que se han vuelto locos ni siquiera habrá empezado cuando se multipliquen las locuras en ese último escaque.

Mencionemos sólo a un ajedrecista entre los incontables que han perdido la razón. Es mexicano, se llama Carlos Torre. Carlos Torre Repetto. Yucateco, es el más grande ajedrecista que en México ha nacido. Jugó con los más grandes maestros de su tiempo, y los venció. Es autor de una combinación genial que los comentaristas llamaron “lanzadera”, con la cual tejía una serie de movimientos que desconcertaban a sus rivales

y los llevaban a rendirse.

Pues bien: Carlos Torre llegó loco al final de su vida. Silencioso, perdía la vista en un espacio que sólo él podía ver. A lo mejor miraba el tablero sobre el cual pasó la vida, e imaginaba nuevas jugadas inéditas e irresistibles.

Pero volvamos a este hombre. Tiene —lo dije ya— la pasión del ajedrez. Nada le importa aparte de él. Lo juega en la Sociedad de Artesanos, único sitio donde puede encontrar otros aficionados como él. Corren los años 50. Por las mañanas el ajedrecista da clases en una escuela. Sus clases son muy malas porque él está pensando siempre en el ajedrez. Le da vueltas en el pensamiento a la última partida, la de ayer; quiere saber por qué la perdió. Repasa en la memoria las jugadas; busca encontrar aquella donde se equivocó. ¿En qué momento cometió el fatal error que lo condujo a la derrota? En este momento un alumno hace una pregunta. Nosotros lo escuchamos, pero él no. Ni siquiera lo sacan de su abstracción las risas burlonas de los estudiantes, que lo llaman el *Orate*.

Cuando termina de dar sus clases —esas clases que imparte contra su voluntad, sólo para ganar la vida— se va a la Sociedad. Es la hora del mediodía. No están ahí sus compañeros de ajedrez, esos a quienes ama y odia al mismo tiempo. Los ama porque juega con ellos; los odia porque con ellos juega. En ocasiones los vence, y siente entonces un gozo péfido, una insana alegría, una soberbia prepotente y ruin. En ocasiones ellos lo vencen y entonces pasa días, y aun semanas, poseído por un abatimiento que hace sufrir a su madre y la llena de angustia.

No llegan todavía sus compañeros de juego. Llegarán a eso de las 4 de la tarde; después de la comida y la siesta obligada, saltillera. Él no va a su casa a comer. Pide un tablero y empieza a hacer jugadas solitarias. Quiere inventar un nuevo gambito, letal, sin ninguna posible escapatoria. O si no, se aplica a estudiar un final de peones. Tiene un libro que siempre trae consigo, escrito por un ajedrecista mexicano, el señor Velázquez. Ahí viene una multitud de problemas con mate en dos jugadas, o en tres. Se aplica él a resolver esos problemas; no lo distraen de su tarea las risas, los gritos ni las discusiones de quienes juegan billar en el salón de junto.

Se le ha ido la vida a este hombre. Se le perdió entre los escaques del tablero de ajedrez. La insana pasión por ese juego llegó a dominarlo de tal modo que por él renunció a todo, aun a sí mismo.

Ni siquiera llegó a ser un gran ajedrecista. Para eso se necesita un genio que no tenía él. Alguna vez sus amigos lo animaron a participar en un torneo. Volvió derrotado y abatido: no pudo ganar ni una partida; sólo pudo hacer tablas un juego frente a un muchachillo de 13 años que en la segunda ronda lo venció.

Esa vez juró no volver a jugar ya nunca más. Su madre se alegró mucho y fue a darle gracias al Señor de la Capilla, pues desde hacía años le tenía pedido ese milagro. Pero la dicha de la buena señora duró menos que la veladora que dejó encendida frente al altar del Santo Cristo. Al tercer día el hombre volvió a clavarse en el tablero, aquel territorio de su perdición.

Yo alcancé a conocer al ajedrecista. Era de aventajada estatura y muy delgado; tenía rubicunda la tez y el pelo ralo, de color de arena. Casi no hablaba; cuando lo hacía su voz apenas se podía escuchar. Daba clases en una escuela, ya lo dije, pero en su salón reinaba siempre un caos indescriptible, pues en mitad de la lección recordaba un lance de la partida que jugó el día anterior y empezaba a preguntarse en el pensamiento si debió hacer esa jugada, u otra entre las posibles que combinaba en su imaginación. Entonces enmudecía y se quedaba inmóvil como si estuviera mirando alguna aparición. Una gozosa mañana los estudiantes, al verlo así, abstraído, se fueron saliendo uno por uno del salón, y él ni siquiera se dio cuenta de que se había quedado solo.

Murió cuando no llegaba todavía a los 40 años de edad. Murió de un mal de orina, según dijeron los doctores. Adquirió un grave padecimiento renal porque, aunque estaba muchas horas frente al tablero, bebiendo taza tras taza de café, nunca se levantaba para ir al baño, pues no quería perder la concentración que requería para la siguiente jugada.

Nadie aparte de su madre lo lloró. Los vecinos, que lo consideraban loco, fueron apresuradamente a darle el pésame a la pobre mujer sin hijo ya y luego la dejaron sola con su muerto, pues entonces los velorios se hacían en las casas. Al entierro asistió media docena de familiares que casi no habían conocido al desdichado.

Al día siguiente de su sepelio la señora buscó entre sus papeles. Lo único que encontró fue un centenar de partidas anotadas, algunos problemas de mate en tantas o cuantas jugadas y un raro diseño para cambiar el juego de modo que pudiera jugarse con una esquina del tablero frente a cada jugador, ya que así el rey quedaría en la punta, protegido por todas las demás piezas. Tomó esos papeles la señora, cogió también las piezas y el tablero y lo quemó todo.

Jorge Luis Borges escribió dos o tres sonetos sobre el ajedrez. (Eso de escribir sonetos no deja de ser también un ajedrez). En uno de ellos dice Borges que el jugador mueve las piezas, y otro gran jugador mueve a ese jugador. “¿Qué dios detrás de Dios...?”, pregunta luego. Los poetas responden preguntas que nadie puede contestar, y hacen preguntas que nadie puede responder...

EL SEXO Y SUS COSAS

Si el amor es una cosa esplendorosa, el sexo es una cosa misteriosa. Yo creo que nadie lo entiende bien a bien, ni siquiera esos señores y señoras que ostentan timbres de sexólogos. Un cierto señor de edad, ya muy maduro, fue a un congal, que sin perdón así se llaman en México los prostíbulos, según lo señala con toda propiedad la última edición del diccionario de la Academia. Contrató el senescente caballero los servicios de una daifa. La maturranga hizo improbables esfuerzos para poner a su maduro cliente en aptitud de ejercitar su función de varonía, pero fueron en vano todos sus empeños.

—Ya no te canses, linda —le dijo por fin él—. A esta cosa nomás mi mujer le entiende.

El espíritu humano tiene oscuros enigmas e inextricables laberintos, pero el cuerpo no se queda atrás. Y como siempre andan juntos, y nunca están separados uno del otro, como los dos arbolitos de la canción, y sólo la muerte los aparta, entonces los misterios de ambos se combinan y es aquello un enredo que no podría descifrar el mismísimo Aristóteles si resucitara sólo para ello.

Digo todo eso a propósito de una galana anécdota que oí. Trata de un hombre a quien llamaban *Coco*. Agricultor de oficio, vivía en un pequeño pueblo. En cierta ocasión viajó a la ciudad con tres amigos y fueron los cuatro a una casa de mala nota. No era de mucha calidad el establecimiento, pero ahí los llevó el taxista a quien pidieron les recomendara un sitio de nocturna diversión. Las mujeres que prestaban sus servicios en el lugar aquel ya eran maduras, casi todas ellas entradas en carnes. Había una, sin embargo, jovencita, de 16 o 17 años: cuerpo fino, cintura cimbreante, enhiesta grupa y blonda cabellera. *Coco* era el más guapo de los recién llegados. Típico norteamericano adinerado, lucía sombrero texano de la mejor calidad, camisa a cuadros, pantalón vaquero, cinto de hebilla reluciente y botas de alto tacón y puntiagudas. La muchachita puso en él los ojos, y *Coco* la sacó a bailar.

Los cantineros de los congaes, ya se sabe, son hombres de gran sabiduría. Yo digo que hay dos lugares donde se aprende mucho acerca de la naturaleza humana: el primero es el confesionario, el segundo es una cantina congaera. Prudente, el cantinero quiso prever cualquier suceso ingrato. Se dirigió a los amigos de *Coco*, que miraban con gran envidia a su camarada, el cual giraba con mucho ritmo de cadera llevando en sus brazos a aquella ninfa encantadora a los acordes de un sabroso danzón arrabalero.

—Oigan —les dijo el de la barra—, la persona con quien su amigo anda bailando no es mujer: es hombre.

Desde su sitio los amigos empezaron a advertirle a *Coco* el trance en que se había metido. Le decían una y otra vez:

—¡*Coco*, es hombre!

Coco, sonriente, les respondía con la señal que sirve para expresar buen éxito y ventura. Esa señal consiste en mostrar el puño con el dedo pulgar bien levantado. ¿Por qué les contestaba así? Porque en vez de oír: “¡*Coco*, es hombre!”, él oía: “¡*Coco* es hombre!” Pensaba que los gritos de sus amigos eran un reconocimiento a su prestancia varonil, al hecho de andar bailando con la mejor hembra del local.

Sonreía y los saludaba levantando el dedo pulgar en ademán de triunfo, pues él bailaba con una chica guapa mientras los demás parroquianos lo hacían con las gordas y añosas daifas que en el congal hacían comercio con su cuerpo.

—¡*Coco*, es hombre! —volvían a gritarle sus amigos para hacerle saber el trance en que se había metido.

Inútil: *Coco* no captaba la advertencia; sonreía de nuevo con aire de victoria y

levantaba otra vez en triunfo su pulgar.

Por fin uno de los amigos, preocupado por el honor de su compañero, se coló por entre los bailadores y llegó hasta *Coco*. Al oído le transmitió el mensaje: la muchacha con que bailaba no era muchacha; era un travesti, un joto.

Esperaban los amigos que al oír la noticia *Coco* ardería en cólera y arrojaría lejos de sí al travesti con empujón violento. A lo mejor hasta le daría de cachetadas por el atrevimiento de no dar a conocer su condición desde un principio. Para sorpresa de los camaradas, *Coco* se limitó a manifestar con un movimiento de cabeza que había entendido el mensaje. Lejos de rechazar a su pareja, siguió bailando con el mozalbete y no sólo terminó la pieza, sino bailó con él otras dos o tres. O cuatro, ya no sé. Al terminar la última se despidió con bastante cortesía del travesti y regresó muy orondo a donde lo esperaban, asombrados, sus amigos.

—¡*Coco*! —le dijo uno con tono al mismo tiempo de indignación y escándalo—. ¿Entendiste lo que te fui a decir? ¿Te diste cuenta de que no estabas bailando con mujer, sino con hombre?

—Sí entendí —respondió tranquilamente *Coco*—, y supe bien lo que me habías dicho.

—Y entonces —exclamó el otro boquiabierto al oír tal contestación—, ¿por qué seguiste bailando con el joto?

—Por tres razones —dijo *Coco*—. La primera, porque ya le había pagado cinco piezas, y me faltaban tres. La segunda, porque la música estaba muy sabrosa. —Hizo una pausa, y luego enunció la última causa—: Y la tercera, porque está bonitillo el güey.

Díganme ustedes ahora, amigos míos, si no es cierto lo que dije, que eso del sexo tiene meandros muy sinuosos y enigmas difíciles de dilucidar. *Coco* era muy hombre, ranchero bien bragado. De su virilidad nadie podía dudar. Y sin embargo salió con la embajada de que el güey estaba bonitillo, y aun a sabiendas de que lo hacía con un travesti siguió moviendo el bote. Yo no sé... Misterios de la naturaleza humana.

LAS MUSAS DE LA NOCHE

Crónicas de la Cueva de Altamira narran que cierto día un cazador de la Edad de Piedra dio muerte a un tigre sable y le quitó la hermosa y fina piel. Una mujer vio aquella piel y fue tras el troglodita. Poco después volvió a su cueva. Llevaba consigo la piel de tigre. Muy orgullosa dijo a las demás mujeres al tiempo que les mostraba la preciada prenda:

—¡Chicas! ¡Acabo de inventar la profesión más antigua del mundo!

Quizá el relato sea apócrifo —todo lo indica así—, pero ilustra muy bien la idea de que la profesión de las damas de la noche es casi tan vieja como la especie humana. Es, además, una noble profesión que en algo se parece a la del teatro: ambas —lo dijo

Groucho Marx— son echadas a perder por las aficionadas.

No sé cómo sean ahora, pero en mis tiempos esas muchachas eran muy decentes. Casi todas profesaban una especie de rara castidad en virtud —virtud dije— de la cual se negaban en forma terminante a incurrir en cualquier heterodoxia. Si hubieran visto, por ejemplo, las posturas que se describen en el *Kama Sutra* seguramente se habrían ruborizado, o habrían arrojado lejos de sí, con escándalo e indignación, aquel pecaminoso libro.

Otra virtud adicional de aquellas señoras: ninguna se dejaba besar. Para ellas su boca era sagrada, más que la oculta parte de su cuerpo que ponían a disposición de la clientela. Sólo daban sus besos al chulo o gigoló a quien amaban con el triste amor de las rameras, amor tanto más apasionado cuanto más canalla y fementido era el rufián. Los pleitos de prostitutas por el amor de un cinturita eran feroces. En mi agitada juventud en la Ciudad de México oí todavía hablar, como de un combate épico, de la pelea que sostuvieron durante varias horas, en los llanos de Balbuena, dos mujeres del cabaret El Waikiki que se disputaban los favores de Pepe Cora, el *Colocolo*, famoso chulo de la Capital. Este tal *Colocolo* medía más de dos metros de estatura y era muy guapo: se parecía a Johnny Weissmuller, el Tarzán de las películas. De ahí viene la costumbre, ya desaparecida, de llamar “tarzanes” a los cinturitas, y también por el pelo largo que llevaban.

Pues bien: esas dos “bravas hembras” —la expresión en este caso es obligada— se despojaron de sus prendas exteriores y, cubiertas sólo por las dos interiores, lucharon a puñetazos, mordidas, patadas, arañazos... Ninguna salió vencedora de aquel terrible enfrentamiento de mujeres enamoradas y celosas. Se hubiesen matado las dos frente al corro de imbéciles que las veían si no es porque alguien fue a dar aviso de la pelea al español Mocelo, propietario del cabaret. El hombre llegó apresuradamente, separó a sus dos pupilas ante las protestas de los espectadores y las llevó al hospital, pues las dos habían perdido tanta sangre que no se podían ya tener en pie.

Desde luego en mi ciudad nunca se vio semejante atrocidad. Aquí las muchachas eran de natural pacífico. Casi todas venían de los ranchos y les daba bastante pena lo que hacían. Muchas ni siquiera se avenían a desvestirse del todo, y le decían al cliente con tímida humildad: “Si gusta así como le digo, joven, vamos; pero si no, vaya con otra”. Todas tenían en sus cuartitos —llamados “accesorias”— un pequeño altar con imágenes de vírgenes y santos ante las cuales temblaba la llama de una veladora. Cuando aquellas pobres musas iban a hacer lo que tenían que hacer se persignaban siempre, y luego volteaban hacia la pared las imágenes y estampas a fin de que los celestiales protectores no miraran el pecado que ahí se iba a cometer.

Casi todas esas pobres mujeres deben haber pasado ya a mejor vida. Y digo a mejor vida porque seguramente todas se fueron derechito al Cielo. Las penas que habían de sufrir las sufrieron aquí abajo. Lo demás —Dios es infinitamente bueno— tiene que haber sido para ellas eterna bienaventuranza. Así fuera también para nosotros.

EL QUINTO MANDAMIENTO

Hace unos años fui invitado a ser padrino de bautizo de un niño. De 100 he sido ya: cada niño que uno lleva a cristianar, dice la piadosa conseja, es un peldaño para subir al Cielo. Yo necesito muchos, y más porque siento que voy subiendo por una escalera eléctrica que baja.

El bautizo, colectivo, fue en la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Antes del sacramento dos lindas monjitas, sus hábitos tan blancos y tan limpios como su alma, nos reunieron a padres y padrinos en un vasto salón, a fin de recordarnos las eternas verdades de la religión.

¡Qué dulces suenan las teologías en boca de monjita! En esos labios de virgen podrían florecer hasta las arideces de Tomás de Aquino. Las palabras de las hermanas, humildes como ellas, me iban cayendo como blancos guijarros que una niña tirara al fondo de un pozo de oscuras aguas legamosas.

No hay que decir chismes ni murmurar del prójimo, nos dijo una de las palomas predicatoras. Y contó un “ejemplo”. Cierta mala mujer le levantó un falso testimonio a su honrada vecina. Cuando se fue a confesar, por Pascua Florida, le confesó su pecado al sacerdote.

—De penitencia —le dijo éste— subirás al campanario de la iglesia con un costal de plumas, y desde arriba las echarás al viento.

—¡Qué fácil penitencia! —se alegró socarrona, la mujer.

—No he acabado —continuó el sacerdote—. Después las recogerás una por una hasta que el costal quede lleno otra vez.

Así es la calumnia, explicó la monjita, como un saco de plumas que arrojamus al aire y que luego es imposible recoger.

Nos hicieron recordar las catequistas los Diez Mandamientos de la Ley de Dios. Los cinco de la Iglesia que aprendí de los padres de San Juan —“Pagar diezmos y primicias a la Iglesia de Dios”, y los demás— ya nadie los recuerda. Pero del Decálogo sí nos acordamos todos. ¿Cómo podemos quebrantar los Mandamientos si no los sabemos de memoria? Al hacernos repasar uno por uno los preceptos, como a escolares que recitaran las tablas de multiplicación, las madrecitas que en aquel día de bautizo nos explicaron los mandamientos me hicieron pensar en una mamá que aprovechara el momento de bañar a su hijo para darle buenos consejos.

En ese preciso instante irrumpió la vida en aquel salón. Estaba diciendo la monjita que debemos aprender a interpretar las leyes divinas. Por ejemplo: el séptimo mandamiento, “No robar”, no se refiere solamente al robo de cosas o dinero. Un marido que llega tarde a casa le roba la tranquilidad a su señora. Un maestro que falta a sus clases o no las prepara bien les roba saber a sus alumnos.

—Lo mismo sucede con el quinto mandamiento —dijo la hermana—. Ordena “No matar”. Todos pensamos que se refiere a dar muerte a una persona...

Pienso que la monjita iba a decir en seguida que nadie de los que estábamos ahí había matado a un ser humano, pero que a lo mejor habíamos matado la fe de alguien, o su buen nombre, o algo así. Para explicar eso preguntó alegremente, segura de la general respuesta negativa:

—A ver, ¿quién de aquí ha matado a alguien?

Y fue entonces cuando la vida escribió su cuento para mí. En la tercera fila una mujer alzó la mano. No dijo nada. Dócil, con la mansedumbre de quien ha oído que a una persona de la Iglesia no se le debe ocultar nada, ella levantó la mano delante de las 200 almas ahí presentes. Lo hizo con serenidad, sin turbarse, segura de que todos los que nos hallábamos ahí estábamos en calidad de eso, de almas, y que por tanto no corría ni siquiera el mínimo peligro de la murmuración. Se hizo un hondo silencio. La monjita se turbó toda. Y entonces la vida puso una línea de humor a fin de resolver la situación:

—Bueno —señaló la madre, como quitándole importancia a la cuestión—, sí hay aquí quien ha matado, pero es nada más una persona.

Y luego nos pidió que pasáramos todos a la iglesia.

Yo creo que a lo mejor así será el Juicio Final. Estará ahí el Supremo Juez, y a su lado San Miguel, que pesará las obras buenas y malas de los hombres en una balanza. Así se le representaba en el siglo XIII, sin arreos militares todavía. Juntos a ellos estarán las 14 beatitudes: siete las del cuerpo, y las del alma siete: Belleza, Agilidad, Fuerza, Libertad, Salud, Voluntad y Longevidad las corporales; Sabiduría, Amistad, Concordia, Honor, Poder, Paz y Alegría las pertenecientes al espíritu. Preguntará el Señor quién ha pecado, y todos a una levantaremos la mano. Se turbará Él un poco, y dirá luego:

—Bueno, sí hay aquí quien ha pecado, pero es nada más una persona: el Hombre.

Así dirá, y luego nos pedirá que entremos todos en su casa.

Que así sea.

LA RECETA DE LA FELICIDAD

“El dinero no compra la felicidad. Sobre todo si es poco”.

He ahí una de las más celebradas frases de mi llorado amigo Ernesto Tijerina. (Otra es: “Un pendejo callado es oro molido”).

El dinero no compra la felicidad, es cierto, pero sí ayuda a alquilar ratitos de ella. Dicho de otra manera: con dinero no se puede comprar felicidad, pero sí se puede comprar una buena casa, y un buen coche, y tres buenas comidas cada día, y unos zapatos cómodos, y un televisor con pantalla gigante y sonido estereofónico, y una docena de libros excelentes, y un viaje a Nueva York o a París, y una botella de buen

vino... Si todas esas cosas no hacen la felicidad, tampoco nadie podrá acusarlas de que la deshacen.

Yo soy feliz la mayor parte del tiempo. Digamos, 23 horas cada día. Buen promedio. Uno de mis abuelos inventó una “Receta de la felicidad”. Quien la siga podrá aspirar a ser razonablemente feliz. O irrazonablemente, que también sin necesidad de la razón se puede ser dichoso. Según mi abuelo, para ser feliz hay que hacer esto:

*Beber sin emborracharse.
Amar sin sufrir pasión.
Comer sin indigestarse...
Y a veces desbalagarse,
pero con gran discreción
y sin desacreditarse.*

A los profesionales de la religión les disgusta que la gente sea feliz. Eso va contra el negocio. Lo suyo es el sufrimiento. A más dolor más dólares. En cierta ocasión un predicador felicitó a Groucho Marx:

—Gracias por todo el gozo que han puesto ustedes en el mundo.

Respondió él:

—Es para compensar, siquiera en parte, todo el gozo que ustedes le han quitado.

Seremos más felices si pensamos que la felicidad no es tanto algo que se vive como algo que se recuerda. Debemos vivir en buena parte, entonces, para hacer recuerdos. Al final, según me han dicho, eso es lo único que queda. Vi una vez una caricatura de Quino que me enseñó acerca de la felicidad más que todos los volúmenes que tratan el tema. En medio de una muchedumbre de hombres con gesto indiferente y mujeres con mirada inexpresiva camina un viejecito. Bajo el brazo lleva el antiguo retrato de una corista de sus tiempos. Sonríe el viejecito: el recuerdo de su pasado amor —quizá amor de una noche— le ilumina el rostro y pinta su figura de colores entre lo gris de todo lo demás.

Una cosa he aprendido cuya enunciación puede sonar a Amado Nervo: la mejor forma de conseguir la felicidad es darla. (En singular, por favor). Si haces felices a dos personas, lo más probable es que una de ellas seas tú. Los ricos piensan que los pobres son felices por el hecho de ser pobres —la camisa del hombre feliz, etcétera—, y los pobres piensan que los ricos son felices por el hecho de ser ricos —la revista *Hola*, etcétera—. Ambos están equivocados. La felicidad está a medio camino entre lo no tanto y lo no tan poco. A eso llamaban los latinos *aurea mediocritas*. Eso no quiere decir, como suponen muchos, “la dorada mediocridad”. Significa “el dorado punto medio”.

Juguemos a ser felices, pues. A lo mejor eso es la felicidad: un juego. Pero seguramente no es un solitario. Es juego de ver juntos y de juntos beber; es de reír juntos y de juntos llorar... Si “tú” y “yo” nos hacemos “nosotros”, seremos más felices. Juego de palabras, me dirás. Posiblemente. Pero, lo dije ya, esto de la felicidad es un

juego. ¿Jugamos?

ROSAS PARA UNA SEÑORA

La víspera de la Navidad le mandé 50 rosas a una dama. Luego, cuando la tuve cerca, la llené de piropos. Le dije que era amable y admirable; la llamé “reina”; la comparé con una torre, un trono, un espejo...

Estoy diciendo que recé mi rosario en Nochebuena. Dije 50 avemarías, otras tantas rosas para esa hermosa dama que es la Virgen. Y recité la letanía, engarce de piropos, morosa relación de las bellezas de la más bella entre todas las mujeres.

Tanto me gusta el rosario que ni siquiera me siento hipócrita al rezarlo. Hay algo de medieval en él; un antiguo sabor de joglería. Es como una serenata ante el balcón de una princesa, sólo que esa princesa tiene por balcón al cielo, y en la tierra un escabel para apoyar el pie.

Yo soy su enamorado. Digo su nombre al despertar y otra vez lo pronuncio por la noche en el umbral del sueño. En mis moradas tengo su retrato, su varia imagen tan infinitamente femenina: Guadalupe, Socorro, Carmen, Pilar, Luz, Esperanza, Concepción, Rosario, Lourdes, Paloma, Nieves, Refugio, Soledad...

La más grande oración, nadie lo duda, es la del Padre Nuestro. El propio Jesús nos la enseñó. ¿Puede haber plegaria más alta? Más alta no, pero más bella sí. Por eso los músicos le siguen poniendo música a la preciosa letra que pronunció el arcángel: *Ave Maria, gratia plena...*

Otros poemas ha inspirado ese amor: la Salve, tan cara a Ramón López Velarde, y aquella de mil 500 años: “Bajo tu amparo nos acogemos...” *Sub consilium tuum...*

Y la leyenda... Aquellos *Milagros de Nuestra Señora* que cantó Berceo, uno tras otro ingenuos cuentos como las cuentas del rosario. Y la antañona historia venida de la Francia, la del juglar acusado de haber robado un escarpín de plata de la Virgen.

—Ella me lo regaló.

—¡Ladrón! ¡Sacrílego! ¡A la horca!

Y pide el pobre artista que antes de darle muerte lo dejen bailar frente a la imagen de la Señora: no sabe otra oración más que su danza. Y baila, y la Virgen sonríe, y delicadamente mueve el pie para dejar caer el otro escarpín, premio de la adorada a su amador.

En toda mujer hay una virgen que dura para siempre, y hay una madre aunque no tenga hijos. Yo amo a la Virgen porque es mujer, y amo a las mujeres porque todas son un reflejo de la Virgen, sin excluir a las vírgenes de medianoche a las que con inspirado acento cantó don Daniel Santos. Bajo su amparo —bajo el amparo de alguna mujer— vamos siempre los hombres por la vida. Como a la Virgen, también a ellas les pedimos

que nos cubran con su manto. Perdidos somos sin esa protección al mismo tiempo terrena y celestial.

Ya se pueden reír mis amigos. A sus risas contestaré entonando el recio himno “¡Mexicanos, volad presurosos, del pendón de la Virgen en pos!” Mariano soy por parte de padre y madre. Es de lo poco bueno que hay en mí. Quiero ir atado por la suave cadena de un rosario y pasar por el mundo entre un cortejo de advocaciones presidido por Nuestra Señora del Carmen y por mi señora María de la Luz. Y el día que esta vida se me acabe y me empiece otra quiero irme de la mano de una mujer que ha sido para mí como una Virgen y llegar de la mano de una Virgen que me ha cuidado siempre con suaves ternuras de mujer. Así sea.

AMORES PERROS, AMORES GATOS

Esta historia es una historia de amor. Eso la hace interesante. Y es una historia de amor prohibido. Eso la hace más interesante todavía.

Habrà que preguntar primero si hay amores prohibidos. Lo dudo, dicho con el mayor respeto para el amor legal. ¿Amores prohibidos? La autoridad correspondiente nos puede prohibir estacionar el coche aquí o allá, pero ¿quién le puede prohibir al corazón que se estacione donde le dé la gana? Hay sinrazones del corazón que la razón no conoce.

Ahora bien: no siempre debemos culpar al corazón. En esto de los amores prohibidos generalmente las entrepiernas tienen que ver más que la calumniada víscera cardíaca. Y es más fuerte esa parte corporal: a veces el corazón te da tiempo de pensar, pero la entrepierna no. Es muy difícil dejar de oír el antiguo llamado de la selva, que es el llamado del instinto, que es el llamado de la naturaleza, que es el llamado de la vida. Y contra eso no hay ley que valga, ni de la Iglesia ni de la sociedad. Sólo la edad nos vuelve un poco sordos a esa voz. Pero como ahora hay medicinas y aparatos para contrarrestar la sordera...

Sucede que este hombre joven, casado y con familia, conoció a una muchacha. La conoció en el sentido en que el Génesis dice que Adán conoció a Eva. Y además la reconoció una y otra vez, pues conocerla era ejercicio placentero. Sólo que aquí sucede lo que con los ladrones: tarde o temprano cometen algún error que los delata. La comparación del amante furtivo con el ladrón no es mía; pertenece al Derecho Romano. Los descendientes de Rómulo y Remo le daban más importancia al derecho de propiedad que a la moral, y castigaban el adulterio del marido no por haber faltado a la fidelidad, sino por robarle a su esposa —para depositarlos en otra mujer— los líquidos vitales varoniles, líquidos que por virtud del contrato matrimonial le pertenecían en propiedad legítima a la cónyuge.

Resígnense, entonces, quienes en malos pasos andan: tarde o temprano serán

descubiertos. Lo que digo no es acre admonición de moralista: es dato con validez científica probada. Siempre sucede. Así que vayan buscando desde ahora una explicación plausible. Lo mejor es negar todo, y amacizarse en esa negativa.

—¡Pero si con mis propios ojos te vi con esa vieja, descarado!

—Mi vida: ¿les vas a creer más a tus ojos que a mí?

Lo que lleva a la perdición es la confianza, es pensar que nadie te va a ver. Es como cuando te emborrachas: te sientes invisible. Por eso los entrepiernados no tardan en abandonar la cautela, y se traicionan. Después de ser cuidadosos por un tiempo, quienes andan en plan húmedo dejan el discreto nido de amor y salen a los lugares públicos. Ése es su Waterloo: no pasa mucho tiempo sin que alguien —casi siempre una mujer— los vea y vaya con el chisme.

—Señora, no tengo el gusto de conocerla, pero fíjese que su marido...

Prosigo con la historia. Aquel hombre que dije conoció a una muchacha. Después del necesario discreteo, ella le pidió que la llevara a comer en un restorán de nota. Accedió el galán: la chica le daba dos cosas, ¿por qué negarle una? A cambio del placer y de la compañía que ella le brindaba (las dos cosas que dije), bien podía él obsequiar aquel sencillo deseo. No sabía el insensato lo que le esperaba.

Le llaman “la comezón del séptimo año”. Es la que siente el varón casado al llegar al año siete de su matrimonio. Desde luego el plazo no es fatal. La gana se puede presentar al fin del primer año, o del segundo. A algunos se les presenta al cumplirse un mes del desposorio, y casos he sabido de otros a quienes esa comezón les pegó en su viaje de luna de miel.

Consiste esa comezón en el deseo de probar otra fruta a más de la del huerto propio. Algunos varones son capaces de resistir la tentación; otros, por el contrario, se rinden sin pelear. Piensan que las tentaciones son para caer en ellas.

¿Cuántos años tendría de casado este joven marido de mi historia? No lo sé. Pero le dio la comezón y se rascó. Quiero decir que cedió a ella. Se dio a ella.

El que no puede ser casto debe ser cauto. Si actuando con precaución las cosas acaban por descubrirse siempre, qué no sucederá si no hay cuidado. El apocalipsis.

He oído que en el Juicio Final cada uno de nosotros será llamado —supongo que por orden alfabético—, y un ángel leerá con voz potente la relación de nuestros pecados. ¡Qué bochorno! Ya me imagino: “El día 23 de octubre de 1975 estuvo en el cuarto 10 del motel Royal con Fulanita”. Y ahí tu esposa, y el marido de Fulanita, y tu mamá, y la de ella, y la tía Etelvina, y el señor director del colegio al que fuiste cuando niño, y todos. Nomás de pensarlo me brota un sudor frío. Ojalá haya semáforo, como en la aduana, y que me toque el verde, para poder pasar sin revisión.

Fueron, pues, los dos personajes de mi historia al restorán que dije. Ella sonreía, feliz de hallarse ahí. Él llevaba la cara que siempre ponen los que andan en plan húmedo. Son inconfundibles: miran de “sololayo” —que es de soslayo, pero más soslayado— por ver si hay alguien conocido; caminan como sobre huevos, casi sin pisar el suelo; escogen la

mesa del rincón y se sientan de cara a la pared. Con eso se delatan. Preferible es a veces el cinismo. Si actúas con naturalidad y desparpajo la gente piensa que estás en una cita de negocios. Como ahora hay mujeres ejecutivas, eso ayuda.

Al marido de mi cuento le tocó mala suerte: estaba en el restorán una hermana de su esposa. Lo vio la cuñada y le puso una cara como para pedir la cuenta antes de ver la carta. El infiel, sin embargo, actuó con sangre fría y fue a saludar a la cuñadita.

—¡Cabrón! —le dijo ella a modo de saludo—. ¿Cómo te atreves a hacerle esto a mi hermana?

Él no perdió la calma. Respondió:

—¿No sabes que ella y yo nos vamos a divorciar?

La otra se consternó.

—¿Cómo? —preguntó con afligido tono.

Pensó en su hermana, en sus sobrinitos...

—Bueno —completó él—. De ti depende.

La cuñada entendió las cosas y no dijo nada. Guardó el secreto, con lo cual hizo muy bien. Y aquí termina esta historia. Tiene, como se ve, final feliz. No todas lo tienen.

AMOR DE MADRE

Edipo era un buen hijo: quería mucho a su mamá. Además se lo demostraba. Entiendo que todas las noches. Y a veces también en la mañana. Llegaba tarde a la escuela y el profesor le preguntaba:

—¿Por qué te retrasaste, Edipo?

—Disculpe usted, maestro —respondía él—. Es que mi mamá me dio el besito de la despedida, y nos picamos.

Desde luego la mamá de Edipo no era una cabecita blanca al estilo de doña Sara García, por mencionar a la última que en el mundo se dejó las canas sin pintar. Yocasta, que así se llamaba la señora, estaba de muy buen ver por todos los rumbos cardinales. Cuando se filmó la vida de Edipo el papel de Yocasta lo hizo Silvana Mangano. Con eso les digo todo.

La historia de Edipo es conocida. Cuando nació los arúspices le dijeron a su padre, Layo, que él moriría a manos de su hijo, y que además éste tendría amores con su madre. Para evitar tales problemas Layo mandó matar al niño. Los sicarios, compadecidos del pequeño, lo abandonaron en un bosque y le llevaron al rey el corazón de un cervatillo. Hagan ustedes de cuenta Blanca Nieves, pero sin enanos. Un pastor recogió al niño. Tan lindo y bonito era que luego lo adoptó la reina de Corinto.

Creció Edipo. Cierta día iba por un camino y se topó con un hombre que le cerró el paso. Se hicieron de palabras, y Edipo linda y bonitamente lo mató. (Ya dije arriba que

era muy lindo y muy bonito). El hombre resultó ser Layo, su padre. La fatal predicción se había cumplido.

Tiempo después Edipo mató a la Esfinge, un monstruo mitad león, mitad mujer. Le hizo frente, por más que adelante estaba la parte más peligrosa de las dos —la de mujer—, y la venció. En recompensa, la reina de Tebas se casó con él. Esa reina era Yocasta, la mamá de Edipo. Se había cumplido la fatal predicción.

El final es triste. En castigo por haber dado muerte a su padre y haber hecho cositas con su madre, los dioses —ya se sabe cómo son los dioses— enviaron sobre Tebas una terrible peste. Para castigar a uno jodieron a 50 mil. ¡Pobres tebanos! Con eso de la peste todos tenían que andar con la nariz tapada. Pensaron al principio que era el drenaje, pero no: eran los dioses. Edipo supo que el culpable era él y se sacó los ojos. Yocasta, desesperada, se quitó la vida, pues ya no tenía a nadie que le dijera: “¡Mamacita!”

Con todo, a Edipo le debemos dos cosas importantes. Respondió a la primera adivinanza de que se tiene noticia: “¿Cuál es el animal que por la mañana anda en cuatro patas, al mediodía en dos, y por la tarde en tres?” Es el hombre, que de niño gatea, en la edad adulta camina sobre sus dos piernas y ya viejo se apoya en un bastón. Esa adivinanza la decía la Esfinge a los caminantes que pasaban, y a todos se los comía, pues ninguno le daba la contestación. Edipo atinó, y la Esfinge, en paroxismo de furor, se arrojó al mar.

La otra aportación de Edipo fue en beneficio de los siquiátras: que sacan del complejo de Edipo el 90 por ciento de sus ingresos.

Estoy hablando de ese personaje porque voy a contar la historia de un hombre que sufrió un caso muy interesante de complejo de Edipo.

“Dinero mata carita, y rollo mata dinero”.

Así reza un apotegma usado por los muchachos de hoy. Significa que un hombre guapo tiene muchas posibilidades de conseguir los favores de una dama, pero uno rico tiene más posibilidades aún. Sin embargo, un cortejador con labia y palabra seductora —a eso se llama “rollo”— los vencerá a los dos en cualquier amorosa lid. “La mujer y la gata —lo dice otro refrán—, de quien la trata”.

Es cierta esa sentencia. Yo tengo para mí que don Juan Tenorio no ha de haber sido un Robert Redford. Tampoco sería un Boris Karloff, estoy de acuerdo, pero debe haber estado en un sencillo término medio. Ni un Adonis ni un Picio. Y sin embargo ninguna mujer se le resistió, ni siquiera doña Inés, que era monjita. ¿Por qué? Porque sabía cómo hablarles a las damas. Un poeta hubo cuyo nombre me callaré por razones que tú, lector, entenderás. Era bajito de estatura y un poco regordete, y sin embargo tenía una suerte extraordinaria en cosas de amores y amoríos. Decía él: “Lo único que necesito es que la mujer a quien cortejo me dé la oportunidad de hablar. Lo demás corre por mi cuenta”.

La historia que voy a contar es la de un hombre joven que no sólo era guapo: era guapísimo. Lo describiré en forma sumaria, para no dar lugar a malas interpretaciones. Era alto y moreno; tenía los ojos verdes y un fino bigotito que por los tiempos del relato

estaba muy de moda. Además disponía de dinero, pues era gran vendedor, y laborioso. Como si todo eso fuera poco poseía palabra seductora: era atento y cortés. Y otra cualidad había en él, que gusta mucho a las señoras (y a las señoritas más): era —así se dice ahora— “detallista”. Eso significa que al tratar a las damas tenía con ellas detalles de esos que a cualquier mujer le encantan: les llevaba una flor; un pequeño presente; les decía cosas de agrado a sus oídos... Así era aquel galán.

No cabe duda: a unos Diosito les da de más; a otros de menos. ¡Qué afortunado en amores era él! Alguna vez le pedimos la cifra, siquiera aproximada, de las mujeres que habían caído en sus brazos. No recordaba el número. Y aquello no era jactancia o presunción; era simplemente mala memoria. Hay un curioso libro escrito por Manuel M. Flores, el hombre a quien amó Rosario la de Acuña. Se llama *Rosas caídas*. En esa obra autobiográfica el poeta poblano hace el relato de todas sus conquistas amorosas. Creo recordar que fueron 30 mujeres las que poseyó.

Pues bien: este amigo mío superaba, y por mucho, el mencionado número. Alcanzó los favores lo mismo de encopetadas señoras de la más alta sociedad que de humildes muchachas de barriada. “Desde una princesa real a la hija de un pescador...” La única condición que ponía era que fueran hermosas.

Pues bien: aquel gran Casanova, ese guapo seductor, terminó casándose con una mujer fea, feísima. Y no se piense que era rica esa mujer: pertenecía a la clase media baja. Además le llevaba cuatro o cinco años a mi amigo. Un día le preguntamos, asombrados, procurando no ofender:

—¿Por qué te casaste con ella?

Y contestó:

—Porque se parece a mi mamá.

Complejo de Edipo, ni más ni menos. Las mitologías, que algunos creen objetos del pasado, son siempre cosa modernísima y actual.

CONFUSIÓN

A veces la amable gente me pregunta de dónde saco tantas cosas para llenar con ellas mis artículos en los periódicos. Yo respondo que esas cosas las saco de la vida. Versátil narradora es ella: lo mismo escribe dramas que comedias; ofrece igual ocurrencias hilarantes que lacrimosos acontecimientos. Con la vida no sabe uno si reír, o llorar, o tirarse un cuesco.

Y es que la vida tiene mucha imaginación. Hay cosas imposibles —decía Cuco Sánchez— que sin embargo suceden. Hace unos años un señor de Monterrey estaba esperando el autobús en una esquina. Casualmente se paró sobre la tapa de una alcantarilla. En ese preciso instante a la tal alcantarilla se le ocurrió hacer explosión por la

acumulación de gases. El infeliz salió disparado por el aire. Habría sufrido a lo mucho algunos golpes si no es porque fue a dar contra los cables de una línea de alta tensión. Al caer ya venía muerto; se había electrocutado. Y la cosa no acabó ahí: pasó entonces el autobús que esperaba, y lo atropelló. Lo que acabo de contar sucedió en verdad. Es cierto: hay cosas imposibles que sin embargo suceden.

Otras hay que no son trágicas, como ésta, sino cómicas. Por ejemplo, lo que a un cierto amigo mío le sucedió. Fue a comer a un restorán y pagó con tarjeta de crédito. Ya de regreso en su casa se dio cuenta de que no le habían devuelto la tarjeta. Buscó en el directorio el teléfono del restorán y marcó el número.

—¿Bueno? —le contestó una voz sombría.

—Páseme por favor con el señor de la caja —solicitó mi amigo.

—¿Cómo dijo? —preguntó la voz, queda.

—Que me pase con el señor de la caja.

Una pausa y en seguida la voz, igualmente en tono grave:

—No le entiendo, señor.

—¿Cómo que no me entiende? —se impacientó mi amigo—. Le estoy pidiendo que me pase con el señor de la caja.

—Oiga —le dijo entonces la voz—, no esté jugando, por favor. Eso no se puede.

—¿Por qué? —empezó mi amigo a irritarse.

—Pues porque no se puede —le replicó la voz—. Si quiere le paso a algún empleado.

—No —insistió mi amigo con enojo—. Yo quiero hablar con el señor de la caja.

—Si gusta le paso a algún familiar —ofreció el de la voz.

—Le repito que quiero hablar con el señor de la caja —repitió mi amigo ya enojado.

—Por favor no moleste —le pidió el otro—. Voy a colgar.

—¿Cómo que va a colgar? —se enfureció mi amigo—. ¿A dónde estoy hablando?

—A la Funeraria Tal —le contestó el de la voz—. Se está velando aquí un difunto. ¿Y quiere usted que le pase al señor de la caja?

Colgó la bocina mi amigo, avergonzado. Volvió a consultar el directorio para confirmar el número del restorán, y luego lo cotejó con el de la funeraria. Los números eran iguales, salvo por un dígito. Se había equivocado; por marcar el número del restorán marcó el de la empresa de pompas fúnebres. Con razón no le podían pasar al señor de la caja.

DEL BRAZO POR LA VIDA

Por donde voy encuentro el misterio de la vida, que no es dulce como decía Victor Herbert, sino agridulce, pero siempre hermoso. La vida es un bien muy grande. Sin ella,

lo digo con sinceridad, yo ya estaría muerto.

Soy santero. Me gustan mucho los santitos. He de haber abueleado, pues ni mi padre ni mi madre eran dados a cosas de beaterio. Pero mi abuela, mamá Lata, era una gran devota, terciaria de San Francisco y socia de 100 piadosas cofradías. Secretamente anhelaba mi abuelita que yo entregara mi vida al sacerdocio, cosa que por fortuna no pasó: el Señor vela siempre por el bien de su Iglesia.

De mamá Lata heredé quizá esa extraña afición a los santos. La conocen mis amigos y hacen burla de mí. Nada me importa. Tengo una colección de santos y de santas que ya la quisiera el Vaticano. Por donde ando los busco y los encuentro: tengo estampas e imágenes venidas de todos los contenidos y continentes; novenas y trisagios; libros piadosos con jaculatorias para santos varones y varonas de nombres peregrinos.

Enrique Canales, gran pintor, me regaló —no sé si en serio o en broma— la pintura de un angelito mexicano de morena carita reidora y grandes alas coloridas con un letrero al calce: “Angel cuidando a Armando”. Ya tengo, como López Velarde, un ángel femenino que ve por mí: mi esposa. Pero pensé que otro ángel no me vendría de más, pues más de un diablo traigo adentro. Le pedí al señor Obispo Villalobos que bendijera la pintura de Enrique, y ahora ese angelito mexicano está sobre la cabecera de mi cama con su sonrisa de niño y sus floridas alas de arco iris.

Diré a continuación cómo me salió al paso la vida la última vez que se me apareció. Fue en cierta ciudad del sur a la que me llevó, apenas comenzado el año, mi venturoso oficio de juglar. Me gusta siempre salir a caminar por las calles del centro de las ciudades que visito. Así las conozco, y así me conozco mejor yo. Al pasar por una tienda de artículos religiosos vi la imagen hermosa de una santa. Me detuve frente a ella. Fue como si hubiera visto de pronto a una antigua novia.

La santa es preciosísima. Su rostro es juvenil y lleno de serena majestad. Tiene en las manos unos panes que ofrece como limosna —se adivina— a un pobre. El pobre soy yo. Ante la vida y ante la muerte todos somos pobres.

Sé bien quién es la santa. Es Santa Eduwiges de Hungría. De adolescente la vi un día en Catedral y me enamoré de ella. Y ahí estaba otra vez, antigua novia espiritual, mirándome a través del vidrio del escaparate.

Entré en la tienda. Un hombre joven, de 35 o 40 años, me pregunta qué se me ofrece.

—Perdone: ¿quién es la santa que tiene en el aparador?

—Es Santa Eduwiges.

La pone en mis manos. Sí, es ella. Me gustaría pensar que ella también ha dicho: “Sí, es él”. Pregunto el precio. ¡El precio, Santo Dios! Las santas no deberían tener precio. Los santos sí, pero las santas no. Debería uno tomarlas del brazo, simplemente, y caminar con ellas. El joven de 35 o 40 años me dice cuánto cuesta Santa Eduwiges. No sabe de mi noviazgo: si lo supiera me habría pedido 20 veces más. Saco de mi bolsillo la cartera. Y entonces... Ah, entonces fue cuando la vida llegó y me dijo:

—Permítame usted que me presente.

¿Quién puede llevarse en una caja de cartón un recuerdo de la juventud? Yo puedo. Le pido al encargado de la tienda que ponga en una caja la imagen de Santa Eduwiges, aquella santa hermosa a la cual le rezó mi adolescencia en Catedral, y le solicito que la envuelva muy bien, pues voy a viajar en avión con esa novia espiritual.

Cumple bien mi petición el hombre. Tiene 35 o 40 años. En sus manos, diestras en envolver y atar, no lleva anillo alguno. Termina la tarea. Yo saco la cartera para pagar — también los noviazgos espirituales cuestan— y entrego el dinero al vendedor.

En eso entra el dueño de la tienda. Es un anciano de gesto duro. Me dice con una sola palabra que suena como una orden:

—Págume.

Por un momento creo que está bromeando. No bromea. Hosco, repite con sequedad:

—Págume.

—Ya le pagué al señor —respondo.

El joven asiente, y de prisa se mete los billetes en la bolsa.

—No —dice el anciano—. Págume a mí.

—Ya le entregué el dinero a él —insisto con impaciencia.

Me mira el viejo, y advierto en sus ojos un destello como de ira. Luego me da la espalda y se pone a revolver papeles en una vieja mesa. Le digo al dependiente:

—Voy a hacer otras compras. ¿Podría dejar aquí la caja?

Vacila él. Luego contesta:

—Sí, déjela.

Me voy a comprar libros. No tardo mucho. Cuando regreso el anciano va saliendo. No me ve, o finge no haberme visto. Entro. El hombre joven tiene una expresión de pena, de vergüenza.

—Perdone usted lo que pasó, señor —me dice—. Es mi padre. Tiene 80 años, y es muy duro conmigo. Me tiene aquí trabajando todo el día y no me paga nada. Tengo que estarle pidiendo para mis gastos, y cada vez que le pido hay un problema. Muchas veces le he dicho: “Póngame un sueldo”, pero no ha querido. Y él nunca está aquí; yo soy el que me friego todo el día; todos los días. Hoy por la mañana me dijo: “Ya estuvo bueno”. Acabo de cobrar mi primer sueldo con el dinero que usted me pagó. Perdóneme, señor. Sé que la ropa sucia se lava en casa, pero... Perdone usted.

De un tirón ha hablado el hombre joven. Yo, desmañadamente, le digo que no tenga cuidado. ¿Qué más puedo decirle?

En la pared hay unos cuadros.

—Escoja uno —me dice—. Se lo regalo.

Le digo que no se moleste.

—Por favor —insiste.

Escojo una pequeña imagen de San Cristóbal, que ya ni siquiera es santo. La Iglesia postconciliar lo sacó del santoral junto con otros santos milenarios que súbitamente

resultaron apócrifos. Pero la gente sigue creyendo en ellos: las leyendas son más fuertes que los concilios. Escojo a San Cristóbal porque es el patrono de los caminantes, y yo soy caminante. Todos los somos; necesitamos un santo que nos cuide.

Salgo a la calle con Santa Eduwiges y con San Cristóbal. Adentro, en su prisión, queda aquel hombre.

Aquí acaba la historia. Este día no tuve otra. Me topé de manos a boca con la vida, que en una mano tiene un puñal de dolor y en la otra una flor de felicidad, y la vida me dijo:

—Permítame usted que me presente.

DON ALBERTO

Voy a Nayarit y escucho a los nayaritas hablar de sus ingenios. La velada es deliciosa: navega la conversación por un amable río de ron hecho en la casa, y el viajero disfruta los relatos de los hechos y dichos de aquellos personajes.

Don Alberto Ibarra fue uno de ellos. Músico de Santiago Ixcuintla, era organista titular de la parroquia —“Es el que les toca el órgano a los novios”, decía una beata—, pero también tocaba el piano en el congal del pueblo. La música, ya se sabe, es hermoso arte, pero difícil profesión. Para ganar la vida don Alberto tenía que alternar el canto gregoriano con el profano. Gustaba de los espíritus del vino y con frecuencia las notas se le revolvían: días hubo en que tocó en la misa “Amor perdido”, y noches en que se le escaparon los acordes del *Pange lingua* en el burdel.

Don Alberto era soltero, solterón. Muy joven estuvo a punto de tomar estado. Entró en amores con una linda joven de cuerpo juncal y talle como de palmera. Un día tocaba él en un baile, y la muchacha, a falta de bailador, salió a la pista con un viajante de comercio. No pudo dejar de tocar su piano el joven músico, que ardía en celos mientras tocaba “Cerezo rosa”, pero acabada la pieza fue a su casa por una charrasca que tenía, artera navaja de muelles capaz de mandar al otro mundo a un toro. Volvió en busca de su rival para retarlo a duelo singular, pero cuando llegó al salón de baile el hombre ya se había ido. Fue su ángel de la guarda, estoy seguro, quien le inspiró aquella salida oportunísima. Cortó el furioso novio su relación con la casquivana. Pasó el tiempo, y un día don Alberto encontró en la calle a una mujer panzuda, de hirsuta pelambreira oxigenada, que por delante lucía una papada elefantina y por detrás un nalgatorio hipopotámico. No la pudo reconocer sino hasta que ella misma se presentó: era la coqueta que le bailó en la nariz con el viajante. Suspiraba con alivio don Alberto al mencionar su encuentro. Decía: “¡Y pensar que por ese adefesio me iba yo a batir!” Pobre mujer... El tiempo no perdona ni aunque le diga uno: “Perdone usted”.

Tenía dos hermanas don Alberto, solteras también, a quienes mantenía. Las

hermanas lo celaban mucho, pues temían que alguna mujer le echara el lazo, con lo que ellas quedarían sin amparo. Un día pasó por la casa de don Alberto una frondosa dama de generoso tetamento. Don Alberto le dijo un piropo de evanescente gracia insinuativa. Le dijo: “¡Mamacita! ¡Estás como p’acabarme de criar!” Sonrió la tetona al escuchar aquel sutil requiebro, y eso hizo que se encresparan las hermanas.

—¡Parece mentira! ¡Sesenta años y piropeando fulanas! ¡Ya estás viejo para eso!

—Viejo para eso... —repitió don Alberto como en eco—. Pero no pa’ trabajar, ¿verdá?

Porque ya dije que mantenía a sus hermanas.

Un día don Alberto se cayó y se falseó un pie. Al salir de su casa cojeaba visiblemente. Dos cuabras caminó, y en el trayecto seis o siete personas le preguntaron qué le había pasado. A todas hubo de darles la detallada explicación de su accidente. Buen trecho le faltaba todavía para llegar a la parroquia. Pensó que por lo menos 30 personas más le harían la misma pregunta. Volvió a su casa, hizo un letrero, lo clavó en un palo y salió con él en alto. Decía el tal letrero: “Me caí”.

¡Cuántas cosas de entretenimiento se cuentan en los lugares a donde llega el cronista en su peregrinar!

MI TÍA

En General Cepeda, Coahuila, nació y vivió mi tía Hortensia. Mujer del pueblo, tenía el sabroso modo de hablar de nuestra gente, sus galanas maneras de decir. Partera empírica, o sea comadrona, la recuerdo por la crecida uña del dedo pulgar de su mano diestra, diestra por ser mano derecha, diestra por ser tan hábil mano. Con aquella larga uña cortaba el cordón umbilical de los nacidos. Jamás hubo noticia de que por esa práctica, que hoy reprobaría la asepsia, perdiera a alguna madre o a su crío.

Mi tía Hortensia era la encargada de hacer el censo en su solar nativo. No nada más lo hacía, lo explicaba:

“Población de General Cepeda. Mil 500 habitantes”.

Diez años después:

“Población de General Cepeda. Mil 500 habitantes”.

—¿Cómo es eso? ¿Han pasado diez años y sigue igual la población?

—Sí. Es que cada vez que va a nacer un chamaco se va del pueblo un muchacho.

En cierta ocasión le pidieron a la tía Hortensia una relación de las enfermedades que afectaban a los habitantes de la Villa. Con ese motivo ella fue casa por casa para interrogar a los vecinos. En una le abrió la puerta un individuo cacarizo, es decir, con el rostro picado de viruela. Mi tía le preguntó sus generales. Y luego le preguntó:

—¿Enfermedades que ha padecido?

Respondió el hombre:

—Ninguna.

—¿Ninguna? —interrogó con acento dubitativo mi tía Hortensia al tiempo que sin recato paseaba la mirada por las nutridas cicatrices virolentas que hacían de la cara del sujeto una fragosa superficie.

—Ninguna —repitió el tipo en tono que ya sonaba retador.

—Muy bien —contestó impertérrita mi tía.

Y anotó en la hoja:

“Cacarizo de nacimiento”.

HISTORIA DE SOLEDAD

Don Manolito se dedicaba a juntar cacas de perro. Ése era su trabajo. Iba por las calles con una escoba y un recogedor de hojalata que tenía una tapa, la cual abría y cerraba por medio de un cordón. En ese recipiente recogía don Manolito los excrementos de los canes callejeros. Cuando lo llenaba echaba el contenido en un saco de lona que llevaba al hombro, bien cerrado para que no despidiera tufos que molestaran a los transeúntes.

Don Manolito tenía la concesión municipal de las cacas de perro. Por decreto del cabildo ningún otro ciudadano aparte de él podía recogerlas. Se disgustaba mucho, pues, cuando un barrendero del Municipio recogía su monopolio. Y es que para los demás las cacas de perro eran suciedad; para don Manolito eran dinero.

Las llevaba a una tenería, donde le pagaban por ellas buenos centavitos. Yo no sé para qué servirán las deyecciones de los perros. Al parecer, me han dicho, contienen ciertos ácidos o no sé qué sustancias útiles para la curtiduría de las pieles. Ahí hacía sus entregas don Manolito, todos los días, ya al pardear la tarde, y ahí le pagaban el precio de su mercadería.

Don Manolito iba siempre muy bien vestido, quizá para disimular lo ingrato de su oficio. Un albañil puede vestirse de albañil, pero ¿de qué se viste un recogedor de cacas? No hay uniforme propio para el giro. Entonces don Manolito se vestía de señor. Quiero decir que usaba terno —traje con chaleco—, botines, polainas, alba camisa con cuello de pajarita, corbata de moño y bombín negro. A ese atuendo añadía los domingos un bastón de junco, adminículo que el resto de la semana no podía usar, por tener las dos manos ocupadas con el recogedor.

¿Oía mal don Manolito? No, qué va. Se bañaba todos los días —la demás gente lo hacía nomás los sábados— con un jabón de azahar que compraba en el mercado, de marca Venamí, y luego se rociaba generosamente con una cierta agua de rosas, preparación secreta de una vecina suya que le vendía el líquido aromático a precio exorbitante. Tan bien olía don Manolito que ni siquiera las “gatitas” que iban a hacer las

compras mañaneras olían como él. Y sin embargo la gente juraba y perjuraba que don Manolito olía a caca de perro a cinco cuadras de distancia, y cuando lo miraban venir se pasaban a la otra acera. ¡Pobrecito!

Alguna vez quiso buscar esposa. Ganaba bien con su negocio y era dueño de casa de buen ver, pero nadie se le quería acercar. Eso hacía sufrir mucho a don Manolito. Pero más lo apesadumbraban el acoso y las burlas de la chiquillería. A él le gustaban mucho los niños, los quería bien, pero no había chamaco que no gritara al verlo:

—¡A'í va la caca!

O que no dijeran, con voz de perro que habla:

—¡Guau! ¡Guau! ¡Ptrrr!... Ya hice, don Manolito. Venga usted por lo suyo.

Cuando alguien percibía un tufo ingrato arriscaba la nariz y comentaba:

—Huele a don Manolito.

Decían los chiquillos:

—Fulano pisó una de don Manolito.

Un día don Manolito conoció a una muchacha y cayó en amores. La cortejó de lejos —de cerca no podía— y una tarde de domingo le declaró en la plaza su amor, para lo cual usó términos comedidos y corteses. La muchacha se sorprendió bastante al escuchar aquella declaración de un señor tan bien vestido como don Manolito, pues ella era de condición humilde, y aun con sus trapitos domingueros no se podía comparar con aquel señor que usaba botines de charol, polainas, bastón de junco y bombín. Le dio una cita para el domingo próximo, pero no asistió a ella porque durante la semana sus amigas le hicieron mucha burla a causa de su pretendiente. Olía a caca de perro, le dijeron. Ella también iba a oler igual, lo mismo que sus hijos.

Así, la muchacha dejó plantado a don Manolito. No acudió a la cita. La buscó él, esperanzado, pero la chica lo desengañó: no podía ser su novia, le dijo, ni aunque le ofreciera matrimonio, porque tenía un oficio bajo. Lo habría aceptado albañil, repartidor de botica y hasta cantinero, pero no recogedor de cacas.

Movido por esa consideración, don Manolito renunció a su oficio y se hizo sacristán. Lo recibió en Catedral el señor cura García Siller, que era de bondadosa condición y decidió ayudarlo. Ya no olió a caca de perro don Manolito. La verdad es que jamás había olido a eso, pues era limpio; se bañaba a diario, cosa que en aquel tiempo nadie más acostumbraba. Pero ahora sí olía: a incienso, a las flores con las cuales adornaba el altar, a la cera de las candelas que ardían ante las hornacinas de los santos.

La buena sociedad se enojó con don Manolito. ¿Quién iba ahora a recoger las cacas de los perros? Los empleados del Municipio dijeron que ellos no. Al parecer las cacas de perro no estaban en su contrato de trabajo. Siempre habían sido monopolio de don Manolito. Nadie más las debía recoger. Las calles se llenaron pronto con los depósitos hechos por los perros callejeros. Las damas y los caballeros no podían caminar sin pisar una caca. A causa de la situación todos empezaron a cortejar a Manolito.

—¿Cuándo vuelve a su empleo, don Manolo? —le preguntaban con mucho interés al

terminar la misa. Gente que nunca se le acercaba, y que se cruzaba de acera al verlo venir, se dirigía a él con acento de súplica:

—Ya vuelva a su trabajo, Manolito, por favor.

Halagado por esa preocupación social, don Manolito dio las gracias al señor cura y volvió a su antiguo trabajo. Otra vez se le vio por las calles con su recogedor de cacas y con la bolsa de lona en que las iba echando. Y otra vez la gente volvió a pasarse a la otra acera cuando lo veía venir. Y otra vez el infeliz fue despreciado. ¡Ingrata humanidad!

Jamás se casó don Manolito. Cuando murió, sólo unos cuantos fueron a su entierro. En el velorio decían todos en voz baja:

—¿No se te hace que huele?

OSTIONES

Averígüelo, Vargas. Vaya usted a saber si en verdad los ostiones poseen las milagrosas virtudes que se les atribuyen. Lo cierto, sin embargo, es que se dice que el ostión es un animalito que anima y vuelve animoso al más desanimado.

Cuestiones afrodisíacas a un lado, son los ostiones muy útiles criaturas, pues no sólo constituyen delicia del paladar más exigente sino material inagotable de humor y fuente de incontables chascarrillos, los más de ellos incontables, desde aquél del viejito que se quejaba de que ya los ostiones no los hacían como antes, hasta aquel otro del ostión ya sin fuerzas amatorias que tristemente meneaba la cabeza y murmuraba como en son de queja: “Chin, ¿y uno qué puede comer en estos casos?”

La ardua discusión acerca de las mentirosas o verdaderas potencias excitativas del ostión la vino a dilucidar muy bien alguien a quien debe suponerse dueño de conocimiento exhaustivo sobre el tema. Señor de edad madura, tenía un puestecito móvil donde vendía mariscos: cocteles de ostión y camarón, de pulpo y calamar, de callo de hacha y abulón. Ahí se suscitó terrible polémica enconada entre dos clientes suyos que disputaron con calor acerca de la naturaleza del ostión. Decía uno que, en efecto, reside en esa pequeña criaturita el don milagroso de estimular las facultades del varón, hasta el punto en que no hay que comer muchos, para no salir por las calles convertido en maniático erótico encendido. El otro sostenía, por el contrario, que comer ostiones es como beber agua de horchata o masticar hojas de lechuga, y que no hay nada en los ostiones que justifique la fama que tenían.

El dueño del puestecito de mariscos oía nomás la discusión, y sin aportar nada a la disputa seguía en sus quehaceres de partir la cebolla en minúsculos cuadritos para juntarlos al chile y al tomate en el “pico de gallo” sabrosísimo, y de alinear la línea de botellas llenas de salsa, cada una con su limón arriba. El maduro señor hacía eso mientras sus clientes perseveraban en la infinita discusión.

Por fin, uno de ellos, viendo que por sí solos no llegarían a un arreglo, pensó que el vendedor de ostiones tendría respuesta a la cuestión y para acabar el alegato le pidió que declarara si en verdad los ostiones servían para lo que la gente decía que eran buenos.

Y dijo el marisquero sin dejar de hacer lo que hacía:

—Si fueran buenos para eso, ¿ustedes creen que yo los vendería?

Quería significar que él se los comería todos.

No ganaría dinero, ciertamente, pero ¿quién quiere contar dinero cuando se puede contar con lo demás?

EL GORDO

Escribo estos renglones para ilustrar esa verdad según la cual más vale maña que fuerza. A la aseveración añado un estrambote: y también vale más maña que dinero.

Había un señor muy gordo, tremendamente gordo. Llamaba la atención su obesidad. ¿Cuánto pesaría aquel hombre? Soy retemalo para calcular, pero seguramente pasaba de 150 kilos, y a lo mejor me quedo corto. Era simpático. Así son los gorditos casi siempre, según anotó en su libro el más grande psicólogo que ha habido, don Miguel de Cervantes Saavedra.

Todos en el pequeño pueblo donde vivía el gordo eran sus amigos. Todos, menos los muchachillos de la calle. Cuando salía le gritaban:

—¡Viejo panzón!

Regresaba a su casa el lacerado, y ya lo estaban esperando los malditos chamacos para gritarle otra vez:

—¡Viejo panzón!

Él no se disgustaba.

—¿Por qué me voy a disgustar? —decía—. Soy panzón. No hacen sino decirme la verdad.

Como su víctima no tomaba represalias, los chiquillos seguían con su grito:

—¡Viejo panzón!

Un día que iban tras él los insolentes gritándole lo mismo se detuvo el gordo de repente y se volvió hacia los chamacos. Ellos retrocedieron, asustados.

—A ver —se dirigió al más gritón de todos—, te doy cinco pesos si me dices algo que no sea “Viejo panzón”.

Y al decirlo enseñaba la moneda.

Se concentró el chiquillo, y tras mucho buscar dio al fin con un nuevo dicterio:

—¡Elefante!

Rieron los otros con estrépito. El señor dijo:

—Muy bien.

Y le entregó los 5 pesos. Además, sacó del bolsillo un puñado de monedas y roció con ellas a la asombrada turba de mocosos.

Aquello causó gran sensación entre los niños. Desde ese día lo aguardaban con ansiedad para espetarle un nuevo calificativo.

—¡Búfalo!

—¡Hipopótamo!

—¡Rinoceronte!

A quien se lo decía le daba el señor los 5 pesos, y dejaba caer sobre los otros la lluvia de monedas. Cada día hallaban nuevos epítetos los arrapiezos, y él pagaba puntualmente el grito.

Un día, sin embargo, no pagó. Salió temprano de su casa y ya lo esperaba el vociferante corro. Uno de los chiquillos se le plantó delante y le dijo:

—¡Paquidermo!

Luego tendió la mano en espera de la retribución.

—Hoy no doy nada —anunció el hombre.

—¿Por qué no? —preguntó el párvulo, amoscado.

—Porque no se me da la gana.

Le dijo el que capitaneaba a la pequeña chusma:

—Si quiere que le gritemos tendrá que pagarnos.

—Hoy no pago —se sostuvo el panzón.

—Pues aquí acaba el trato.

—Pues acaba.

En adelante ya nadie le gritó. ¿Lo iban a hacer de gratis? Ni maíz. Pasaba el gordo y lo seguía el rencoroso silencio de la chiquillería. Manifestaba el muchachillo líder:

—El que quiera azul celeste que le cueste.

Y respondían a coro los demás:

—Sí.

Un día llegó un chiquillo nuevo al barrio. Iba pasando el gordo y le gritó:

—¡Viejo panzón!

Los otros le dijeron:

—No seas pendejo. Si quiere que le grites, que te pague.

Y nadie le volvió a gritar. Por eso digo: más vale maña que fuerza. Y que dinero también.

GERANIOS

En mi recámara yo tengo unos geranios. No son reales: son pintados al óleo; por eso son más verdaderos. Sucede que hace poco fui a McAllen, y había ahí una exposición de

artistas locales. Vi un cuadro pequeñito de una flor de geranio en su maceta y me encantó. Pregunté el precio, y al saberlo el cuadro me encantó aún más: costaba 150 dólares. Es lo que en otras partes cobra un pintor por saludarte. Lo compré, pues, y pedí que me lo envolvieran para llevarlo por avión, pues en McAllen tomaría un avión para ir a Houston y luego a San Francisco, donde peroraría.

Mientras la dama encargada de la exposición hacía la envoltura me dijo que le alegraba mucho que el cuadro de los geranios se hubiese vendido. Era obra, me contó, de una anciana de 90 años que a esa edad decidió iniciarse en el difícil arte de la pintura. Aquella era su *opera prima*. Y fue también su *opera omnia*, es decir la totalidad de su obra, pues poco después de haber terminado el cuadro murió la viejecita. Hice, pues, una buena operación: por 150 dólares adquirí la obra completa de una artista.

Déjame ahora confesarte algo: soy un romántico anticuado. Cada flor guarda para mí un recuerdo de mujer. Pero esos recuerdos no pertenecen necesariamente al ámbito de lo romántico. Forman parte más bien del infinito universo de la nostalgia. Por ejemplo, las violetas me recuerdan a mi madre, pues de violetas estaba llena la Villa de General Cepeda, lugar donde ella pasó su niñez y primera juventud, y mi mamá me hablaba de cómo un kilómetro antes de llegar al pueblo el aire llevaba ya perfume de violetas. Los nardos me hacen evocar a la señorita Petrita, nuestra amada maestra de primer año de primaria. Nardo era la perfumada flor que poníamos a los pies de la imagen de la Virgen cuando aquel ángel vuelto profesora nos llevaba en mayo a ofrecerle flores a la Señora en su templo.

Los geranios me traen memorias de mi abuelita materna, doña Liberata. En su casa de la calle de Arteaga cultivaba las plantas con esmero, y aquellas flores encendidas ponían su color y su picante aroma en el jardín. No tenían esos geranios la aristocracia de los lirios, flor heráldica; ni la mística belleza de las azucenas, símbolo perpetuo de la perpetua castidad; ni menos aún la pomposa hermosura de las rosas. Eran flores sencillas, como mamá Lata, como todas las señoras que repartían el tiempo entre sus flores, sus pájaros y sus devociones, con el cuidado de su casa y de su gente.

Miro ese cuadro de geranios que tengo en mi recámara, miro las rojas flores que ornan ahora las calles saltilleras, y veo a mi abuela regando sus macetas, y yo a su lado, niño sin malicia, esperando que me tomara la lección del catecismo:

—¿Dónde está Dios?

—Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar.

Igualmente en el cielo, en la tierra y en todo lugar ha de haber geranios, obra de ese anciano pintor que tiene todos los años del mundo: Dios.

ADULTERIO

Los hijos andaban preocupados. Y las hijas más. Las hijas no sólo andaban preocupadas: andaban también furiosas, indignadas, llenas de femenil rencor. Se habían enterado de que su padre andaba de coscolino, sabrosa palabra utilizada en México para nombrar al varón que es enamoradizo, o a la hembra que a nadie niega nunca un vaso de agua de su fuente.

Y era verdad lo del coscolinaje. Andaba enyeguido aquel señor. Así se dice también en nuestro país —tan rico en expresiones populares— del hombre ya maduro que ha caído en amores con mujer más joven. En cierta ocasión me puse a dieta y conseguí bajar algunos kilos. Fui a la comida mensual del Club El Pájaro (antes El Pájaro Dormido), en la vecina ciudad de Monterrey, y uno de los consocios me dijo con amabilidad:

—Se ve usted muy esbelto, licenciado. ¿Por qué?

Otro se adelantó a dar la explicación:

—Ha de andar enyeguido.

No andaba yo enyeguido. Andaba simplemente preocupado por el exceso de kilitos.

Pero perdonen, por hablar de mí —irresistible tentación de gente vana— dejé de hablar de aquel señor que sí andaba enyeguido. Conoció a una cierta dama todavía de muy buen ver, y ese conocimiento alcanzó pronto carácter bíblico. Me explicaré. La Biblia dice, por ejemplo: “Y Adán conoció a Eva...” Eso significa que Adán se tiró a Eva. En la sexta acepción del verbo conocer define la Academia: “Tener relaciones sexuales con alguien”. No incurriré, pues, en redundancia el señor que le diga a una señora tras serle presentada: “He tenido mucho gusto en conocerla. Y más gusto tendré en conocerla”.

Pero perdonen: por hablar de palabras —irresistible tentación de palabrero— dejé de hablar de aquel señor que conoció en todos los sentidos, y con todos ellos, a una señora todavía de muy buen ver. Le puso casa, según uso de entonces, que consistía en que los señores de posibilidades tuvieran dos casas: la grande, o sea la de la esposa, y la llamada “casa chica”, la de la amiga, a quien mantenía de todo a todo. Ella le daba el qué, y él el conqué. No digo si esa costumbre era buena o era mala, pero sí digo que entonces los maridos molestaban menos a las esposas, y los matrimonios duraban en promedio más.

Pero perdonen: por asentar principios generales —irresistible tentación de pedantes— dejé de hablar de aquel señor que puso casa chica. Los hijos y las hijas se enteraron, según dije al principio de esta verdadera narración. Ellos se preocuparon, y se indignaron ellas. La preocupación de ellos era por el efecto que aquella relación podía tener en la herencia que alguna vez recibirían. De aquel adulterio paternal podían nacer hijos con derecho a la hijuela. Hijuela es el documento donde se enumeran los bienes que por testamento dejó el difunto a cada partícipe de su caudal. Las hijas, por su parte, andaban indignadas a causa del mal ejemplo que su padre daba a sus maridos.

Entonces las hijas y los hijos convocaron a su padre a una reunión.

La mayor de las hijas abrió el fuego sin ningún preámbulo.

—Papá —le dijo con severo acento—, sabemos que es usted adúltero.

El señor no se inmutó al oír aquello. Fue como si le hubieran dicho:

—Papá, sabemos que es usted mexicano.

Impávido, impertérrito, respondió así:

—¿Y?

Alabo la concisión de esa respuesta. Nada como economizar palabras. Con esa sola letra el señor quería decir: “¿Y qué se deduce y sigue de eso que me dicen, o a qué viene la manifestación que me hacen, o qué me quieren decir con eso que me han dicho?” Pero no dijo nada de eso. Sencillamente dijo: “¿Y?” Si el silencio es oro, esa “y” era de plata.

Habló otro de los hijos:

—No nos parece bien, papá, que esté usted cometiendo adulterio. Eso es contra la ley y contra la moral. Y luego está la sociedad, el qué dirán. Nos apena tener un padre adúltero.

—¿Ah, sí? —respondió el señor—. Vamos a ver. ¿Tú de qué vives?

El hijo se azaró.

—Usted sabe, papá —respondió turbado—, que vivo del rancho que usted me pasó.

—¿Y tú? —se dirigió el señor a la hija que primero lo había interpelado—. ¿De qué vives?

—Papá —contestó ella con la misma turbación—, ya sé lo que me quiere usted decir. Mi marido es flojo, desobligado. Si no fuera por lo que usted me da, mis hijos y yo pasaríamos hambre.

Preguntó el hombre al otro hijo y a la otra hija:

—Y ustedes, ¿de qué viven?

Por ambos habló la hija:

—Vivimos también gracias a usted, papá. A mi hermano usted le puso un negocio, y aunque no saca de él lo necesario para vivir, usted le tiene asignada una mensualidad. A mí usted me regaló una casa, y en ella vivo con mis hijos, pues mi marido me dejó. Usted nos mantiene; gracias a usted tenemos qué comer.

—Ya veo —resumió el señor—. Dicho con otras palabras, todos ustedes viven del dinero que les doy.

—Así es, papá —reconoció el mayor hijo—. Ésa es la verdad.

—Y díganme —preguntó el padre—, mi dinero ¿es también adúltero?

Ya no dijeron más los hijos. Callaron todos. Eso, digo yo —callar—, es lo que debieron hacer desde el principio. Que reclamara su madre estaba puesto en derecho y en razón, pero ellos no. Y no porque su papá los mantuviera, o porque el señor hiciera bien al andar de picos pardos, sino porque sigue siendo verdad eso de que los hijos no deben juzgar a sus padres. (Ni a sus madres tampoco).

NUESTROS MODITOS DE HABLAR

Había una vejuca de Saltillo que cuando rezaba las avesmarías finales del rosario decía: “Dios te salve, María Santísima, virgen purísima antes del éste, durante el éste y después del éste...”

“El éste” era el parto, palabra que la anciana no usaba por pudibundez, pues no podía ser que en cosa tan santa como es el rezo del rosario se usara una expresión de tal carnalidad.

Las cosas de la reproducción han estado rodeadas siempre de eufemismos. Ya no se dice “preñada”, como en el recio español del Siglo de Oro. Ni “encinta” se dice casi ya. Ahora se dice “embarazada”, o más delicadamente aún: “Está en estado interesante”.

Tampoco decimos —librenos Dios— que fulanita ya parió. Eso aplica a las hembras de los animales. ¿Cómo puede alguien parir después de un *baby shower*? Decimos “se alivió”, como si fuera enfermedad el concebir y alivio —otro eufemismo— el “dar a luz”.

El embarazo sí era enfermedad para los pobladores de algunas regiones del centro de Coahuila. Decían: “está enferma de gustos pasados”, para decir que una señora estaba embarazada.

Muy explicable es no querer nombrar a la muerte, pues por culpa de los hombres de religión le tenemos miedo (muerte, juicio, infierno o gloria), y que usemos para designarla otras palabras. En las pastorelas a los diablos no se les llama así, sino “nombrados”, para evitar que al escuchar su nombre los demonios vengan.

Así, a la muerte tampoco la llamamos por su nombre, no sea que se presente. Le decimos “deceso”, “fallecimiento” y hasta “tránsito”. “Pasó a mejor vida”, decimos de aquel que se murió. O expresamos que “descansa en paz”, aunque haya sido de esos que nunca se cansaron. Otros variados eufemismos empleamos: “colgó los tenis”, “anda de minero”, “se fue con el Güero Chuy”, “ya se lo cafetearon”, “chupó Faros”, y muchos etcéteras más.

Quizá se justifica que usemos nombres raros para nombrar la muerte, de modo que ésta —que al parecer no sabe de sinónimos— no se dé por aludida. Pero resulta que las cosas que tienen qué ver con nacimientos también se designan con nombres indirectos. Una mujer “salía de su cuidado” cuando tenía a su hijo. Así puso una vez en telegrama el señor licenciado don Román Cabello, que había viajado a la Ciudad de México porque su esposa iba a dar a luz. Cuando ella se alivió, el licenciado Cabello telegrafió a sus familiares: “Lolita salió de su cuidado. Mañana salgo yo”. Quería significar que salía de regreso a su ciudad, pero la brevedad del lenguaje telegráfico le hizo decir eso que regocijó a los saltillenses. Nuestros antepasados con cualquier cosa se reían, y con mucho donaire celebraron aquella confusión.

UN CUENTO DE AYER

Vivía en el campo, a orilla del camino, un hombre avaro casado con una mujer tan mezquina o más que él. Piedras de machucar muertos eran los dos, como se dice de aquellos que no dan ni los buenos días siquiera.

Una vez un joven caminante que sabía la fama de los viejos pasó por el lugar. Se acercó a conveniente distancia de la choza de los miserables, y sin decir palabra juntó un poco de leña, encendió una pequeña hoguera y luego con mucha cortesía llamó a la puerta de los agarrados, que lo habían estado viendo desde la ventana.

—Si buscas que te demos de comer, no hay —le dijeron casi a una misma, áspera voz antes de que él dijera una palabra.

—Yo traigo mi comida —contestó el joven asombrando a los dos vejetes, que lo veían muy vacío de manos—. Les pido sólo un jarro para cocinarla.

Se lo prestaron, gustosos de no tener que darle nada, y desde la ventana lo siguieron viendo. Lo vieron escoger unas piedras, lavarlas luego cuidadosamente en el arroyuelo que por ahí corría, meterlas en el jarro con agua y poner luego el jarro sobre el fuego. Se miraron los dos sin entender, y se llegaron al muchacho con gran curiosidad.

—¿Qué haces? —le preguntaron.

—Ya lo ven ustedes —respondió aquél—. Cocino estas piedras para mi comida.

—¿Pero es que las piedras se comen? —le preguntaron entre asombrados y burlones.

—No todas, pero algunas sí. Y son muy sabrosas.

Así les dijo el joven, meneando con una vara su extraño cocimiento. Suspensos quedaron los avaros, y muy interesados. Si aprendían a cocinar y comer piedras, ¿cuánto no podrían ahorrarse? De sus cavilaciones los sacó el muchacho:

—Naturalmente, saben mejor si se les pone un poco de sal.

Se la trajeron. ¿Qué era un poco de sal? Y si se añaden hierbas de olor, agregó el joven, mejoran más aún. Las hierbas le trajeron, que al fin no valen nada, o poco: yerbabuena y cilantro. Continuaba el hervor, y continuaba el muchacho meneando su olla singular. Ávidamente seguían los viejillos los preparativos, para aprender el guiso y poder así vivir en adelante nomás de comer piedras.

—Para que sean como manjar de príncipes —les dijo el joven—, nada mejor que echarles algunos trozos de carne, longaniza, tocino. Y si se les pone garbanzo y arroz, todavía mejor.

Ansiosos por aprender a guisar piedras los avaros le dieron todo al joven. Terminó él de cocinar, pidió una cuchara, y muy a su placer se puso a comer la carne, la longaniza y el tocino, los garbanzos y el arroz.

—¿Y las piedras? —preguntaron los vejetes.

—Ésas se tiran —les contestó el muchacho—. Y diciendo y haciendo las tiró.

—Entonces ¿de qué sirven? —volvieron a preguntar los dos viejillos.

—De mucho —les explicó el muchacho—. Sin ellas, ¿habría podido comer yo?

Entendieron la burla los avaros y quedaron muy corridos. Y colorín colorado, como dicen. El cuento lo escuché yo de mi padre. No sé si sea universal o si es joya de nuestro folclor. Es sabroso de cualquier modo. Y para disfrutarlo no hay que ponerle piedras.

EL HADO FATAL

Si al empezar la jornada una gitana le hubiese dicho a mi amigo lo que ese día le iba a suceder, seguramente mi amigo se habría echado a reír ante la predicción. Y es que la gitana le habría dicho esto: “Hoy te va a mear una pantera”.

Mi amigo habría pensado con razón: ¿qué pantera hay en la ciudad que me pueda mear? Y así pensando se habría olvidado del agüero.

Pero el destino es el destino, si me es permitido ese radical pronunciamiento. A media mañana los nietos de mi amigo llegaron a visitarlo —era un sábado, el anterior al anterior, para ser más precisos— y le pidieron que los llevara a pasear a Monterrey. Ahí empezó a cumplirse el vaticinio. A partir de ese momento los acontecimientos se irían encadenando ineluctablemente. En eso consiste el destino: en un encadenamiento de los hechos. La tragedia griega; Esquilo, Sófocles, etcétera.

Fue, pues, mi amigo a Monterrey con su esposa y sus dos pequeños nietos. Cuando llegaron a esa ciudad, ¿qué fue lo primero que vieron los chiquillos? La carpa de un circo. Ya va asomando la cabeza el hado inexorable: en Saltillo no hay panteras, pero en los circos sí. Los nietos de mi amigo le pidieron que los llevara ahí. Mi amigo —al fin abuelo— compró un palco de cuatro asientos, el mejor, junto a la pista (otra circunstancia fatal). La función empezó a desarrollarse normalmente: payasos, trapecistas, acróbatas, un alambrista... Lo de siempre. Pero entonces vino lo de nunca.

El maestro de ceremonias anunció el número máximo del espectáculo: las panteras amaestradas. Se colocó en la pista una jaula de fuertes rejas de hierro. Después de un rato de tensa espera aparecieron por un túnel seis panteras negras. Entró en la jaula su domadora. Seamos sinceros: la domadora se veía más impresionante aún que las panteras. Mientras la mujer era joven y guapa, alta, de competente popa y alto tetamen, las panteras se veían decrepitas y con bastante propensión a bostezar aun en presencia del respetable público, lo cual no es señal de buena educación. Casi todas estaban desmoladas, y dos de ellas tenía la cola pelona, como de tlacuache.

Ya todo está listo para la catástrofe. Se acomodaron las panteras en unos bancos, y una de ellas quedó justo enfrente del palco de mi amigo. El maldito animal hizo entonces algo que habla muy mal de las panteras. Sin previo aviso ni advertencia alguna se

enderezó, adoptó la postura en que las panteras mean y arrojó un fuerte chorro que bañó a mi amigo de la cabeza a los pies. Al ver eso el público prorrumpió en una fuerte carcajada. Los léperos de la galería le dedicaron una entusiasta ovación al animal que había empapado al catrín del palco. “Lo que es el rencor social”, dice mi amigo con tristeza.

De este funesto caso derivo una reflexión moral: no sabemos lo que cada día nos puede suceder. Por tanto, hay que estar preparados para todo. Hasta para que nos mee una pantera.

SE HABLA DE DIVORCIOS

¿Por qué se divorcian los casados? La principal razón, creo yo, es porque se casaron. Decir eso no es perogrullada: si la gente no se casara tampoco se divorciaría. He ahí una de las pocas ventajas del amor libre, que es (dicho sea entre paréntesis) el menos libre de todos los amores.

Antiguamente se creía que la causa mayor de los divorcios son los problemas de la cama. Esa incorrecta idea derivó de las tesis pansexualistas del doctor Freud. Este señor todo lo hacía residir en la región de la entrepierna: Napoleón se lanzó a conquistar Europa porque la tenía muy chica (la región); San Ignacio de Loyola fundó su Compañía porque una bala de cañón le voló los compañeros, y así.

Tal criterio es muy elemental, lo mismo que casi todos los criterios, menos el de don Jaime Balmes. El *Reporte Kinsey*, fruto de una paciente investigación realizada en la Universidad de Indiana —de la cual soy ex alumno—, puso de manifiesto que el motivo más frecuente de ruptura entre los casados es el dinero. (La falta de él, para decirlo con mayor exactitud). Las dificultades económicas originan más divorcios que los problemas relacionados con el sexo. Marx le atinó; Freud no.

Claro, hay excepciones a este principio general. Una señorita de muy buenas familias se casó con el hijo de un prominente empresario y se divorció de él al regreso de la luna de miel porque lo halló en la cama muy amartelado con un botones del hotel. ¡Qué manera de encanallarse! Si al menos hubiera sido con el gerente...

Me sé la historia de una pareja de ancianitos —95 años él; 90 ella— que acudieron ante un juez de lo familiar a pedir la disolución del vínculo matrimonial que los había unido durante 70 años.

—¡Setenta años de casados! —exclamó boquiabierto el juzgador—, ¿y ahora se quieren divorciar?!

Explicó la viejita con voz mansa:

—Es que estábamos esperando a que los hijos se murieran.

La Iglesia católica no admite el divorcio. “Lo que Dios ha unido que no lo separe el

hombre”. Admite sólo la anulación del matrimonio. Entonces sí lo que Dios ha unido el hombre lo puede separar. Entiendo que la única diferencia entre divorcio civil y anulación religiosa es el precio: la anulación sale más cara. Pero los efectos son los mismos. Me dicen —no me consta— que a una cierta señora de la mejor sociedad le acaban de anular su matrimonio. Estuvo casada más de 30 años; tuvo cinco o seis hijos con su esposo... Sin embargo, la Santa Madre Iglesia —al fin madre— le otorgó la anhelada anulación. Bendito sea el Señor, que nunca desampara a sus criaturas.

Estos esposos tenían más de 30 años de casados. Con el paso del tiempo las cosas entre ellos se habían vuelto muy distintas: aquel ardiente amor de los primeros tiempos se fue apagando poco a poco. Dio paso a la indiferencia, y luego a un total alejamiento de almas y —lo que es peor— de cuerpos; las almas como quiera. Parecían el hombre y la mujer dos icebergs que navegaran en forma paralela por un gélido mar. Ustedes habrán de perdonar el símil. Dijo el poeta que la peor forma de soledad es la de dos en compañía. Seguramente sí.

Un buen día, sin saber cómo, apareció en su conversación la palabra “divorcio”. ¿Por qué cayeron en la idea? Ni uno ni otra acertarían a explicar lo que ocurrió. Habían dejado de amarse, sí, pero se respetaban. Sin embargo, se parecían ya a aquellos casados que decían que entre ellos ni un sí ni un no: el puro qué te importa. Andaba cada uno por su lado; nunca salían juntos; casi ni se hablaban. No obstante eso, ninguno tenía chimenea en otra parte, ni traía algún plan húmedo. Igual les hubiera sido seguir juntos. Pero unos compadres suyos se habían divorciado y ellos pensaron que también podían darse el mismo lujo. ¿Para qué, entonces, sirve el dinero?

En un principio los hijos se consternaron al saber la noticia del divorcio.

—Son cosas de mamá —dijeron las hijas.

Y los hijos dijeron:

—Son cosas de papá.

Después, aquello les pareció lo más natural del mundo, si se exceptúa el agua. Además era mejor así: preferible divorciarse a vivir como habían vivido el abuelo y la abuela, que se mantuvieron juntos hasta el final de sus respectivas existencias, pero él le decía a ella “vieja pendeja”, y él le decía a él “viejo cabrón”.

Se divorciaron, pues. Él se fue a un departamento y ella cambió de peinado. Escogió uno que su marido no la dejó nunca que se hiciera; peinado muy parecido al de Elizabeth Taylor en *Cleopatra*. Se sintieron muy bien los dos. Lo mejor de la libertad es que es muy libre.

Un día él la llamó por teléfono.

—¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió ella luego de una pausa—. ¿Y tú?

Él vaciló también antes de contestar:

—También.

Hablaron brevemente, y luego ella le preguntó el número de su teléfono. Pocos días

después fue ella la que habló:

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió él. La pausa antes de contestar fue ahora más larga—. ¿Y tú?

—También.

Y fue mayor también la vacilación de ella al contestar.

Una tarde hicieron una cita. Se trataba nomás de ir a tomar un café. Hablaron bastante, y casi todo lo que hablaron fue para responder a una pregunta que surgió muchas veces en la plática: “¿Te acuerdas?”

Y ya no alargó más la narración. Me gustaría decir que este hombre y esta mujer han vuelto a vivir juntos. ¿A quién no le gustan las historias con final feliz? Quizá nada más a Dostoievski. Pero no puedo echar mentiras: ella sigue en su casa, y él sigue en su departamento. Pero con la mayor reserva voy a poner aquí algo que me contó una de las hijas de esta pareja de mi historia. Me dijo la muchacha con sonrisa traviesa:

—Salen juntos papá y mamá, un día por semana, y regresan oliendo a jabón chiquito.

Jabón chiquito es el que se usa en los moteles.

EL NAVÍO

Es italiano este hombre, y se llama Gianni Cavanna. Es joven; es alto y bien fornido, de pelo negro y ondulado. Usa bigote, un bigote fino que cuida con esmero: ha notado que le ayuda en el trato con las damas. Habla a la perfección el español, con un acento dulce y cantarín que también le ayuda en el trato que antes dije.

¿Dónde está Gianni Cavanna? Está en un campo de concentración. ¿Y dónde está ese campo de concentración? Está en México. Más concretamente, en Irapuato.

—¡No me diga, licenciado! ¿Acaso alguna vez hubo un campo de concentración en Irapuato?

—Sí, señor. Y en Perote, de Veracruz, hubo otro. Ahí fueron confinados los japoneses, alemanes e italianos que vivían en México cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Sucede que nuestro gobierno le declaró la guerra al Eje —el Eje ni siquiera se enteró—, y al hacerlo hizo lo mismo que los norteamericanos: acá también encerramos a todos los ciudadanos de Japón, Italia y Alemania. En cada uno de ellos —y también de ellas— la gente, movida por la propaganda bélica, miraba a un espía, un terrorista o un saboteador. Pobres... Pero vamos a platicar con este Gianni, a ver qué nos cuenta.

“Llegué a México en un barco que navegaba con bandera de Italia. Era yo segundo oficial de máquinas en el navío, un petrolero mercante. Echamos ancla en Tampico, para cargar el buque. A la tripulación se nos permitió desembarcar: todavía México no estaba en guerra. A pesar de eso nos enteramos de repente de que nuestro barco había sido

embargado por el gobierno mexicano. Nunca supimos en verdad por qué. De él se hizo cargo una tripulación local. Le borraron el nombre que tenía y le pusieron otro.

—Nosotros no sabíamos qué hacer. Yo conseguí trabajo de mecánico ahí mismo, en los muelles. Arreglaba motores de pesqueros; reparaba las grúas... Ganaba buen dinero; llevaba buena vida; me divertía mucho. Un día me tomaron preso cuando estaba desayunando en un café; me subieron a un tren y vine a dar aquí, a Irapuato, a este campo de concentración. Nos han tratado bien. A mí me dejan salir a trabajar. Ahora estoy montando un nuevo cuarto de calderas en la fábrica La Fortaleza, y tengo el ofrecimiento de que me harán jefe de máquinas cuando la guerra acabe. Entonces voy a levantar una chimenea más alta que la actual, para evitar que los humos de la factoría causen molestias a la población”.

Eso nos cuenta Gianni Cavanna, a quien todos llaman “ingeniero” a pesar de ser un mecánico práctico nomás. Yo quiero hacerle otra pregunta.

—Y dígame, ingeniero: ¿qué nombre le fue puesto a aquel barco de Italia después de ser embargado por el gobierno mexicano?

—Se llamó el *Potrero del Llano*.

—Vaya, vaya... ¿No se trata de aquel petrolero que, según se dijo, fue hundido por un submarino alemán en aguas mexicanas?

—En efecto; de ese barco se trata.

—Entonces ¿no era mexicano el buque cuyo hundimiento fue causa de que entráramos en la Segunda Guerra?

—No, señor; no era mexicano. Era un navío de Italia.

—Ya veo. Interesante historia.

—La historia es siempre interesante.

—Pero no siempre es verdadera.

—No; no siempre es verdadera. Qué le vamos a hacer.

—Sí, qué le vamos a hacer...

EL CHICOTE

Tenía sonoro nombre: Armando Soto la Marina. Pero lo recordamos más como el *Chicote*. Fue la figura cómica en las películas campiranas de Jorge Negrete o Pedro Infante. Entonces había en el cine figuras emblemáticas: “el muchacho”; “la muchacha”, “el malo”; “el viejito”... Armando Soto la Marina era “el chistoso”.

Se formó en las carpas, igual que Cantinflas, *Palillo*, el *Panzón* Soto y tantos más. Nació en el barrio de Santa María la Redonda, el mismo barrio de Cantinflas, de los toreros David Liceaga y Alberto Balderas, de los boxeadores *Kid* Azteca y Rodolfo Casanova, del futbolista Carlos Laviada y de la cantante Celia Tejeda, hoy en el olvido,

pero que fue la primera figura del espectáculo en la Ciudad de México que vio anunciado su nombre en letras de neón. (Cantinflas fue el segundo). El barrio de Santa María la Redonda vio también nacer a un pianista de burdeles que luego se haría famoso: Agustín Lara.

El *Chicote* fue la máxima estrella de la carpa El Salón Rojo. Eran los tiempos de Santita —la de las veladoras de Santa—; de Graciela Olmos, la *Bandida*, gran madrota que compuso las canciones “El Siete Leguas” y “La enramada”, protegida de Uruchurtu, y que a todos sus clientes les decía “hijito”; de Ana María González, que entonces tenía 16 años y que cuando cantaba los boleros de Lara o de Curiel lloraba lágrimas de verdad. Eran los tiempos de José Cora, apodado el *Colo-Colo*, el mayor padrote de la Ciudad de México —medía dos metros de estatura— y que degeneró en guardaespaldas de Cantinflas.

En cierta ocasión un político de nota fue a la carpa donde actuaba el *Chicote* y se desternilló de risa oyendo sus gracejadas y viendo su variada mímica. Eso llamó la atención de quienes acompañaban al político, pues de ordinario era muy serio; no se reía con nada y su gesto era siempre adusto y grave. Hablaba poco, tan poco que le decían la *Esfinge*. Muy bien le cayó el cómico al político, y éste le regaló al *Chicote* una gran carpa con la cual Armando empezó su propio negocio. Ese político era Lázaro Cárdenas.

En la carpa del *Chicote* se dio a conocer Gloria Marín. También de ahí saltó a la fama un solitario guitarrista bohemio que antes tocaba en Las Veladoras de Santa, cuyo nombre era Claudio Estrada. Dicen las crónicas que cuando Estrada empezaba a tocar su guitarra, la ruidosa parroquia de la carpa guardaba un silencio reverente para escuchar las notas de aquel notable artista.

Luego el *Chicote* se hizo artista de cine. Arrancaba las carcajadas de la gente con su gesto eternamente atribulado y su habla de tono suplicante. Al final de su vida el *Chicote* cayó en el alcoholismo. Me contó Lalo González, el *Piporro*, que un día él y Pedro Armendáriz, preocupados por la salud de Armando, lo instaron a dejar el vicio. Él les juró y les perjuró que nunca jamás volvería a tomar. Al día siguiente lo vieron recostado en un camastro a la orilla de la alberca del hotel. Tenía un vaso de whisky en la mano, y aunque eran las 11 de la mañana ya estaba ebrio. Cuando los vio les gritó alegremente con voz que todos los huéspedes del hotel pudieron escuchar:

—¡Lalo! ¡Pedro! ¡Los dos vayan mucho a chingar a su madre!

LA INFIEL

¿Cómo se enteró aquel hombre de que su esposa lo engañaba? Alguien se lo dijo en un anónimo. El papel lo firmaba “Un amigo”, pero lo más probable es que el firmante fuera una amiga, es decir una mujer. Las mujeres, lo que sea de cada quien, son más

meticulosas, si por meticulosidad se entiende el afán de meterse a averiguar vidas ajenas.

¿Qué hizo aquel sujeto? Nada de pegarse un tiro, ni de arrearse a maldiciones, ni de apedrear con suspiros los vidrios de sus balcones. Lo que hizo fue... no hacer nada. Tomó la noticia al modo filosófico: él había sido infiel más de una vez; a su esposa le asistía el mismo derecho.

Aquí sigue un párrafo muy largo, explicatorio, que tiende a poner luz en el asunto de por qué el adulterio masculino ha sido siempre perdonado, mientras que a la mujer adúltera siempre y en todas partes la han cogido a pedradas, ya sea en sentido recto o figurado. La cosa, pienso yo, tiene base económica. Lo mismo sucede con el celibato sacerdotal: la Iglesia empezó a prohibir que los curas se casaran cuando se percató de que las propiedades que obtenían éstos, y su dinero, podían pasar a manos de la Santa Madre en vez de ir a parar a las pecadoras manos de los herederos del clérigo difunto. (“¡Carajo! —han de pensar algunos de los condenados a soledad de cama—. ¡Tanto sacrificio por centavos de más o de menos!”).

En el caso del adulterio de la mujer pasó algo parecido: su pecado podía introducir a la familia un hijo ajeno, y al participar éste en los derechos de la herencia disminuía el patrimonio de los hijos legítimos. Por eso, por dinero también, las adúlteras eran apedreadas. Todo, como se ve, es cuestión de economía: quizá a Marx le asistía la razón.

El caso es que el sujeto de mi cuento —que es historia— pensó, para bien de su mujer, lo que una vez dijo Alejandro Dumas, padre. (El de *Los tres mosqueteros*, no el de *La dama de las camelias*). Dijo el celebrado escritor galo: “El matrimonio es una carga tan pesada que se necesitan dos para llevarla. Y a veces tres”. Francés tenía que ser.

Decidió, pues, el esposo perdonar, y hasta pensó en no decirle a su mujer que lo sabía todo. Hizo bien, pues a lo mejor ella le habría respondido: “¿Que lo sabes todo? ¡Ay, sí! A ver: ¿cuál es la capital de Dakota del Sur?”

Pensó el esposo ofendido perdonar, como antes dije. Lo malo es que los devaneos de su mujer se hicieron del conocimiento público. Siempre las cosas acaban por hacerse del conocimiento público. Ahora, por ejemplo, ya se sabe que los ingleses asesinaron a Napoleón. Lo envenenaron lentamente, con arsénico, en su destierro final. A alguien se le ocurrió hace años analizar los cabellos del gran corso, y había en ellos tósigo como para sacar de la vida a un caballo. Pero ésa es otra historia. A la mía vuelvo. Cuando el adulterio de aquella esposa fue del conocimiento general ya las cosas no fueron tan sencillas, y la franciscana decisión de aquel señor, de perdonar a la esposa adúltera, cedió al salvaje impulso de la ira. Una cosa es que no se sepa, y otra muy diferente que la sepa todo el mundo. Ya la conducta no puede ser igual, por aquello —sabe usted— del qué dirán.

Haré la sinopsis de esta veraz historia del señor a quien engañó su esposa.

Tuvo el primer indicio de esa infidelidad, dije, por un anónimo. Eso de los anónimos no tiene nombre. Yo una vez mandé uno, pero lo firmé con mi nombre y mis dos

apellidos, y hasta puse mi domicilio, el número de mi registro en Hacienda, y adjunté además una copia fotostática de mi credencial de elector. Alguien me dijo que eso no era un anónimo. Sí lo era, pero con transparencia.

Cuando el señor que digo recibió su anónimo lo primero que hizo fue leerlo. Obró cueradamente: los anónimos son para leerlos. Enseguida lo desechó. Si en alguien confiaba era en su mujer y en el gobierno, en ese orden. ¡Ah! ¡Cómo lamentaría después esa confianza ciega en la una y en el otro!

La certeza del engaño le llegó poco después. Al estar haciendo el amor con su mujer de pronto ella prorrumpió en estas voces:

—¡Ranulfo! ¡Ranulfo!

¡Tal era el nombre de su amante! Se corrigió de inmediato. Aclaró:

—Perdona, quise decir: “¡Dios mío! ¡Dios mío!”

Pero él no se tragó la mentira. ¿Qué va de: “¡Ranulfo! ¡Ranulfo!” a: “¡Dios mío! ¡Dios mío!”? Se quedó muy pensativo; ya ni siquiera pudo terminar a gusto.

¿Cómo logró después que la adúltera le confesara su infidelidad? No la amenazó de muerte: la amenazó con cancelarle las tarjetas de crédito. En ciertos casos eso equivale a la pena capital, con la cual yo estoy de acuerdo a condición de que no sea tan severa. Ante esa amenaza ella le contó todo. Se había dejado engañar a causa de su inocencia de mujer casta y honesta. Y no era ésa la primera vez: antes ya la habían engañado otras 14 veces. La culpa la tenía —dijo— la deficiente educación que recibió en el colegio de monjas, donde se les ocultaba a las alumnas ciertas verdades de la vida.

La primera intención del engañado esposo fue perdonar (“El que esté libre de culpa”, etcétera). Después de todo, consideró, él tenía también sus propias culpas. Por ejemplo, nunca apretaba desde abajo el tubo de la pasta de dientes, y siempre dejaba los calcetines tirados en el suelo. ¿Y no iba a perdonar el pecado de su esposa? Además, ¿qué son 14 veces? Quince, más bien, contando la última. Malo si fueran 20, 50 o 100.

Ella le prometió que no lo volvería a hacer, al menos durante un tiempo razonable, y le trajo un cafecito. Ahí terminaría todo. Sucedió, sin embargo, que el señor se enteró de que ya en el barrio, y en su oficina, y —sobre todo— en el café, todo mundo sabía de los devaneos de su esposa (de los 15), y entonces ya le fue más difícil perdonar. Tenía, ahora sí, que lavar su honor. Hizo el intento de matar a su mujer ahogándola con una almohada, como Otelo a Desdémona, pero ella se las arregló para respirar por un ladito y aquello terminó en un simple sofocón que sólo le desarregló el peinado. Luego ideó abandonarla y se mudó a un hotel, pero no le planchaban bien las camisas y regresó a su casa.

Optó al final por no hacer nada. Allá ella con sus cosas. A él que no le faltaran sus camisas limpias y su cafecito. Y aquí acaba la historia. Es decir, acaba en nada. ¿Sabio el señor? ¿Imbécil? Quién lo sabe. En los asuntos humanos uno más uno no siempre suman dos. Recordemos mejor aquello de “No juzguéis, para no ser juzgados”, etcétera.

EL TÍO VOCHO

No diré el nombre de este señor. No lo diré por varias y muy diversas causas. La primera, porque no lo sé. Salen sobrando las demás, entonces, y eso me permite seguir con mi relato.

Este señor era un ejidatario de la comarca lagunera. Hombre de estatura procerosa, y gordo en demasía, semejava una mole en movimiento. Las veces que iba a Torreón y caminaba por la acera la gente debía bajarse al arroyo de la calle, pues nada más él cabía en la banqueta. Una vez —la tarde era pesada, y el sol canicular— iban tras él cinco o seis muchachillos.

—¿Por qué me van siguiendo, niños? —les preguntó, atufado.

—Para aprovechar la sombra —declaró con encomiable sinceridad uno del grupo de chamacos.

Enorme era el señor, lo dije ya, robusto, alto y gordo. Me recuerda a aquel sujeto, también de colosales dimensiones, que en la bañera le pidió a su esposa:

—Lávame la espalda, por favor.

Respondió la señora:

—Mejor te lavo la Suburban, desgraciado.

El ejidatario de mi historia era muy dado a emborracharse. Por dos razones se embriagaba: porque sí y porque no. En la cantina del ejido bebía océanos de cerveza; sin él la producción del ambarino líquido habría sufrido algún colapso. A veces, si el sentimiento le ganaba, añadía al helor de la cerveza la ardiente agua del aguardiente, o la bravura del tequila y el mezcal. Entonces sus borracheras eran de órdago. En tales ocasiones el cantinero lo hacía salir de la cantina antes de que la borrachera lo tumbara, pues se habría requerido el auxilio de una grúa, o un tractor potente, para sacarlo del establecimiento.

Sucedió una vez que este señor que digo agarró una pítima fenomenal. El cantinero, con la sabiduría que la experiencia otorga, supo que no tardaría el parroquiano en dar con su humanidad en el suelo, y usando términos muy comedidos lo invitó a que se fuera ya a su casa. Era borracho educado el campesino, de buen natural y respetuoso. No se resistió, pues, a la exhortación del tabernero; la encontró puesta en los términos de la razón. Salió de la cantina farfullando no sé qué y, haciendo más eses que las que en su nombre tiene el ISSSTE, encaminó los pasos a su casa.

Logró llegar a ella después de fatigas indecibles, que aprovechó para medir con ambas manos todas las paredes en el trayecto de la cantina a su morada. Caía ya la noche cuando llegó a su domicilio. Y con la noche cayó él también. Se derrumbó a la puerta de su casa, y ahí quedó tirado, sin sentido.

Su esposa, que salió al oír el estrépito de aquel derrumbe, supo que le sería imposible

mover a su marido. Lo que hizo entonces fue traer una sábana, con la cual cubrió la formidable humanidad de su consorte a fin de protegerlo del sereno de la noche, y lo dejó, roncando con el estruendo de diez ballenas amormadas, que durmiera la mona a su placer.

Alboreó el día y con los primeros rayos del sol salieron las señoras a barrer y regar el frente de sus casas. Vieron el promontorio aquel, cubierto con la sábana. Y cuando salió la esposa del ejidatario le dijeron con admiración quizá no exenta de natural envidia:

—¡Ah, vecina! ¡Ya tiene usted vocho!

Pensaban que el durmiente era un Volkswagen sedán, de aquellos que por desgracia ya no se hacen, y que la señora lo cubría para que no le diera el sol ni lo ensuciara el polvo.

Desde entonces se le quedó al ejidatario el nombre con que hoy todos lo conocen: *tío Vocho*. La gente de fuera piensa que se llama Ambrosio. Pero no. Los nombres y los apodos tienen orígenes extraños.

LO INESPERADO

La visita que no tocó el timbre. Así se llama una comedia inane perteneciente al teatro español de tiempos del franquismo, cuando los escritores debían medir cada palabra a fin de no exponerse a la censura del opresivo régimen. Un cómico a quien conocí y traté fue a la cárcel porque hizo un *sketch* en el cual se le descomponía su coche a mitad del escenario. Los automovilistas que venían atrás hacían sonar con impaciencia el claxon de sus vehículos de cartón. Y les decía el comediante:

—Voy a ser franco. Ni arreglo esto ni me quito.

A la cárcel.

En aquella obrita, *La visita que no tocó el timbre*, aparecían dos hermanos solterones, burócratas los dos, que llevaban la aburrida existencia de Madrid en los años opacos de la dictadura, cuando las calles estaban llenas de guardias civiles con tricornio y curas con sotana. Se decía que España habría llegado a la Luna antes que los americanos con sólo que a alguien se le hubiese ocurrido subir un cura a los hombros de un gendarme, y poner en los hombros del cura otro guardián, luego otro cura, y así sucesivamente. Tanto abundaban los policías y los clérigos que la ristra habría llegado hasta la Luna.

Pues bien: a aquellos dos estólidlos hermanos de la comedia que cité les cae cierta mañana una visita inesperada: alguien les deja en la puerta una canasta con un recién nacido. Aquello, de sobra está decirlo, sorprendió bastante a los hermanos, porque ninguno de los dos había hecho nada que mereciera el regalito, y además en Madrid había dónde dejar a las criaturas. Hablo de la Casa de Expósitos, llamada por el pueblo

“la Inclusa” a causa de una imagen de la Virgen que ahí se veneraba, Nuestra Señora de la Inclusa. Esa Virgen la trajo alguien de Holanda, de la isla de L’ Écluse. La palabra quiere decir “esclusa”, pero el pueblo la convirtió en Inclusa.

La institución estaba a cargo de religiosas. Había en la puerta un torno, especie de bandeja circular, una de cuyas mitades quedaban fuera de la casa, y la otra dentro. En la de afuera la persona que exponía al niño —de ahí lo de “expósitos”— colocaba a la criatura en horas de la noche, para no ser vista, y luego hacía sonar una campana. Acudía la madre tornera, le daba vuelta al torno y tomaba a la criatura. Centenares de niños eran así abandonados; los “incluseros” e “incluseras” abundaban. De la Inclusa, por ejemplo, salió el torero Currito de la Cruz, personaje de la novela del mismo nombre escrita por Alejandro Pérez Lugín, el de *La casa de la Troya*. En la coral del colegio Zaragoza cantábamos el pasodoble escrito en homenaje del famoso diestro: “Sale en hombros / de la plaza. / Lo declaran el mejor torero. / Y el valiente / sufre y llora / al pensar que es un pobre inclusero...”

Nada, que a un matrimonio que conozco le tocaron la puerta a deshoras, una de estas noches, y cuando la señora salió a abrir una mujer le puso en los brazos a una niña de meses y escapó luego corriendo. No sé qué curso haya tomado el insólito suceso, y menos aún conozco sus antecedentes, pero no cabe duda de que el caso es muy interesante, y se presta para escribir una comedia. ¿O un drama acaso? Quién lo sabe: en la vida es muy corta la distancia que media entre lo cómico y lo trágico.

AÑOS Y SEXO

“Cada hombre tiene la edad de la mujer que acaricia”. Esa frase no es mía. Supongo que tampoco es de Confucio o Napoleón, a quienes se atribuyen casi todas las frases llamadas célebres. Lo cierto es que esas palabras sirven de justificación a los carcamales en busca de Lolitas; esos maduros caballeros con frecuencia lo único que pueden hacer con las ninfetas es el ridículo.

De todo hay en la viña del Señor. Después de los tres millones de habitantes —he calculado— las ciudades se vuelven pecadoras. En Monterrey los bares de los hoteles de postín se ven muy concurridos por jovencitas que aceptan la compañía de calvos y panzudos forasteros. Y en los estacionamientos de los supermercados se ven rondar por las mañanas garzones pálidos y entecos que se suben al primer coche que les enciende y apaga las luces. No importa mucho si el coche es conducido por hombre, mujer, fantasma, quimera o puntos intermedios.

Esto del sexo es algo muy extraño. Hay cosas junto a las cuales las invenciones del Marqués de Sade son ortodoxia pura. En el *Thesaurus Confessarii*, del Padre Busquet, libro para uso de los confesores publicado en 1909, se mencionan desvaríos sexuales que

los canales pornográficos de la televisión rechazarían por inmorales. Se habla, por ejemplo del bestialismo (*bestialitas*), definido como *Coitus cum bruto*. Por pena no traduzco, pero está muy claro. En su obra *Divagario*, don Andrés Henestrosa se ocupa del armadillo, y dice que ese animal “cohabita con toda suerte de alimañas que se dejen”. En seguida comenta don Andrés: “¡Como si eso no lo pudiera hacer el hombre en caso de apuro!” Dios nos proteja y valga para que no lleguemos nunca a ese apuro.

Vuelvo al Padre Busquet. El renombrado guía de confesores opina que dentro del género *bestialitas* debe incluirse el *concubitus cum daemone apparente in forma humana*. Es decir, la coición con un demonio que se presenta en forma humana. Otra vez, Dios guarde la hora.

Quiero contarles ahora de un cierto amigo mío. Este señor tiene muchos años, pero tiene también mucho dinero. Decía el *Chaparro* Tijerina que el dinero no compra la felicidad, sobre todo si es poco. Eso es cierto. Sin embargo, con dinero pueden pagarse algunas buenas imitaciones de la felicidad. Para mi amigo, por ejemplo, la felicidad consiste en tener tratos de erotismo con muchachillas a quienes triplica, o más, la edad.

—No sé por qué salen conmigo —dice él—. No les pago. Eso sí, les doy 5 mil pesos para el taxi.

En tales devaneos, que me parecen tontos y aun grotescos, a mi maduro amigo se le está yendo la fortuna. Declara con un asomo de preocupación:

—Ojalá se me acabe el gusto antes que el dinero.

La canción mexicana podría dar material para formar una doctrina filosófica. Muchas de nuestras canciones contienen pensamientos de gran profundidad en los campos de la epistemología, la ontología, la gnoseología, la axiología y la fenomenología. Una de esas canciones, “La que se fue”, de José Alfredo Jiménez, contiene una declaración que me parece muy edificante. Dice: “Pero el cariño comprado ni sabe ser bueno ni puede ser fiel”.

Debe ser cierta esa proposición. Todas las proposiciones morales son ciertas, si bien casi todas son inaplicables.

HISTORIA DE DOS MUJERES

—De dos mujeres voy a hablar ahora.

—¿De dos únicamente, licenciado?

—¿Quería usted más?

—Bueno, es que...

—Mire: una sola mujer —la que usted quiera, escójala al azar— da material para escribir 50 libros. ¿Y le parece poca cosa que escriba yo de dos?

—Perdón, es que como usted escribe tanto...

—Sí, pero de política y otros temas igualmente aburridos. Eso cualquiera. En cambio, si escribe usted acerca de mujeres, debe escoger una nomás. Eso es lo que aconseja Tirso de Molina, que era cura y sin embargo sabía mucho de mujeres. Dicen que aprendió a conocerlas —vaya usted a saber— en el sacramento de la confesión, ahora llamado “reconciliación”, término que suena menos policiaco y es más políticamente correcto.

—Tiene usted razón, licenciado, perdone mi necedad. Y ¿de qué dos mujeres va usted a escribir hoy?

—Cualquiera da material en abundancia, ya le digo, sea Cleopatra o sea Malole García, que tiene un estanquillo y ha estado enamorada en secreto desde hace mucho tiempo de Alex Lora.

—Malole, dice usted. Ha de ser de Monterrey.

—De Monterrey es, en efecto. Lo felicito por su perspicacia. ¿Cómo supo usted que esta Malole es regia?

—Por el nombre, licenciado. Malole es diminutivo de María del Roble, y la Virgen del Roble es la patrona de Monterrey. Acuérdesse usted de cuando iban los saltillenses a los toros, y al entrar en la plaza los regiomontanos les gritaban aquello de: “¡Ya llegaron, hijos del Santo Cristo!” El zapatero Caifas, gran jefe de la porra saltillera, les respondía con su tremendo vozarrón: “¡Sí, cabrones! ¡Venimos a pedirles la mano de la Virgen del Roble pa’l Patrón!”

—Por favor, amigo mío, no vayamos a escandalizar a alguien con estas demasías.

—Me extraña su cautela, licenciado. Peores cosas ha dicho usted. Y a lo mejor ha hecho, si me perdona el atrevimiento.

—Nos estamos apartando del tema, compañero. Yo dije que iba a escribir de dos mujeres, y mire usted a dónde nos llevó la plática. Y eso que ni siquiera le he dicho todavía de cuáles dos mujeres voy a hablar.

—¿Me lo puede decir ahora?

—Con mucho gusto; después de todo usted es el lector, y para usted escribo. Voy a escribir acerca de una muchacha joven y bonita que tenía en mi ciudad un salón de belleza allá por los años 50 del pasado siglo, y salía sin medias a la calle cuando eso era un escándalo en Saltillo. Y voy a escribir también de su vecina, solterona ella, muy devota de San Juan Nepomuceno. Ella veía por la ventana de su casa los ires y venires de la muchacha que no se ponía medias cuando salía a la calle. ¿Le parece interesante el tema?

—Sí, claro. Pero, la verdad, me pareció más interesante aquella Malole, la de Monterrey; la que dice usted que está enamorada de Alex Lora.

—Eso me lo contaron, a mí no me consta.

—Licenciado: permíname otra vez. Si escribiera usted solamente acerca de lo que le consta publicaría un artículo por año, cuando mucho, y no cuatro cada día, como hace.

—¡Mire! No había pensado en eso; pero tiene usted razón. En fin, mañana le contaré

esa historia, la de la muchacha bonita que salía sin medias a la calle, y la de la soltera quedada que la veía por la ventana. ¿Le parece?

—Sí. Pero me va a dejar picado.

—Le juro que no es ésa mi intención.

Y al día siguiente:

—Nos quedamos, licenciado, en que iba usted a contar la historia de la muchacha que salía sin medias a la calle.

—Ah, sí. Y de la señorita quedada que la veía por la ventana. No deja de ser vulgar la historia. ¿Habrá alguna que no lo sea? La de Dante y Beatriz, posiblemente, porque no acaba en posesión, que es lo que echa a perder el sentimiento. No puede haber amor platónico si ya te la echaste al plato.

—Buena frase, licenciado, si bien un tanto drástica.

—Así salió, y ni modo. Tuve una profesora que decía que el matrimonio es la tumba del amor.

—Por algo lo diría.

—Quién sabe. Ella y su esposo se veían bien avenidos, sobre todo cuando iban al cine. El señor usaba cachucha, pues era un poco calvo, y ya ve usted los fríos de Saltillo.

—No perdonan, licenciado, no perdonan. Pero hablábamos de la muchacha que salía sin medias a la calle.

—La recuerdo muy bien. Era trigueña.

—Como el trigo.

—En efecto. Supongo que de ahí viene la etimología. Las mujeres trigueñas son muy interesantes, sabe usted, porque andan entre rubias y morenas. Si las quieres ver rubias las ves rubias; si las quieres mirar morenas las mirará morenas. Son como aquellas chaquetas que había antes: de dos vistas.

—¿Y a qué se dedicaba la trigueña?

—Tenía un salón de belleza. Luego esos establecimientos pasaron a llamarse “estéticas”.

—¿Sería por influencia de Vasconcelos?

—No lo creo, pero habrá que investigarlo. En esto de los nombres hay caprichos: un pasaporteado que se repatrió le puso a su hijo Usmaíl. Parece nombre de arcángel pero no lo es. Lo que pasa es que en Estados Unidos el señor trabajó en el correo, y quedó muy agradecido.

—¿Usmaíl qué, licenciado? ¿No se acuerda?

—La verdad no. Además el apellido no añadiría interés a la narración. Permítame seguir con el relato. Aquella muchacha salía a la calle sin medias. Entonces eso era gran escándalo, porque ninguna mujer mostraba las piernas así, sin nada. Hasta las viejas de la calle —perdone usted el vulgarismo— traían medias, y a veces no se las quitaban ni en el momento de ejercer su profesión. Como eran de popotillo —las medias, digo, no las viejas—, no se les iba el hilo en las evoluciones.

—Qué bonito.

—Deje usted lo bonito: lo práctico. El caso es que la trigueña salía a la calle con las piernas, como quien dice, al aire. Las tenía blancas y bien torneadas; parecían columnas de alabastro. La comparación no es mía; la leí no sé dónde.

—Quizá en la revista *Veá*, licenciado.

—Calle usted, que nos van a sacar la edad. Frente al salón de belleza tenía su casa una señorita quedada, y veía a la trigueña salir sin medias a la calle. Luego iba a San Juan Nepomuceno y se confesaba con el Padre Quiñones.

”—Me acuso, padre, de que mi vecina sale a la calle sin medias.

”—¿Y por qué te confiesas tú de eso? —le decía el severo ignaciano—. La que se debe confesar es la que peca.

”—Es que ella no se confiesa nunca, y me da miedo que se vaya a ir al infierno. Por caridad me confieso yo en su lugar. ¿No vale eso?

”—No, no vale.

”—Mire usted a la beata salir ahora del templo de San Juan. Va triste. No tiene pecados qué confesar, y los ajenos no se los aceptan. Ella quisiera hacer pecados, pero ¿cómo? Nadie le pone ninguna tentación para caer en ella, o al menos para darse un resbaloncito. La señorita entra en su casa y se sienta en la mecedora de la sala. Vive sola. Sola y su alma, a pesar de lo que le pide el cuerpo. Por la ventana pasa, alegre, la muchacha que no se pone medias. La piadosa beata ya no se asoma a espiarla. Allá abajo el reloj de la Catedral suena las seis”.

EL DEDAZO

¿Será cierta esta historia? Seguramente no, y eso le da mucho realismo. Los jubilados tienen la obligación de demostrar que aún están vivos. Para eso deben pasar revista, un rito anual sin cuyo cumplimiento no pueden cobrar su pensión mensual.

Y eso se explica. Los muertos no deben percibir ingresos. Eso es cosa de vivos. A veces de muy vivos. Si te mueres, adiós a todo. Al cheque, especialmente. Supongo que algunos pensionados rezan por una buena muerte, que en su caso consiste en morirse unos días después de haber pasado la revista, y que nadie se entere de su muerte, para que así sus deudos puedan seguir cobrando la mesada por otros 11 meses, antes de que en la próxima revista se descubra que el jubilado pasó a otra vida donde quizá haya cánticos de ángeles, pero no pensión.

¿Será cierta esta historia? A lo mejor es cierta, y eso le quita verosimilitud. De cualquier modo vale la péndola el relato.

Murió cierta señora que percibía una pensión. El pago le llegaba mensualmente, por el correo, y ella estampaba su huella digital en el recibo, pues no sabía firmar. Tal huella

equivalía también a prueba fehaciente de que la pensionada formaba parte aún del reino de los vivos.

Sucedió que un buen día —para el efecto no tan bueno— la anciana señora se murió. Vivía en un lugarejo de poca monta, y además en sitio apartado, de modo que sólo sus familiares supieron de su óbito. Óbito. Tal es uno de los muchos eufemismos empleados para no pronunciar el nombre de la muerte, no sea que nos escuche y venga.

Los parientes de la difunta se acongojaron mucho, no tanto por el tránsito de la anciana, sino porque su muerte significaba la pérdida de la pensión. Y de ella vivían todos, pues ni uno de los hijos trabajaba, ateniéndose al dinero que mensualmente recibía su mamá.

Entonces no había aquello de pasar revista: ya dije que la simple huella digital, recibida mensualmente, era prueba muy suficiente de existencia. Entonces los hijos —o las nueras, vaya usted a saber— idearon un expediente algo macabro. Si aquí lo pongo es sólo por apegarme al hilo de la historia. Y lo diré de prisa, pues el sólo relato de esa acción me causa grima. Antes de sepultar a la viejita le cortaron el dedo pulgar —el de la huella digital— y lo pusieron en el refrigerador.

De ahí lo sacaban cada mes (en papel aluminio lo tenían envuelto) y, mientras el cartero esperaba afuera, alguno de los hijos firmaba con el dedo de su madre el recibo de la pensión mensual. Ya se imaginarán ustedes el valor que tenía aquel pulgar, de cuya conservación y buen empleo dependía la manutención de tres familias. Iba uno de los hijos a poner algo en el refrigerador y le decían los otros:

—Cuidado con el dedo de mamá.

¡Con qué esmero guardaban los tres hijos aquel recuerdo de su madre! Era conmovedora su devoción filial. Ahí estaba el dedo, entre la mortadela y la jarra con agua de tamarindo, preciada posesión de la cual derivaba el sustento para las tres familias.

Todo iba bien y la pensión llegaba. Nadie se había enterado de la muerte de la viejita: sus hijos le dieron piadosa sepultura en el corral. Tan bueno ese lugar como cualquiera, dijeron ellos, y además ahí estaban las gallinas que su santa madre había querido tanto. Un día, sin embargo, a uno de los hijos se le ocurrió la idea de irse al otro lado. Puso a la venta entre los otros dos sus derechos sobre el dedo materno. Ninguno tuvo lo suficiente para pagar lo que su hermano pretendía. ¿Qué hacer, entonces? La esposa del viajero amenazó con sacar a público mercado aquella acción que daba mensuales dividendos. Uno de los dos hijos, asustado, secuestró el dedo y lo puso a buen resguardo en la hielera de la cantina del lugar, metido en una bolsa de polietileno. El otro se indignó al ver tamaña falta de respeto a la memoria de la madre muerta; le reclamó a su hermano el desafuero; se hicieron de palabras y se tundieron los dos a puñetazos.

Ninguno, sin embargo, reveló la causa de la desavenencia. El instinto de la conservación los asesó y volvieron a la concordia y a la paz. Le pidieron un plazo al otro hermano para pagarle su acción, y él les concedió 18 meses, con módico interés del 24

anual. Así las cosas tornaron a su cauce, y los dueños del dedo pudieron seguir cobrando la pensión.

La siguen cobrando todavía. No ellos, pues hace ya mucho tiempo que murieron, pero sí sus nietos y bisnietos. Las acciones se han ido multiplicando, de modo que ahora cada tenedor recibe unos cuantos pesos mensualmente, lo suficiente apenas para la combi o el camión. Pero menos da una piedra.

La oficina pagadora no se ha dado cuenta del engaño. Si el encargado revisara sus archivos se daría cuenta de que la pensionada 12-6894-B tiene ya 225 años de edad. Pero así es la burocracia: cumple el evangélico precepto de que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. El cheque se envía cada mes, se revisa la huella digital de la beneficiaria y punto. La situación, según advierto, durará toda la eternidad, pues el dedo disfruta de cabal salud. Yo no lo he visto, pero me dicen que está admirablemente conservado.

EL CORSÉ Y EL RELOJ

El licenciado Manuel Rodríguez, llamado por todos *Manolín*, tenía poéticas aficiones. Este caballero profesaba la cátedra de Literatura, y poseía también etílica afición.

No sé si fue Baco o fue la poesía, el caso es que con los años se le anubló la razón. Dio entonces en peregrinas ocurrencias que asombraban a todos, y a todos les suspendían el ánimo. *Manolín* afirmaba, por ejemplo, que estaba entregado a una audaz empresa del pensamiento que nadie en toda la historia de la Humanidad había intentado: demostrar matemáticamente, por medio de ecuaciones algebraicas, la virginidad de María.

Manolín tenía tres hermanas, solteras las tres. Llamábase la primera Luz. Era, a más de soltera, solitaria. Metida en sí misma, no gustaba de conversaciones. Rehuía el trato aun de los suyos. Guardaba una balumba de libros sobre hierbas curativas que leía una y otra vez y de los cuales sacaba recetas para hacer pócimas, elixires y otros variados remedios que vendía a los vecinos.

Pepa, la segunda, había sido maestra. Una pasión contrariada —al decir de la gente— la había trastornado para siempre y vivía como en otro mundo, sin darse cuenta de los afanes y mezquindades de éste. Muchos loquitos había entonces, aunque no tantos como ahora. En la cifra de ellos contaba esta pobrecita Pepa que para nada más contaba.

La tercera hermana era Chita, la más joven. Vivaz, gustaba de fiestas y saraos. Cuando iba a un baile se rizaba el cabello con tenacillas calentadas en el carbón que ardía en el brasero de la cocina. Usaba corsé, y como el licenciado Rodríguez, su hermano, no se abajaba a la tarea de apretárselo, había que llamar a algún mozalbete de las casas vecinas para que cumpliera la tarea de abrocharle con fuerza a Chita las cintas del corsé.

No se afrentaba la damisela de que aquellos muchachillos la vieran en ropas muy menores. Ella lo que quería era lucir su cintura de odalisca o hurí.

En sus últimos años cayó el licenciado Rodríguez en una infinita melancolía de la que nada ni nadie lo pudo ya sacar. Se pasaba el tiempo sentado en un sillón Voltaire en la sala de su casa, con la mirada fija en un reloj de péndulo. Decía que cuando se detuvieran las manecillas de aquel reloj moriría él.

Todos cuidaban de darle cuerda —al reloj, no a *Manolín*—, para que no se frenara nunca el ritmo acompasado de su péndulo. Cierta día a alguien se le olvidó darle cuerda al reloj. Una de las hermanas, que andaba trajinando en la habitación contigua, se extrañó al no oír el monótono ruido que hacía el péndulo. Entró en la sala y vio a su hermano en el sillón, como dormido.

Estaba muerto.

HISTORIA DE UN *BRASSIÈRE*

Voy a contar ahora la historia de un *brassière*, también llamado sostén, portabustos o sujetador. El relato está dividido en dos partes, lo mismo que el protagonista. La primera se refiere a los antecedentes; la segunda a los efectos. Antes, sin embargo, debo hacer alusión a la doctrina de la *anágke*, creencia de los griegos orientales según la cual todas las cosas obedecen a una ley inexorable fijada desde el principio de los tiempos. La vida de los hombres —el hombre es sólo uno entre la multitud de seres y de cosas que existen en el universo— sigue esa ley. Nadie puede escapar a ella. En *Nuestra Señora de París*, Victor Hugo menciona la *anágke* y le da el nombre de “fatalidad”.

Característica de la fatalidad es ser fatal, o sea inevitable. De todo se vale el hado para cumplir su obra. Tanto puede usar el iceberg del *Titanic* como la vaca de la señora O’Leary, que al derribar con la pata en el establo una lámpara de queroseno causó el incendio que destruyó Chicago en 1871.

También puede el destino valerse de un *brassière*. Y el *brassière* no tendrá ninguna culpa. Es instrumento de la fatalidad, lo mismo que el iceberg del *Titanic* o la vaca de la señora O’Leary. ¿Acusó alguien al iceberg de haber causado la tragedia de aquel gran barco cuyo hundimiento puso fin a la bella época? ¿Fue llevada a juicio la vaca por pirómana? Eso sería como encarcelar al piolet con el cual Jacques Mornard mató a Trotsky. Instrumentos todos: la vaca, el iceberg, el piolet, Mornard... También nosotros: somos al mismo tiempo sujetos del destino y su instrumento.

¿Extrañará entonces que la fatalidad se haya valido de un *brassière* para imponer su ley ineluctable? Desde ese punto de vista no hay diferencia entre una vaca y un *brassière*. Digamos mejor entre una vaca y un iceberg. Porque habrá quien encuentre alguna vaga relación entre una vaca y un *brassière*, pero de plano es imposible establecer

alguna liga entre un iceberg y una vaca. Para eso se necesitaría mucha imaginación.

Veamos cómo actuó la fatalidad en la historia que me dispongo a relatar. Esta joven mujer trabaja en un taller de lencería. Hoy se halla distraída: es soltera, y acaba de saber que está embarazada. Por tanto no se concentra en su labor. Ahora cose un *brassière*. Deja floja una de las varillas. Este detalle, al parecer insignificante, habrá de cambiar el rumbo de ocho vidas.

Vayamos ahora a otro lugar. Una señora de sociedad se está vistiendo. Hace unos días compró el *brassière* que dije. Miremos a otra parte, pues ahora se está poniendo el *brassière*. Siente una ligera molestia en la parte correspondiente al lado izquierdo, pero no le da importancia. Hace mal. Ha ido a una fiesta con su esposo, y ahí la molestia aumenta hasta el punto de hacerse inaguantable. Va al baño la señora, se revisa y advierte que la varilla le está causando una irritación en la piel. Se quita el *brassière*. Con la blusa y el chaleco de punto que se ha puesto nadie notará la falta de la prenda. ¿Qué hará con ella? No cabe en el pequeño bolso que ha llevado. Sale al jardín, busca el automóvil de su marido, convertible, y esconde el *brassière* entre los dos asientos. Las consecuencias de esa pequeña acción serán muy graves.

Han pasado cinco años. Un señor bebe su copa, solitario. El cantinero del bar le pregunta la causa de su tristeza y soledad.

—Ha de saber usted —cuenta el señor— que yo amaba a mi esposa. Cierta noche fuimos a una fiesta. Al terminar regresamos a la casa. Yo tenía un precioso auto convertible. Mi esposa dormitó en el trayecto. Cuando llegamos buscó algo entre los asientos del coche y no lo halló. Me dijo que había dejado ahí su *brassière*, y ya no estaba. La única explicación era que yo lo había tirado en el camino a casa. Seguramente había estado con otra mujer, y pensé que el *brassière* era de ella, por eso lo tiré. Yo juré y perjuré que no había hecho tal cosa, pero desde ese día ella me perdió la confianza; se fueron enfriando nuestras relaciones y aquello terminó en divorcio. No he vuelto a ser feliz.

En otro bar, otro bebedor solitario le cuenta su historia al cantinero.

—Ha de saber usted que yo amaba a mi esposa. Cierta noche fuimos a una fiesta. Al terminar regresamos a la casa. Yo tenía un precioso auto convertible. Mi esposa dormitó en el trayecto. Cuando llegamos a la casa vio que había algo entre los dos asientos. Lo sacó. Era un *brassière*. Me preguntó quién lo había puesto ahí. Yo no lo sabía. Me acusó de estarla engañando. Seguramente había estado en el coche con otra mujer, y ella olvidó la prenda. Yo juré y perjuré que no había hecho tal cosa, pero desde ese día ella me perdió la confianza; se fueron enfriando nuestras relaciones y aquello terminó en divorcio. No he vuelto a ser feliz.

Nosotros podemos explicar lo que aquellos dos infelices no pueden entender. Los coches de ambos eran exactamente iguales: convertibles los dos, de igual modelo, de la misma marca, el mismo color y el mismo año. Como estaban en su club, los dueños de los coches dejaban las llaves en el auto. La señora, con la prisa de esconder el *brassière*,

fue al coche del otro señor en vez de ir hacia el de su marido, y ahí escondió la prenda. Por eso no la encontró en el auto de su esposo; por eso la otra señora halló el *brassière* en el coche del suyo. Nada de eso habría pasado si la muchacha que participó en la hechura de aquella prenda hubiera hecho bien su trabajo. Pero no lo hizo bien porque no estaba pensando en su tarea; estaba pensando en lo que haría, pues acababa de saber que estaba embarazada.

¿Entonces el culpable fue el hombre que embarazó a la muchacha que no cosió bien la varilla del *brassière* que irritó la piel de la señora que se lo quitó y lo escondió en un coche que no era el de su esposo? No digo eso. Lo que digo es que el destino —la *anágke* que decían los griegos— anduvo en esto y determinó el rumbo de las cosas. Y también el de las vidas: las de los dos hombres, las de las dos esposas, y las de los hijos de ambos matrimonios. Todo por un *brassière* mal hecho. De cosas mayores —y menores— se vale la fatalidad.

EL ATAQUE

Después de muchos rezos y copia de rogativas y trisagios el milagro que la señora pedía se hizo, y su marido se murió. Libre se vio la doña del estorboso impedimento de su cónyuge, que le importunaba de continuo con sus necesidades y haciéndola servirlo en toda suerte de menesteres y mandados.

Murió por fin el hombre. Se le veló en su casa, pues eran aquéllos los pasados tiempos en que la gente nacía, crecía y moría en su casa, no como ahora, que la gente nace en el hospital, crece quién sabe dónde y muere en el hospital también, generalmente antes de tiempo. Los vecinos sacaron los muebles de la sala y ahí se colocó la parafernalia a cargo de la empresa de pompas fúnebres, que las hacía poco pomposas por falta de la debida tramoya y demás efectos necesarios. Unos raídos cortinajes de terciopelo que ya no tenía mucho, cuatro módicos cirios de medio uso o tres cuartos, un crucifijo de sospechoso metal formaban toda la escenografía. Y ahí quedó el difunto, serio serio, tendido cuan largo era y más aún.

Comenzaron a llegar los dolientes, y pronto la casa se llenó de pésame mucho como si fuera esa noche la última vez. Las señoras se iban a los rezos; los hombres a la cocina en busca del café con tripas, que es una feroz añadidura de ardiente aguardiente o algo peor. Callaban las mujeres y se escuchaba sólo el rumor apagado de sus conversaciones. Cuando un nuevo doliente entraba en el salón rompían a llorar todas otra vez, como si hubiera muerto tendido. Y volvían luego a sus pláticas, que suspendían de nuevo con clamores que ensordecían cada vez que llegaba otro visitante.

A la una de la mañana comenzaron a ver el reloj con disimulo quienes lo tenían —el disimulo y el reloj—, y cambiaron miradas todos entre sí. Las interpretó una de las

señoras ahí presentes y, yendo hacia la viuda, le preguntó solícita:

—Comadre, que dicen todos que a qué horas le va a dar el ataque, porque ya nos tenemos que ir.

Y es que era obligación profesional de las mujeres con difunto “atacarse”, es decir, sufrir un insulto, caer en los espasmos de un síncope, soponcio, telele o patatús, lipotímico y póstumo homenaje que rendían al desaparecido.

Vista la hora y la conveniencia de no dilatar más el obligado rito, la viuda se dispuso convenientemente. Buscó mullido cojín que le sirviera de conveniente acogimiento y, de pronto, abriendo los brazos y levantándolos si no hacia el cielo sí hasta el techo, lanzó un ululato espeluznante, puso los ojos en blanco o más o menos y se desplomó como herida por un rayo. Doña Virginia Fábregas o María Teresa Montoya no lo habrían hecho mejor. Acudieron todos hacia la viuda, con cuidado de no ser alcanzados por uno de sus potentes brazos, que revolvía como aspas de molino, o por una de las contundentes patadas que daba al aire al convulsionarse en los terribles espasmos que sacudían su cuerpo. Se cumplió al pie de la letra la liturgia. Mientras unos le frotaban a la viuda el cerebelo y bulbos adyacentes con alcohol, otro se ganaba una fría mirada de los circunstantes por haber propuesto que le aflojaran el *brassière*. La mujer fue volviendo poco a poco en sí, que era la nota que más le acomodaba, y quedó por fin tranquila y en sosiego, ciertamente extenuada por el considerable esfuerzo que requería aquella demostración ingente, pero con la noble satisfacción que da el deber cumplido.

POR LA SEÑAL...

Ya casi nadie se persigna. Yo lo hago en los aviones, cuando despegan el *jet*, pero a veces soy el único que lo hago. Han de pensar los otros pasajeros que la persignada de uno sirve para todos los demás. Y no carece de lógica ese pensamiento. En ocasiones me persigno y en seguida se persignan otros viajeros alrededor de mí, como si a cada uno le hubiese dado pena ser el primero en persignarse.

Los profesionales de la religión muy raramente se persignan. Quizá suponen que no necesitan hacerlo, pues tienen vara alta con el Jefe. Yo digo que a nadie le hace daño una persignadita. En cierta ocasión me tocó viajar al lado de un sacerdote de esos modernos, que visten traje negro y alzacuello. Ya no llevan breviario los apóstoles de la modernidad: ahora usan computadora. Tan pronto la azafata hace el anuncio que autoriza el uso de aparatos electrónicos, abren elartilugio, lo encienden y se concentran en él con más intensidad que los místicos en la contemplación de sus visiones.

Pues bien, la vez que digo hice lo que hago siempre: al levantar el vuelo el avión me persigné. Volvió la vista el sacerdote *yuppie* y me miró como diciendo: “¿Y este loco?” Con la misma mirada habría visto a un derviche que se hubiese prosternado en el pasillo

para adorar a Alá.

De niños nos enseñaban a persignarnos cada vez que pasáramos frente a una iglesia. Las criadas que hacían las tortillas en la casa trazaban la señal de la cruz sobre la primera que tendían en el comal. Los vendedores callejeros se persignaban con el billete o moneda de la primera venta. El 3 de mayo, día de la Santa Cruz, los devotos podían alejar al demonio recitando una oración que a la letra decía: “Arredro vayas, Satanás, en mi casa no entrarás, porque el día de la Santa Cruz dije mil veces: Jesús, Jesús, Jesús...” Había que darle 20 vueltas al rosario para completar los mil jesuses del piadoso rezo. Entre paréntesis, eso de “Arredro” es una corrupción de la expresión latina *Vade retro*, que significa “¡Atrás!”

Había chistes prohibidos. Por ejemplo, el del niño que le preguntaba a su abuelita si quería verlo haciéndose una “porla”. La pobre viejecita se azaraba, hasta que, cansada ya de las instancias del chiquillo, le dijo que estaba bien: lo vería haciéndose una “porla”. Entonces el muchachillo comenzó: “Por la señal...”

Don Ricardo Palma recordaba una galana copla del Perú:

*Quiero ver que te persignas
sin presencia de testigos,
para poderte besar
donde dices: “Enemigos”.*

Es que al persignarse la persona, la parte correspondiente a la frase “de nuestros enemigos” se dice haciendo la señal de la cruz sobre los labios.

Don Abundio cuenta de un señor cuya autoridad era puesta en duda por uno de sus hijos.

—Persígnate —le ordenó.

El muchacho lo hizo.

—En el nombre del Padre... —dijo llevándose la mano a la frente— ...y del Hijo —continuó llevandosela al pecho.

—Hasta ahí —lo interrumpió el señor—. Fíjate bien: el Padre arriba y el Hijo abajo. Así son las cosas en el Cielo y así han de ser también acá en la Tierra.

EL MAL POR HACER EL BIEN

Lo que voy a contar ahora sucedió no hace mucho tiempo. Callaré el nombre de quienes participaron en este extraño suceso, y tampoco diré el del sitio en donde el caso aconteció. Pero el relato es tan exacto como el Big Ben de Londres.

Sucede que dos maduras damas, hermanas entre sí, iban por carretera en horas de la

madrugada. Habían pasado el día anterior —sábado, por cierto— en un pequeño rancho de su propiedad. Ahí durmieron, pero antes de amanecer emprendieron el viaje de regreso porque una de ellas iba a ser madrina en una misa de primera comunión.

Sucedió, sin embargo, que el vehículo en que venían, una pequeña camioneta, empezó a dar problemas. En efecto, poco después el motor dejó de funcionar. Apenas alcanzaron las hermanas a llegar a un establecimiento que tenía en la puerta un foco rojo. Es el tal sitio, como mis lectores habrán ya adivinado —mis lectorcitas no— una casa de mancebía o lenocinio, un burdel que se halla en las afueras de aquella tranquila población. ¿Qué hacer en semejante trance? Las dos damas hicieron lo único que podían: se dirigieron a esa casa a pedir auxilio. Empezaba a clarear el horizonte, y toda actividad había cesado ya en aquel local. Ninguna música se oía, ni gritos o carcajadas de borrachos. Así, las viajeras llamaron con timidez a la puerta.

Les abrió el encargado del lugar. Sorprendido al ver en su negocio a aquellas señoras, de tan diferente catadura a las que trata él, les preguntó qué se les ofrecía. Ellas le explicaron su predicamento: se les había descompuesto “el mueble” y necesitaban llegar cuanto antes a la ciudad. ¿Podía él ayudarlas?

—Tengo que hacer corte de caja —les respondió el lenón—. Pero si quieren les puedo pedir un taxi por teléfono.

Ellas aceptaron agradecidas aquel ofrecimiento, y el hombre hizo la llamada. Poco después llegó el taxi. Le dieron las gracias ellas al sujeto y le pidieron permiso para dejar ahí la camioneta. Llevarían después un mecánico que la reparara. No había ningún problema, dijo el hombre; él le echaría al vehículo un ojito.

Ese día las hermanas no pudieron hallar mecánico, por ser domingo. El lunes consiguieron uno. Cuando llegaron al mediodía por la camioneta vieron en la puerta del negocio al hombre que las había ayudado. Las miró foscamente el individuo y, sin responder al afable saludo de las damas, les habló con fosco acento rencoroso:

—Eso me pasa por andar ayudando gente.

—¿Qué le pasó, señor? —preguntó con inquietud una de ellas.

Respondió el individuo, malhumorado:

—El taxista que las llevó está llamando por radio a los demás choferes. Les dice que ya no recomienden mi local, porque las mujeres que ahora tengo están muy aplaudidas.

Tras decir eso, el hombre se dio la media vuelta y cerró la puerta mascullando maldiciones.

No cabe duda: tiene sus problemas eso de ayudar al prójimo. Y a la prójima ni se diga.

EL HUMILDE DON DE LA HUMILDAD

Las cosas que a mí me pasan no son para contarse. Por eso las cuento.

El caminar la legua es jubiloso caminar. Nunca me canso de dar gracias a Dios por el regalo de haberme hecho un *homo viator*, o sea un peregrino. Ese oficio me lleva por todas partes de este México vasto y asombroso; me deja mirar sus paisajes, conocer su gente, comer sus comidas y beber sus bebidas, escuchar sus historias y leyendas, oír dichos peregrinos, penetrar templos y subir pirámides; me deja sentir, en suma, a este hermoso país que me mantiene en continuo arrobo.

¿Cuánto tiempo más durará mi peregrinación? Quién sabe. Setenta y seis años cumplidos tengo ya. Pero mientras el buen Dios me quiera conservar la salud y el ánimo seguiré en aviones y hoteles; en autopistas y en estrechas carreteras que suben por la sierra, o atraviesan el desierto, o van por la costa junto al mar. Iré a ciudades mayores y a poblados cuyos nombres ni siquiera figuran en el mapa. Hoy estaré en México, Distrito Federal, y, mañana, en Camaguiroa, una playa sinaloense, o en Mazamitla, en lo más alto de la sierra de Jalisco. También iré a Sombrerete, Zacatecas, lugar rodeado de cruces por todos lados, unos dicen que para que no entre el diablo, otros que para que no se salga. En cierta ocasión —¡qué prodigio!— di tres conferencias el mismo día: una en Tijuana, por la mañana; otra en Guadalajara, al mediodía; y la otra, por la noche, en Cancún. Caminando esos caminos seguiré, si Dios lo quiere, y al Señor y a mi prójimo daré las gracias por tanta gracia que me dan.

Una de esas gracias es la de la humildad. En mis viajes me pasan a veces cosas regocijantes que me conservan en mi debida dimensión, bastante reducida. El otro día una señora me felicitó al final de una de mis participaciones:

—Yo ya sabía que su plática iba a estar retebuena, licenciado. Un hijo mío lo oyó hace un mes en el Tec de Monterrey y me contó: “Fíjate, madre: habíamos estado aburridos toda la mañana en el congreso, y faltaba una conferencia más. Anunciaron al conferencista. Y que va saliendo un viejito. Dijimos todos: otra aburrida más. Pero al rato estábamos muertos de la risa”. ¡El viejito era usted, licenciado!

He recordado la vez que fui a un pequeño poblado que celebraba el aniversario de su fundación. El sitio donde iba yo a hablar era algo entre bodega, palenque, antro, gimnasio y auditorio municipal. Estaba abarrotado por un público gárrulo y alegre. Sube al estrado el maestro de ceremonias, un avezado locutor con experiencia —se veía— en rodeos, bailes gruperos y eventos similares y conexos. Con estentórea voz anunció la iniciación del espectáculo:

“¡Vamos a comenzar, señoras y señores! Gracias al señor presidente municipal tenemos para ustedes hoy muchas sorpresas. Orita vamos a oír una bonita conferencia a cargo del señor Aguirre, mejor conocido por su alias de *Cantón*. Cuando acabe el señor Aguirre tendremos la actuación de Rodolfo y su acordeón que habla. Vendrán luego Las Gorrióncillas del Valle, dueto vernáculo. Enseguida el gran ventrículo Manolo y su muñeco Palito. Después actuará el trío Los Románticos, voces y guitarras que se hablan de tú con el amor. Y, finalmente, lo que todos estamos esperando: ¡el formidable grupo

Los Traileros del Río Bravo!”

Eso anunció el locutor. Y luego remató:

“¡Como ven ustedes, señoras y señores, vamos a ir de menos a más!”

Díganme ustedes: si eso no lo hace a uno ser humilde, ¿qué lo hará?

LA ARGOLLITA

“Están ustedes para bien saber, y yo para mal contar; el bien para cada quien, y el mal para quien lo fuere a buscar; si es mentira pura harina, y si es verdad pan será; el pan para los muchachos, el vino para los borrachos y el chirrón para las mulas y los machos. Éranse que se eran...” Así empiezan, con esa fórmula solemne que en siglos no ha cambiado, los cuentos que se cuentan en las cocinas del Potrero de Ábrego, cuando afuera Dios pone frío en el mundo mientras adentro el café o el mezcal ponen calor en el cuerpo y en el alma.

Pues bien: éranse que se eran dos compadres. El primero, casado, tenía numerosa prole; el otro, de la misma edad y condición, seguía soltero, pues pensaba que el buey solo bien se lame. Vivían los dos en el rancho. El casado tenía un menguado jacal de paredes de adobe, suelo de tierra y techo de palma en el que apenas cabía con su mujer y sus seis hijos; el soltero, en cambio, era dueño de una casa bien grande, hecha “de material”, con recios muros de sillar, techumbre de vigas y pisos de ladrillo. La mejor vivienda de la comarca —y seguramente de todo el universo, pensaban los lugareños— era la de aquel hombre que vivía solo.

Un día, en el curso de la conversación, el casado le comentó a su compadre:

—Qué buena casa tiene, compadrito. Ya la quisiera para mí.

Le dijo el otro con naturalidad:

—Se la vendo.

El compadre se asombró. ¿Cómo era posible que el rico propietario quisiera deshacerse de aquella valiosa propiedad que todos le envidiaban?

—¿De veras me la vende? —preguntó con súbitos temblores en la voz—. ¿A cómo me la da?

Respondió el otro:

—Barata se la dejo. Deme 500 pesos por ella.

Pensó el hombre que se iba a desmayar. ¿Quinientos pesos? ¡Pero si la casa valía cinco mil! Él mismo supo lo que le había costado a su compadre los materiales y la mano de obra.

—¡Se los doy, compadrito! —exclamó al punto—. Ahora mismo, si quiere, le entrego su dinero.

—Démelo mañana, compadre. Pero desde hoy la casa es suya.

Los dos se estrecharon la mano, y cada uno, según el uso del Potrero, se arrancó un pelo del bigote para significar que eran hombres y que por tanto no faltarían a la palabra dada.

Habló el vendedor y dijo:

—Sólo hay una pequeña condición, compadre, que casi ni vale la pena mencionar. En una pared de la casa, la que da a la calle, hay una argolla de metal. En ella, como usted sabe, amarro a mi caballo. Toda la casa se la vendo, menos la argollita. Ésa me la reservo. Mi caballo está muy acostumbrado a que lo amarre ahí, y yo no tengo corazón para quitarle el gusto. Espero que acepte usted esa sencilla condición.

—¡Aceptada, compadre! —exclamó el otro con mal disimulado júbilo. ¿Qué importaba que el compadre se reservara aquella argolla, si la casa ya era suya y además a precio de ganga? Ese mismo día se llevó a cabo la mudanza: el soltero dejó la rica morada y la ocupó, feliz, el casado con su familia.

No voy a hacer el cuento largo. Todos los días, al empezar la mañana, el anterior dueño de la casa llegaba a amarrar su caballo en la famosa argolla. El nuevo propietario, claro, lo invitaba a almorzar. A mediodía llegaba otra vez el vendedor y su compadre lo invitaba a compartir otra vez los alimentos: tenía una deuda de gratitud con él por haberle vendido su casa tan barata. Por la noche se aparecía de nuevo el del caballo y el compadre lo hacía pasar a compartir la cena.

Y así día tras día y mes tras mes. El antiguo dueño vivía y moraba en la casa, como si jamás hubiera salido de ella. Desayunaba, almorzaba, comía, merendaba y cenaba ahí. Peor todavía: como él no tenía mujer, ya empezaba a ver con ojos tiernos a la de su compadre. Cumplía el pícaro refrán que dice: “Compadre que a su comadre no le anda por las caderas no es compadre de a de veras”. Murmuraban las vecinas; los rancheros se sonreían al paso del nuevo dueño de la casa y le gritaban a sus espaldas: “¡Muuuu!”; como hacen los toros de grande cornamenta. Por fin un día el desdichado propietario ya no se pudo contener. Le dijo al del caballo con voz cargada de rencor: “Oiga, compadre: ¿no me vende también la argollita?” “Sí se la vendo, compadre —respondió el otro, expeditivo—. Le cuesta 10 mil pesos”. “¡Se los pago!”, aceptó el compadre al punto. Y colorín colorado, que este cuento está acabado, y el que se quede sentado se queda pegado.

LA DOBLE VIDA DE DON...

Nadie habría dicho que aquel señor (cuyo nombre no puedo yo decir) llevaba una doble vida. Todos en cierta forma llevamos una doble vida. Yo, que soy más afortunado, llevo una triple, y cuando se puede hasta una cuádruple. Pero lo normal es llevar una doble vida. Una cosa es lo que somos y otra lo que los demás creen que somos. Éste es asunto

muy complicado y tiene que ver con materias como la psicología y la moral, asignaturas ambas de mucho riesgo en las cuales no me gusta intervenir.

El caso es que don Fulano (cuyo nombre no puedo yo decir) llevaba una doble vida. Quiero decir que de día era una cosa y de noche otra. Con luz de sol era un señor como todos los de antes, muy serio y muy formal. Parecía funcionario de banco, juez civil o empleado de la Teneduría. Pero con luz de luna cambiaba aquel señor: se hacía señora.

“¡Válgame el Cielo!”, dirá alguien (alguno debe de quedar que diga todavía “¡Válgame el Cielo!”). ¿Y cómo se operaba tan peregrino cambio? Muy sencillo: don Fulano se vestía de doña Fulana, y sanseacabó. Vivía solo, pues nunca tomó estado; era soltero célibe sin compromiso libre solo, como decía de una sola tirada el señor cura García Siller cuando interrogaba a los novios en las amonestaciones. A la caída de la tarde cerraba bien la puerta de la calle y luego iba a su cuarto. Ahí tenía un ropero en el que guardaba un variadísimo vestuario femenino. Tales prendas no las compraba él mismo, pues todo mundo se conocía en el pueblo y las adquisiciones habrían dado qué decir. Las encargaba a “chiveras”, buenas señoras que traían cosas de Laredo y que entre muchas virtudes que tenían contaban la de la discreción. Es una lástima que con la globalización haya desaparecido ese benemérito oficio, el de chivera, que tanto bien hacía a la República.

Aquellas chiveras le traían a don Fulano (cuyo nombre no puedo yo decir) sus blusas y sus faldas, sus medias y sus ligas, sus corpiños y otras prendas más íntimas y ocultas. También le traían zapatos de tacón alto, pelucas de diversos estilos y colores, y un amplio surtido de cosméticos: rímel, bilé, polveras, coloretes... Seguramente —pensaban las chiveras por su buen natural— don Fulano tenía una querida a la que obsequiaba todas aquellas prendas y cosméticos. Se equivocaban: eran para él. Cuando caía la noche y nadie lo veía, aquel señor tan serio se vestía de señora, se ponía su peluca, se maquillaba muy bien y luego se miraba y remiraba en el espejo, y se paseaba por toda la casa con ondulantes movimientos femeninos.

También tenía batitas de céfiro y unas pantuflas de ésas con peluche color de rosa o azulito claro. Usaba ese atuendo informal para regar las matas y dar de comer a las gallinas y a los canarios cuya jaula estaba en el zaguán.

Ya habrá advertido el avisado lector que estoy narrando estos sucesos con criterio de imparcial historiador, sin hacer juicios morales. ¿Quién soy yo para criticar la forma en que el prójimo se viste? Allá cada uno con su guardarropía. ¿Que a uno le gusta vestirse de bombero, a otro de topógrafo y al de más allá de lama del Tibet? Pues muy su gusto. A don Fulano (cuyo nombre no puedo yo decir) le gustaba vestirse de mujer. ¿Alguna objeción?

Don Fulano (cuyo nombre no puedo yo decir) trabajaba en una oficina por la mañana; al filo de la una de la tarde comía en el restaurante Guadalajara, establecimiento del cual era abonado, y luego seguía trabajando hasta las 5. Después volvía a su casa, cerraba bien la puerta y se despojaba de su atuendo de señor para vestirse de mujer.

¡Qué bien se sentía don Fulano (cuyo nombre no puedo yo decir) con ropas femeninas! Él, que jamás había sabido lo que es una caricia erótica, experimentaba placer sensual con la tersura de aquellas sedas interiores, de aquel nailon que parecía murmurar cuando las medias se rozaban, de aquellas blusas de ornados cuellos que ponían blanduras en el suyo.

Nadie conocía aquella solitaria pasión de don Fulano. Era él un hombre muy correcto, sin vicios cual ninguno, como decían sus vecinas. Solterón, eso sí —¡tantos había!—, pero educado, aunque nada más diera los buenos días y las buenas tardes. De borracheras o escándalos con amigotes, nada; y menos de que metiera viejas a su casa.

Los lectores —lo sé por experiencia— son suspicaces, y las lectoras más. Ya están pensando de seguro que don Fulano era joto (*gay* se dice en el lenguaje de hoy). Pues no. Jamás nadie le supo nada en ese ramo; ni presentaba los signos externos de los amanerados. No era joto don Fulano. Era sencillamente un señor al que le gustaba vestirse de señora. Favor de no confundir.

Una noche don Fulano sintió una ansia que nunca antes lo había acometido: quiso salir a la calle vestido de mujer. ¿Por qué se le ocurrió tal cosa? Quién lo sabe. Siempre había mantenido su afición dentro de las cuatro paredes de su casa. Pero esa noche era de las tibias del verano. Además, tenía un vestido nuevo, de organdí, y apenas el lunes la chivera le había traído de Laredo una peluca hermosa, entre castaña oscura y pelirroja. ¿Y se iba a quedar ahí en la casa?

Vistiose don Fulano, pues, sin saber que la tragedia lo aguardaba. Se puso las prendas interiores, el vestido, las medias y los zapatos de tacón; se caló cuidadosamente la peluca; se maquilló muy bien; tomó su bolso y, con un leve temblor de voluptuosidad, salió a la calle.

Era casi la medianoche ya; no había nadie en la vía pública. Por eso se atrevió a salir. Echó a caminar pegadito a la pared, procurando no hacer ruido con el taconeo. Al dar vuelta a la esquina cobró mayor confianza. Tomó por medio de la acera y hasta empezó a contonearse un poco; un poquitito nada más, no mucho. ¡Qué bonito! La noche era plenilunada; la calle estaba sola, y caminaba don Fulano vestido de mujer, feliz...

Entonces la tragedia llegó. Don Fulano (cuyo nombre no puedo yo decir) atravesaba la calle y lo atropelló la bicicleta de una panadería. Al oír el golpe salieron los parroquianos de la cantina de don José el *Chiflis* y rodearon a la mujer caída.

Pronto se dieron cuenta, claro, de que no era señora. Era señor. Y es que alguien pidió que alguien llamara a la Cruz Roja, y don Fulano (cuyo nombre no puedo yo decir) sin pensar habló con su voz de hombre para decir nerviosamente que no. Además, cuando se puso en pie se le cayó la peluca.

—¡Es don Fulano! —dijo uno de los borrachines, que lo reconoció a través del maquillaje.

¡Pobre infeliz! La sorpresa del corro cedió lugar a las burlas y las hirientes befas. Don Fulano echó a correr en dirección de su casa. Los zapatos de tacón alto lo hacían

tambalear y eso levantaba más las risas de los ebrios. Uno cogió una piedra y le tiró con ella.

¿Se habrían reído los borrachos si hubiesen visto lo que hizo don Fulano cuando llegó a su casa? Se ahorcó. Se colgó del tubo de la regadera usando como cuerda las medias que llevaba. Lo encontraron al cuarto día, cuando el hedor del cuerpo hizo que los vecinos trajeran un gendarme. Ni *El Herald* ni *El Diario* dijeron la causa de su muerte, para no escandalizar a sus lectores. Ambos pusieron “Deprimido a causa de una penosa enfermedad que padecía escapó por la puerta falsa del suicidio”.

LAS DOS MITADES

Tenía una rara costumbre aquel don Chalo: cada año estrenaba una cobija. No decía él “cobija”. Tampoco decía “frazada”. Decía “frezada”, que es muy antigua forma de decir, y muy castiza. Los sabios —que casi nunca lo son tanto— sonríen con un gesto de burla cuando oyen a nuestros campesinos decir “ansina” en vez de “así”. Ignoran esos eruditos que el tal voquible es registrado por la Academia como “adverbio de modo, antiguo”. Antiguo, pero correcto.

Se compraba cada año, pues, don Chalo una frazada nueva. Esa costumbre de estrenar es muy mexicana. De ella derivan sabrosas costumbres y expresiones nuestras, como ésa de “dar el remojo”, que consiste en pedir una cuelga, aguinaldo o pequeño regalo a quien estrena algo. “¡Ah! Traes zapatos nuevos. ¡Dame el remojo!”

Según he averiguado, esa expresión nació en Oaxaca con motivo de la preciosa fiesta que se llama Guelaguetza, nombre que significa “regalo” u “ofrenda”. Generalmente llueve el día en que ese festejo se celebra. Quienes a ella iban acostumbraban siempre —acostumbran todavía— estrenar algo en ese día, y como la lluvia los mojaba relacionaron la idea del estreno con la del remojo.

En Saltillo, recuerdo, había la costumbre de estrenar algo al término de la Cuaresma. Estrenar cualquier cosa, pues los tiempos no eran muy holgados y todos vivíamos —con excepción de media docena de familias ricas— en una pobreza digna, tan digna que ni siquiera la advertíamos: éramos pobres, pero no sabíamos que éramos pobres. Las señoras estrenaban un chal en la misa del Domingo de Resurrección; los señores estrenaban sombrero, prenda entonces obligatoria en el atuendo masculino; los niños estrenábamos zapatos, y andábamos felices todos, como niño con zapatos nuevos.

Cosa muy mexicana, ciertamente, es ésa de estrenar.

*Creeré en ti mientras una mexicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda a las 6 de la mañana;*

*y al estrenar su lujo quede lleno
el país del aroma del estreno...*

Así escribió López Velarde, que es el poeta a quien más amo, entre otras razones porque es el poeta que amó más.

Pues bien: guardadas todas las proporciones con la bella imagen acuñada por el zacatecano, todo el pueblo donde vivía don Chalo se llenaba con el aroma del estreno de aquella frazada hecha con lana de borrego criollo, y que por tanto olía a borrego —y a borrega— desde lejos. Con ese material, con lana, se hacían entonces las prendas de abrigo. ¿Quedará alguien todavía que recuerde que, cuando una chaqueta estaba guarnecida interiormente por una capa de lana, a ese forro se le llamaba “borrega”?

“Ponte la borrega”, nos decían nuestras mamás en los días de mayor frío saltillero.

Supongo que todos andaríamos oliendo a borrego verriondo. Así olían también aquellas cobijas “de lana y lana” salidas de los telares del barrio —bravísimo barrio— del Águila de Oro.

Cuando compraba su frazada nueva aquel don Chalo hacía de la ocasión una solemnidad. Miraba y remiraba todas las que la tienda tenía en existencia; las pesaba y sopesaba; hacía que se las extendieran todas y las revisaba con ojos de minucioso revisor. Ni el más grande especialista en control de calidad —ésos del ISO 9000 o 10000 o 15000— ponen tanto cuidado en la inspección de un producto como ponía don Chalo en revisar su “frezada” antes de adquirirla.

Raras costumbres se ven en todas partes, y las tenemos todos. Hay incluso quienes tienen la rara costumbre de no tener una costumbre rara. Don Chalo tenía la extraña costumbre de comprarse una frazada cada año, tan pronto los primeros fríos del otoño caían sobre la región. La compraba de color diferente cada vez: roja este año; el próximo, amarilla; el siguiente, azul...

Con esa frazada se cubría por las noches en el menguado catre en que dormía su sueño de solterón empedernido. Luego, durante el día, se enredaba en ella cuando salía de su pequeña casa. A falta de otro abrigo andaba con su frazada, cosa que no era rara en esos lares, sino muy común. Tales frazadas eran cobija por la noche y chamarra, abrigo, chaqueta, suéter, bufanda y todo lo demás durante el día.

Pero ésa es otra historia. Volviendo a la mía diré que don Chalo tenía otra costumbre, a más de la de comprar cobija cada año. Aquella otra costumbre consistía en vender su cobija tan pronto pasaba la temporada de los fríos. Pensaba que si la guardaba para volverla a usar en el invierno próximo la frazada se le iba a llenar de insectos perniciosos que la devorarían haciéndole grandes agujeros, o harían en ella sus nidos y ahí se multiplicarían como en cómplice jungla protectora.

Movido por ese pensamiento que no dejaba de ser razonable, y aun prudente, don Chalo sacaba a la venta su frazada cuando las golondrinas, con sus vuelos en torno de la torre del templo parroquial, anunciaban el regreso de la primavera.

La realizaba a mitad de precio, desde luego. Consideraba que la otra mitad era una especie de alquiler que había pagado por el uso de la prenda. Si *mister* Hertz inventó eso de *rent-a-car*, don Chalo puede ser considerado el inventor de *rent-a-blanket*, procedimiento que ciertamente tiene mérito, si bien se le analiza. Tiempo llegará en que nadie quiera ser propietario ya de nada, por las responsabilidades que el derecho de propiedad lleva consigo. “El que tiene tierra tiene guerra”, afirma un antiquísimo proverbio. Pero el que toma tierra en renta vive en perpetua paz, pues puede salirse de ella al término del arrendamiento.

Sin embargo, éstas son divagaciones.

Compraba don Chalo una cobija nueva cada año. La compraba tan pronto llegaban los fríos del invierno y la vendía en primavera, cuyos nuncios eran las golondrinas que hacían volatines en torno de la cruz del templo parroquial.

Nunca faltaba don Chalo a su costumbre de estrenar frazada nueva cada año. Primero habrían faltado las golondrinas, tan puntuales ellas. Aquel otoño, como siempre, don Chalo compró su cobija nueva. Salió con ella de la tienda; la llevaba orgulloso bajo el brazo. Atravesó la plaza y luego fue por la calle principal. A todos saludaba y a todos les decía: “Aquí, con esta cobijita que acabo de comprar”.

Muy buena le salió la frazada, calentita y nada picosa, como las de antes, que parecían silicio en todo el cuerpo por lo áspero de la mal cardada lana. Ésta era como de terciopelo o seda; se sentía como una caricia. Hizo que don Chalo recordara a... Bueno, hizo que don Chalo recordara.

Pasó todo el otoño y se pasó el invierno. Un buen día de claro cielo, viento tibio y amable sol llegaron las golondrinas. Don Chalo salía de misa de 8 cuando las vio volar sobre la plaza, piando como para informar al pueblo que ya estaban ahí. Ésa era la señal para vender su cobija.

Fue a su casa, la dobló y se dirigió al mercado para ofrecerla a sus amigos locatarios. Todos la querían —estaba muy buena, declaraban tras de tocarla y retocarla—, pero ninguno tenía dinero “de momento”. Fue a la plaza y tampoco ahí le encontró cliente. Pero en la terminal del autobús un viajero se interesó en ella y preguntó cuánto costaba. Como era viajero, don Chalo se la ofreció no a la mitad del precio, como era la tarifa, sino un poquito más carita de lo que le había costado a él. El viajero la compró. Bendito sea Dios, que a nadie desampara. Si acaso —a veces— a los que compran cobijas en la terminal de autobuses.

Pero no hay bien que por mal no venga. A la semana de la venta llegó una súbita onda fría. Los días se pusieron más gélidos que los peores del invierno. ¡Y don Chalo sin cobija! El dinero que obtuvo por la venta de su frazada lo había gastado todo en la compra de un catre nuevo, pues el que tenía ya estaba derrengado. Por la noche don Chalo tenía para taparse solamente una raída sábana más transparente que tela de cebolla. Tiritaba el infeliz, y no podía conciliar el sueño.

Cierto día lo visitó su hermano y lo encontró tendido sobre el catre, agarrado por el

frío, en posición fetal, cubierto sólo por la menguada sábana.

—¿Qué no tienes cobija? —le preguntó.

—Me engañaron las méndigas golondrinas y la vendí —contestó mohíno don Chalo dando diente con diente—. Creí que ya no la necesitaba.

Su hermano lo vio cómo estaba, con las piernas dobladas y las rodillas tocándole la punta de la barba, y le hizo una valiosa sugerencia:

—¿Por qué no vendes también la mitad de abajo del catre? Tampoco la estás necesitando, pendejo.

LA CARTA

Arturo Gómez Treviño y Gloria Escalante Rodríguez eran novios y se iban a casar. Él, abogado, residía en Ciudad Juárez. Ella, muchacha saltillera, vivía con su familia en la calle de Allende Norte 706. El 28 de agosto de 1948 el enamorado galán le envió una carta a su futura esposa:

“Mi muy querida Pocholita: Recibí ayer tu cartita de 24 de los corrientes. Tomo el pliego y lo beso, figurándome que son tus manos. El solo recuerdo de su roce por mis mejillas, resbalando hasta mi nuca, me estremece.

”Qué feliz me sentí en Saltillo al observar cauteloso, ante la mirada vigilante de tu mamacita, el rostro de mi Pocholita en el vaivén continuado de la ‘calandria’ que nos conducía a los merenderos del Cerro del Pueblo. Tarde grisácea aquella, cortada por uno que otro rayo rojizo de un sol crepuscular del mes de agosto. Pláticas de leyenda de un cochero encorvado por los años, que siente que la vida se le va y no se da cuenta de que entristece el horizonte lleno de ilusiones de dos seres jóvenes que se aman...

”La semioscuridad del toldo del carruaje producía efectos extraños en tu rostro y, principalmente, en tus ojos enormes y vivaces, dignos de un estudio de Rembrandt. Sentí enormes deseos en aquella ocasión de recargar tu cabecita sobre mi pecho, sustrayéndola del ondulante y acompasado movimiento del coche, y besar tus cabellos. Cruzábamos constantemente furtivas miradas, que sentía como punzante acero. Ahora entiendo el amor que cantan los poetas y doy gracias a Dios por haberme permitido enamorarme de una mujercita santa y pura.

”Mi mamá te recuerda con cariño por lo bien que con ella te portaste en Saltillo. Te le mostraste tan franca y tan sencilla que noté en su conversación la simpatía que ya siente por ti. Hasta dice que la hiciste acordarse de cuando era joven y novia con mi padre. Eso me halaga, y me hace adorarte doblemente.

”Recibí la nota que me enviaste referente a la entrega de dinero que hiciste en la mueblería del señor Hinojosa. Como para estas fechas supongo que ya deben haber embarcado los muebles, dile que te dé el ‘conocimiento de carga’ y mándamelo para

poder recogerlos en el ferrocarril. Los de la mueblería Áncora, de Monterrey, probablemente la semana entrante los reciba. Para el día último me cambiaré a nuestra casita. Me acostaré en el catrecito que utilizaste en casa de Frank cuando estuviste en ésta, pero sé que en vez de dormir voy a andar hecho un sonámbulo.

”Espero que habrás dado los primeros pasos para la confección de tu vestido y me imagino lo atareada que has de estar con todos los arreglos de la boda. Con la ayuda de Dios, Pocholita, todo tiene que salirnos bien. Mi vida, debo terminar esta carta. Estoy enviando a tu mamacita mis respetos y mis agradecimientos. Y tú, Pocholita de mi alma, cuídate mucho. Sufro con solo pensar que algo te pueda suceder. Te quiero profundamente, con todo mi ser. Arturo...”

He sentido como una profanación la lectura de esta carta de amor. La puso en mis manos una amable dama, doña Carolina, hermana de la muchacha que inspiró los sentimientos —al mismo tiempo delicados y llenos de pasión— del autor de esta amorosa misiva, y me pidió que compartiera con mis lectores sus renglones. La novia, Gloria, descansa ya en la paz de Dios. Queda su recuerdo, y queda esta carta como flor en las páginas de un libro.

CONTRA LA IMPOTENCIA, SAN GUÑOL

A mí me gusta mucho la hagiografía, es decir la historia de la vida de los santos. Ya he dicho que todo un estante de mi biblioteca está lleno de libros con las biografías de los varones y las mujeres que alcanzaron la santidad, muchas veces tras de una sabrosa vida de pecados. Poseo una *Flos sanctorum* deliciosa, con ingenuas imágenes talladas en madera de boj por un artista anónimo. Tengo *La leyenda dorada*, preciosísima, de Santiago de la Vorágine. No falta el Butler, y están ahí también los dos robustos tomos del santoral escrito por Fray Justo Pérez de Urbel, a quien Walter Starkie conoció en Santo Domingo de Silos. Se halla a su lado el travieso *Diccionario de los santos de cada día*, obra de Dom Philippe Rouillard, fraile benito. Tras de mucho buscar hallé por fin la *Iconografía de los santos*, de Juan Ferrando Roig. Hace unos meses conseguí el libro que se llama *365 Saints*, de Koenig-Bricker, obra que cuesta 74 dólares, oro americano. Luego calcularé a cómo me salió cada santo.

Todos esos libros están escritos por hombres. Ninguna hagiografía había salido de pluma de mujer, vaya usted a saber por qué. Sin embargo, en Nueva York se acaba de publicar un santoral hecho por mano femenina. Lo escribió Rosemary Rogers. En ese libro di con un santo cuyo nombre jamás había oído. Dicho santo se llama San Guñol.

San Guñol, nos dice la señora —o señorita— Rogers, es el santo patrono de la eficacia varonil en cuestión de ejercicios amorosos. Se le invoca contra el mal de la

impotencia y su fiesta se celebra el 3 de marzo. Leamos:

“En Inglaterra, donde hay muchas reliquias suyas y donde varias iglesias le han sido consagradas, este santo es conocido como San Winnol. En Francia se le llama Saint Guignolé. Era un monje celta del siglo VI; vestía burdas camisas de estameña por vía de mortificación. Cuando salía a pescar llevaba una campanilla de bronce con la cual atraía a los peces”.

Y aquí viene lo bueno:

“En una pequeña iglesia de la ciudad de Brest se encuentra una antigua y muy peculiar imagen de San Guignolé. Tallada en madera, su característica principal es un prominente miembro masculino. Durante más de mil años los fieles han arrancado pequeñas astillas de esa parte a fin de precaverse contra los males derivados de la impotencia. Se dice que aun la más pequeña de esas astillas proporciona a quien la posee una gran fuerza viril que nunca deja de manifestarse. A pesar del constante saqueo de astillas, el atributo de San Guignolé permanece del mismo tamaño. Nunca ha disminuido, antes bien parece ir en aumento. Y el milagro sigue en nuestros días, lo mismo que la continua afluencia de viajeros en búsqueda de esas astillas milagrosas que dan extraordinaria fuerza varonil y alejan el mal de la impotencia”.

Nota adicional: Para ir a Brest se toma el vuelo a París; después un tren en la Gare de Saint Lazare, dirección Bretagne. Se baja uno en la estación Julliot y camina en dirección oriente hasta llegar a la calle Nimes. Ahí se da vuelta a la derecha, y en la esquina se ve la torre de la iglesia de Saint Guignolé. Las astillas son gratuitas. Sólo se debe dejar una limosna. Yo dejé 5 euros.

UNA CASA

La casa es bella porque es antigua. Algo de conventual tiene esa casa cuya fachada parece esconderse de las otras. Tras un enrejado una pequeña escalinata conduce a la puerta. Se abre ésta a un estrecho corredor que tiene al final una vidriera a través de la cual se mira un patio, y en el patio una fuente.

A la izquierda de ese patio están las habitaciones. Ahora se encuentran en penumbra, pues los postigos de las ventanas se han cerrado por el frío del invierno. Pueden verse, no obstante, las paredes llenas de cuadros y los muebles: la espaciosa mesa; el fornido trinchador; el vasar, alto como una iglesia. En la sala hay dos sillones forrados en cuero de color oscuro. Son sillones hombrunos, masculinos. Los imagina uno ocupados por dos señores de antes, solemnes en sus trajes de negro casimir. Fuman esos señores lentamente; de cuando en vez consultan sus puntuales relojes de bolsillo, unidos a un ojal del chaleco por la cadena de oro. Fuman esos señores, ya lo dije. Se va el humo de sus cigarros, como el tiempo, y en él se van las horas, como el humo.

¿De qué hablan esos graves caballeros? De negocios. En esos sillones no se puede hablar de otra cosa. De negocios hablan: de hipotecas, cosechas, réditos, fincas, inversiones... Encima del escritorio hay escrituras, grandes libros de cuentas, papeles sueltos de esos que atan lo mismo a quien los da que a aquel que los recibe.

Hay retratos en esa sala; muchos retratos. Nadie los ve, pero ellos ven a todos. Son los antepasados. Ése es el tatarabuelo, aquél es el abuelo, y éste, el padre. Los tres nos miran a los ojos y nos siguen con la mirada a donde vamos. Los antepasados siempre nos siguen a donde vamos. No nos ve, en cambio, esta señorita que tiene un abanico cerrado entre las manos. No sabía qué hacer con ellas cuando la retrataron y el fotógrafo dijo a su mamá:

—Préstele su abanico.

Por eso la señorita tiene un abanico entre las manos. No lo mira, ni nos mira a nosotros. Tiene puesta la mirada en algo que nada más ella ve. Esa señorita murió a los 17 años, seis meses después de que la retrataron. Su madre ya nunca volvió a usar el abanico: lo vemos en aquella mesita que está allá. Ahí está siempre el abanico, cerrado como cuando lo tuvo en sus manos la muchacha.

He aquí un cuadro colgado en la pared. Es un óleo, y representa un paisaje: por el camino van las ovejas guiadas por dos pastores, él y ella, tomados de la mano. Hay un pequeño lago donde se miran las nubes reflejadas. Las nubes son blancas, como las ovejas, pero no tienen pastor. A las nubes nadie las guía, ni siquiera en los cuadros. Al fondo se ve el caserío, y sobre las casas el campanario de la iglesia. Todo en el cuadro es paz, como en la casa.

No habíamos visto este pequeño mueble en el rincón. Ese mueble se llama “rinconero”. No sirve para nada, como sirven la mesa o los sillones; por eso es más gracioso. Quizá no dije bien: el rinconero sirve para poner cosas en él. Pero esas cosas no sirven para nada. Entonces no es injusto decir que el rinconero tampoco sirve para nada. En él hay figurillas de porcelana; pequeños objetos de cristal, frágiles y quebradizos; diminutas muñecas vestidas de manola o china poblana, y una esfera en donde se refleja toda la habitación como en un curvo espejo.

También nosotros nos reflejamos en la esfera, y parece que somos, nosotros también, objetos en el rinconero, ese mueble lleno de cosas que no sirven para nada...

!!!BOOOM!!!

Juro que quien me contó lo que voy a contar me juró que es cierto lo que le contaron, pues así se lo juraron a él.

Cierta señora que hacía la limpieza de su casa vio una cucaracha dentro de la taza del baño. Prestamente fue a la lavandería y trajo un poderoso insecticida en aerosol, con el

cual roció al insecto. No pareció hacerle efecto la rociada al bicharrajo, de modo que la señora redobló la rociada, y luego roció una vez más. La cucaracha dio ciertas señales de hallarse apendejada —¿así se dice?—, pero no muerta. La señora aplicó el fortísimo aerosol una vez más. La cucaracha siguió moviéndose. Entonces la señora, ya irritada, le dejó caer todo el letal vapor que quedaba en el tubo.

No me extraña la resistencia del animalejo. Allá por los años 60, cuando la Guerra Fría entre los Estados Unidos y la URSS, se proyectó una película documental que tuvo mucho éxito. Se llamaba *La crónica Helstrom*, y en ella se daban a conocer los resultados de una investigación hecha por científicos aficionados a la futurología. Según ellos, el mundo estaba en inminente trance de acabar por causa de una explosión atómica, a la cual seguirían muchas otras. La especie humana iba a desaparecer de la faz de la Tierra, y con ella todas las demás criaturas animadas. La escena final de la película mostraba un paisaje desolado, un páramo estéril. Hagan ustedes de cuenta un ejido. Se aproximaba la cámara a aquel polvo grisáceo sin traza de haber albergado vida alguna vez. De pronto se veía un leve movimiento en aquel polvo. Seguía una pausa cargada de tensión y luego emergía triunfalmente una cucaracha, único ser que había sobrevivido a la catástrofe nuclear.

En efecto, según los enterados ni Rasputín tiene la resistencia de las cucarachas. El príncipe Yusupov, ya se sabe, le dio a beber al monje loco un litro de cianuro, le administró medio kilo de estricnina en galletitas, le propinó cuatro balazos, uno de ellos en parte que no es para nombrarse, y luego arremetió contra él a puñaladas, tras de lo cual lo arrojó a uno de esos ríos rusos que salen en las canciones: el Volga, el Ochichornia, alguno de éstos. Se fue al fondo el maldecido Rasputín, pero volvió a salir y le hizo al príncipe Yusupov una seña obscena.

Pero me voy apartando de mi historia. Mi historia no tiene nada que ver con Rasputín, ni con la Guerra Fría. Tiene que ver con una cucaracha. Y, más que con esa cucaracha, con la señora que la roció en la taza del baño con aquel poderoso insecticida que generó gases inflamables. Corrijo: tampoco tiene qué ver mi historia con esa señora. Tiene qué ver con el señor de esa señora.

Llegó a la casa el dicho señor y fue derecho al baño, a pagar un obligado censo a la Naturaleza. Se sentó donde es menester sentarse en esos casos, y abrió un periódico para leerlo. A fin de hacer más grata la lectura encendió un cigarrillo. Todo habría acabado bien si no es porque al señor se le ocurrió la desdichada idea de echar a la taza el cerillo encendido, haciéndolo pasar entre sus piernas.

¡¡Booom!!

¿Qué más puedo decir aparte de “¡Booom!”? Creo que nada. Hay cosas que más vale no decirlas.

TRAGEDIA

Ella no hubiera podido comprarlo. Cuando veía a su amiga con el saco de piel, sentía la dolorosa punzada de la envidia. ¡Qué habría dado por tener ella uno igual!

Y un día el milagro se hizo. En un arranque de buen humor, o por sentir el gozo de ser más ante quien tiene menos, la amiga le dijo que le regalaba el saco. Se lo puso en los hombros y la hizo mirarse en el espejo. Ella no lo podía creer.

Los domingos se lo ponía y lo llevaba todo el día. Qué suaves las pieles de conejo, unas blancas, otras pardas, otras tirando a lo amarillo. Sus compañeras de la fábrica, pobres igual que ella, se lo admiraban mucho y le decía en broma: “¡Cómo le haces!”

Luego lo conoció a él y se enamoró. Se hicieron novios. La vez que los invitaron a una boda, ella se puso su saco de piel. A él no le gustó y la hizo que se lo quitara y se pusiera alguna otra cosa. Ella no entendía aquello: ciertamente su saco era la prenda más hermosa del mundo, propia de reina o al menos de princesa. Pero él sabía más que ella: si a él no le gustaba, jamás se lo pondría otra vez.

Y como ya nunca se lo iba a poner, le regaló el saco a una prima, con esa generosidad que tienen los que aman. Una tarde que salieron juntas, su novio las halló. Miró a la prima y ella lo vio a él. Reían por cualquier cosa mientras, en ella, hervían los celos. Luego el novio dejó de hablarle por teléfono y de pasar por ella. Y unas semanas después la prima estuvo a visitarla y, con pena no muy bien simulada, le dijo que la perdonara, pero que esas cosas son así, que ella no pudo evitarlo y que ahora el muchacho era su novio. “Es muy lindo —le dijo—, tú ya lo conoces. Todo lo que me pongo le gusta. Pero lo que le gusta más es el saco de piel que me obsequiaste tú”.

En el mundo ha habido grandes tragedias, desde el Diluvio Universal hasta Hiroshima y Nagasaki. Yo pongo junto a esas tragedias la de esa muchacha. Para ella no existe ahora otra mayor.

DAMARIA

El hijo de aquel señor era un robusto mocetón, y sano, y además bien parecido. Tenía un pequeño defecto: era muy tonto el pobre. Dios, que lo llenó de buenas cualidades de cuerpo, no fue tan generoso con él en lo que atañe a la mente, y le dio un cerebro de gorrión, o más chico quizá. Era muy tonto aquel muchacho. Si hubiese habido un concurso mundial de tontos él habría sacado el segundo lugar, por tonto.

Cierto día el muchacho le dijo a su papá, en tono muy solemne, que necesitaba hablar con él. Se preocupó el señor, pues nunca su hijo buscaba semejantes pláticas. Fue con él al despacho que en su casa tenía y cerró la puerta para dar una mayor reserva a la conversación.

—A ver —se dirigió al muchacho—, ¿qué te pasa?

—Apá —dijo el mancebo—, fíjese que me acosté con una señorita.

—¡Qué barbaridad! —se consternó el señor—. ¿Cómo fuiste a hacer semejante tontería?

Sobraba la pregunta. Los tontos hacen tonterías; ésa es su profesión y oficio natural. Pero el padre preguntó eso porque pensó en la cauda de problemas que con su acción iba a causar el hijo. Contaba apenas 18 años y seguramente se tendría que casar. El problema era grande. Su esposa debía conocerlo. Llamó a la señora y le contó lo que su hijo había hecho. La desdichada madre rompió a llorar.

—Dime —preguntó a su hijo luego que recobró el sosiego—, ¿quién es esa señorita que dices?

—Se llama Damaria —respondió el muchacho.

—No recuerdo a ninguna de ese nombre —intervino el papá—. ¿De qué familia es?

—A su familia no la conozco —contestó el hijo—. No es de aquí. Pero me gustó mucho estar con ella y me quiero casar.

—¿De dónde es? —interrogó premiosa la señora—. ¿Cómo la conociste?

Narró el hijo:

—Me invitaron unos amigos a una casa. Llegamos y había baile, y gente bebiendo. Se acercaron unas muchachas a nosotros, y esta señorita que te digo me llevó a un cuarto, y ahí se desvistió, y a mí me entraron muchas ganas y me acosté con ella.

Un rayito de luz —luz de esperanza— empezó a brillar en el inquieto corazón del padre. Preguntó a su hijo:

—¿En dónde está esa casa?

—En la calle de Terán —dijo el muchacho—. Tiene en la puerta un foco rojo.

El señor lanzó un suspiro de alivio tan grande que agitó el candil del despacho y las cortinas. La calle de Terán era la de las casas de mala nota. Una gran sonrisa apareció en su rostro.

—¿De qué te ríes? —le preguntó su esposa, que en su inocencia no sabía de aquella calle ni de aquellos establecimientos de pecado.

—De nada —recobró el señor la compostura—. Hijo mío, no te preocupes. Puedes ir a esa casa cuando te dé esa gana que te dio, y estar con la tal Damaria cuantas veces quieras, sin contraer ninguna obligación. Otras cosas sí puedes contraer, pero ya te diré yo el modo de precaverte contra ellas.

Se volvió el señor hacia su esposa y añadió:

—Y tú, mujer, da gracias a Dios. Tu hijo es bruto, muy bruto, pero al menos sabemos ahora que no es...

Y dijo una palabra que yo no puedo decir por respeto a la moralidad, pero que empieza en *p* y acaba en *uto*.

LA CONJURA

En cierta ocasión las mujeres se rebelaron contra los sabios designios del Señor, y pretendieron corregirle su obra. Quien esta historia lea sabrá de esa conjura, conocerá sus tristes resultados y aprenderá que todo salió con absoluta perfección de las manos del Hacedor Supremo, de modo que a sus decretos omniscientes no se les puede cambiar una tilde, so riesgo de caer en grave error.

Sucedió que un buen día las mujeres, cansadas de sufrir los dolores del parto, se juntaron en asamblea y deliberaron entre sí. ¿Era justo, clamaron iracundas, que sólo ellas, y no también los hombres, sufrieran las acerbos penas que siente quien da a luz? Con encendido tono peroraron las extremadas jefas feministas. Propusieron ir todas en manifestación ante el Señor y exigirle que cambiara el orden, o más bien el desorden de las cosas. Fueron, pues, en ruidoso desfile, y pidieron hablar con el Creador. Éste, benévolo con todas sus criaturas —hasta con las feministas radicales—, se dispuso a oírlas.

—Señor —rugió la líder principal—: ¿cómo es posible que nada más nosotras las mujeres sintamos dolor al dar a luz? También los hombres deberían sufrir esa penalidad. Ellos engendraron los hijos, son sus padres. ¿Por qué no padecen los mismos dolores que nosotras sentimos al parir?

El Señor, como su nombre lo indica, es un señor. Y no hay señor que pueda resistir la furia de una mujer, no digamos de todas. Así, vaciló ante la demanda de las furiosas féminas. Ellas, con ese sexto sentido que las mujeres tienen, notaron su desconcierto y decidieron con un intercambio de miradas radicalizar su posición.

—Queremos —dijeron al Creador— que distribuyas por igual el trabajo de la multiplicación. Nosotras sufriremos las incomodidades del embarazo y daremos a luz, pero haz que los hombres sean quienes sientan los dolores del parto.

El Señor, con un suspiro, accedió a la petición. Cualquier cosa con tal de quitarse de encima aquel coro vociferante de mujeres, más molesto aun que el monótono coro de los ángeles o los continuos rezos de los rezanderos. Les dijo que sí, que estaba bien, que en adelante serían los hombres, y no ellas, los que sufrirían el dolor de dar a luz, pero que ya se fueran, por favor.

Se retiraron las mujeres cantando un himno de victoria. Lo primero que hicieron fue informar de aquel triunfo a sus maridos. Éstos no les creyeron; pensaron que el Señor había hecho lo mismo que ellos: decir que sí a todo lo que les pedían sus mujeres, con tal de sacudírselas, y luego olvidar lo prometido. Se equivocaban: ese mismo día un hombre que estaba en la oficina lanzó de pronto un alarido horrible y luego cayó al suelo retorciéndose en convulsiones de dolor. Ahí estuvo largas horas, gritando como un condenado, quejándose desgarradoramente. En esos momentos su esposa estaba dando a

luz muy quitada de la pena, tanto que mientras su hijo salía al mundo ella jugaba a las cartas con amigas.

Lo mismo empezó a suceder en todos los casos: las mujeres daban a luz sin darse casi cuenta, en tanto que sus maridos eran presa de crudelísimos dolores. Así fueron las cosas algún tiempo. Pero un día las mujeres se presentaron de nuevo ante el Señor y le pidieron, suplicantes ahora, ya no con la anterior beligerancia, que revocara su decreto. Querían que todo volviera a ser como antes.

—¿Por qué dan marcha atrás? —les preguntó, sorprendido, el Hacedor.

—Por dos razones —contestaron las mujeres—. Desde que nuestros maridos empezaron a sentir los dolores del parto ya no quieren hacernos el amor. Y peor todavía: a veces damos a luz y no es nuestro marido el que siente los dolores.

EL PREMIO

Quisiera decir el nombre de esta ciudad en Veracruz, pero no puedo. Tampoco puedo decir el nombre de un restorán que existe en esa población. Y menos aún el nombre de su dueña, cuya historia voy a relatar aquí.

Esta señora sabía hacer cocteles de camarones y ostiones muy sabrosos. Inventó una salsa cuya receta, hasta la fecha, nada más ella conoce. La guardó como preciosa joya en una caja fuerte, y en sobre cerrado entregó la combinación a su notario para que se abra sólo tras su muerte.

Tenía un carrito esa señora y ahí vendía los famosísimos cocteles. Su clientela era numerosa; ganaba buen dinero y lo ahorraaba tras de cubrir los gastos de la casa, pues su sueño era tener un restorán establecido. Incluso había escogido ya —remoto sueño— el terreno donde lo fincaría. Por la noche, mientras su esposo veía en la tele el fútbol, la lucha libre o el box, ella borroneaba papeles en la mesa de la cocina. Dibujaba los planos de su restorán, y cada noche los cambiaba, y los volvía a hacer.

Un día la señora se sacó el premio gordo de la lotería. Todos nos sacamos alguna vez el premio gordo de la lotería. El solo hecho de tener la vida ya es un premio, y a él se suman otros: una linda familia; un par de amigos buenos; un mediano pasar, sin lujos pero sin jodas... Esta señora se sacó la lotería en sentido recto, no figurado.

¿De cuánto fue su premio? Un millón... Cinco millones... Para el caso es lo mismo. Con el dinero podía comprar aquel terreno, construir su restorán, equiparlo con lo mejor y todavía le sobraría una buena cantidad para la educación de sus hijos, aún pequeños.

Le dijo su esposo a la señora:

—Llama a don Luis —el dueño del terreno— y cítalos en la oficina del notario. Yo voy a cobrar el premio y ahí nos encontraremos para cerrar la operación.

La feliz mujer le dio el billete a su marido. El hombre cobró el dinero y se

desapareció. No llegó a la oficina del notario, ni llegó a su casa. Se fue, linda y bonitamente. Los parientes de la señora le aconsejaron que lo denunciara a la policía, pero ella no quiso que sus hijos se dieran cuenta de que su padre era un ladrón. Les dijo, como en los cuentos, que había partido a un largo viaje.

Ella siguió luchando, como siempre. Del carrito pasó a un pequeña palapa, y luego a un cuartito, ya de material. Empezó a ofrecer más platillos, tan sabrosos como sus cocteles. Su local estaba siempre lleno. Después de 20 años de trabajo pudo tener el restorán que había soñado: el más elegante y mejor de la ciudad.

Cierto día se presentó el esposo desaparecido. Venía hecho una ruina: se lo acabaron los vicios y las enfermedades. Le suplicó a su esposa, casi de rodillas, que lo recibiera. Me gustaría decir que ella lo perdonó, que lo dejó vivir a su lado los últimos años de su vida. No fue así: le dijo que si quería volver sería sólo como trabajador del restorán. Había un puesto de lavaplatos. Lo podía ocupar, pero hasta ahí. El hombre agachó la cabeza y desapareció otra vez. Ni su mujer ni sus hijos pronunciaron una sola palabra para retenerlo.

Ésta es la historia del restorán donde comí hace unos días en aquella ciudad de Veracruz. Al oírla pensé que hay cosas que no se pueden olvidar. Y por lo tanto tampoco se pueden perdonar, pues el olvido es la única forma plena del perdón.

AQUÍ SE HABLA DE TETAS

Cuéntase —se cuenta— de una muchacha de generoso busto que un día fue a consultar al médico. Le dijo:

—Doctor: quiero que me haga un examen, algunos análisis, un estudio muy completo. Y es que, doctor, me sucede una cosa muy extraña.

—¿Qué le pasa? —pregunta el facultativo.

Contesta la muchacha:

—¿Verdad, doctor, que cuando una mujer su quita la ropa lo normal es que su busto baje?

Sorprendido por aquella cuestión inusitada, el médico acertó sólo a responder:

—Pues... sí... La ley de la gravedad.

(Más dura es todavía la ley de la grave edad).

Dice la chica:

—Pues a mí me sucede todo lo contrario.

—¿Qué es lo que le sucede? —inquire de nueva cuenta el galeno.

Relata ella:

—Cuando me quito la ropa mi busto en vez de bajar sube. Se eleva, se levanta, asciende, va hacia arriba.

Declara el médico:

—Eso no puede ser.

—Sí, doctor —insiste la muchacha—. Mire.

Así diciendo procede a despojarse de la prenda de ropa correspondiente al tema. Y en efecto, ante el asombro y la estupefacción del médico, su busto, en vez de bajar, sube. Se eleva, se levanta, asciende, va hacia arriba.

—¿Qué piensa de esto, doctor? —pregunta la muchacha—. ¿Qué es lo que tengo?

Hace una pausa el médico y declara luego muy preocupado:

—Mire: no sé qué sea. Pero es contagioso.

La historietilla tiene todos los visos de ser apócrifa, y además no he captado su sentido, ni me parece que el diagnóstico del facultativo sea acertado. En todo caso el cuento ilustra bien el poderoso atractivo que esa parte de la anatomía femenina ejerce sobre el contingente masculino. Hay algo, en efecto, que jala más que dos carretas. Quizá sea atávico ese imán, y la contemplación de tal encanto nos traiga memorias de nuestra más remota infancia, pero decididamente es muy cierta aquella frase según la cual el busto femenino es como Disneylandia: algo hecho para los niños, pero que los adultos disfrutan mucho más.

Los conceptos sobre el tetamen femenino cambian según los tiempos. Puede decirse que hay Viejo Tetamento y Nuevo Tetamento. Yo tengo una teoría que los antropólogos, estoy seguro, habrán de confirmar alguna vez. Mi tesis afirma lo siguiente: en tiempos de escasez aumenta el gusto de los hombres por las féminas de busto prominente; cuando hay abundancia, en cambio, se imponen las mujeres de reducido busto. Esa premisa universal tiene aplicaciones particulares: a lo mejor alguno escogió a la mujer con quien se casó porque cuando la vio por primera vez traía hambre.

Los hechos confirman mi teoría. En la Italia de la posguerra, por ejemplo, donde faltaba la comida, surge Silvana Pampanini, a quien siguen Sofia Loren y la Lollobrigida. En cambio, miren ustedes a las mujeres de “los fabulosos 20”, la época de gran prosperidad que siguió en Estados Unidos a la Primera Guerra: parecen tablas de planchar.

¿A dónde irá el viajero que no mire un prodigio? Anota en su libreta lo que ve, como los escolares hacen, a fin de no olvidar. Pasan los años; en las horas vacías saca esas libretas, las hojea, y al ojearlas le llegan recuerdos que más parecen de sueños que de viajes.

Este pueblo español se llama Naves. Padrón de Naves. El cronista del lugar, que es profesor y se parece a don Jacinto Benavente, pero en hombre, dice que se debe pronunciar “Navés”. “¿Por qué ‘Naves’ —pregunta—, si el mar está a 100 leguas? Es Navés”.

Naves —Navés— se encuentra en la montaña. Decir montaña es decir Asturias, claro. *Peñas arriba*, por don José María de Pereda. ¿Cuántos habitantes tiene Padrón de Naves? Cuando el viajero estuvo ahí —de esto hace ya diez lustros— tenía mil 500.

Ahora quizá tenga menos, pues la comarca se ha ido despoblando por la emigración.

La patrona de Padrón es Nuestra Señora de la Leche. Yo he visto, pintada, la imagen de esa Virgen. Oprime la Señora uno de sus divinos senos, descubierto, y de él sale un chorro de leche como una cauda de pequeñísimas estrellas que van a dar a la boca de un arrobado santo. El Niño, en brazos de la Señora, sonríe divertido al ver aquello. Algún mariólogo conocerá la historia de esta advocación. Yo la he buscado inútilmente.

Pues bien: en Padrón hay un festival que llaman “de la Leche”. Tiene raíces medievales esa fiesta, y a lo mejor viene de tiempos anteriores a nuestra era. Lo peculiar de esta celebración es que sólo la gente del pueblo puede asistir a ella: ningún visitante es admitido. Uno que cierta vez quiso acercarse recibió tal paliza que lo dejó tullido de por vida.

Se explica la reserva, porque en la fiesta se trata de escoger a la doncella que, según indicios conocidos por las matronas del lugar, será mejor lactante cuando se case y sea madre. Acuden todas las muchachas que ese año han llegado a los 18, y desfilan ante todos los vecinos —mujeres, hombres, niños— desnudas de medio cuerpo arriba, con los senos al aire. Un jurado que forman las mujeres de más edad y de mayor sapiencia las examina luego; las sinodales miran y palpan los expuestos bustos, deliberan y al fin atribuyen el premio a la que juzgan con más potencial lácteo. Rara vez —según se enteró el viajero— gana la más tetona (con perdón sea dicho), pues no siempre el tamaño del envase corresponde al contenido. No hay premio para la ganadora, sólo la expectativa de conseguir marido con más facilidad.

A los varones se les permite ver, pero jamás tocar. Jamás. A fin de prevenir un desacato, en el centro del corro se pone siempre, a modo de silenciosa admonición, un frasco de vidrio que el resto del año permanece oculto en una caja custodiada por el concejo municipal. Contiene ese frasco un líquido amarillento en el cual nada un trozo de algo informe y blanquecino. ¿Qué es eso? Son los testículos de un hombre que, ebrio, se atrevió a palpar los senos de una de las mozas. El pueblo, enfurecido, le aplicó el bárbaro castigo de la mutilación, y la reliquia, guardada desde tiempo inmemorial, sale a la luz cada año, eficacísima advertencia.

El viajero tomó estas notas de las libretas que guarda en su cajón. En esas libretas, lo dijo al comenzar, hay recuerdos que más parecen de sueños, de muy extraños sueños, que de viajes.

ESA MUJER TIENE PASADO

Don Nabor vivía solo, pues era viudo. Y bien que se las arreglaba. Andaba siempre limpio, era una gota de agua. Él mismo se lavaba, se planchaba y se hacía de comer. Las señoras decían más con mucha admiración que a nadie le salía la sopa de arroz como le

salía a don Nabor. Cuidaba con esmero de lo suyo y conservaba viejos usos: sólo él fumaba ya cigarros de hoja. Decía que los otros no le sabían.

Un día hubo fiesta en el rancho —la fiesta de la Virgen— y llegó gente de todas partes. Vino una muchacha. La traía Chon, el de la troca. A don Nabor le gustó la muchacha. No era bonita, pero sí de buenas carnes. “La mujer debe tener di’onde se agarre el hombre”, decía don Nabor cuando no había damas presentes. Una vez, con copitas, dijo ese dicho donde había damas. Ellas se taparon la boca con el chal, para que no las vieran reírse, pero al mismo tiempo levantaron lo de adelante, para que se les viera.

Bien que tenía la muchacha de dónde se agarrara un hombre. Don Nabor esperó a que Chon se ocupara y le llevó un refresco a la muchacha. Un refresco en el rancho consistía en un vaso de agua con un terrón de azúcar. La muchacha aceptó el convite y trabó conversación con él. Le preguntó el señor si era casada y ella le respondió que no. Luego le preguntó si tenía compromiso y ella le dijo que tampoco: Chon era su amigo, nada más. La había invitado a pasearse, pero “hastay”. Entonces don Nabor le dijo que si podía “vesitarla”. Ella le dijo que sí, que cómo no. A don Nabor le inquietó un poco eso de que primero le dijo que sí, que cómo no, y hasta después le preguntó si él no tenía compromiso.

En la segunda visita que le hizo don Nabor le propuso matrimonio. Ella aceptó. Los hijos de don Nabor, y más las hijas, pusieron el grito en el cielo. Hablaron del recuerdo de la madre muerta, pero pensaban en el futuro de la herencia viva. Don Nabor no hizo caso. Los hijos se pusieron a averiguar y descubrieron que la muchacha había tenido dimes y diretes con Pedro, Juan y varios. Se lo dijeron a su padre con frase muy dramática, sacada de una radionovela de la FB:

—Esa mujer tiene un pasado.

Les respondió don Nabor con otro refrán:

—No mires p’atrás y contento vivirás.

Se casaron y vivieron felices. Ése podría ser el fin del cuento, que no es cuento, sino veraz historia. Veinte años de plácida vida conyugal disfrutó don Nabor al lado de su segunda esposa. Aquí no se cumplió el refrán de la cornamenta o sepultura. Cornamenta no hubo, y la sepultura llegó cuando debía llegar. A los 86 años de edad pagó don Nabor el obligado censo a la Naturaleza. Quiero decir que se murió. Fue como una vela que ardió sin sobresaltos hasta consumirse. Al día siguiente del entierro su mujer tomó el autobús y se fue a Saltillo con lo puesto. Los hijos y las hijas de don Nabor se juntaron a la orilla del camino para verla pasar, pues no podían creer que se iba y les dejaba todo. Al pasar ella sacó la mano por la ventanilla y les hizo una seña pelada que ya no había hecho desde que se casó.

ALCAUCILES

Don Vetulio, señor de edad madura, llegó a una casa desafinada, es decir de mala nota.

—Que venga Jobilia —le pide a la encargada.

—¿Jobilia? —se sorprende ella—. Pero, don Vetulio, están libres Frinesia, Mesalinda y Taisia. Las tres son más jóvenes y más hermosas que Jobilia.

—Ya lo sé —responde don Vetulio—. Pero Jobilia tiene algo que me gusta mucho y que las demás no tienen.

—¿Qué es? —pregunta la madama.

—Paciencia —responde con un suspiro don Vetulio.

Con el mayor respeto le diré al maduro señor que lo que él necesita no es paciencia ajena sino energía propia. Si no desea recurrir al Viagra, que también puede parar el corazón, debe fortalecer su feble cuerpo con nutritivos alimentos a los que se atribuyen cualidades vigorizadoras, de esas que se requieren para sacrificar en los altares de Venus o Afrodita.

Sin que sea ésta una relación exhaustiva, sino de mera ejemplificación, presento un breve catálogo de sustancias alimenticias y fortificadoras que bien podrían servirle para no fatigar demasiado la paciencia de Jobilia, caritativa mujer de cuya bondad y afable disposición no se debe abusar.

He aquí las más conocidas entre todas esas sustancias supuestamente afrodisíacas. Las enumero por orden alfabético, y hago la aclaración de que no estoy en posibilidad de garantizar su eficacia:

Alcauciles (o sea alcachofas), almizcle, almejas, ámbar, apio, ayahuasca, beleño, belladona, berenjena, canela, cantáridas, carbono (sulfato de), cuerno de ónix, damiana (hierba), especias, estricnina (naturalmente en muy pequeñas dosis), falinia, fósforo, genitales de cocodrilo (Sudán), ginseng, hachís, infusión de menta, jengibre, Kahlúa (licor de), leche de cebra (Tanzania), mandrágora, mariscos, mollejas de gallina (Edad Media), nuez vómica o moscada, opio, peyote, quina (sustancias estas últimas tres que no se recomiendan, por ser alucinógenas), rinoceronte (cuerno de), salvia, té de clavo, umbelíferas (yerbas), vainilla, xerófitas (plantas), yohimbina y zarzaparrilla.

Ahora bien, don Vetulio: jamás vaya usted a tomar alcanfor, bromuro, nenúfar o foliculina, pues esas nefandas sustancias son anafrodisíacas, vale decir, producen exactamente el efecto contrario al que usted busca, y deberían ser desterradas de la farmacopea por nocivas y contrarias al género humano.

La lista que arriba puse no es óbice para decir que en todo caso el mejor estimulante del amor es el corazón: si no hay amor por la pareja ya podrá el amador tomarse todos los afrodisíacos existentes; el efecto será nulo o modesto. La mujer amada es para cualquier hombre la mejor invitación a conseguir esa plenitud —dada por Dios— que es el amor. Claro, siempre estarán las miríficas aguas de Saltillo, infalibles vivificadoras del varón.

QUÉ COSAS TIENE LA VIDA

Voy a decir ahora quién es la mejor escritora de telenovelas. Mi fallo será inapelable: si de mis fallas nunca he podido yo apelar, ¿por qué mis fallos van a ser apelados?

Nominadas para ese premio están las siguientes escritoras: Fernanda Villeli, Caridad Bravo Adams y Yolanda Vargas Dulché. Y el premio se otorga a... ¡A ninguna de las tres!, como en la comedia de Fernando Calderón.

Ninguna de esas señoras es la mejor escritora de telenovelas. La mejor es la vida. Así, sin apellidos. La Vida. ¡Se le ocurre cada cosa! Comparada con su imaginación, la de Balzac es sosa estolidez. Para probar mi aserto compartiré con ustedes lo que una muchacha —muchacha de 40 y tantos años— me contó por el correo electrónico. Si lo cuento es porque ella misma me pidió que lo hiciera, por el motivo que luego les diré.

Esta muchacha fue la única mujer de su familia. Aparte de ella hubo dos hermanos que se casaron jóvenes. La madre enviudó poco después. Estaba enferma de un mal artrítico que había empezado a padecer hacía algunos años, y la muchacha se sintió con la obligación de velar por ella.

Uno tras otro rechazó a los jóvenes que la pretendieron. La misión de su vida era su madre. Fue dama en las bodas de todas sus amigas, pero si algún muchacho quería salir con ella le decía: “Tengo novio”. Y no tenía. Jamás tuvo novio.

Trabajaba y su sueldo se lo entregaba íntegro a su madre. Ella no le daba más que para comprarse un vestido de vez en cuando, o unos zapatos, y para el autobús, y ocasionalmente para ir a merendar con sus amigas o para el regalito de alguna despedida o de algún *baby shower*. Le decía que lo demás lo ahorra para la vejez de las dos. Y ella estaba conforme, conforme siempre con la voluntad de su madre, y más cuando llegó a la edad de los 40 y supo de seguro que ya no se iba a casar.

Pero ¿quién dice que pasados los 40 una mujer ya no se casará? Llegó un pretendiente a la casa. Pero no para ella: para su mamá. Ya dije que la vida tiene extrañas ocurrencias, y un viudo de 70 años vio en aquella señora a una perfecta compañera para los últimos años que le quedaban por vivir. A ella se le quitaron todos sus achaques como por milagro; andaba feliz, convertida en novia ilusionada. Después de un breve cortejo se casaron y él la llevó a vivir a Mission, Texas. De invitar a la hija, ni pensarlo. La vida allá es muy cara. ¿Y los ahorros? Se le fueron a la flamante desposada en su ajuar y su vestuario, y en tintes para el pelo, y en tratamientos para el cutis. “No te preocupes, hijita. A nadie le falta Dios”.

A veces ella siente que hasta Dios le falta. Sola en la casa va y viene como fantasma por los aposentos. Siempre se habla de la ingratitud de los hijos, me dice en el mensaje que me envió. Nadie, sin embargo, ha hablado jamás de la ingratitud de los padres.

—Mi mamá ni siquiera me llama por teléfono el día de mi cumpleaños —dice—. Entiendo que es feliz, y no quiere recordar sus días de sufrimiento.

Es triste la historia ¿verdad? Madre sólo hay una, y se te va a vivir en Mission, Texas. Como para llorar...

HISTORIA DE AMOR PERDIDO

La vida tiene sus cosas. Y qué bueno que las tenga, porque si no sería muy aburrida. Nos da sorpresas, ya se sabe, y a veces nos arrima jodas, si me es permitida esa expresión; pero no cabe duda de que la vida tiene sus cosas. Y qué bueno.

Miren ustedes, por ejemplo, el caso de aquel amigo mío de juventud. Se enamoró de una muchacha, lo cual está muy puesto en razón. Pero se enamoró de ella platónicamente, y eso ya no va por buen camino. Yo tengo la sospecha —casi la certidumbre— de que a ninguna mujer le gusta que un hombre se enamore de ella platónicamente. Las mujeres tienen un gran sentido práctico y saben que su misión es perpetuar la vida. Entonces lo que les gusta, y por instinto, es que los hombres actúen con ellas en los términos del claridoso refrán charro según el cual a las mujeres y a los charcos hay que entrarles por en medio. Digo.

En el Potrero se cuenta la traviesa historia de la Tilde —Matilde, se llamaba— y el Ulogio, que se llamaba Eulogio. A Ulogio le gustaba mucho la Tilde, y a la Tilde la gustaba mucho Ulogio. Estaban hechos el uno para el otro, y no habría habido mayor dificultad en ese juntamiento si no es porque el galán era muy tímido. Todos los días esperaba a la muchacha cuando iba al molino; pero nomás se le quedaba viendo, y no le decía nada. Ella pensó que Ulogio temía a los diceres de las vecinas, y empezó a irse por un camino solitario, dizque a juntar menta y yerbanís. Él la seguía a prudente distancia, y la miraba, la miraba, pero no le decía nada.

Un día, por consejo del profesor de la escuela, Ulogio le escribió “un recadito” a la Matilde y se lo envió con un muchachillo de la escuela. En el recado le decía que la quería “muncho”. Al día siguiente ella salió al camino más temprano. Ulogio la siguió. Cuando estuvieron lejos de las casas, y él empezó a seguirla más aprisa y más de cerca, la muchacha se volvió de repente, y encarándolo, con los brazos en jarras, le dijo burlona y retadora:

—Quesque mi quere; quesque mi quere... A ver, si tanto mi quere, ¿por qué no mi garra y mi tumba?

Tumbar en el rancho quiere decir echar por tierra a una mujer para subírsele con propósito copulativo.

Aquel amigo mío que dije, de tiempos de la juventud, se enamoró platónicamente de una mujer. Eso, la verdad sea dicha, no conduce a nada. Y a nada condujo el platónico

enamoramiento de mi amigo. Cierta día siguió a su amada ideal, a la que veía como a una doncella espiritual, etérea, llena de perfecciones y virtudes. Pensó que la muchacha iba a la iglesia. No iba a la iglesia, no. Se fue por una calleja solitaria y en una esquina se juntó con un sujeto que ahí la esperaba ya. Buscaron ambos lo oscuro y ahí se dieron un agasajo de cachondeo mutuo que mi amigo hubo de ver lleno de confusión y pesadumbre.

Con eso se le quitó a mi amigo lo platónico. En adelante actuó al modo aristotélico, es decir, con apego a la realidad. Y las mujeres se lo agradecían, porque no hay mujer que se resigne a ser amada platónicamente. Todas, cual más, cual menos, le dirían a su enamorado lo mismo que al Ulogio le dijo la Matilde.

CUENTOS DEL FOGÓN

Don Ramón Menéndez Pidal leyó 60 mil libros a lo largo de su vida. A lo ancho no sé cuántos leería, pero supongo que fueron también muchos. Yo conocí la biblioteca de ese sabio señor: pedía uno cualquier volumen, al azar; lo abría, y estaba lleno de anotaciones de puño y letra de su dueño. ¡Cómo leyó don Ramón! Y sin embargo sus últimas palabras fueron éstas, dichas minutos antes de morir (si las hubiera dicho minutos después habrían cobrado mayor significación): “¡Qué lástima! ¡Cuando me quedaban tantos libros por leer!”

Leí una obra de don Ramón Menéndez que se llama *Estudios literarios*. La busqué porque ahí viene un ensayo sobre “El condenado por desconfiado”, un tremendo drama teológico de Tirso de Molina. He leído esa pieza tres o cuatro veces y nunca la he entendido. Trata de la predestinación o algo así. O del libre arbitrio o algo así. O de la fe o algo así.

Menéndez Pidal buscó las fuentes populares en que Tirso de Molina se inspiró para escribir su drama, y encontró una historia que me gustaría compartir.

En un áspero monte vivía un ermitaño entregado a la penitencia y la oración. Se imponía a sí mismo toda suerte de mortificaciones y castigos, pues así se libraba de las tentaciones que lo acometían. (Yo no me impongo castigos ni mortificaciones, y sin embargo las tentaciones casi no me acometen ya). Logró purificarse en tal manera que llegó a tener la convicción de que había alcanzado el culmen de la santidad. (Esa palabra, “culmen”, se usaba mucho en los seminarios de antes y significa sencillamente “cumbre”).

Sucede que un día San Pedro visitó al ermitaño en su covacha. San Pedro, ya se sabe, viene de vez en cuando al mundo a ver cómo andan las cosas por acá, y luego le presenta un informe a Nuestro Señor. (En el último reporte México salió del asco). El ermitaño le preguntó si sabía de alguien que fuera más santo que él.

San Pedro le dijo que sí, que conocía a un hombre que lo superaba considerablemente en santidad.

—¿Ah, sí? —preguntó amoscado el ermitaño—. ¿Quién es ese hombre?

Pensó el anacoreta que San Pedro le iba a decir que ese hombre más santo que él era el Papa, o algún cardenal o arzobispo, o por lo menos algún obispo, o ya de perdido un sacerdote. No fue así. Le respondió el apóstol:

—Ese hombre más santo que tú es un herrero.

—¿Ah, sí? —volvió a decir el ermitaño, que por su alejamiento del mundo había perdido vocabulario—. Pues me gustaría conocerlo.

—Lo conocerás, si quieres —le dijo el de las llaves—. Se llama Fulano, y vive en el pueblo de tal nombre.

Al día siguiente el ermitaño emprendió el viaje para buscar al hombre que lo excedía en santidad.

Llegó a la aldea y buscó al herrero en su fragua. No estaba ahí. Seguramente, pensó el viajero, lo hallaría en el templo, diciendo sus oraciones, o entregado a la piadosa lectura de algún devocionario. Tampoco en el templo lo encontró.

Entonces fue a la plaza y preguntó por él. Le dijeron que el herrero estaba en la taberna. El ermitaño se asombró. ¿Cómo podía ser santo un hombre que estaba en la taberna? Fue hacia allá. Abrió la puerta, y vio a un grupo de hombres que bebían y comían alegremente. En el centro de todos estaba el herrero. Era el que comía más; el que bebía más; el que más reía y bromeaba. Fue la muchacha del servicio a llevar a los hombres más cerveza y el herrero le dio una palmadita en el trasero. Rió la muchacha; rió el herrero; rieron sus amigos.

El ermitaño veía azorado todo aquello. Terminó la reunión, y el herrero se despidió de sus alegres camaradas. Lo siguió el ermitaño. Lo vio entrar en su casa. El hombre calentó algo en la estufa, sirvió una copa de vino y luego llevó todo eso a un anciano que en el cuarto vecino yacía en una cama.

“Su padre, seguramente”, pensó el anacoreta.

En eso San Pedro apareció a su lado.

—Ya veo —dijo el apóstol— que encontraste a quien es más santo que tú.

—¿Más santo que yo ese hombre? —replicó el ermitaño con enojo—. ¿Cómo puede ser eso? Lo vi beber como borracho; comer con gula; tratar a una mujer pecaminosamente. ¿Y dices que es un santo? Lo único bueno que le he visto hacer es llevarle a su padre de beber y de comer.

—No es su padre —lo corrigió San Pedro—. Es el asesino de su padre. Hace muchos años ese hombre mató de una puñalada al padre del herrero. Por ese crimen estuvo largo tiempo en la prisión. Cuando salió era viejo ya, y no tenía a dónde ir. Todos lo rechazaban y se apartaban de él igual que de un leproso. Seguramente iba a morir de hambre y de frío. Entonces el herrero lo recogió en su casa. Explicó: “Él no tiene hijos, y yo no tengo padre. Lo he perdonado ya”.

Al escuchar aquello el ermitaño quedó avergonzado. Supo en su corazón que el herrero era verdaderamente un santo, mientras él era sólo una mentida imagen de la santidad. Sus rezos eran palabrería; soberbia y vanidad sus devociones. El herrero había pagado mal con bien. Eso lo hacía santo. Él no habría podido perdonar así.

Termina aquí la historia que don Ramón Menéndez recogió en las cocinas de Castilla. Yo encuentro en esa historia una lección: los ritos no nos llevan hacia Dios; el amor nos lleva a Él, que es el Amor.

RETABLO

Hermosa iglesia, y singular, es la del Santo Madero, en Parras. Construida en lo alto del cerro nombrado del Sombreretillo, es gala y símbolo de la bellísima ciudad. Dicen las antiguas crónicas que cierto padre Gurrola plantó una cruz en la cima de ese promontorio cuando corría la tercera década del antepasado siglo. Después el sacerdote Feliciano Cordero hizo construir ahí una capilla que atrae ahora la devoción de los parrenses y la admiración o curiosidad de los foráneos.

No alude el nombre “Santo Madero” a alguno de los miembros de esa antigua y conocidísima familia a la que perteneció el Apóstol de la Democracia. El Santo Madero es la Santa Cruz, cuya gran fiesta se celebra el 3 de mayo.

Famoso es ese templo, entre otras cosas por la vasta colección de retablos que los fieles han dejado ahí, ingenuas muestras de agradecimiento por los favores recibidos después de invocar la Cruz donde el Señor compró a precio de sangre nuestra salvación. Algunos de esos retablos mueven a risa, y los parrenses hacen gala de ellos. Uno, por ejemplo, lo puso una madre llena de piedad: “Doy gracias al Santo Madero —reza el texto del retablo— porque llegaron los revolucionarios y se llevaron a bastantes muchachas, pero a mi hija no”. En el retablo aparece la fotografía de la joven: es corcovada; bizca; tiene los pelos erizados, la nariz roma, la boca torcida, unos sobre otros los escasos dientes, y un lobanillo velloso en el mentón. Quien mira ese retrato se explica el milagro de que los feroces milites hayan dejado en paz a la desventurada.

Otro retablo muestra la imagen de un chiquillo frotándose la panza con gesto de dolor. Y dicen las letras que acompañan a la pintura: “Doy gracias al Santo Madero porque mi hijo se tragó tres monedas de a peso, y las echó después cuando hizo caca. En señal de gracias pongo aquí las monedas, que puede besar quien sufra el mismo apuro, para obtener favor”.

Hay una tabla con la pintura de una muchacha vestida de novia. “Doy gracias al Santo Madero —dice ese retablo— porque mi hija se casó de blanco, pues no salió embarazada en la inundación de Tampico”. Quien mira tal retablo se pregunta qué diablos tiene que ver la inundación de ese lejano puerto con el hecho de que esa

muchacha se haya casado de blanco. Sucede que las jóvenes parreñas que por esos días dieron un mal paso contaron que el niño o niña que traían en brazos era una pobre criaturita cuyos padres habían muerto ahogados cuando se inundó ese puerto, y ellas, por lástima, la habían adoptado.

Leamos, finalmente, este otro ex voto: “Doy gracias al Santo Madero porque Nacho pudo salir de mi cuarto sin que lo viera mi marido”.

ANGELITA

No era fea ni bonita. No era joven ni vieja. Era Angelita. Así, nada más: Angelita, sin apellido que se le conociera. Estaba, como antes se decía, un poco aireada. Eso significaba que estaba algo ida de la cabeza, sin llegar a tonta o a rematadamente loca. Se sabía que estaba aireadita porque sonreía sin qué ni para qué, y porque entraba en las casas —las puertas de los zaguanes estaban abiertas todo el día en aquella época— también sin qué ni para qué, con su sonrisa a cuestras y con la bolsa de señora que cargaba siempre y en la que nunca traía nada. Se paraba en medio del patio; volvía la vista a su alrededor; miraba y remiraba las macetas, las jaulas de los pájaros, la fuente, y luego preguntaba con su sonrisa clara: “¿De quién fue la idea?” “De quién fue la idea”... La frase se hizo proverbial en aquella ciudad pequeña en la que todavía podía haber frases proverbiales. Cuando alguien quería manifestar asombro o complacencia ante algo, repetía la frase de Angelita: “¿De quién fue la idea?”

Angelita debe haber tenido 40 años, o un poco menos. Hija única, sus padres habían muerto, y ella vivía sola en la pequeña casa que le dejaron como herencia. Se mantenía con la exigua pensión que recibía de la caja que estableció la señorita María de Jesús Zamora, cuya fortuna de mujer rica y sin familia sirvió para crear la institución de su nombre, que daba cada mes una modesta suma “a pobres vergonzantes”, según rezaba el acta de su fundación. Con eso vivía Angelita, y con lo que le daban las señoras que conocieron a sus padres y que se compadecían de aquella pobre muchacha —muchacha cuarentona— que iba y venía por todas partes y que a todas entraba con su sonrisa llena, con su bolsa vacía y con su eterna frase: “¿De quién fue la idea?”

Cierto día corrió un rumor por la ciudad. Hay que decir que corrió como reguero de pólvora, pues si no se dice así es que el rumor no corrió tanto ni tan aprisa. Angelita traía las bascas. Vale decir que estaba embarazada. Bien pronto la evidente inflamación de su vientre confirmó la especie: Angelita iba a tener un hijo.

Al punto, claro, surgió la fácil broma: “¿De quién fue la idea?” Reían todos, y decían: “Tonta, tonta, y mírenla”. Parece que Angelita no sabía bien a bien lo que le sucedía. Se preocupaba solamente porque “Miren, ya no me queda el vestido”. Las señoras le preguntaban quién le había hecho “eso”, y ella no sabía de qué le estaban hablando. El

señor cura García Siller se lo preguntó también, y Angelita seguía sonriendo, sonriendo nada más.

Tuvo a su hijo en la maternidad. Lo tuvo, contó una enfermera, con la naturalidad con que los animales paren a sus crías, fácilmente y sin penalidades. “Cómo yo no estoy tonta”, dijo una señora que siempre sufría mucho para dar a luz.

La sempiterna sonrisa de Angelita se hizo más sonrisa cuando le mostraron a la criatura y se la pusieron en los brazos para que la amamantara. Estaba feliz con su niño. Era como un muñeco para ella. Por eso, porque el niño era como un muñeco para ella, se lo quitaron para llevarlo al orfanato y ver después que hacían con él.

Fue entonces cuando Angelita dejó de sonreír. Al entrar en los patios ya no decía: “¿De quién fue la idea?” Ya no decía nada. Miraba nada más, miraba a todas partes como buscando algo. La gente decía de ella: “Pobrecita”, pero nada más.

Fue enflacando, como si no comiera ya. Dejó de arreglarse; andaba despeinada y con la ropa sucia y arrugada. Las señoras la veían venir y cerraba la puerta de su casa. No la querían ver; nadie quería ver a aquella tonta. Don Gregorio, el administrador de la casa de pensiones, la buscaba para darle su dinerito, porque ella no iba a recogerlo. Ya ni siquiera traía su bolsa, aquella bolsa de señora que traía siempre y en la que nunca traía nada.

Quisiera yo poner aquí: “Una mañana la encontraron muerta”. Con eso terminaría la historia. Pero no sucedió así. Se fue apagando poco a poco, y tanto tardó en apagarse que todos se olvidaron de ella. Nadie sabía ya cómo se llamaba aquella mujer que iba por las calles, desgredada, y que parecía buscar por todas partes algo que no encontraba nunca. Ni siquiera se supo que había muerto. Yo a veces me pregunto si habrá muerto o si todavía sigue buscando. Quizá la historia aún no termina... Angelita... Ni joven ni vieja; ni bonita ni fea. Aireadita... ¿De quién fue la idea?...

LAS DOS PUERTAS DEL AMOR

“La puerta de entrada del amor es ancha, pero es estrecha la puerta de salida”. El aforismo, creo, es de Lope. Aquel notable ingenio sabía bien de lo que hablaba, pues muchas veces anduvo enredado en amores tormentosos. Pero no está por demás añadir que con frecuencia el amor no tiene ninguna puerta para salir de él.

Oigan si no lo que le sucedió a un cierto amigo mío. Era hombre apuesto y guapo. Era, digo, porque ahora no queda en él resto ninguno de aquella guapeza y apostura. Y no fueron los años los que le hicieron perder su lozanía: es aún relativamente joven. Fue el amor sin salida.

Mi amigo era gerente de una empresa. Trabajaba en la compañía una muchacha ni fea ni bonita, ni alta ni baja, ni flaca ni gordita. Quiero decir que era una mujer de esas

que no llaman la atención, pero que no son feas tampoco. Andaría quizá por los 30 años. Tímida, de pocas palabras, hacía su trabajo con eficiencia y no formaba parte del grupo alegre de las otras secretarias, más jóvenes todas que ella, más atractivas y mundanas.

Cierto día esa muchacha le dijo a mi amigo que quería hablar con él.

—Claro que sí, Fulanita —le contestó mi amigo—. Vamos a mi oficina.

—No, señor —le dijo ella—. El asunto que tengo que tratarle es muy privado. Deme oportunidad de hablar con usted en otra parte.

Mi amigo, ya lo dije, era guapo y apuesto (era). Sintió en aquella petición un cierto aroma de aventura. Le dijo a la muchacha:

—¿Qué le parece, entonces, Fulanita, si la invito a cenar mañana en...?

Y dijo el nombre de un restorán discreto y apartado, muy al modo para ese tipo de ocasiones.

Ella aceptó al punto. Y, en efecto, al día siguiente —era sábado— se encontraron en aquel lugar.

No sé si dije ya que mi amigo era casado. Inventó en su casa un compromiso: debía ir al aeropuerto a recibir a un americano, asesor de la empresa. Tenía que instalarlo en el hotel, y luego acompañarlo a tomar una copa y a cenar. Como se ve, mi amigo esperaba que su cita sería algo especial.

Y lo era, ciertamente. Después de beber dos copas, tras hablar de cosas intrascendentes —detalles del trabajo; los pequeños chismes de la oficina—, la muchacha procedió a decirle por qué le había pedido aquel encuentro.

—Ingeniero —le dijo—, no soy de aquí, y debo regresar a mi ciudad. Ya no soy una jovencita —no es necesario que lo diga—, y tampoco me considero una belleza. Sé que es poco probable que me case. Pero quiero tener un hijo. Y quiero tenerlo de usted. No vaya a pensar que estoy enamorada, o cosa parecida. Me gusta usted, claro. Es bien parecido; inteligente; no se ve que padezca ninguna enfermedad. Lo considero el candidato ideal para que me haga un hijo. De esto no derivará ningún compromiso para usted. Tan pronto me embarace me iré de la ciudad, y jamás volverá a saber de mí.

Mi amigo quedó como quien ve visiones, si me es permitida esa frase tan poco original. Todo esperaba él, menos aquello. Había supuesto que la muchacha quería tener con él una aventura, quizá un simple acostón y nada más. Pero lo que ella le dijo lo dejó sin habla. No supo qué decir.

Pero se había bebido ya cuatro jaiboles, de modo que se dijo a sí mismo dos palabras que a muchos hombres —y mujeres— han metido en problemas. Esas palabras son las siguientes: “¡Qué chingaos!” La breve frase expresa desdén por las dificultades que pueden derivar de una determinación. “Vamos a casarnos, qué chingaos”, “Voy a comprar el coche, qué chingaos”, “Le pediré un préstamo al banco, qué chingaos”...

Así se dijo mi amigo: “Qué chingaos”, y accedió a la peregrina solicitud de la muchacha. Lo hizo sin temor a las consecuencias; después de todo ella le había prometido que guardaría el secreto: a nadie le diría nunca quién era el padre de su hijo —

ni al hijo mismo—; y él no asumiría ninguna responsabilidad por su crianza y educación. Jamás, tampoco, volvería a ver a la muchacha. Actuaría como semental, sencillamente, y ojos que te vieron ir. Ella le había pedido aquel favor, y un favor a nadie se le niega. Qué chingaos.

Esa misma noche se puso a trabajar en lo de hacer el hijo. Otras dos o tres veces trabajó también, u otras cinco o seis. Unas semanas después se topó con la muchacha en un corredor del corporativo y ella le dijo una palabra sola:

—Ya.

Al día siguiente mi amigo se enteró de que la chica había renunciado a su trabajo y se había ido de la ciudad.

“Asunto que se acabó”, pensó mi amigo.

Y, en efecto, se acabó el asunto. Por algunos años. Cinco, para ser exacto. Pero luego el asunto comenzó. Cierta mañana mi amigo recibió una llamada telefónica. Era de la muchacha que le había prometido que jamás en la vida volvería a saber de ella. “Habla la madre de tu hijo”, se identificó. Y luego le informó que hay derechos irrenunciables. Eso, añadió como de paso, se lo había dicho un abogado.

Ahí empezó el calvario de mi amigo. Ahora tiene que pagar la manutención del hijo y de la madre, y atender frecuentes peticiones de dinero so riesgo de que su esposa se entere del asunto. Ya no es guapo mi amigo, ni es apuesto. La preocupación lo ha hecho envejecer. Antes se parecía a Brad Pitt; ahora le da un cierto aire a George Burns. Se arrepiente de todo corazón de haber dicho: “Qué chingaos”, palabras de mayores consecuencias que: “Sí, acepto”.

Esto que he relatado no conlleva un propósito moral. ¿Quién soy yo para moralizar? En la vida me he regido más por los sentimientos que por los mandamientos. Además, la vida no admite moralejas. He contado lo que le sucedió a mi amigo simplemente porque le sucedió. Cada quien saque sus propias conclusiones. Me permito, sí, repetir la frase de Lope de Vega con que empecé este escrito: “La puerta de entrada del amor es amplia, pero es estrecha la puerta de salida”.

Yo digo que, como quiera que sea, con puerta o sin puerta, el amor es muy sabroso. Qué chingaos.

UNA VIDA. UNA MUERTE

Extraño hombre era en verdad aquél. Tendero, su tienda era una de aquellas antiguas tiendas, de la esquina. A pesar de los Oxxos y del súper, todavía quedan muchas. Cada barrio tiene la suya; rara es la calle donde una no se encuentra. Ahí se consiguen las cosas de todos los días: la Coca, el aceite, la cebolla, el tomate y el arroz. Aquel hombre vendía lo de entonces: manteca, pan de azúcar, cafiaspirinas. Otras cosas vendía más

secretas: los cazadores —entonces había más que ahora— iban a comprarle las balas para sus rifles .22, que él vendía en forma clandestina, pues tal comercio estaba regulado y nada más los armeros con permiso podían vender armas y parque.

Aquel hombre vivía en la trastienda, un cuarto oscuro y sin ventilación. Era soltero. Tenía una hermana que lo ayudaba en las faenas de la tienda. Esa hermana vivía también en el cuartucho. Las vecinas se hacían lenguas de tan extraña situación y murmuraban cosas que ponían escándalo en las más pacatas.

Tenía amigos el tendero. Todos eran más jóvenes que él, muchachos que andaban por los 20 años, mientras él era ya un cuarentón. Aquellos muchachos no tenían dinero; pero él sí. Los invitaba entonces a ir, por su cuenta, a la zona de tolerancia. Los invitaba, les pagaba la bebida y les daba dinero para que bailaran con las muchachas. Él no bebía ni bailaba. Toda la noche se la pasaba con una cerveza; miraba bailar a sus amigos con las daifas y una extraña sonrisa aparecía en sus labios. También, a veces, les pagaba una mujer. Lo único que demandaba a cambio es que los muchachos le contaran lo que habían hecho con la daifa: la manera de actuar de la pupila, aquellas caricias especiales... Eso lo satisfacía enormemente; en eso se gastaba su dinero. Jamás se supo que él mismo tuviera trato con las prostitutas; tampoco procuró cercanía que pudiera dar lugar a maledicencias con alguno de los muchachos a los que convocaba. Nunca se dijo de él que fuera homosexual; sólo que era raro. A nadie se le ocurrió tampoco calificarlo de degenerado: la gente se manejaba entonces con muy poquito Freud, y eso hacía que las cosas fueran menos complicadas. Ahora ya ni siquiera un puro es simplemente un puro.

Iba envejeciendo aquel hombre. Se casaban sus amigos, y él se buscaba otros para invitarlos a Terán y gozarse en el relato de sus amores de prostíbulo.

¿Qué fue de ese hombre? No lo sé. Un día su tienda ya no estaba. Pregunté y nadie me supo dar razón de a dónde se había ido con su hermana. Me acuerdo de él como de una extraña sombra que ni siquiera dejó sombra.

DE COMPRAS Y VENTAS

Mi relato de hoy tiene que ver con un aforismo comercial que dice lo siguiente: “Compra cuando te vendan, y vende cuando te compren”.

Don Jaime Rodríguez se dedicó por muchos años a la noble y antigua profesión de barillero, que así eran nombrados los vendedores ambulantes de quincalla, es decir, de mercancía de escaso valor y poco precio. Esa palabra, “barillero”, es un mexicanismo. La Academia la considera equivalente de “buhonero”.

Hombre de mucho ingenio era don Jaime. Baste decir que se hizo vivir en Saltillo con su oficio. Ésa no es hazaña de poca monta: siempre se ha dicho que el comerciante que prospera en Saltillo triunfaría también en la Antártida, en las quemantes arenas del

desierto del Kalahari, en el Polo Norte, la Cochinchina o Timbuctú. Para medrar, empero, don Jaime debía recurrir a todo su extenso y variadísimo catálogo de tretas, trucos, astucias, ardides y sutiles añagazas.

Cierto día le ofrecieron en Monterrey unas preciosas veladoras de la Virgen del Roble. Las aceptó en consignación, a ver si se vendían, y comenzó a promoverlas en Saltillo. Con elocuencia de Demóstenes, con retórica que habría envidiado Quintiliano — maestro de oradores—, el señor Rodríguez encomiaba los méritos de aquellas veladoras. La Virgen del Roble era “muy milagrienta”, decía, y por si eso no fuera suficiente, acabada la veladora quedaba el vaso, aprovechable para el uso diario.

Ni una desgraciada veladora pudo vender don Jaime en Saltillo. El Santo Cristo, le alegaban los presuntos clientes, era más milagriento aún que aquella virgen, que ni siquiera era de Saltillo, sino de Monterrey. Había, además, rivalidad entre ambas devociones: cuando los saltillenses iban a ver torear a Armilla en Monterrey, los regiomontanos —furibundos partidarios de Lorenzo Garza— les gritaban con burla desde el tendido de sol: “¡Ya llegaron, hijos del Santo Cristo!”

Y respondían los de Saltillo, desafiantes, sin pensar que incurrían en grande y sacrílega blasfemia: “¡Sí, cabrones! ¡Venimos a pedirles la mano de la Virgen del Roble, pa'l Patrón!”

Se le ocurrió entonces a don Jaime vender las famosas veladoras en tierras de Zacatecas. Pero ahí la devoción la acaparaba el Santo Niño de Plateros, imagen milagrosa que se sale por la noche del templo a caminar, de modo que cada año hay que comprarle guarachitos nuevos.

Sin embargo, el que porfía mata venado. O vende veladoras, según. En cierto pueblo zacatecano, antes de ir con el abarrotero del lugar, don Jaime se conchabó a una regular turba de chiquillos, a quienes pagó cinco centavos por que fueran uno por uno, a intervalos regulares, a la tienda del sujeto. Le preguntaban los chamacos:

—Don Fulano: que dice mi mamá que si tiene veladoras de la Virgen del Roble.

—No, no tengo.

Y al rato otro muchacho:

—¿Tiene veladoras de Nuestra Señora del Roble, don Fulano?

—No, no hay.

Y así durante un par de días.

Al tercero llegó don Jaime con sus veladoras. El comerciante, sorprendido por la súbita devoción del pueblo a la Virgen regiomontana, compró con alegría toda la existencia, que era una gruesa cantidad de gruesas. Más sorprendido aún quedó cuando en los días subsecuentes —y en las semanas, y en los meses, y en los años— no se le vendió una sola de aquellas fermentidas veladoras.

Este relato tiene una especie de moraleja comercial: siempre puedes vender cuando te compren, pero no siempre debes comprar cuando te vendan.

EN EL CEMENTERIO

El Père Lachaise, de seguro, es el panteón más bello del mundo. Su belleza no es funeral, ni menos aún museográfica. Es la belleza de un bosque al pie de cuyos árboles hay tumbas. El registro oficial señala algunas. Están las de los grandes de Francia, y están también las de muchos grandes del mundo, pues el mundo es en alguna forma una prolongación de Francia. Ahí Molière y Lafontaine; ahí Wilde y Rossini.

Hay tumbas muy conocidas. La de Chopin es la más visitada. En ella hay siempre pequeños ramos de violetas de Parma, la flor predilecta del polaco, y nunca faltan lámparas votivas encendidas por gente de todos los países. Ante la tumba de Alan Kardec, el fundador del espiritismo, se offician extraños ritos por mujeres enlutadas que caen de pronto en trance y comienzan a hablar con el ectoplasma del desaparecido. Los novios visitan la tumba donde reposan los cuerpos de Abelardo y Eloísa, apasionados amantes del medioevo.

El Père Lachaise es también sitio de peregrinación para incontables muchachas y muchachos de la nueva ola. Van a rendir tributo a uno de sus ídolos caídos, el músico Jim Morrison. Ahí reposa ese rockero, si es que los rockeros pueden reposar alguna vez. Por los días en que estuvimos en París se cumplió un aniversario más de su muerte y su tumba se cubrió de ofrendas, algunas un tanto heterodoxas, como carrujos de mariguana, por ejemplo. Los guardianes del cementerio —al fin franceses— respetaron los tributos de los dolientes. No todas las ofrendas funerarias tienen que ser coronas.

Hay tumbas que no aparecen registradas. Yo conozco una de ellas. Es la de Victor Noir. Fue un periodista del pasado siglo que murió de un tiro de pistola. Su inconsolable viuda encargó a un escultor que le hiciera en bronce la imagen yacente de su esposo, a fin de ponerla sobre su tumba. Vaya usted a saber por qué, el caso es que el escultor le dejó a Monsieur Noir un sospechoso abultamiento en la parte correspondiente a la bragueta. Es muy notorio el bulto. ¿Se trata de algún homenaje póstumo de la señora esposa del desaparecido, que conservaba de él buenas memorias? No lo sé. Lo cierto es que cualquier varón querría tener en vida lo que el señor Noir presenta en muerte.

Existe en París una curiosa tradición. Hay casadas que tardan en encargar familia, aun deseándola. Ése es un problema, pues ya se sabe que los niños vienen de París, y no tenerlos ahí es gran complicación. Las aspirantes a mamá van entonces al Père Lachaise, y cuando nadie las mira se levantan las faldas, se echan sobre el señor Noir y frotan vehementemente cierta parte contra el abultamiento del difunto. Se cree que con eso encargarán familia. El tratamiento, según el folclor parisino, es más efectivo que las aguas de San Serenín en la vecina España.

Yo visito la tumba de uno de mis autores predilectos: Alphonse Daudet. Una de sus novelas de juventud, *Le petit chose*, me causó impresión imborrable cuando la leí en la

adolescencia. Sentimental como entonces, he comprado un pequeña maceta de jacintos. La tierra junto a la tumba de Daudet es rica y húmeda. Hago en la tierra un hoyo pequeñito y planto ahí mi ofrenda. Vivirá unos cuantos días. Todos vivimos unos cuantos días.

HISTORIA DE UNA CAMA

Aquel señor, dueño en Saltillo de una mueblería, me contó que allá por los años 40 del pasado siglo se pusieron de moda unas camas que tenían en el respaldo la estampa enmarcada de un santito, con un pequeño foco amarillo en forma de llama de vela, que lo mismo servía para iluminar la imagen que como luz que desde el propio respaldo se podía encender.

Cierta señora, cuyo nombre por desgracia la historia no registra, adquirió una de las tales camas. Como razón principal para explicar la compra dijo que tanto ella como su marido sentían gran devoción por el santo cuya imagen exornaba la cama que adquiría. Era una idea muy bonita y muy piadosa, añadió con unción, aquélla de añadir al lecho la venerada imagen de algún santo, que de seguro velaría el sueño de quienes en esa cama posaran sus fatigas al llegar la noche.

Unos días después, sin embargo, la señora se presentó en la mueblería con una queja muy extraña. La cama, dijo, daba “toques”. Le explicó al dueño que al estar acostados ella y su marido sentían de pronto una descarga eléctrica que les recorría todo el cuerpo. Y la espalda también, añadió. Pedía la señora que alguien fuera a revisar la cama, pues aquellos toques eran muy peligrosos, según le había dicho su marido, y podían morir achicharrados. Además, “Ya ve usted la luz lo cara que está”.

Desde luego los toques no eran en modo alguno peligrosos, la tranquilizó el mueblero, pues la instalación eléctrica del foquito era tan pequeña que no representaba riesgo alguno. De cualquier modo, para tranquilidad —y comodidad— de la señora, alguien iría a revisar la cama y a arreglarla, pues la mercancía —aclaró— no se podía devolver. Le mostró el letrero que tenía sobre su escritorio: “Salida la mercancía no se admite devolución. No sea usted rajón”.

En efecto, fue el electricista de la tienda a la casa de la señora y concienzudamente revisó la instalación eléctrica que daba luz al santo de la cabecera. Checó centímetro a centímetro la conexión, el alambre y el “zóquete”, y no encontró nada que pudiera dar origen a los famosos toques. Hizo como que hacía algo, enredó en cualquier parte un trozo de cinta de aislar y se despidió de la señora diciéndole que el problema ya no se repetiría.

Se repitió. A los pocos días regresó la mujer: la cama seguía dando toques. Allá va otra vez el electricista a la casa de la señora, y vuelta a revisar la endiablada y santificada

cama. De nuevo falló el hombre en sus intentos de hallar algún alambre “pelón” o cualquier cosa que pudiera motivar aquel raro fenómeno. Enredó otro pedazo de cinta de aislar y se marchó.

Igual pudo haberse quedado. A la mañana siguiente ahí estaba otra vez en la mueblería la señora. El problema seguía; los toques continuaban. Ya estaba pensando ella que los toques eran de seguro cosa del demonio, enojado por la presencia de un santo en un mueble que a veces no lo es tanto. Ya estaba pensando también en llamar al señor cura para que le echara a la cama agua bendita. El dueño de la tienda decidió ir él mismo con el electricista y arreglar a como diera lugar la maldita cama bendita, todo con tal de no tener que recogerla y devolver el dinero de la venta. Los dos fueron, pues, y revisaron durante más de una hora la sencilla instalación. No hallaron nada que fuera irregular. Al fin se dieron por vencidos.

Ya se iban, resignado el mueblero a deshacer la operación, cuando la señora, entre rubores y soponcios, les hizo una revelación extraordinaria y valiosísima: la cama daba toques únicamente cuando ella y su marido realizaban el acto a que obliga la condición matrimonial. Su esposo se alarmaba mucho con los toques, manifestó la mujer. Se le acababa la concentración; la atención se le iba de lo que estaba haciendo y, en lugar de seguir haciéndolo, se ponía en aquellos momentos por demás inoportunos a buscar el desperfecto, sin nada encima más que pinzas y destornillador. Todo eso era causa de que el débito conyugal no se cumpliera con la seriedad que mandan, prescriben y determinan tanto la Santa Madre Iglesia como el Código Civil.

Ya con ese importante dato en su conocimiento, procedió el electricista a una nueva inquisición. Bien pronto dio con la clave del problema: bajo una intensa presión o fuerte movimiento la parte de arriba del tambor de la cama, metálico, se unía con la parte de abajo y eso producía una “tierra” que a su vez causaba un ligero corto circuito que a su vez provocaba un toque o pequeña descarga que a su vez recorría los cuerpos de los esposos que a su vez dejaban para otra vez lo que estaban haciendo.

Disimulando una sonrisa, el electricista desapartó los alambres eléctricos del tambor de la cama. El problema estaba resuelto. Aun así volvió a decirle a la señora que jamás había existido ningún peligro, sólo la inconveniencia de sufrir aquellos toques eléctricos en un trance en el que a nadie le interesa recibir más toques que los que estrictamente deben acompañar el trance.

Pasó una semana. Y hete aquí a la señora en la mueblería otra vez. Ahora se veía nerviosa, inquieta, desasosegada. Pidió hablar con el dueño en su privado. Ya ahí quería decirle algo y no podía. El hombre la ayudó. ¿Continuaba el problema y a ella le daba pena reclamar otra vez? ¿Se habían repetido los toques?

Con la vista baja, ruborosa, contestó la señora:

—No, ya no se han repetido. Pero a mi marido y a mí nos gustaba más con los toquecitos. Vengo a ver si el señor electricista se los puede poner otra vez.

REMEMBER THE ALAMITO

En mis viajes oigo historias muy variadas. Con ellas podría escribir tragedias y comedias. Algunas de esas historias son tan inverosímiles, fantasiosas, extravagantes, absurdas y disparatadas que resultan un fiel retrato de la vida.

En ocasiones no sé si el que me narra uno de esos relatos lo ha inventado y bajo capa se está riendo de mí. Yo, de cualquier manera, lo oigo, y hasta de vez en cuando digo cosas como: “¡Cómo!”, para mostrar sorpresa y que el hablante sepa que estoy poniéndole atención. Aquí tienen ustedes, por ejemplo, la siguiente historia que me contó hace días un señor en cierta ciudad del noroeste.

Un primo suyo, me dice ese señor, era del rancho, de un rancho llamado el *Alamito*. Cuando niño, un policía rural mató a su padre y abusó de su mamá. Él lo vio todo y conservó para siempre en la memoria el rostro del asesino y violador.

Pasaron los años, y el primo aquel, ya joven, se enteró de que el hombre era ahora alto jefe policiaco del estado. Se inscribió en la corporación y en tal manera trabajó que con el tiempo se ganó la confianza de su jefe, hasta el punto en que éste lo hizo su segundo.

Cierto día se recibió en el cuartel de la policía una llamada anónima. El que llamaba dijo que una casa de las orillas servía de refugio a una banda de narcotraficantes. Fueron allá varias patrullas y rodearon el lugar. Los delincuentes empezaron a disparar por las ventanas; los policías respondieron el fuego. El jefe le pidió a su segundo que subieran los dos a la azotea de una casa vecina, para acosar a los narcos desde ahí.

Subieron, pues, los dos. Cuando estuvieron arriba —ya nadie los veía— el hombre joven le apuntó a su jefe.

—¿Qué haces —preguntó éste con asombro.

Respondió el muchacho, tranquilo:

—Jefe: ¿se acuerda usted del *Alamito*?

El hombre recordó —¿cómo olvidar aquello?— y una mirada de temor apareció en su rostro.

—De eso hace muchos años —dijo.

—Para mí sucedió ayer —contestó el otro.

Fueron las últimas palabras que oyó el jefe.

Al día siguiente el hombre fue sepultado con honores. Había caído cumpliendo su deber, a manos de los malhechores. En venganza por su muerte, los policías no dejaron vivo a ninguno de los delincuentes. El segundo en el mando fue uno de los que cargó el féretro del jefe.

Pocos días después renunció a su empleo. Todos dijeron que por miedo después de lo que había sucedido. Él no hizo caso de los dícere. Volvió al rancho de sus mayores, el

Alamito, y puso en pie la casa derruida. Ahí vive ahora, tranquilo y sin rencores. Él también —dijo a su primo— había cumplido su deber.

Me pregunto si será cierta la historia que oí de ese señor. Pienso que no tenía por qué contarme una mentira. Pero también pienso que no tenía por qué contarme una verdad.

¿LÁGRIMAS O RISAS?

Este señor tiene sus años. Todos tenemos los nuestros, pero él tiene más. ¿Cuántos años tiene este señor? Tratemos de adivinar. Yo digo que 70. Puede ser.

Este señor ha conocido a una muchacha. La muchacha le dice que siempre ha querido visitar una casona vieja con zaguán, alcobas de altos techos y fuente en el jardín. El señor tiene una casona vieja con zaguán, alcobas de altos techos y fuente en el jardín.

Aquí hago un alto obligatorio. Porque sucede que yo tengo una casa con zaguán, altas alcobas y jardín con fuente. Es menester, entonces, asegurar a ustedes que yo no soy el señor de mi relato. Me gustaría haberlo sido, por lo menos hasta antes del final de la historia; pero no, no soy ese señor.

Los dioses —espíritus chocarreros a veces— empiezan a tejer los hilos de la trama. O a hilar la trama del tejido. O a tramar el tejido de los hilos. Todo es lo mismo cuando los dioses se proponen joder a un humano.

—Señorita —ofrece con gran cortesanía el señor—, yo vivo en una casa como ésa que usted quiere conocer, de zaguán, alcobas de altos techos y fuente en el jardín. Gustosamente la invito a conocerla.

—Y yo con gusto acepto su invitación —contesta la muchacha, coquetona.

—Vaya usted con alguna amiga —sugiere el de la casa—. Mis vecinas son muy dadas al chisme, y mis vecinos más, y no quiero ponerla en trance de que sufra desdoro su buen nombre, o mengua su reputación.

—Ni una cosa ni la otra me preocupan —contesta ella—. Iré sola.

—En ese caso —le advierte el señor— debo decirle algo. Es usted tan bella, que si estamos a solas en mi casa no respondo.

—Me arriesgo —declara con una sonrisa aún más coqueta la muchacha.

—Fíjese bien en lo que digo —insiste el señor, muy serio—. No respondo.

—Y yo no me preocupo —reitera ella.

Y así diciendo vuelve a sonreír.

Van los dos a la casa con zaguán y etcétera. Ahora dejemos que el señor siga la historia.

“Llegamos y le mostré la casa. Ella paseó por las habitaciones. Luego fue al jardín, se descalzó y entró en la fuente alzándose el vestido. Al hacerlo mostró, provocativa, las hermosas piernas, fuertes y torneadas, y los muslos, blanquísimos.

—No respondo, ¿eh? —le dije.

”Ella reía y no se cuidaba de cubrir lo que había descubierto.

”Fuimos a la recámara. La muchacha, con el pretexto de que se había mojado el vestido, se lo quitó.

—No respondo —volví a decirle.

”Ella, sonriendo, se tendió en la cama. Estaba cubierta ahora únicamente por su ropa interior.

—No respondo —le dije una vez más”.

Aquí entro yo de nuevo, porque es a mí a quien el señor está contando la historia.

—Y ¿qué sucedió? —pregunto con interés ansioso.

Contesta él, mohíno:

—Sucedio exactamente lo que yo le había dicho a la muchacha. No respondí.

La vida tiene historias cómicas, y tiene también historias tristes. No sé si la que acabo de contar es triste o cómica.

AMOR CHIQUITO

Este muchacho tenía un raro apodo: le decían *Amor Chiquito*. El mote se antoja peregrino, pero —como todas las cosas— tiene su explicación. El muchacho estudiaba Ciencias Químicas. En una clase el maestro le pidió que dijera el nombre de cierto mineral cuyas características le dio. Ese tal mineral se llama valentinita, pero el estudiante no recordaba su denominación. Para ayudarlo le dijo el profesor:

—El nombre de ese mineral se parece al de una canción mexicana muy famosa.

Se refería el maestro, claro, a “La Valentina”. Pero la canción más de moda en ese tiempo era otra, y el estudiante respondió:

—¡“Amor chiquito”!

Desde entonces cargó con ese apodo, que llevó hasta el día de su muerte. Cuando ésta le llegó decían todos:

—¿Supiste que murió *Amor Chiquito*?

Ya nadie lo conocía por su nombre. Yo mismo no lo sé. *Amor Chiquito* fue cuando tenía 18 años, y *Amor Chiquito* fue cuando murió a los 32.

Voy a contar su historia, que es una historia triste. Cuando era joven, *Amor Chiquito* se enamoró de una mujer casada. Esa mujer no era cualquier mujer: era la esposa de un tío suyo, en cuya casa vivía él, pues no era de aquí. ¡Cómo sufría *Amor Chiquito* por su amor! Algunas noches pasaba frente a la puerta del cuarto donde dormían los esposos y se daba cuenta de que no estaban dormidos. Entonces tampoco él podía dormir.

Un amor secreto es una carga muy pesada. Para llevarla se necesita un corazón capaz de soportar lo que un tráiler de 35 toneladas. El Arcipreste de Hita escribió que

con razón la gente dice que el amor es ciego, porque, del mismo modo que los ciegos gritan con grandes voces para pedir limosna, también el que ama proclama a gritos, aunque calle, el sentimiento de su corazón. Afirma un proverbio de pueblo que hay tres cosas que no se pueden ocultar: el amor, el dinero y lo pendejo.

No tardó la señora tía, claro, en darse cuenta de la pasión de su sobrino. Eso la halagó. Una mujer siempre se siente halagada cuando sabe que un hombre se ha enamorado de ella, aunque ese hombre sea Quasimodo. En este caso, sin embargo, había un elemento de orden práctico. La señora debía levantarse muy temprano para despachar al muchacho a la escuela, y luego tenía que tenderle la cama, arreglarle el cuarto, darle de comer, lavarle y plancharle la ropa, y todo lo demás. Ella nunca estuvo de acuerdo en recibir al muchacho en su casa. Si lo aceptó fue porque su marido quiso ayudar al hijo de su hermana, y en ese tiempo —de esto que digo hace muchos, muchos años— las esposas hacían lo que sus maridos les mandaban.

La tía vio en la pasión que había despertado en el sobrino una buena ocasión para librarse de él. Un día, pues, le dijo a su marido que el muchacho la miraba con ojos amorosos, lo cual era muy cierto, y que una vez lo había sorprendido viéndola por la cerradura del baño cuando ella se estaba bañando, lo cual era muy falso. Al regresar esa tarde *Amor Chiquito* de la escuela halló todas sus cosas —su veliz con su ropa, sus libros, su lámpara de estudio, todo— afuera de la casa, en la banqueta. Sus tíos ni siquiera abrieron la puerta para explicarle aquello.

Comenzó entonces el calvario de *Amor Chiquito*. Un calvario es siempre respetable, sea quien sea el que lo sufre, aunque se llame *Amor Chiquito*.

¿Cómo volver a su pueblo así, fracasado? Buscó asilo con un amigo suyo, que lo admitió en su cuarto haciéndolo entrar en él secretamente para que no se enterara la señora de la casa de asistencia. Debía entrar el infeliz cuando la mujer ya estaba en brazos de Morfeo y de un señor al que recibía discretamente, y debía salir de la casa antes de que ella despertara.

Un día el muchacho paseaba tristemente por la Alameda. Iba rumiando sus cavilaciones cuando una mujer madura se le acercó y le hizo conversación. Lo invitó a tomar un refresco. Después lo llevó a su casa, y ahí lo sedujo. Al parecer a eso se dedicaba la señora: a buscar muchachos para saciar en ellos su otoñal pasión. (Eso de la otoñal pasión no es mío. Lo saqué de una novela de don José María Vargas Vila).

Él le contó sus cuitas y la mujer le dio un poco de dinero. Volvieron a encontrarse dos o tres veces más —o cuatro, o cinco, o seis—, y un día ella le sugirió que vivieran juntos. Él aceptó. Así pudo continuar sus estudios, aunque con dificultad, pues las demandas amorosas de la mujer eran considerables. Parece que con los años —y con la soledad— se les acrecen a algunas damas los deseos que quizá en la juventud tuvieron dormidos.

Una noche ella le dijo que quería hablar con él. *Amor Chiquito* se angustió: pensó que la señora lo iba a cambiar por otro y que tendría que dejar la casa. No se trataba de

eso: la mujer le dijo que el vecindario murmuraba porque lo tenía en su casa; sus amigas le habían retirado ya el saludo y no podía comulgar, pues estaba en pecado por su culpa. Antes había tenido aventurillas, era cierto, pero aquello era diferente. Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. La única solución era que se casaran. Y ahí tienen ustedes a *Amor Chiquito*, sin cumplir todavía los 20 años y casado con una mujer 20 años mayor que él.

Ahí no paró todo. Ya bien casada, a la mujer le dio por seguir yendo a la Alameda. El pobre *Amor Chiquito* debía encerrarse en su cuarto mientras la señora —su señora— se entretenía con los mozalbetes que levantaba en el concurrido paseo popular.

Un día *Amor Chiquito* decidió morir. No se suicidó, no. Era demasiado tímido para eso. Sencillamente se dejó morir de una bronquitis mal cuidada. Tenía 32 años. Su mujer lo llevó a enterrar en el panteón, y sólo dejó pasar una semana antes de regresar a la Alameda.

Es todo lo que tengo que contar. Nadie se acuerda ya de *Amor Chiquito*. La historia me la narró su amigo, aquel que lo asiló en su cuarto cuando la tía —la infame tía— le dijo a su marido que su sobrino la veía por la cerradura de la puerta cuando ella se bañaba. Aquello era mentira. ¿Pero eso qué? Toda la vida de *Amor Chiquito* fue mentira. Quizá si no hubiera llevado ese risible apodo su vida habría sido otra. Algunos apodos joden mucho. A lo mejor ése de *Amor Chiquito* fue lo que lo jodió.

HISTORIA DE TRES AMORES

En el camino uno oye muchas cosas.

—¡Adiós, licenciado, y que le vaya bien!

Así me dice el señor que me ha invitado a perorar en Puebla al despedirme en el hotel. Yo subo al taxi que ha de llevarme al aeropuerto y me acomodo junto al conductor. Es un hombre de mucha edad ese taxista. Tiene, digamos, la misma edad que yo. Después de un rato de conversación toma confianza y me dice:

—Oí, señor, que usted es licenciado.

No le digo que dejé de serlo ya hace mucho tiempo. O que, pensando bien las cosas, a lo mejor nunca lo fui. Doy la respuesta convencional:

—Sí, a sus órdenes.

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—Dígame usted.

—Mi hijo —empieza el hombre a relatar— era taxista, como yo. Tenía su esposa, pero luego se echó una querida, y después otra. Las tres trabajaban, y a las tres les pidió dinero para comprarse un carro. Cada una creía ser la única, de modo que las tres le entregaron el dinero. Con eso mi hijo se compró el coche y unas placas de taxi y puso

todo a nombre de su mujer, para que no se lo fueran a quitar unos a los que les debía dinero.

—Pero sucedió —sigue narrando el conductor— que las tres viejas se dieron cuenta de que mi hijo las estaba engañando. Lo dejaron, le quitaron el taxi y ahora ellas tres lo manejan en diferentes turnos. Se hicieron taxistas, y les va muy bien.

Le pregunto:

—Y ¿qué quiere usted saber?

Responde:

—Quiero que me diga cuáles son los derechos de mi hijo.

Lisa y llanamente le digo que ninguno —yo pongo la justicia por encima de la ley— y el taxista ya no pregunta ni habla más. Al parecer mi respuesta no le ha gustado mucho. El resto del trayecto lo hacemos en silencio. Yo voy pensando que el cinismo y la inconsciencia no tienen límites. Lo sé por lo que he visto en los demás y también por lo que en mí mismo he observado. Al pensar eso recordé el caso de aquel mexicano que vivía en un pueblito del sur de Texas. Se presentó con el abogado del lugar y le dijo que quería hacerle una pregunta. Le contó que hacía años había empezado a trabajar con un gringo. Le gustó a la esposa de su patrón y entraron los dos en una relación pecaminosa. Pero sucedió que al gringo le gustó también la esposa del mexicano y entraron también ellos en una relación igual. Luego de mucho tiempo de estar así un día murió el gringo y tiempo después murió la gringa. Y había la circunstancia de que no tenían familiares, ni habían hecho testamento.

—Muy bien —lo interrumpió el abogado—. Pero dígame: ¿cuál es la pregunta que quiere usted hacerme?

Respondió el mexicano:

—Abogado: con todo lo que le he dicho, el gringo y yo ¿qué “venemos” siendo?

FILOSOFANDO

Conservador es aquel que tiene algo que conservar.

Dijo alguien: “El que a los 20 años no es comunista es un idiota. El que a los 40 años es comunista es un idiota”.

Es cierto: somos revolucionarios cuando no tenemos nada que una revolución pudiera quitarnos.

Pero nada como una mujer y unos hijos, cuatro paredes y un pequeño coche para hacer del más temible revolucionario el más apacible burgués.

Hasta los tres años de edad somos un pedazo de carne color de rosa con dos extremos, uno de los cuales hay que estar llenando continuamente de leche, el otro de talco. Después, hasta los siete años, somos ángeles de inocencia que se indignan cuando

algún heterodoxo declara que Santa Claus es papá, y la cigüeña, mamá. Los 20 años nos encuentran en las barricadas, luchando solos contra el mundo. Toda causa encuentra en nosotros campeones decididos.

Y después, la catástrofe. Algo o alguien nos amansa. Nuestros ímpetus amenguan. Compramos un traje gris, y vamos por ahí renegando con sonrisa vergonzante de nuestras locuras de ayer.

Nos volvemos conservadores. Todo cambio nos espanta; quisiéramos que la luna no mudase sus fases. Cualquier movimiento pone temor en nuestros corazones: el temblor de la hoja en el árbol nos eriza los cabellos.

Olvidamos nuestras rebeldías y nos sentimos en el mejor de los mundos posibles. Y, hundidos hasta el cuello en cosas que no poseemos, sino que nos poseen, nos olvidamos de aquel que hizo la revolución más grande de la historia y que dijo algo acerca de un camello que no podía pasar por el ojo de una aguja.

Cuando el joven rey subió al trono llamó a los Once Sabios de su reino.

—Poned en libros —les ordenó— lo que los hombres saben acerca de todas las cosas, porque yo quiero saberlo.

Los Once Sabios cumplieron el mandato. Al cabo de diez años, mil carros de bueyes pasaron frente al joven rey cargados de volúmenes.

—Eso es demasiado —dijo con gran disgusto el soberano—. La vida entera no me alcanzaría para leer todo eso. Ponedme en libros sólo lo que los hombres saben acerca de las cosas importantes.

Se pusieron a trabajar los sabios, y en diez años suprimieron lo que no era importante entre todas las cosas sabidas por los hombres. Pero el rey siguió inconforme. Aún eran demasiados libros.

—Traedme nada más lo que los hombres saben acerca de las cosas más importantes.

Volvieron los sabios al cabo de diez años y entregaron al rey un cententar de libros. Esfuerzo grande habían hecho para poner en ellos las cosas más importantes sabidas por los hombres. Algunos de los sabios habían muerto ya por las fatigas y la edad. Pero el monarca rechazó nuevamente su trabajo.

—He envejecido ya —dijo a los sabios—. Me queda poco tiempo y ni siquiera esos libros acabarían de leer. Traedme, pues, lo que los hombres saben acerca de las cosas verdaderamente importantes.

Otros diez años pasaron, hasta que un día llegó al palacio el único de los sabios que vivía aún. Con mano temblorosa entregó una hoja al rey.

—Esto es lo que los hombres saben acerca de las cosas verdaderamente importantes —dijo.

El rey tomó la hoja y leyó: “Nada”.

El rey, que había vivido mucho y estaba ya muy cerca de la muerte, supo que lo que estaba escrito en la hoja era verdad.

EL TRABAJO DE NO TRABAJAR

Se fue a tomar una radiografía aquel sujeto. El médico se desconcertó al ver las placas: aparecían en la espalda del individuo unas señales raras que el facultativo jamás había visto. Convocó a junta de radiólogos y especialistas en diversas ramas de la ciencia médica, y ninguno acertó a relacionar aquellas extrañas marcas con alguna enfermedad. Vio las radiografías la esposa del individuo y dijo:

—Son las huellas que le ha dejado en los lomos el tejido de la hamaca.

Perezoso en extremo era el personaje de esta historia verdadera. Si callo su nombre es por pura discreción y no por miedo de que el sujeto pudiera perseguirme: su pereza no lo permitiría.

Dicen quienes lo conocieron que en otra ocasión se hizo un análisis de laboratorio.

—Le salieron tres ácidos —informole la encargada.

—¿Tres? —se alarmó el sujeto—. Yo sólo sé del ácido úrico. ¿Cuáles tres ácidos me salieron?

Enumeró la laboratorista:

—Ha sido tragón, ha sido borracho y ha sido güevón.

Borracho había sido, en efecto, este hombre, y conservaba la afición. Con esta añadidura: jamás pagaba lo que se bebía. Quiero decir que era gorrón. Cierta día lo buscó un amigo, borracho y gorrón también, como él. Lo buscó en la taberna donde habitualmente solía estar y le dijo al oído:

—Vamos a la otra cantina. Ahí están los tragos a dos por uno.

—Me quedo —replicó el tipo—. Aquí están a tres por cero.

Y es que estaba bebiendo a costa de otro, como de costumbre.

No es éste el único tipo flojo que hay en la República. En todas partes abundan los holgazanes. A mediados de enero viajé a Veracruz, al puerto, y —como es obligado— fui al café de La Parroquia. Me extrañó verlo con pocos parroquianos.

—¿Qué sucede? —le preguntó mi acompañante al mesero—. ¿Por qué hay tan poca gente?

Respondió el camarero:

—Es que el gobernador anunció que va a abrir 10 mil empleos y muchos se quedaron en su casa, no sea que les toque uno.

Pero vuelvo al protagonista de mi cuento, que no es cuento sino, como dije, verídica historia. La esposa del holgazán empezó a tener problemas de azúcar. Los doctores le encontraron una incipiente diabetes. Con inquietud la señora comentó el problema con una su vecina. Le dijo ésta:

—En Monterrey hay un doctor que por 10 mil pesos hace trabajar al páncreas.

Replicó la señora:

—Le doy 20 mil si hace trabajar a mi marido.

Al perezoso individuo de quien cuento todo esto se le ocurrió una vez irse a los Estados Unidos en compañía del mismo tipo aquel de la cantina, flojonazo igualmente. Quién sabe por qué cayeron los dos en semejante idea: si aquí no hacían nada, menos aún iban a hacer “al otro lado”.

Llegaron los dos a la frontera y ahí les marcó el alto un funcionario de la Migra americana.

—Ustedes no poder pasar —les dijo, terminante.

—¿Por qué? —inquirió uno de los dos haraganes—. Nuestras micas están en orden.

—Sí —respondió el agente yanqui—. Pero yo creer que ustedes venir a los Estados Unidos a trabajar.

—¡Uh, *mister*! —exclamó el sujeto—. ¡Precisamente de eso venimos juyendo!

UNA HISTORIA DE SANGRE

Este muchacho es joven y es apuesto. Egresado del Colegio Militar, tiene el grado de capitán. Ha sido enviado a Los Altos de Jalisco, donde aún merodean partidas de rebeldes tras de que se han apagado ya los últimos rescoldos de la Revolución. A la estación del tren van a despedirlo su padre, viudo, y su hermana, preciosa muchachita de 15 años.

Uno de esos rebeldes a los que el capitán va a combatir goza ya fama de leyenda. Lo llaman el *Machete*, en parte porque es alto y es delgado; en parte porque se vale de esa arma para el combate cuerpo a cuerpo. Tiene un hermano menor que él. El hermano es un jaque bravucón que gusta de pendencias. Cierta día el capitán está en la cantina de un pequeño pueblo, bebiendo con amigos. El hermano del rebelde, borracho, le busca pleito y desenfunda su pistola, amenazante. El capitán le da una bofetada y lo desarma. Ciego de ira el muchacho va contra el militar. En el forcejeo la pistola se dispara y el ebrio cae sin vida.

Un mes después un grupo de rebeldes entra de noche al pueblo. Los forajidos irrumpen por sorpresa en el cuartel, apresan en su cuarto al capitán y se lo llevan. La gente dice que ha sido el *Machete* el que ha secuestrado al militar. Seguramente lo matará en venganza por la muerte de su hermano. Sale la tropa a buscar al capitán y no lo encuentran.

Semanas después alguien llama a la puerta de la casa donde vive el padre del joven desaparecido. La criada abre la puerta, pero no ve a nadie. El que llamó, sin embargo, ha dejado una caja ahí, en el suelo. La recoge el dueño de la casa y la abre. La caja está llena de sal. Entre la sal el padre ve, sanguinolenta, la cabeza de su hijo.

Pasan algunos años. El *Machete* no es bandolero ya. Se ha acogido a la amnistía del gobierno y ahora está dedicado a la cría y la venta de ganado. Todos le temen, sin embargo, y él desconfía de todos. Nunca deja de lado su pistola y aquel machete que le dio fama de leyenda, y que lleva en su funda, a un costado, como quien lleva una espada.

Casi nadie puede acercarse a aquel hombre feroz. De continuo lo rodea su guardia, un grupo de rancheros bien armados. Y es que el *Machete* no olvida sus robos ni sus crímenes y recela que alguien quiera cobrar venganza de él.

Un día va a la ciudad, y en el paseo mira a una bellísima mujer. Ella le ha sonreído, o al menos al antiguo rebelde le pareció que le sonreía. La sigue hasta su casa, y luego le ronda la calle. Ella asoma la hermosa cara por el vidrio del balcón y le regala una sonrisa.

Al día siguiente pasa el *Machete* por ahí con uno de sus compañeros, el de mayor confianza. Le dice:

—En esa casa vive la mujer con la que me casaré. No sé quién es, pero me he enamorado de ella y voy a hacerla mi esposa.

El otro palidece.

—*Machete* —le dice a su amigo con voz sorda—, en esa casa fue donde dejé la cabeza del capitán aquel.

Ha pasado tanto tiempo que de seguro la familia que ahora vive ahí es otra. El enamorado habla con la muchacha; le dice que la quiere “a la buena” y le pide que lo reciba en matrimonio. Ella vacila. Su padre, señala, jamás le permitirá que se case con un hombre como él. Sin embargo, confiesa ruborosa, ella también está enamorada. El *Machete* entonces le pide su autorización para robársela. Ella acepta.

Una noche, pues, huyen los dos. El padre, viudo y sin más compañía que la de su hija, casi se vuelve loco de dolor. Rechaza a quien se acerca a consolarlo; le dice que ha dado por muerta a su hija y a todos les prohíbe hablar de ella.

Ha transcurrido un año. Cierta noche alguien llama a la puerta del dolorido padre. Él mismo la va a abrir y se ve frente a su hija. Su primer impulso es despedirla con violencia, pero ella le suplica que le oiga unas palabras. El señor, entonces, le permite entrar.

La muchacha lleva en su mano una sombrerera. La pone sobre la mesa de la sala y la abre. Le pide a su padre que vea lo que en la caja trae. El señor se asoma al interior de la sombrerera y mira en ella la cabeza de el *Machete*.

—Cabeza por cabeza, padre —murmura con vengativo acento la muchacha.

En silencio el padre la abraza. Lo ha comprendido todo. Su hija, sin decirle nada —él le habría prohibido que hiciera aquello—, aplicó toda su astucia femenina para dejarse ver por el bandido; logró que se enamorara de ella e hizo el supremo sacrificio de casarse con él para poder estar cerca del hombre que tan cruelmente asesinó a su hermano. Ciego de amor, el *Machete* jamás sospechó nada. Y así, en un viaje que los dos hicieron a la Ciudad de México, una noche, ebrio de vino y exhausto de amor, el criminal se

entregó a un sueño del cual ya nunca despertó. Así, dormido, lo degolló la joven y le llevó a su padre la cabeza del odiado hombre, antes de huir los dos a los Estados Unidos para escapar lo mismo de la ley que de la venganza de los amigos del *Machete*.

No sé si esta historia que escuché en Jalisco es una historia verdadera. Más aún: ni siquiera sé bien si la escuché, o si este relato sanguinoso salió de mi imaginación. Pero de más fieras venganzas se ha sabido. ¿Qué importa, entonces, una historia más? Verdad o ficción, el relato tiene tintes de tragedia. Con él se podría escribir una novela o hacer una película. Sin embargo, quien esto ha relatado no tiene tiempo para escribir una novela, ni tiene cámara para hacer una película. Se ha limitado, pues, a relatar la historia tal como la escuchó. O tal como la inventó, quién sabe.

DEMASIADO FINO

Este señor vive en una ciudad del norte mexicano. Las ciudades norteñas son muy recias. Sus pobladores deben luchar todos los días para sacar el sustento que en otras partes la naturaleza da generosa, como cortesana. Por eso decía Vasconcelos, con la rimbombante simplicidad con que lo decía todo, que “El sur sueña; el centro piensa; y el norte trabaja”. No sé si el centro siga pensando, pero sí sé que sigue soñando el sur, y el norte trabajando.

Este señor vive en una ciudad del norte mexicano. Trabaja mucho con muy poco fruto. Quiero decir que es agricultor. Vive con los pies en la tierra y la esperanza en el cielo. Para el agricultor el cielo es un poco Dios y un mucho las nubes. Las nubes son, para el agricultor, representantes personales del Señor. Son agua, y el agua es todo. Rancho sin agua no es rancho. En cambio, con agua, dinero y tractor, cualquier pendejo es agricultor.

Voy a decir cómo es el señor de quien estoy hablando. Es alto y es robusto. Su estatura pasa del metro con 80; su peso va más allá de los 100 kilos. Camina lentamente y en las calles de la ciudad pisa como si fuera entre los surcos de la tierra. Su rostro es colorado y es lampiño, pues el señor no gasta tiempo en acicalar bigote o barba. Usa ropa de kaki, sombrero texano y botas vaqueras. Lleva un cinto con una gran hebilla que es de plata. En ella ha hecho poner tres letras D. La razón de esas letras es la siguiente: él se llama Damasio, su padre se llamó Damasio y su hijo se llama Damasio. Por eso, cuando nació su hijo unigénito, le puso a su rancho, con orgullo, *Las tres D*.

Las dos D quisiera ponerle ahora, quitarle una de las tres letras a su hebilla. Porque he aquí que el tercer Damasio salió, digamos, demasiado fino.

Don Damasio era hombre sencillo, y no le cabía en la cabeza lo de su hijo. Jamás había oído de psicologías, ni de diversidad y tolerancia, ni del respeto que se debe a la preferencia sexual de cada quien con tal de que no haga daño a su prójimo ni se lo haga

él mismo. Don Damasio hubiera querido tener un hijo tan rudo como él, que lo cargara de nietos, que heredara sus tierras y las engrandeciera. Y le tocó ser padre de un hijo que habla y camina como colegiala.

El joven Damasio tiene un extraño detalle de coquetería: se ha dejado crecer las patillas. Las lleva enormes, como de cochero, y las peina y repeina con esmero. Un día llega un vendedor de fertilizantes que nada sabe del ser de Damasito. Lo ve pasar, y observa sus grandes patillas. A fin de halagar a don Damasio le dice:

—Su hijo tiene las patillas como don Vicente Guerrero.

Le responde don Damasio, hosco y ceñudo:

—Como don Vicente Guerrero debía tener los güevos el cabrón.

¡Pobre Damasito! Era demasiado fino pa' la frontera.

EL CUERPO DEL DELITO

El día que Raimunda asesinó a su marido amaneció de muy buen humor. Se había olvidado de los malos tratos de su esposo, del abandono en que siempre la tenía, de las golpizas que le propinaba, de sus borracheras y sus infidelidades, del modo en que la despojó de la herencia que le dejó su padre... ¿A qué pensar en eso si la mañana estaba clara, brillaba el sol y en el aire que bajaba de Zapalinamé se sentían los primeros anuncios de la primavera?

Fue a la cocina y dispuso lo necesario para la comida. Su marido iría a comer, le había dicho. Le haría una pierna de cerdo al horno. Sacó del congelador la pierna. En eso llegó el hombre. No había ido a dormir la noche anterior, lo mismo que tantas otras noches. Venía enojado, como siempre; mascullaba maldiciones como siempre. Sin dirigirle la palabra se desvistió para acostarse, aunque eran ya las 10 de la mañana. Así, en calzoncillo y camiseta, fue al patiecillo trasero a buscar quién sabe qué. Fue entonces cuando Raimunda le dio el golpe. Se lo dio con todas sus fuerzas, en la parte de atrás de la cabeza. Al golpearlo oyó —recordaría después— un ruido como de cosa que se quiebra. Cayó el hombre al suelo con el cráneo partido en dos. Echaba sangre por la nariz, por las orejas y la boca. Raymunda esperó un rato y luego examinó el cuerpo: su esposo estaba muerto. Luego, con un pedazo de ladrillo, hizo unas marcas en la pared.

Volvió a la cocina; aderezó la pierna de cerdo y la metió en el horno. Cuando ya estuvo cocinada la puso sobre la estufa. Después salió a la calle gritando como loca.

A poco llegó la policía, y ella los condujo a donde estaba el hombre, muerto. Declaró que ella se había levantado temprano, pues quería hacerle una comida especial a su marido: era su santo. No lo había sentido llegar la noche anterior: estaba cansada; se acostó temprano a dormir, y él solía llegar tarde a la casa. No lo sintió. Esa mañana se levantó, se aseó, tendió la cama y luego se puso a hacer la comida. Tras meter la carne

en el horno fue al patio de atrás a descolgar una ropa que había tendido. Fue entonces cuando vio a su marido en un charco de sangre. Salió gritando para pedir auxilio.

Un oficial revisó el patio y descubrió las marcas en la pared. Por ahí, dijo, había escapado el asesino. Seguramente entró a robar; el dueño de la casa oyó ruidos, fue al patio, lo sorprendió el ladrón y lo mató dándole un golpe con algún objeto contundente. Luego, asustado, huyó escalando el muro. Ahí estaban las señas, muy claras.

Raimunda, deshecha en llanto, pidió castigo para el criminal. Una vecina le dijo que regresara a la cocina, que no mirara ya aquella escena horrible. Ella caminó apoyada en el oficial. La vecina preparó un té para Raimunda y un café para el oficial. Raimunda vio la pierna de cerdo que había guisado para su esposo, y rompió en llanto otra vez.

—¡No quiero verla! —sollozó—. ¡Llévesela, por favor, señor policía!

Le puso la pierna en una olla de peltre y lo acompañó con la vecina hasta la puerta. El oficial le dijo que buscarían al asesino, pero que no le garantizaba nada, pues ya había revisado la parte de afuera de la casa y, aunque miró unas huellas, se perdían a poco en el arroyo. Si no aparecía el instrumento con que el asesino golpeó a su esposo sería difícil comprobar el crimen. Un abogado hábil podría decir que su marido había resbalado y que con el golpe de la caída había muerto.

—Está bien señor, está bien —gimió Raimunda ya más quedamente—. Ahí le encargo que haga lo que pueda. Y disfrute usted la pierna en compañía de su familia.

Se fueron todos, y quedó sola Raimunda. Tendida sobre su cama, con una vaga sonrisa entre los labios, pensó que una pierna de cerdo, congelada, es un útil instrumento para librarse de un marido golpeador.

HISTORIA CHIAPANECA

Los tonaltecos, habitantes de Tonalá, en Chiapas, son hombres y mujeres llenos de historias y ocurrencias. Hablar con uno es igual que abrir una caja de hipérboles, desmesurados símiles y peregrinas fantasías.

De mis viajes saco siempre provechosas enseñanzas. Los cinco sentidos se me llenan con las cosas de México. De esas cosas unas son para verse, para escucharse otras, para catarse aquéllas, para palparse algunas más, y todavía hay muchas que pertenecen a ese sentido lopezvelardiano, el del olfato.

Otro regalo obtengo de mi caminar: puedo asomarme al paisaje del ingenio mexicano, presente en todas las comarcas de este país hermoso que habitamos. En mi último periplo chiapaneco —“periplo” es palabra pedantesca, pero sonora, y eso la salva— escuché una veraz historia que no resisto la tentación de narrar aquí.

Hubo una boda en Tonalá. De esto hace varios años, quizá muchos. Me explicaron quienes compartieron conmigo ese relato que la fiesta de bodas y el consecuente baile,

que se llama “la vuelta”, no se llevaban a cabo sino hasta que el novio había comprobado fehacientemente la doncellez de la desposada. Una vez hecha tal comprobación, el novio avisaba a su padre —a cuyo cargo corrían todos los gastos de la fiesta— que el convite y baile podían ya celebrarse. Entonces salía el genitor y anunciaba:

—Señoras y señores: ¡hay vuelta!

Todos aplaudían jubilosos, tanto porque eso significaba que la muchacha se había guardado virgen como que iban a disfrutar del baile y la comida.

Pues bien: en aquellas bodas que digo los asistentes aguardaban ansiosos el anuncio. Apareció el padre del recién casado, subió a una silla, tomó la palabra y dijo cariacontecido:

—De parte mía comunico a la invitación —así dijo— que no habrá vuelta, porque la novia pagó mal, y me remito a las órdenes de m’hijo, que fue el que me dio la precisión.

Con asombro y enojo al mismo tiempo, el padre de la novia fue hacia su hija, la tomó del brazo y atropelladamente la condujo a una habitación a fin de hablar con ella. Regresó al punto, subió a otra silla y proclamó:

—De parte mía comunico a la invitación que sí debe haber vuelta. La novia no pagó mal, así me lo ha jurado, y yo la creo, porque es m’hija y nunca la ensañamos —también dijo así— a decir mentira, y me remito a las órdenes del doctor Fulano, aquí presente, para que haga el examen o prueba que convenga a fin de que aparezca la verdad.

Puesto en la precisión de intervenir, pues así se lo demandaban no solamente los padres de los recién casados, sino la concurrencia toda, el médico fue a donde estaba la muchacha.

—Dime la verdad, hija mía —le pidió—, pues si no me la dices me va a dar mucha pena tener que examinarte. ¿Eres señorita o no?

—Señorita soy —dijo ella terminante— y requeteseñorita, y examine usted sin vergüenza lo que deba examinar.

Hizo el correspondiente examen el galeno. En efecto: la muchacha decía la verdad. Su doncellez estaba intacta.

—Entonces —pregunta el facultativo—, ¿el que no te cumplió fue el novio?

—Sí que cumplió —dice ella—. Pero andaba muy tomado y...

Se inclinó sobre el médico para decirle unas palabras al oído.

Tras escuchar esa reservada declaración salió el médico del aposento, subió a la silla y dijo a los expectantes asistentes:

—Señoras y señores. De mi parte comunico a la invitación que sí habrá vuelta. La novia pagó bien. Lo que sucede es que el novio andaba muy tomado... y envainó mal.

HISTORIA DE UN AIRE

Don Chemo tenía una habilidad rara y peregrina: podía peerse a voluntad. Perdonarán ustedes que lo diga así, tan de repente, sin tapujos, y además al principio mismo de este capítulo, pero no hallé ninguna otra manera de enunciar aquel extraño don que poseía don Chemo. Quién sabe qué singular disposición tendría el aparato digestivo de ese personaje, o qué caprichosos vientos albergaría su estómago, el caso es que en cualquier momento, y sin provocación alguna, don Chemo era capaz de dar salida a una ventosidad o flatulencia, y repetir aquella proeza cuantas veces le viniera en gana, sin que jamás se le agotara su prodigioso manantial de cuescos.

No es único el caso de don Chemo. Los anales de la historia han recogido el caso de otros pedorros eminentes. El gran escritor don José García Rodríguez recordaba a un cierto cargador de bultos en la estación local del tren, hombre que no sólo podía también peerse cuando quería, sino que además daba a sus aires un claro sonido musical; ya suave como de flauta; ya estentóreo como de trompeta; ya solemne y reposado, como de órgano catedralicio en registro nasardo. Francia tuvo a aquel celeberrimo Petier, dueño de variadísima y profusa pedorrera. Petier daba exhibiciones públicas de su talento y llegó a actuar en los mejores teatros parisinos. Podía interpretar “La Marsellesa” con el traspuntín. Cierta día Jaurés quiso escucharlo, para lo cual organizó una fiesta en su casa. Ahí le pidió que tocara, para deleite y edificación de la distinguida concurrencia, el himno revolucionario. Antes de comenzar su ejecución Petier soltó un tremebundo viento estomacal.

—*Merde!* —exclamó con disgusto el ilustrísimo político—. ¿Qué significa eso?

—Señor —se justificó Petier—, primero tengo que aclararme la garganta.

Don Chemo, debo decirlo con sinceridad, estaba lejos de alcanzar ese virtuosismo. Sus aires no tenían sonido musical, y menos aún era capaz de interpretar con ellos alguna melodía, ya no digamos “La Marsellesa”, sino ni siquiera “La cucaracha”. Los suyos eran cuescos puros y simples, sencillos, espontáneos, sin artificios ni complicaciones. Eso, a mi ver, les daba mayor sinceridad, y un sentido de pueblo muy digno de alabanza. Nada como lo natural. Eso sí: don Chemo podía soplar por su trasera parte cuando quería, y cuantas veces quería.

Cierta día unos muchachos lo contrataron para un evento muy especial. Sucede que por la calle de Victoria vivía una señora muy presumida, madre de una muchacha más presuntuosa aún. Cuando salían de su casa lo hacían con las narices levantadas, como si caminar por las calles fuera para ellas oprobio o deshonor. A nadie saludaban y apenas se dignaban mirar a quien les dirigía el saludo. Aquellos jóvenes le ofrecieron a don Chemo un tostón —o sea 50 centavos— si soltaba uno de sus fragorosos vientos en el momento en que las dos vanidosas mujeres pasaran junto a él. Eso, pensaron los burladores, pondría en apuros a la copetuda madre y a su altanera hija, y a ellos, a más de venganza por el desdén con que las orgullosas los miraban, les daría motivo de risa y diversión.

En efecto, poco antes de la hora en que las fatuas féminas solían salir de su casa se colocó don Chemo en una esquina, como quien no quiere la cosa, y se dispuso a cumplir

su cometido. Los jóvenes que lo contrataron, y que estaban por ahí cerca para seguir el curso de los acontecimientos, le habían dicho que querían un cuesco fuerte, sonoro, de los más recios y de mayor estrépito que su máquina fuera capaz de producir. Se dispuso, por tanto, el artista a hacer honor a su prestigio.

No pasó mucho tiempo sin que se abriera la puerta de la casa donde vivían madre e hija. Salieron las dos, y echaron a caminar con el mismo aire de jactancia que tenían siempre. Se concentró entonces don Chemo, como hacen los tenores antes de dar un do de pecho. Pasaron las dos mujeres junto a aquel formidable pedorro.

Don Chemo dejó escuchar un formidable trueno. Las dos mujeres se indignaron por aquella sonora majadería.

—¡Viejo cochino! —exclamó hecha una furia la señora.

—¡Pelado sinvergüenza! —gritó la hija.

Los muchachos, que habían visto —y escuchado— aquello desde prudente distancia, soltaron la risa ante la indignación de las mujeres, y éstas se fueron, humilladas y ofendidas, procurando mantener la dignidad.

Todo habría terminado ahí si no es porque en la esquina siguiente se hallaba un policía espantándose las moscas. Lo vieron las mujeres, fueron hacia él y le contaron la vergüenza que las había hecho pasar “aquel viejo pelado que está allá”. Antes de que don Chemo se diera cuenta de lo que sucedía ya el gendarme lo llevaba camino de la delegación.

Ahí el agente del Ministerio Público atendió la denuncia de las mujeres. Tras oírlas quiso saber si el inculpado tenía algo que alegar en su defensa.

—Se me salió, licenciado —adujo don Chemo, ya asustado por el curso que habían tomado los acontecimientos.

El funcionario desechó de plano su argumentación. Dictaminó solemnemente que una pluma podía salirse, sí, contra la voluntad de la persona; pero una flatulencia así, tan fragorosa como la que era objeto de la denuncia, no podía ser resultado sino de dolo o intención culpable. Condenaba, pues, a don Chemo a pagar una multa de cinco pesos.

—¿Cinco pesos por un pedo? —clamó, desolado, el infeliz—. ¡Pero, señor licenciado, no tengo ese dinero!

Y al decir eso maldecía en su interior contra el gendarme, el delegado, las mujeres y los muchachos que en tan grave aprieto lo tenían metido.

—Pues si no paga usted la multa —sentenció el juzgador—, serán cinco días de cárcel y fajina.

La fajina era la cuerda de presos que el municipio sacaba por las mañanas a barrer las calles. Mal de su grado desató don Chema el paliacate donde solía guardar su dinero y mascullando pestes pagó la draconiana multa.

Se dispuso en seguida a retirarse. Pero en la puerta se volvió hacia el delegado y el gendarme y les gritó con estentórea voz:

—¡Pero voy a juntar dinero, desgraciados, y volveré aquí para echarme uno de 50

pesos!

EL COFRECITO

Dicen algunos que todo acaba con la muerte. No es así: después siguen los pleitos por la herencia. Recuerdo una historieta pícaro. En su lecho de muerte aquel marido le dio a su esposa un último consejo. Le dijo: “Ahora que yo ya no esté vendrán a verte muchos hombres, y te pedirán dos cosas: la firma y las pompas. Las pompas dáselas al que te dé la gana. Total, para eso son, y ya no lo veré. Pero la firma no se la des a nadie, porque te van a dejar sentada en un hormiguero”.

La historia que aquí quiero contar, sin embargo, es otra bien distinta. Murió cierto señor. (“Morir es una costumbre que sabe tener la gente”, dijo Borges). Prudente, metódico, ordenado, había hecho testamento y así su esposa quedó como única y universal heredera de sus bienes. Pero los hijos, varones todos, le reclamaron a su madre su parte en la herencia paterna. Quizá por ellos mismos no habrían hecho semejante petición, tan desconsiderada, pero esposas tenían, y así la cosa cambia. La señora, para evitar problemas y mantener unida a la familia, accedió a la solicitud, y repartió entre sus hijos, en forma equitativa, las propiedades y el dinero. Aun la misma casa que le compró su esposo la entregó como parte de la herencia, aunque siguió viviendo en ella. No se quedó sino con lo estrictamente necesario para pasar los últimos años de su vida.

Y sucedió lo que tenía que suceder: tan pronto los hijos se vieron dueños de los bienes se volvieron malos. No fueron ya los mismos con su madre. Dejaron de visitarla con la frecuencia y asiduidad con que lo hacían antes de que les repartiera los haberes. “El interés tiene pies”, dice el refrán. Ahora que los hijos ya no tenían interés tampoco tenían pies que los llevaran en dirección de la casa de su madre.

No dejó de afligirse la señora por el abandono. Ahora se arrepentía de haber desoído el consejo de su esposo, que le recomendó mantener hasta su muerte aquellos bienes, a fin de que siquiera por interés los hijos y sus esposas la siguieran viendo. Pero ellos y ellas, insidiosos, le recitaron una y otra vez aquella conocida frase: “En vida, hermano, en vida”. Sólo que esa frase alude a muestras de gratitud y amor, que deben expresarse cuando la persona está viva todavía, y en modo alguno se refiere a la dación o entrega de bienes materiales.

Se quedó, pues, la señora sin cosa alguna, como la Magnífica. Y se quedó sola, por lo tanto. Nadie es amigo de la higuera, sino de los higos. Y la madre tenía hijos, pero higos ya no tenía para darles.

Un día, sin embargo, sucedió algo interesante. Una de las nueras fue por la señora para que le cuidara a los niños, pues la muchacha no había ido. Se percató la nuera, intrigada, de que su suegra llevaba consigo una cajita que no soltaba en ningún momento.

Le llamó la atención aquello y comentó con sus concuñas lo que había visto. Empezaron a observar a la señora. Llegaban de repente a su casa, como por casualidad. Lo primero que hacía la suegra al verlas era tomar el cofrecito y mantenerlo junto a sí. Sonaba la caja con el ruido de las cosas que traía dentro.

Deliberaron en cóncave las nueras. ¿Qué tendría en aquel cofre la señora? Una de ellas aventuró una hipótesis:

—¿Se fijaron que todo nos repartió, menos las joyas? Debe tener bastantes, y muy buenas.

Empezaron entonces a adularla, cada una por su lado. Abrigaban secretamente la esperanza de ganar lo mejor de aquel tesoro, si no es que todo. Iban por ella; la llevaban al cine; la invitaban a merendar en el café de moda, y a comer o cenar en sus casa; le pedían que las acompañara en las salidas de fin de semana y vacaciones; la cuidaban y asistían con solicitud; se desvivían por ella.

Así pasó el tiempo; pasaron así los años. Murió al fin la señora, con la cajita bajo la almohada de la cama. Tan pronto la anciana cerró los ojos las nueras abrieron con avidez el cofre para sacar de él las joyas que se repartirían. No había tales joyas: la caja estaba llena de piedritas. Eso era todo.

Y esto es todo también. Cada uno saque de esta historia la moraleja que más le guste o le acomode. Yo no saco ninguna, pues a mí las moralejas no me gustan.

YA SE CASÓ, YA SE AMOLÓ

Los hombres —todos los hombres— dicen:

“No entiendo a las mujeres”.

Las mujeres —todas las mujeres— dicen:

“No entiendo a los hombres”.

Los dos, mujeres y hombres, tienen la razón: no se pueden entender. Lo que sucede es que el hombre y la mujer no están hechos para entenderse, sino para amarse, y el amor no se lleva bien con el entendimiento.

Esa introducción me sirve para contar lo que le sucedió a una señora de la cuadra. ¿Qué es “la cuadra”? La cuadra es la comunidad de vecinos que viven de una esquina hasta la otra en la calle de una colonia. No una colonia nueva, ni rica, sino una colonia de las de antes, y de clase media. En esta clase de colonias los vecinos todavía se conocen y se tratan. Son como una familia, y por eso saben lo que sucede en la vida de cada quien. En cambio los que viven en las otras colonias, las nuevas y de lujo, muchas veces ni siquiera se dan los buenos días.

Pues, bien. Una señora de “la cuadra” se había divorciado de su esposo. Y es que lo pescó un día muy acaramelado con una fulana. Ya le habían dicho que el casquivano tipo

andaba en malos pasos, pero ella no lo quería creer. Un día, sin embargo, cierta amiga suya le habló por teléfono —las amigas gustan mucho de dar esas noticias— y le dijo que en ese preciso instante su esposo y una mujer estaban como novios en una banca del parque. La esposa tomó un carro de sitio —entonces no se decía “taxi”— y llegó a tiempo para ver a la parejita en el momento preciso en que unían sus bocas en un beso de amor.

—¡Desgraciada! —le gritó la esposa a la mujer—. ¡Este hombre es mi marido!

—¡Desgraciado! —le gritó la mujer al hombre—. ¡No me dijiste que eras casado!

Se armó la de Dios es Cristo. Esa noche el esposo ya no durmió en el domicilio conyugal. Días después fue por sus cosas, y aquí se rompió una taza. Vino el divorcio, y punto final.

Más bien: punto y seguido. Ella se quedó en su casa (no habían tenido hijos); buscó un trabajo y empezó a vivir su vida de mujer independiente. Sus vecinas y amigas la admiraban. Vestía muy bien; tenía coche, y se decía que no le faltaban galanes. En aquellos años en que no existía la liberación femenina esta mujer estaba por completo liberada. Hacía lo que le daba la gana, y cuando le venía en gana. A nadie daba cuenta de sus actos. Toda la cuadra le guardaba consideraciones; los hombres la codiciaban en secreto, y las mujeres, en secreto, la envidiaban.

Pasaron dos, tres años. Un día hubo novedad en la cuadra. Ella contó que su ex marido le había hablado por teléfono para pedirle una cita. Ella le dijo que lo pensaría.

—¿Cómo ven? —preguntó a las tres o cuatro vecinas que acudieron para enterarse del asunto—. ¿Hablaré con él?

—Ve a ver qué quiere —dictaminaron las vecinas en acuerdo unánime—. Total ¿qué pierdes?

Perdió mucho, lo digo desde ahora. Fue la mujer a la entrevista. El hombre le dijo que estaba arrepentido; le pedía perdón y le suplicaba llorando que le permitiera volver a su lado.

Ella se conmovió. Las lágrimas de los hombres conmueven mucho a las mujeres. Lo que no sabía la del cuento es que el falso individuo había aprendido a simular el llanto manteniendo los ojos abiertos, sin cerrar los párpados, hasta que le lloraran. Le contestó:

—Vamos a tratarnos como amigos. El tiempo dirá lo demás.

Desde ese día él empezó a mandarle flores. Iba por ella en automóvil y la llevaba a cenar, y a bailar luego. Le hacía regalitos. La llenaba de atenciones; tenía para ella detalles muy bonitos; la cortejaba, pues, igual que un novio enamorado. A ella le encantaba todo eso; con alegría les contaba a sus vecinas el cambio maravilloso que en su ex marido se había operado.

“Anoche me llevó al teatro”, les decía.

“Anoche me llevó al cine”, les contaba.

“Anoche me regaló un collar precioso”, se jactaba.

“Anoche me llevó a oír a Luis Miguel”, les presumía.

Transcurrió un mes, o cuando mucho dos. Y un día la muchacha les anunció a las vecinas que se iba a casar otra vez con su ex esposo.

El matrimonio se llevó a cabo. Lo supieron las vecinas porque el hombre volvió a vivir en la casa de donde había salido por sus devaneos. Y lo supieron también porque ahora el marido era el que andaba en el automóvil de su mujer —no ya en el que había rentado para cortejarla—, en tanto que ella debía ir en taxi a su trabajo. Y lo supieron porque ella se rompía los lomos en su trabajo, y en el de la casa, mientras él se dedicaba a jugar en las maquinitas o a ver la tele tumbado en un sillón. Se acabaron los regalos; se acabaron las idas al teatro; se acabaron las cenas y las salidas a bailar.

Un día las vecinas le contaron a la muchacha:

—Dice la cuadra que fuiste una tonta al casarte otra vez con ese tipo.

Ella, irritada, les contestó:

—Pos díganle a la chingada cuadra que tiene la mitad de la razón. Primero se equivocó, cuando me aconsejó que hablara con el güey. Pero ahora que me dice que soy una pendeja no se equivoca nada.

De toda esta verdadera historia yo saco una moraleja: no hay que hacerle caso a “la cuadra”. Generalmente es muy cuadrada. “La cuadra” es la opinión de los demás, y la opinión de los demás no siempre es razonable. Lo mejor es seguir el propio impulso. Aunque —aceptémoslo— en cosas del amor y de la carne el propio impulso nunca es razonable.

DÍA DE DIFUNTOS

Aquel hombre tenía una hija, muchacha en flor de edad y en flor también de belleza y hermosura. Viudo el hombre, y padre de aquella única hija, la amaba con ternura; tenía puesto en ella todo su corazón.

Cierto día la muchacha enfermó de gravedad y, tras una semana de agonía, murió en los brazos de su padre. El desconsuelo del hombre fue infinito. Lloraba día y noche; sus sollozos resonaban en los vacíos aposentos de la casa como en el fondo de una noria seca.

Se llegó el Día de Difuntos. Los vecinos del pueblo —un pueblo pequeño en Michoacán— pusieron su altar de muertos. Recordaban al padre o a la madre, al hijo, al esposo, a la abuela... En el altar colocaron el retrato de la difunta o el finado; cosas que en vida usaron; manjares de su gusto, los licores que solían beber.

El hombre aquel no puso altar. Vivía ebrio, pues el alcohol le apagaba las brasas del dolor. El recuerdo de la hija muerta le oprimía el alma, y no quería recordar. Aquel día, el de los muertos, bebió más que de costumbre, hasta caer en el pesado sueño de la embriaguez.

Dormía la borrachera cuando escuchó un trueno como de tempestad. Abrió los ojos. Era ya de noche. Salió de su camastro y se asomó por la ventana. A la luz de los relámpagos vio una procesión de sombras que venían por el camino. Iban a pasar por frente de su casa.

¿Quiénes eran aquellos hombres y aquellas mujeres envueltos en mortajas y sudarios que cantaban con alegría? Todos cargaban dones y regalos: ese hombre llevaba una botella de mezcal; esta mujer un plato con un guiso de pollo; aquella niña una muñeca que estrechaba amorosamente entre los brazos. El hombre entendió al fin. Las brumas de su ebriedad se habían disipado, y supo entonces que aquella procesión era un desfile de difuntos. Eran las almas de los muertos que habían ido al pueblo a recoger las ofrendas que sus deudos les dejaron en su altar.

Al final, separada de la fila, venía una sombra solitaria. No iba cantando como los demás: lloraba tristemente, y sus gemidos eran un llanto continuado. Cuando la sombra llegó frente a la casa el hombre se espantó: aquella sombra era su hija. En vez de dones llevaba en las manos un montón de cenizas apagadas. Al pasar lanzó una mirada dolorida a su padre, como un reproche silencioso. Y era que nadie había hecho una altar de muertos para ella.

Esta leyenda, que parece escrita por una Selma Lagerlöf de México, nos hace ver la hondura y la verdad del culto que en el sur del país se da a los muertos. Ese culto es en verdad la negación de la muerte: los muertos siguen vivos; participan de nuestro mundo y nuestra vida. Están con nosotros aunque no estén ya con nosotros. Viven aunque hayan muerto.

Las ofrendas a los muertos, entonces, son ofrenda a los vivos. Más aún: a la vida. Esos altares encubren una profunda fe en la inmortalidad, no sólo del espíritu, sino también de la materia. La muerte no acaba con la vida: ésta vuelve, regresa siempre a seguir viviendo. No es, pues, un culto a la muerte esta celebración de México: es un culto a la vida y a su eternidad.

¡HAIGA COSAS!

Así dice la gente en el Potrero de Ábrego: “¡Haiga cosas!”, para manifestar asombro, admiración.

—La hija soltera de don Chon salió embarazada.

—¡Haiga cosas!

—El hijo de doña Lupe desapareció del rancho.

—¡Haiga cosas!

Dos lecturas conozco que apartan lo mismo del asombro que de la admiración. La primera es el Eclesiastés, uno de los numerosos libros que componen esa confusa —para

el lego— colección de disímbolos textos que es la Biblia. Ahí dice: “No hay nada nuevo bajo el sol”. (Excepción hecha de los agujeros en la capa de ozono, añadirían los ecologistas de hoy). La otra lectura que inculca contra la boca abierta es ese mar sin orillas que se llama Shakespeare. Él escribió: “Hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que alcanzan a soñar todas tus filosofías”.

Por eso yo, aunque paso muchos días en el Potrero de Ábrego, no exclamé “¡Haiga cosas!” cuando leí en los diarios la noticia de que un hombre —digámoslo así— había salido embarazado. En realidad el tal hombre fue antes una señora a la que las señoras le gustaban, de modo que se hizo una operación que ahora se llama “de reasignación de sexo” y se volvió señor. Pero si bien los doctores le pusieron aparatos que no tenía, no le quitaron el reproductor que sí tenía, así que cuando el señor-señora quiso tener un hijo simplemente puso en servicio el aparato tal, y con eso se consumó el prodigio. Ahora la señora-señor, que luce barba y bigote masculinos luce también un próspero embarazo de seis o siete meses. Y además luce un próspero futuro, pues cobrará “una cantidad de siete cifras”, o sea un millón de dólares o más, por mostrar su abultada barriga en un programa de la televisión americana.

Me imagino al señor-señora en el momento de dar a luz. Cuando esté con los dolores del parto el médico le va a decir:

—¡No grite, cabrón! ¡Sea hombrecito!

Eso de que un adulto del sexo masculino quede preñado, y alumbre un hijo o hija, es grande maravilla. Alguna vez oí decir —no sé si sea cierto— que en Inglaterra se ofrecía una jugosa suma en libras esterlinas al varón que se embarazara y pariera. Hasta dónde sé, nadie cobró jamás la recompensa. El que más cerca anduvo de lograrla fue un saltillense, un queridísimo doctor que en plena juventud sufrió un accidente cerebral que le quitó el conocimiento. Privado de él estuvo varios meses. Un grupo de afamados médicos regiomontanos vinieron a examinarlo, y todos estuvieron de acuerdo en el diagnóstico: el paciente mostraba claros síntomas de muerte cerebral; no era ya más que un vegetal. Había que desconectarlo de los aparatos que lo mantenían con vida. Dicho eso cobraron sus honorarios y se fueron.

Los familiares del infortunado, llenos de pesadumbre, se disponían ya a cumplir el dictado de los especialistas cuando acertó a pasar por ahí el doctor Gonzalo Valdés. Auscultó brevemente al que yacía; le hizo algunas pruebas que parecieron elementales y luego recomendó:

—No lo desconecten. Cuando menos esperen va a volver en sí, y estará bien.

En efecto, así fue. Días después el que parecía muerto volvió a la vida de repente, dueño de todas sus facultades, igual que si de un sueño hubiese vuelto. Se vio en una cama de hospital, lleno de tubos, rodeado de aparatos, y preguntó con inquietud:

—¿Qué me pasó?

Por los días en que el joven doctor había estado sin conocimiento su esposa había dado a luz un niño. Llena de alegría, la señora no pensó en otra cosa que en darle la

noticia a su marido. Le dijo, jubilosa:

—¡Tuviste un hijo!

El doctor paseó de nuevo la mirada por aquella profusión de aparatos y de tubos y exclamó luego con voz de pesadumbre:

—¡No podía ser otra cosa!

LA ESPERA

Entremos sin que nos vea. Nadie más que ella podría vernos, pues vive sola. Su única compañía es la de sí misma. Digo mal: también la acompañan sombras que ella mira pero nosotros no. Entremos en la recámara. Tiene ahí un pequeño tocador con espejo, de esos que la moda llama “coquetas”. La coqueta lleva un festón de tela estampada con motivos de flores. Ahora ya no se usa ese mueble. Tampoco se usa la palabra “motivos”. Antes se oía mucho: “Compré un jarrito de barro y lo decoré con motivos de frutas”.

Hace unos días escuché la palabra usada así. Pero se la oí a una viejita. No sé si eso cuenta.

La coqueta es mueble de muchachas. Ella no es muchacha ya. ¿Cuántos años tiene? Tratemos de adivinar su edad: anda en los 40. Si no los cumple hoy los cumple mañana. Y sin embargo actúa como si tuviera 17. Eso es locura, desde luego, pero sucede que ella está loca. “Loquita”, dice la gente, por aquello de la caridad.

Se llama Elvira, Elvirita Arocha. De joven vio cómo sus amigas se iban casando una tras otra. Ella iba a sus bodas, primero con alegría, porque pensaba que ese matrimonio era anuncio del suyo; después con una cierta tristeza, luego con amargura. Por último ya no fue.

—Te extrañé el día de mi boda, Elvirita.

—Estaba enferma. Y perdóname, que llevo prisa.

En aquellos años, nadie llevaba prisa.

Pasó el tiempo, y Elvirita Arocha se agostó. Salía a barrer la banqueta en la mañana, pero se metía apresuradamente y cerraba la puerta cuando veía a una de sus amigas venir orgullosa con el niño recién nacido que llevaba en un carrito hecho de mimbre.

—Qué rara se ha vuelto Elvirita.

—De veras... ¿Por qué será?

Un día la gente vio con asombro a Elvirita sentada en una silla de Viena frente a la ventana de la sala, que había abierto de par en par. Llevaba puesto su mejor vestido; se había pintado la cara con polvos de arroz; se había puesto arrebol en las mejillas con papel de China rojo que mojó en saliva.

—Elvirita ¿qué hace usted ahí sentada?

Y ella, sonriendo mansamente, respondía:

—Estoy esperando a mi novio.

El novio de Elvirita no existía.

—¿Quién es su novio, Elvirita?

—Es el joven José García Rodríguez, estudiante del Ateneo. Después de clases viene a verme.

O si no:

—Es el licenciado Carlos Pereyra. Está escribiendo un libro, y me lo va a dedicar.

Fantasías, fantasías todas. Aquellos noviazgos no eran ciertos; los galanes que inventaba, uno distinto cada día, lo eran de otras muchachas. Pero ella esperaba, esperaba siempre al novio que no llegaba nunca. Abría la ventana a las 6 de la tarde, y ahí se estaba, en la silla de Viena, con su mejor vestido, pintadita la cara y en ella esa vaga sonrisa, una mano sobre la otra en el regazo, hasta que el reloj de la Catedral sonaba las 9 de la noche. Entonces cerraba la ventana y apagaba la luz. Y lo mismo el siguiente día, y el siguiente, y el otro...

Así los mexicanos, digo yo: siempre tenemos abierta la ventana a esa eterna novia que llaman esperanza, y la esperanza no se cumple.

Abramos, sin embargo, la ventana. Tengámosla siempre abierta. Y si no llega la novia salgamos a buscarla.

NO ES POSIBLE, PERO SE PUEDE

El joven sacerdote norteamericano abrió los ojos, sorprendido. Desde que había llegado de Estados Unidos, desde que estaba en la iglesita de San Isidro Labrador, de Arteaga, no había visto cosa igual. Pero ahí estaba el hombre aquel. Alto; recio pese a no ser un joven ya; de tez rubicunda curtida por el sol; ojos claros y cabello entrecano asomándole por el sombrero de palma. Traía un enorme machete entre las manos, y le había dicho al padre:

—Vengo a que me bendiga este machete, padrecito.

No salía de su asombro el sacerdote. Cosa de todos los días era que le llevaran a bendecir medallas y rosarios, imágenes, estampas... De vez en cuando le pedían bendecir un animal: la vaca, el caballo, hasta algún cerdo gruñidor. Pero ¿un machete? ¿Iba él a bendecir un arma que, según había leído en algún libro, usaban los mexicanos con habilidad mortal para quitar la vida a un prójimo?

—Ándele, padrecito —decía el campesino—. Bendígame el machete.

El padre sólo acertó a preguntar:

—¿Y para qué quieres ese machete?

—¿Cómo que pa' qué? —respondió el campesino, sorprendido—. ¿Pa' qué va a ser? ¡Pos pa' partir el cielo!

El sacerdote creyó no haber entendido bien. ¿Partir el cielo? Pensó que le estaba fallando su español. Confuso, sin saber qué hacer, pidió al hombre que lo esperara un momento y pasó de la sacristía a la casa parroquial. Ahí se afanaban las señoras de la Acción Católica preparando alguna devoción. Llamó a una de ellas y le contó la extraña solicitud del campesino. ¿Qué era todo eso de bendecir un machete? ¿Qué quería decir aquello de “partir el cielo”?

La señora se rió muy divertida por la ignorancia del padre. Le explicó que los campesinos de la sierra de Arteaga creen que las nubes de granizo pueden partirse con un machete bendecido, de modo de disolverlas y evitar que dejen caer su carga letal sobre sus huertos de manzanos o sobre sus trigales. Cuando el cielo amenaza pedrisca el campesino saca su machete y lo pone junto con una cruz en la mano del niño más pequeño o del hombre más anciano de la casa. El del machete sale de la casa, y viendo hacia el cielo hace cruces con el machete y con el crucifijo, como quien parte la nube amenazante, al tiempo que los demás rezan el Credo y unos Padres Nuestros. El ensalmo no falla: la nube se deshace o se aleja para soltar su granizo en otra parte, sobre el huerto de alguno sin cruz y sin machete.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó incrédulo el sacerdote después de oír la explicación.

—No es posible, pero se puede —contestó la señora.

Sin decir más volvió el padre a la sacristía y bendijo el machete. Sintió que no había incurrido en complacencia con la superstición, sino que había cumplido con su ministerio. Después de todo —iba pensando al caminar por el pequeño huerto parroquial—, hay muchas cosas imposibles que se vuelven posibles cuando hay fe.

CHÍNGUERES

Famoso borrachín era el tal Pancho. Sus embriagueces no tenían fin. Sin embargo, él afirmaba que una sola vez se había emborrachado, a los 18 años. Pero añadía que la borrachera que traía ahora, a los 40, era la misma.

Cae que no cae iba Pancho todos los días desde el Lontananza, en la calle de Victoria, al Cuauhtémoc, por Allende, y luego al Jockey, frente a la Plaza de Armas. Remataba su cotidiana peregrinación en Los Bajos, famosa cantina que estaba en el sótano del hotel Coahuila, de donde no podía ya salir a causa de la escalera empinadísima, que a esas alturas —o bajuras— se le hacía más difícil de escalar que el Anapurna o el Everest.

Nunca traía dinero Pancho, pero bebía de todo. Caía en gracia a unos; inspiraba lástima a otros; lo querían bien todos. El caso es que no le faltaba nunca quien le invitara “la otra”. En el peor de los casos, cuando no hallaba a nadie, los cantineros le

obsequiaban “las toñas”, infame bebestia que resultaba de vaciar en un recipiente lo que quedaba en las copas de toda la clientela. En ese inmundo pote se revolvían horriblemente sobras de tequila y de ron, de cerveza y de brandy, de aguardiente, ginebra y vil mezcal.

A un misionero norteamericano le dio por redimir al pobre Pancho. Se apesadumbraba el buen predicador al verlo ir por las calles “midiendo paredes”, como solían decir los saltillenses que hacían los borrachos tambaleantes, pues en ellas se iban deteniendo para no caer, y parecía que las iban midiendo a brazadas. Le dolía al piadoso yanqui ver aquel hombre sin ventura perdido en los humos de su borrachera, inútil para todo lo que no fuera buscar las copas con que saciaba su irreprimible sed.

Una vez el americano se enteró de que Pancho, que hacía un rato le había pedido unas monedas “para comida”, con la promesa firme de que no las gastaría en beber, se había ido en derecha a una cantina. No tuvo empacho el misionero en entrar a aquel lugar de vicio, pensando que ahí hallaría ocasión de ejercitar su ministerio. Halló a Pancho, en efecto, en compañía de otros briagos a quienes con júbilo había invitado con el dinero recibido. “Una de cal por las que van de arena”, habría pensado.

—Pero hombre, Pancho— le dijo el misionero después de exhortarlo inútilmente a salir de la taberna—. ¿No saber ousté que el vino ser muy malo? Apenas ayer leer yo en el *Atalaya* que cada año morir 50 mil americanos víctimas del alcohol.

—Pos eso allá los gringos —replicó Pancho—. ¡Yo soy puro mexicano!

Salió el misionero meneando tristemente la cabeza, y todavía al salir oyó que en la radiola comenzaban a sonar los acordes de la conocida canción “Amor perdido”. También escuchó un grito destemplado de borracho que proclamaba a voz en cuello:

—¡Viva México, cabrones!

Ciertamente la patriótica proclama no hacía juego con la canción.

EL CRIMEN

En esta casa ocurrió un crimen.

Las casas en donde ha habido un crimen son sombrías. Ya puede entrar en ellas todo el sol del mundo, ya pueden entrar todos los niños: la casa seguirá oscura siempre, como si navegara por un eterno mar de noche.

La casa es grande, con aposentos espaciosos de altos techos. Tiene un patio. Alguna vez crecieron en él flores y hierbas de olor, y hasta un breve naranjo que daba azahares en la primavera y pequeñas esferas de oro en el otoño. Había una fuente que cantaba a veces, cuando las mujeres de la casa iban de maceta en maceta llevando el agua de la regadera.

Ahora ya no hay flores, ni hierbas para aromar el caldo. El único resto del naranjo es

un truncado tronco de color blanco mortecino donde se ven gusanos más blancos todavía. La fuente, ya sin recuerdos de agua, está agrietada. El otro día se posó ahí un cuervo como el de Poe y graznó tres veces.

Hay un espejo que quedó olvidado cuando vinieron aquellos hombres y se llevaron los muebles de la casa. El espejo está en el zaguán, colgado de un clavo en la pared, junto a la puerta. Los hombres no lo vieron, pues quedó oculto tras unos helechos ya marchitos. Si lo hubieran visto se lo habrían llevado también seguramente. Pero nadie lo vio, y así el espejo sigue reflejando nada. Antes sí reflejaba. Reflejaba vida.

La muchacha salía de casa todas las mañanas. Lo último que hacía, ya en el zaguán, era ver por su cuerpo y por su alma. Se miraba la cara en el espejo, y se arreglaba el pelo, o se quitaba una mota de la blusa. En la puerta estaba una pequeña estampa de la Virgen. Se persignaba ante ella y decía una breve oración que comenzaba así: “Creo, adoro, espero y amo...” Creía ella, de veras, y adoraba. Esperaba y amaba. El rezo se lo decía al Señor, pero no pensaba en Él. Pensaba en él. La esperaba en la esquina de la plaza y la acompañaba al trabajo. Se saludaban con una sonrisa, y él le daba la mano para un saludo formal, como a cualquiera, por el qué dirán. Pero se la apretaba levemente y la retenía unos segundos más de lo debido. Ella se llenaba con el calor de aquella mano de varón, y con su fuerza.

No lo veía más durante el día. En la noche, cuando el reloj de la catedral daba las 8, llegaba él otra vez y le silbaba quedamente. Ella iba a la sala —sus padres aprobaban el noviazgo—; abría la alta hoja del ventanal y se acercaba a la reja. Platicaban. ¿De qué? Pasado el tiempo ella intentó recordar de qué hablaban, y no pudo. Recordó, sí, que a ella se le iba el tiempo como al jardín el agua. Sonaba el reloj las 10 y él le tomaba las manos otra vez y se las estrechaba entre las suyas; luego volteaba a ver si nadie lo veía y las besaba con un ardor que a ella la estremecía y a veces le quitaba el sueño.

Ninguna otra cosa sucedía. Y ninguna otra cosa sucedió. Cierta día él no regresó ya. Una tarde lo miró en la calle. Él volvió sobre sus pasos apresuradamente, como quien huye, y se alejó. Tuvo miedo de preguntar a alguien por él; a nadie le preguntó nada. Cierta noche sus tías, que fueron de visita, le dijeron a su mamá en voz baja que lo habían visto con otra mujer en misa. Pocos meses después ella supo que se había casado.

No volvió a tener novio. Se fue agostando al lado de los suyos, de su padre y su madre, de sus hermanos. Todos se fueron yendo poco a poco. Un día quedaron solas las dos, ella y la casa. Ambas, la casa y ella, eran ancianas ya. Después, quedó la casa sola. Ahora está en ruinas, igual que estuvo ella durante tantos años.

Por eso dije que en esta casa se cometió un crimen. Nadie lo supo nunca. Ni siquiera ella lo supo, así de resignada se quedó, así de triste. Yo escribo esto y siento la vergüenza que debió sentir aquel que cometió crimen de abandono. Como éste se han cometido muchos crímenes. Hay por ahí muchas muertes en vida. O muchas vidas en muerte, da lo mismo.

“TA’ GÜENO EL MARRANITO”

Don Santos García se dedicaba a comprar y vender puercos. Puercos, dije. Y no pido perdón como hacía Sancho —el del Quijote— cada vez que pronunciaba esa palabra. Puercos se llaman esos animales, y ningún caso tiene disfrazar el vocablo con algún eufemismo a la manera de aquel por el cual al cerdo se le llamaba “el de la vista baja”. Otros nombres pueden usarse, sí, para citarlo, como se hace en el antiguo refrán que dice: “Cuatro comidas tiene el poblano: cerdo, cochino, puerco y marrano”; pero puercos se llaman esos animales, y no hay de otra.

Compraba y vendía puercos, pues, Santos García. Empezaba muy de mañana su jornada. Tenía una troquita vieja. En ella iba rancho por rancho comprando los marranos que le querían vender. Con ellos tornaba al caer la tarde, y los carniceros le pagaban buenos centavos por los chanchos. Ésa era la vida de don Santos García.

Conocía bien su oficio este señor. Nomás con ver un cochino sabía aproximadamente lo que pesaba; cuántos kilos daría de manteca y cuántos de carne. Completaba ese examen de ojos con otro manual que consistía en palpar al marrano. Entonces ya no tenía dudas, y podía decir el peso del animal con precisión mayor que la de una romana no arreglada.

Cierto día pasó don Santos por un ranchito en donde nada más había un jacal. La choza era habitada por una señora, viuda ella, que se ayudaba a vivir con una vaquita, una docena de gallinas y seis o siete cóconos. Tenía además la dicha señora un cochino que campeaba por sus fueros en una pocilga hecha de palos, láminas y tablas.

Vio aquel cochino don Santos García y le gustó bastante. El puerco —de color negro, por más señas— se miraba sano y robusto. Detuvo, pues, su troquita el comprador y se acercó al jacal. Muy atareada andaba la señora dándoles de comer a sus gallinas.

—Ave María Purísima —saludó el visitante.

—Sin pecado original concebida —respondió, como era de uso, la mujer.

—Ta’ güeno el marranito —dijo don Santos para tantear el terreno.

—Favor que le hace —contestó la señora—, y a su dueña que lo ha criado.

—Y ¿se vende? —preguntó García.

—Pos ai’stá.

Sabia respuesta que a nada comprometía.

—¿Puedo ver? —pidió don Santos.

—Y agarrar también, si del marrano se habla —respondió la señora sin mirarlo y sin dejar de hacer lo que estaba haciendo.

Se metió don Santos al chiquero y haciendo caso omiso de los chillidos del marrano lo palpó a su gusto. Bueno estaba el puerquito, ciertamente, muy bien forrado de

manteca, “qu’ es lo prencipal”, solía decir don Santos.

—Y ¿a cómo lo vende?

—Usté diga.

—No, oiga. Yo no puedo ponerle precio a lo ajeno. Pida usted.

—Pos el marranito vale 30 pesos.

¡Treinta pesos! pensó para sí don Santos. Ni de chiste. Un animal así, y hasta mejor, costaba a lo mucho 12.

—Carillo está —sentenció.

—Pos eso vale —repitió la mujer.

—Oiga —quiso saber don Santos—, ¿y por qué tan caro?

Razonó la señora:

—Es que a ese marranito yo lo quiero mucho.

Entonces don Santos pronunció una frase que todos los comerciantes deberían saber para usarla en casos semejantes. Muy serio dijo estas palabras, merecedoras de ser inscritas en eterno mármol o fundidas en bronce duradero:

—Señora: compro marrano, no querencia.

TERRORE EN LA NOCHE

El nombre que le puse a este relato parece título de película de miedo. Y sin embargo es una historia de amor. Y de humor.

Le sucedió a un amigo mío, originario y vecino de Sabinas Hidalgo, Nuevo León. Agente viajero, en uno de sus viajes fue a Morelia, Michoacán. Llegó en sábado, que es un mal día para llegar a una ciudad, pues muchos buenos lugares cierran, y muchos lugares malos abren.

Mi amigo, ya lo dije, era agente. Pero también era gente. Quiero decir que estaba hecho con la débil pasta de lo humano. Sin conocer a nadie, esa noche sintió el ingrato peso de la soledad. Tomó un carro de sitio y le pidió al chofer que lo llevara a una casa mala. El hombre le preguntó si quería una casa mala mala, una casa mala regular o una casa mala buena. Él dijo que prefería una casa mala buena. La bondad, ya se sabe, es gran virtud.

Y allá fueron, por las calles de la hermosa ciudad. No llegaron a la tal casa. ¿Por qué? Porque he aquí que sucedió un milagro. Los prodigios llegan siempre cuando no se les espera. Ya lo dijo un anónimo poeta en inspirado dístico: “Nuestro Señor nació en un pesebre. / Donde menos se piensa salta la liebre”.

Al pasar frente a una iglesia mi amigo vio a la gente que salía —según supo después— de la Hora Santa. Y entre la gente vio mi amigo a una muchacha. Verla y enamorarse de ella fue lo mismo. Le ordenó al chofer que se detuviera, le pagó lo que quiso cobrarle

y fue en seguimiento de aquella mística aparición que había contemplado.

Voy a abreviar la historia. Las historias de amor son siempre breves. Mi amigo le preguntó a la chica si podía acompañarla. Ella, después de hacer con femenino instinto el rapidísimo inventario de las prendas físicas del joven forastero, y de evaluar su posible situación económica y social, aceptó su compañía. Tan la aceptó que a los pocos meses se casaron. Después de una semana de luna de miel en Acapulco —siete gloriosos días, seis gloriosísimas noches—, él llevó a su flamante esposa a Sabinas Hidalgo, Nuevo León.

Llegaron en autobús. Al descender del vehículo un hombre de mal aspecto, chamagoso y con tufos de borracho, se dirigió al recién llegado:

—¿Te llevo los velices, primo?

Otro pelafustán igualmente astroso, que llevaba un cajón de bolear, le propuso:

—¿Grasa, primo?

Y un individuo hirsuto, cojo y manco, le alargó la mano en agria petición:

—Pa' un taco, primo.

La muchacha era modosa y refinada, de la buena sociedad moreliana. Al ver y oír aquello le preguntó a su esposo, azorada y llena de desolación:

—¿Son tus primos?

Pensó, seguramente: “¿En qué familia vine a caer?” Ignoraba la pobrecilla que en Nuevo León era costumbre —y sigue siendo todavía— usar el nombre “primo” al dirigirse el que habla a alguien de su misma edad o parecida, aunque no lo conozca; “tío”, si su interlocutor es mayor que él; o “sobrino”, si tiene menos años.

La primera noche la pasaron en la casa de los papás del novio, pues no estaba dispuesto aún el nidito de amor —así se dice— en que comenzarían su vida de casados. Y esa misma noche sucedió algo espeluznante.

Se fueron todos a acostar; se apagaron las luces de la casa. En la recámara que ocuparon —la que ocupaba él en su vida de soltero— los novios se dispusieron a dormir, pues no era correcto que se entregaran a los escarceos propios de su nuevo estado: la casa era pequeña y cualquier sonido erótico sería oído por todos. Así, él pronto se quedó dormido.

Ella no. Todo aquello le resultaba raro. Extrañaba su almohada y su colchón; los ronquidos de su flamante esposo le impedían conciliar el sueño. Se daba vueltas y vueltas en la cama sin poder dormir. Además hacía mucho calor y en aquellos años no había en las casas aire acondicionado, ni siquiera un mal ventilador.

Bien pronto la joven esposa sintió sed. Se levantó entonces y, a tientas, sin encender la luz para no despertar a nadie, se dirigió a la cocina. Ahí estaba el refrigerador y ella recordaba que su suegra tenía ahí una jarra de agua helada. Tomó un vaso del trastero y abrió la puerta del refrigerador.

Entonces sucedió aquello que digo, espeluznante. La recién casada lanzó un alarido de terror y cayó al suelo sin sentido. ¿Qué vio que causó en ella tan funesto efecto? En el

próximo párrafo lo diré.

Vio una cabeza de cabrito. El padre del muchacho había comprado uno para ofrecer el norteño manjar a los recién casados y lo puso en el refrigerador. Cuando la muchacha abrió la puerta se topó con la desconocida y espantable visión de aquel cráneo mondo y lirondo que la miraba con ojos salidos de sus cuencas y con la lengua por un lado, entre los dientes blancos y pelados.

Llegaron corriendo todos los de la familia, que habían despertado llenos de sobresalto al escuchar aquel erizado ululato de terror, y con alcohol y otros remedios hicieron volver a la muchacha a sus sentidos. Ella, llorando, se abrazó al cuello de su maridito y le contó aquella visión horrible que había visto en medio de la noche. Y es que jamás en su vida—moreliana como era— había visto un cabrito, y menos así, pelón y cadavérico.

La historietilla que acabo de contar ilustra las diferencias que hay entre los mexicanos de una parte del país y los de otra. La verdad es que no hay un “México lindo y querido”: hay muchos Méxicos, todos lindos y queridos.

MUJER FATAL

Ella era hermosa, inteligente y rica. Y él era apuesto y muy noble galán. Se iban a casar ya cuando el novio, coronel don Juan Espinosa y Gorostiza, recibió orden de salir de la Ciudad de México a cumplir un encargo militar.

Un amigo entrañable tenía el coronel, hermano casi suyo, el coronel Arancivia. A él encargó que durante su ausencia visitara la casa de su novia, de modo que estuviese pendiente de lo que ella pudiera requerir y que con su amistoso trato le hiciera menos penosa la ausencia de su prometido.

Cumplió el encargo de su amigo el coronel Arancivia. Asistía a las tertulias en que los padres de la muchacha recibían a sus amistades y las agasajaban. Y fue en una de esas tertulias que el coronel, inadvertidamente y sin otro propósito que hacer enojar a la muchacha con inocente broma, dijo una frase sin importancia alguna, hecha solamente para reír. Dijo que su amigo, el coronel Espinosa, había salido de la Ciudad de México por temor a los rebeldes que en ese tiempo amenazaban tomar la capital.

No faltan nunca almas mezquinas que todo lo tuercen y lo envenenan todo, y una de esas personas ruines escuchó aquel gracejo y lo guardó con maligna intención. Cuando llegó Espinosa lo buscó y con palabras aviesas le comunicó lo que frente a su novia había dicho su amigo, al que tildó de infiel calumniador. Puso aquel intrigante hiel de celos y cólera en el ánimo del coronel Espinosa, y tales cosas le dijo que éste se sintió ofendido en su honor y buscó a su amigo exigiéndole con duras palabras de violencia una explicación.

Arancivia, que era amigo bueno y caballero, expresó sus disculpas; manifestó lo que

era la verdad, que nunca tuvo ánimo de ofensa; puso por testigos del hecho a señores y damas respetables; invocó su vieja amistad. Todo fue en vano: Espinosa estaba loco de ira, y a más de agraviar a su amigo con duras expresiones lo retó a duelo, exigiéndole, si no quería la deshonra, acudir a lo que se llamaba “el campo del honor”.

Así forzado, el coronel Arancivia no tuvo más remedio que aceptar. Era diestro espadachín y, al defender su vida de las acometidas ciegas de su rival, en uno de esos ataques Espinosa fue a clavarse en la espada de su antes amigo, que le partió el corazón. Llorando, el coronel Arancivia abrazó el cadáver del desventurado que buscó la muerte cuando apenas comenzaba su vida.

¿Por qué narro esta historia? Porque Juan Espinosa y Gorostiza fue el primer gran amor de Rosario de la Peña y, ella, el amor imposible de Manuel Acuña. Desde la muerte de su prometido un sino trágico va a señalar todos los amores de aquella mujer apasionada que amó mucho, pero que no alcanzó nunca la felicidad.

ACERCA DEL AUTOR

ARMANDO FUENTES AGUIRRE CATÓN (Saltillo, Coahuila). Hizo sus primeros estudios en la Escuela Normal del Estado y en el Ateneo Fuente, prestigiosa institución de la que posteriormente sería director. Luego cursó la carrera de abogado en la Escuela de Leyes de su ciudad natal, y en la UNAM. Tiene maestrías en Lengua y Literatura Españolas y en Ciencias de la Educación, y recibió el grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad Autónoma de Nuevo León. En 1978 se le nombró Cronista de Saltillo. Creó Radio Concierto, una emisora cultural de la que sus paisanos se sienten orgullosos. Es igualmente fundador de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Coahuila. Junto con su esposa María de la Luz sostiene desde hace más de 30 años un comedor para niños campesinos. Autor de numerosos libros, todos ellos éxitos editoriales, escribe diariamente, para más de un centenar de publicaciones, sus artículos periodísticos *De política y cosas peores* y *Mirador*. Se le considera el columnista más leído de México.

Diseño de portada: Alejandra Ruiz Esparza
Imágenes de portada: © Shutterstock

© 2014, Armando Fuentes Aguirre “Catón”

Derechos reservados

© 2014, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DIANA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: octubre de 2014
ISBN: 978-607-07-2424-4

Primera impresión en formato epub: octubre de 2014
ISBN: 978-607-07-2443-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

Índice

1portadilla	2
2índice	4
3dedi	9
4prologo	10
5plaza	12
6acercadelautor	271
7creditos	272